



Robertson Davies
A merced de la tempestad

Traducción de Concha Cardenoso



Lectulandia

Fruto de su larga experiencia teatral, la primera novela que escribió Robertson Davies es un divertido homenaje a las grandezas y miserias de los escenarios y a la vida que revolotea en torno a ellos.

El Teatro Joven de Salterton, una compañía *amateur*, va a poner en marcha una representación de *La tempestad* de Shakespeare en los bellos jardines de St. Agnes, la vetusta y extravagante residencia de George Alexander Webster y sus hijas, Griselda y Freddy. Los preparativos de la obra revolucionan St. Agnes, para desesperación del abnegado jardinero Tom, pero también la vida de cuantos participan en ella. En especial la del taciturno profesor de matemáticas y tesorero de la compañía Hector Mackilwraith, que se propone variar su anodina vida presentándose al *casting* y que asombrosamente consigue hacerse con uno de los papeles. De ahí a sumarse a la larga lista de pretendientes de la joven Griselda y perder la cabeza, solo hay un paso.

A merced de la tempestad, publicada por primera vez en 1951, está ambientada en la ciudad imaginaria de Salterton, donde Davies situaría las otras dos novelas que junto a esta forman la *Trilogía de Salterton*.

Lectulandia

Robertson Davies

A merced de la tempestad

Salterton - 1

ePub r1.0

Titivillus 31.01.16

Título original: *Tempest-Tost*
Robertson Davies, 1951
Traducción: Concha Cardeñoso Sáenz de Miera
Diseño de cubierta: Enric Jardí, Fede Yankelevich

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*I'll drain him dry as hay:
Sleep shall neither night nor day
Hang upon his pent-house lid;
He shall live a man forbid.
Weary se'nnights nine times nine
Shall he dwindle, peak and pine:
Though his bark cannot be lost,
Yet it shall be tempest-tost^[1].*

Macbeth, I, 3

Todos los personajes de esta novela son ficticios y cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Si algún lector diere en pensar que reconoce en cualquiera de ellos a algún conocido suyo, será para mí un halago extravagante que aceptaré con agradecimiento.

UNO

—Va a ser un incordio mayúsculo para nosotros dos —dijo Freddy—. ¿Por qué no armas un escándalo, Tom?

—Si tu padre dijo que podían venir aquí, no me corresponde armar ningún escándalo —replicó Tom.

—Sí, pero se refería al terreno en general, no a este cobertizo en concreto. De todos modos, solo lo dijo porque seguramente Griselda va a hacer un papel importante. Si mal no recuerdo, sus palabras fueron que no quería que entrasen en casa.

—Veamos, señorita Freddy, ¿está segura de eso? Siempre te acuerdas de que tu padre dijo precisamente lo que más te conviene.

Sabía que, cuando Tom la llamaba «señorita», dejaba de ser su amigo y provisionalmente se convertía en esa cosa imprevisible y traicionera que son los adultos. A sus catorce años, no sabía defenderse de semejantes cambios repentinos. Todos la trataban como a una niña o como a una igual, según les conviniera en cada momento, pero con Tom se había hecho ilusiones de que sería distinto. Aun así, ¿no había dicho su padre que no quería ver a la *troupe* del Teatro Joven entrando y saliendo de casa? Todavía le sonaba su voz en los oídos con bastante claridad, pero ¿era eso lo que había dicho? Una vez, Solly le había comentado que interpretaba a su padre como los sacerdotes a los dioses, en beneficio propio. Las circunstancias requerían discreción. Sin Tom de su parte no conseguiría nada.

—No he querido decir que tuvieras que prohibirles la entrada ni nada por el estilo; me refería a que podías ponérselo difícil. No te va a hacer ninguna gracia que fisgoneen por aquí, husmeen en todos tus cajones, utilicen tus herramientas y lo revuelvan todo. Porque eso es exactamente lo que va a hacer Larry Pye. Cuando pase él por aquí, no quedará títere con cabeza. Lo sabes, Tom.

La expresión de Tom no dejaba lugar a dudas: lo sabía muy bien. No le gustaba nada que entrasen desconocidos en su taller y, lo quisiera o no, se pusieran a toquetearlo todo, gastasen la punta de sus afilados lápices, desenrollasen sus ovillos de bramante y cortaran alambre con su podadera. ¿Hasta dónde llegaría el desastre si les diera por husmear en su tesoro máspreciado, el armarito en el que guardaba las semillas, etiquetadas y empaquetadas en primorosos sobres marrones? No se podía esperar otra cosa de ellos: meterían las narices en lo que no les importaba. En el fondo, estaba de parte de Freddy, pero quería permitirse el lujo de que lo convenciera. Por otra parte, tampoco debía ceder con demasiada facilidad ante una cría. Era contraproducente para la formación del carácter.

—Puede que no me haga ninguna gracia —dijo ladinamente—, pero a ti, menos aún. Me gusta mantener mis cosas en orden, pero no tengo nada que ocultar.

—Eso es un golpe bajo, Tom, indigno de ti —replicó Freddy.

—Me fastidiaría que se pusieran a hacer el tonto con mis semillas, pero ¿te imaginas si les da por fisgar tus frascos? No quiero que se envenene nadie aquí y tenga que venir la policía y te condenen a cuarenta años de cárcel, como mínimo.

Tom soltó una carcajada, encantado con su ingeniosa ocurrencia.

—¡Ay, Tom! —se indignó Freddy. ¡Qué estúpidos llegaban a ser los adultos! ¡Hasta uno tan agradable como Tom!

—Por asesinar a Larry Pye te soltarían enseguida, pero el contrabando de alcohol... ¡Eso sí que es serio! Elaborar y destilar licor defraudando impuestos al gobierno es un delito gravísimo, Freddy.

—¡Tom, no hago contrabando! En realidad soy científica. Solo sería contrabando si lo vendiera, pero resulta que lo regalo, como sabes perfectamente, porque las Navidades pasadas te regalé una botella de mi vino de mora y lo bebiste y dijiste que era bueno.

—Y lo era, pero antes de ponerlo a madurar le echaste un buen chorro de *brandy* de tu padre.

—Por supuesto. Hay que cabecear un poco esos vinos dulces; pero me salió bueno y no fue solo por el *brandy*; lo hice con todo el cuidado; sencillamente, me parece muy mezquino que ahora te burles como si nada.

—¡Es broma, Freddy! El vino te salió muy bueno, de verdad. De todos modos, no sé qué diría tu padre si supiera la cantidad de alcohol que escondes aquí.

—Lo sabrás dentro de unas semanas. Pronto será su cumpleaños y voy a regalarle una docena, una preciosa docena enterita, de sidra achampañada. Es una bebida estupenda, Tom, de un año, exactamente lo justo, y, si le gusta, pienso pedirle que me deje ir a Francia a estudiar; aprenderé todo lo que hay que saber sobre el vino y luego volveré y revolucionaré la industria vitivinícola canadiense. Mi padre tiene muchas acciones en bodegas y podría encontrarme trabajo en alguna. Imagínate, ¡a lo mejor llego a convertirme en la *Veuve Cliquot* de Canadá!

—No sé qué quiere decir eso.

—Era el nombre de una mujer. «*Veuve*» significa «viuda». El champán de *Madame Cliquot* es de los más famosos del mundo. Ella murió, claro, pero su nombre perdura.

—Ah, todo es posible —dijo Tom, sopesándolo—. Tú producirías vinos de la *Viuda Webster*. Suena a remedio medicinal. De todos modos, falta mucho para eso, Freddy. Yo que tú, no le daría más vueltas de momento.

—Si me casara, no podría ser la *Viuda Webster* —dijo Freddy pragmáticamente—, porque tendría otro apellido. Tom, no entiendes que lo digo muy en serio. Es a lo que me quiero dedicar, no es un juego. Me lo tomo con mucha profesionalidad. He leído libros de química del vino, de cosechas... leo todo lo que cae en mis manos que esté relacionado con el vino. Sé que todavía soy pequeña, pero tonta, no; de verdad que no. Y si me abandonas tú, no sé qué voy a hacer, porque no hay nadie más en quien pueda confiar. Griselda no lo entendería; además, tiene poca cabeza y, de vino, ni la menor idea. Habrá que demostrárselo a mi padre. Por favor, Tom, sé bueno, no te hagas el mayor conmigo.

Tom era incapaz de resistirse a semejante ruego. Estaba casado con una mujer

excelente y, a sus cincuenta años, tenía dos hijos en la Marina, era el mejor jardinero en cien kilómetros a la redonda, gozaba del respeto de sus consocios del club Sergeant y era el bajo solista —sin remuneración, pero con prestigio— del coro de St. Clement; con todo, ni la edad ni los honores le impedían cultivar la gran amistad que había trabado con Freddy, la señorita Fredegonde Webster, la hija menor de su patrón. Como solía decir a su mujer, Freddy no tenía madre. No obstante, si cedía, debería darle además algún consejo, como manda el código no escrito que rige el trato entre generaciones.

—Veamos, Freddy —dijo, pronunciando el nombre en re grave, nota muy admirada en el St. Clement—. Sé que hablas en serio, desde luego, pero no olvides que solo tienes catorce años y, por tanto, si la gente se entera de lo que haces, el escándalo será mayúsculo. Jamás creerán que fabricas bebida pero no la pruebas. Bueno, un momento: sé que catas tus caldos porque tienes que afinar el paladar. Haces unas gárgaras, escupes y solo saboreas lo que te queda en los labios, como los catadores auténticos, pero la gente jamás lo creería y se lo tomaría a la tremenda. He visto mucho en la vida y en la guerra y te aseguro, Freddy, que no te imaginas hasta qué punto se toma la gente las cosas a la tremenda; es horrible. No diré nada, pero ten cuidado. Procura no mancharte las manos, como se suele decir. Si tu padre se entera y averigua que yo estoy en el ajo, habrán terminado mis días en esta casa, y no quiero que me echen de vuestro jardín porque te pillen durmiendo la mona a la sombra de un lilo y te haya encubierto yo. ¿Lo entiendes?

Tom era oriundo de Gales, país aficionado a los sermones, y, sin duda, esa tarde estaba en vena galesa, conque Freddy reaccionó al punto.

—¡Sí, sí, Tom, querido! Lo entiendo y seré muy discreta. Y me parece que te lo estás tomando maravillosamente y que eres muy generoso. No pienso darme a la bebida, lo juro. ¡No es eso lo que me interesa del vino! Soy muy profesional, de verdad. Rezaré oraciones especiales solo para no caer en la tentación.

Un propósito desafortunado. En el último año, Freddy había adoptado puntos de vista propios de la Alta Iglesia, mientras que la de St. Clement era General e incluso, en momentos de gran tensión, se acercaba mucho más a la Baja. Tom se dispuso a soltar otro sermón, pero Freddy se le adelantó.

—Mira, para mi padre dejará de ser un secreto después de su cumpleaños, porque voy a regalarle la sidra achampanada y a contárselo todo, y estoy segura de que a partir de ese momento todo irá bien. Puede que hasta me dé permiso para montar un laboratorio en casa... y hasta una destilería pequeña...

—Seguro que tu padre te deja montar una destilería en casa —replicó Tom, de nuevo en re grave, para acentuar el tono irónico, pero Freddy no se arredraba fácilmente. Le gustaba hablar tanto como a él.

—Será un éxito. Es bueno, lo veo. Ni gota de acidificación ni heces en ninguna de las doce botellas. Me encargué del sedimento antes de embotellar y embotellé en el momento psicológico exacto. Seguro que si la Veuve Cliquot hubiera estado presente

le habría parecido perfecto. Ahora lleva diez meses en las botellas y debe de estar prácticamente a punto para consumir. Un año más no la estropearía, desde luego, pero ya está madura.

—Me parece que la sidra no va nada con tu padre —dijo Tom.

—Pero no es sidra normal y corriente, es achampañada. Dice Morgan O’Doherty en *La vida a través del cuello de la botella* que ha probado sidras achampañadas superiores a cualquier champán, salvo el mejor, claro. ¿Y te acuerdas de ese dolor de espalda que le da a mi padre cuando hace frío? Bueno, pues el médico dice que no es más que un dolor, pero yo sospecho que son cálculos, ¿y sabes qué es lo mejor que existe para los cálculos? ¡La sidra! Lo dice la *Enciclopedia Británica*. Dice: «Se considera que el ácido málico de la sidra tiene grandes virtudes diuréticas, estimulantes del funcionamiento de los riñones, y que previenen la acumulación de ácido úrico en el sistema».

—Ya decía yo que sonaba a medicina —replicó Tom, que nunca perdía la oportunidad de rematar una broma—. «Si algo le duele, ¡pruebe el vino de la Viuda Webster!».

—Tom —dijo Freddy con frialdad—, ¿la botella de vino de mora que te regalé en Navidad era como una medicina? Tu mujer me dijo que no sabía de dónde la habías sacado, pero que no la soltaste hasta vaciarla del todo, y que cantaste *Nazareth* de Gounod cuatro veces seguidas y que la avergonzaste delante de unos invitados, ¡conque deja de hablar de la Viuda Webster!

A Tom no le sentó bien ese reproche, pero Freddy había llegado a una edad en la que ya no se creía obligada a callar ante la insolencia de los mayores, ni siquiera en el caso de un amigo y aliado tan valioso como Tom. Se hizo el silencio y Tom siguió manipulando misteriosamente unos trocitos secos de materia verde a los que llamaba «esquejes». Hecha la puntualización, Freddy estaba dispuesta a reiniciar la charla aun a riesgo de recibir un desaire.

—¿Crees que podremos impedir que entren?

—Podemos intentarlo.

—Mi padre dijo que les dejaba hacer la obra en el jardín. En realidad, no tienen por qué entrar aquí.

—Según mi experiencia con gente de teatro, necesitan meterse en todos los sitios que no estén cerrados con llave y mover todos los objetos que no estén fijos —dijo Tom con acritud—. Este es el lugar más cercano del que podrán sacar electricidad y, entre ensayo y ensayo y todo lo demás, querrán guardar aquí un montón de cachivaches. Lo que me dijo tu padre fue: «Dales todas las facilidades, pero si se pasan de la raya, dímelo». Como comprenderás, no puedo ir de buenas a primeras a decirle que no quiero que entren en el taller donde guardo las herramientas. Eso significaría que tendrían que utilizar el garaje o una parte de la bodega, y no le parecerá bien. Donde no pueden entrar es en casa, si no queremos que los lapones esos se suban por las paredes.

El registro lingüístico de Tom era variable. Cuando hablaba oficialmente con su patrón, se esmeraba, pero cuando quería ser más expresivo, recurría a formas que le resultaban más fáciles y elocuentes. Siempre que aludía a la admirable pareja sueca que gobernaba el servicio doméstico la llamaba «los lapones esos».

—Pero haremos cuanto podamos, ¿no?

—Sí, Freddy, aunque me da en la nariz que «cuanto podamos» no va a ser suficiente.

Con eso hubo de contentarse la muchacha.

Cuando Freddy soñaba despierta, a veces se imaginaba que su ciudad natal pasaría a la historia principalmente por haber nacido ella allí, lo cual ilustra el alcance de sus ambiciones mejor que cualquier otra cosa. Salterton había vivido más historia que la mayoría de las ciudades canadienses y no se alteraba fácilmente. Al igual que Quebec y Halifax, puede entusiasmar extraordinariamente por la abundancia de encantos superficiales que posee. Sin embargo, el verdadero carácter de Salterton se oculta debajo de la superficie, fuera del alcance de la locuacidad desatada, donde esta no puede descubrirlo.

Quienes no la conocen repiten algunas medias verdades sobre ella. Dicen que es soñadora y antigua, que ha echado el ancla en el río de la vida; que todavía lamenta el fin de la época en la que pudo haber sido la capital de Canadá y que es el cementerio de los clérigos anglicanos. Y, tarde o temprano, siempre la llaman «pintoresca».

No es difícil descubrir por qué le aplican con frecuencia ese adjetivo los inconscientes e insensibles; es lo que suele decirse de las personas y ciudades que siguen sus propias inclinaciones sin hacer mucho caso de las opiniones del mundo; el epíteto lleva implícita cierta condescendencia. Quienes la llaman «pintoresca» no son los verdaderos saltertonenses, porque estos saben que la ciudad no tiene nada de pintoresca, en el sentido de «excentricidad deliberada» que tiene la palabra. Salterton es ella misma. Parece pintoresca a quienes no tienen una personalidad tan definida y alimentan escasamente su acervo intelectual.

Aunque no es una gran urbe, puede considerarse cabalmente una ciudad. Este término se aplica hoy a cualquier población de cierto tamaño, requisito que cumple Salterton sin lugar a dudas; por otra parte, las ciudades eran sedes de un obispo y, en este sentido, Salterton lo era incluso mucho antes de serlo también en el sentido moderno. Tanto es así que alberga dos obispados, uno anglicano y otro católico. Cuando se llega por agua, se diría que las dos catedrales, tan aparentemente características de la fe que representa cada una, lanzan una admonición a la ciudad. La católica apunta al Cielo con vehemencia un adornado dedo gótico; la anglicana, con la displicente delicadeza que le es propia, hace otro tanto desde su cúpula. St. Michael truena: «¡Alzad la vista y orad!»; St. Nicholas pide: «Con permiso, tengan la bondad de elevar la mirada en esta dirección». Dos formas distintas de decir

lo mismo.

En los alrededores de ambos templos no se descuidan los asuntos terrenales. Salterton es una magnífica ciudad mercantil y se encuentra lo suficientemente lejos de otros centros similares e influyentes para haberse granjeado una buena opinión de sí misma y mantenerla con el paso del tiempo. Sería fatigoso nombrar aquí todas sus industrias, baste con decir que tiene muchas e importantes. Sin embargo, no dominan la ciudad por completo ni acaparan toda la atención de sus habitantes, como puede suceder en poblaciones menos favorecidas. Una de sus ventajas es que permite trabajar a gusto y con provecho sin necesidad de llevar la profesión a cuevas hasta los últimos recovecos de la vida social. A veces, a los forasteros, que la califican de «pintoresca», les parece un esnobismo, pero a los saltertonenses no les importa. Saben que una pequeña dosis de esnobismo, igual que de amabilidad, engrasa los ejes de la vida diaria. Salterton goza de una satisfecha conciencia de su glorioso pasado y, modestamente, crea sus propias reglas.

Su espíritu se refleja en la apariencia física más de lo habitual en Canadá. Además de las dos catedrales, el edificio de los juzgados es muy hermoso (parece que tenga una cúpula, aunque tal vez no lo sea en realidad) y tiene una de las cárceles de Su Majestad más imponentes y de mayor tamaño (con una cúpula inconfundible). Es también la sede de la Universidad de Waverley. Decir que la arquitectura de Waverley revela su espíritu sería difamar burdamente un centro del saber imbuido de dignidad y, en los grandes momentos, incluso de nobleza. Quiso la mala fortuna que esta institución se erigiese durante el largo periodo victoriano, en el que los arquitectos se esforzaban como titanes por invertir todas las leyes de lo agradable y verosímil, y cuando en Canadá se repetía torpemente todo lo hecho en Inglaterra un cuarto de siglo antes. Está compuesta por edificios de dos clases: en los unos, los constructores no prestaron atención a las características de la piedra autóctona y se permitieron una orgía de campanarios, escalinatas barrocas, arcos normandos, troneras morunas y detalles horrendos de *chinoiserie* y *bondieuserie* escocesas, si así pueden llamarse; en los otros, la piedra autóctona los intimidó de tal manera que levantaron perdurables almacenes de piedra, apropiados tal vez para el estudio de las ciencias, pero notoriamente inhóspitos para las humanidades. Los hijos y las hijas de Waverley aman a su *alma mater* como antaño los discípulos de Sócrates a su maestro, por la belleza de la sabiduría, que afortunadamente trasciende la mera apariencia física.

Antes de que existiera Waverley, el excéntrico prebendado Bedlam, caballero inglés que deseaba reproducir en las colonias una Inglaterra mayor y mejor, construyó en Salterton cuatro casas de auténtica belleza. Por suerte, una de ellas, llamada Old Bedlam, aloja el rectorado en los actuales terrenos de la universidad.

Y, ya que hablamos de este tema, bien puede hacerse constar que entre la buena arquitectura de Salterton menudea asimismo la mediocridad e incluso se encuentran algunas muestras de simple mal gusto. El indocto capricho de la religión evangélica ha dejado numerosas verrugas a tan bella faz, aunque también el comercio le ha

provocado algunos sarpullidos. Con todo, el efecto general es agradable, verdaderamente bello incluso en algunos barrios de la población. Hay en Salterton casas de piedra de todos los tamaños que demuestran un sentido de la proporción y un respeto inteligente por el material empleado que no tiene par en ninguna otra parte del país. Se diría que tienen cara propia, inteligente y bien educada; quedan pocos constructores que posean el don de levantar edificios con cara, en vez de adefesios.

En una de ellas, aunque no en la mejor, vivía Freddy con su hermana Griselda y su padre, George Alexander Webster. La casa se llamaba St. Agnes y era una auténtica vivienda bedlamita casi en su totalidad. Desafortunadamente, cuando solo faltaba la última cuarta parte por construir, el prebendado Bedlam se quedó sin dinero y no pudo terminarla. No falleció arruinado ni pobre, porque en su época era prácticamente imposible que un dignatario anglicano cayera en semejante vulgaridad, aunque estuvo al borde de pasar por tan inusitado trance. Tras su muerte, terminó la construcción —pero no según los planos originales— un propietario que carecía de la pureza de gusto de Bedlam, cuya manía constructora obedecía a un verdadero conocimiento de lo que se puede hacer con piedra y yeso. Más adelante, St. Agnes se incendió y hacia el año 1900 se hicieron algunas obras de reconstrucción según los dictados de la moda del momento. Poco más cambió a partir de entonces. George Alexander Webster había reformado un poco el interior por razones prácticas: modernización de la cocina del sótano y los arreglos necesarios para calentarla en invierno mediante un sistema que tanto evitaba las corrientes de aire inglesas como el crudo frío canadiense, pero, por lo demás, la conservaba tal como la había adquirido.

Su mayor contribución se percibía en los terrenos circundantes. La finca tenía una extensión de unas cuatro hectáreas y media, elevadas por la afición de Webster a la jardinería hasta un nivel que seguramente habría regocijado al prebendado Bedlam. Las directrices del propietario, asistido por la mano firme de Tom, habían creado unos jardines de gran belleza y, como siempre ocurre con las cosas bellas, era mucha la gente que quería disfrutarlos.

Al señor Webster no le gustaba prestar sus jardines. Sabía lo que pensaban quienes querían disfrutar de ellos: que el dueño debería estar orgulloso de exhibirlos públicamente, que los ricos eran muy egoístas si se los quedaban para ellos solos, que, conforme a la buena educación elemental y por muchos motivos, lo propio era ponerlos a disposición de todos y que si los había prestado a alguna causa, no debía preocuparle que dicha causa cobrase entrada a quienes desearan visitarlos también. Alegaban que el señor Webster «podía permitirse muestras de hospitalidad», al contrario que la mayoría de los que «aportaban tiempo y esfuerzo» a una causa, y que lo mínimo que podía hacer él para paliar la ofensa de vivir con mayor desahogo que esas buenas gentes era aceptar las solicitudes de hospitalidad que se le hiciesen. Sin embargo, al señor Webster le disgustaba que otros gozasen de sus jardines tanto como

si se hubiera tratado de su mujer, de haber estado viva la buena señora.

No le dolían prendas por reconocer que vivía con desahogo (los ricos nunca dicen que son ricos: les parece que da mala suerte). Contribuía voluntaria y generosamente a las buenas causas, aun cuando la supuesta benefactoría resultase un tanto inexplicable. Lo que no quería era que pisotease los jardines gente desconocida, porque eran su creación personal y, claro, deseaba guardárselos íntegramente para sí. Por supuesto, la gente que quería entrar en ellos desconocía la opinión del señor Webster sobre el asunto y, además, nadie se imaginaba que de verdad alguien fuera capaz de desear un espacio tan grande solo para sí. También es cierto que en Salterton había personas de ideas políticas avanzadas a quienes solo se les ocurría un motivo para que un hombre que tenía dos hijas se empeñase de esa forma en preservar para él una casa tan grande como St. Agnes: afligir a la clase obrera alardeando de sus posesiones ante los menos afortunados. Esas personas ideológicamente avanzadas aducían que un hombre no podía estar a un tiempo más que en una habitación, ni sentarse a un tiempo más que en una silla ni dormir a un tiempo más que en una cama; por lo tanto, quien desease más que una habitación con una silla y una cama tenía la obligación moral de justificarse. En una ocasión, un instructor de Waverley que se refocilaba en la deliciosa indignación de la juventud escasa de peculio hizo en una clase de filosofía elemental algunos comentarios a propósito de la iniquidad en que incurría un hombre al consumir setenta toneladas de carbón cada invierno solo para calentarse él; puesto que Waverley ya había sacado pingüe provecho del bolsillo del señor Webster y tenía esperanzas de seguir haciéndolo en el futuro, el instructor recibió instrucciones de irse lejos de Salterton a buscar combustible para su hoguera. En cambio, ¡poco se imaginaban quienes tanto hablaban de él la profundidad de los sentimientos que ocultaba el señor Webster bajo la dura coraza que todo rico debe aprender a llevar para protegerse de sus enemigos naturales, los pobres! Amaba con ternura su caserón viejo y más bien feo y su hermoso y vasto jardín; los amaba por encima de todo, después de sus hijas.

Precisamente por su hija Griselda decidió prestar el jardín al Teatro Joven de Salterton para una producción de una obra al aire libre, o «pastoril», como prefería decir la señora de Roscoe Forrester. Concretamente, la obra bucólica seleccionada era *La tempestad*, y se había propuesto a Griselda, que acababa de volver del internado, como posible intérprete del papel de Ariel. La señora Forrester, que tenía intenciones de poner la obra en escena en St. Agnes desde el primer momento, había empezado su campaña pronunciando las siguientes palabras en la reunión que celebraron para tratar el asunto del lugar de la representación:

—Y llegamos a la cuestión crucial: ¿dónde la representamos? Hay varios espacios en la ciudad en los que podría ponerse en escena una obra pastoril. El parque Bagot es sencillamente encantador, pero me han advertido que se organizan partidos de béisbol prácticamente todas las noches. El jardín de los Pauldron es delicioso, pero dice la señora Pauldron que, como el río está tan cerca, si de pronto sonase la sirena

de un barco en medio de una escena, la estropearía por completo, ¿no les parece? —Carcajadas provocadas por la señora Pauldron de tal manera que, como contaría después a su marido, «consiguió que descartasen la idea por ridícula»—. Por otra parte, en cuanto se pone el sol resulta muy húmedo. —Estremecimiento histriónico de la señora Pauldron—. El césped de enfrente de Old Bedlam es perfecto, pero me ha dicho el rector que posiblemente se celebren varias conferencias teológicas allí este verano y, por tanto, no puede asegurarnos nada. La señora Bumford ha tenido la amabilidad de poner su terreno a nuestra disposición, pero, lamentablemente, la comisión calcula que no podríamos dar cabida a más de sesenta espectadores, aunque añadiésemos una fila de sillas en la calle. Así pues, la cuestión todavía está en el aire.

Entonces se levantó una señora y preguntó si alguien había pensado en hablar con la señora S. P. Solleret. La señora de Roscoe Forrester frunció los labios y cerró los ojos dando a entender claramente que había hablado con ella y que no deseaba adentrarse en los pormenores de la respuesta recibida.

A continuación se puso en pie indecisamente el profesor Vambrace, a quien había aleccionado la señora Forrester antes de la reunión.

—¿Alguien ha pensado en St. Agnes? —dijo.

La señora Forrester abrió los ojos de par en par y fue como si proyectara rayos de nueva esperanza sobre los reunidos.

—No se me había ocurrido —dijo—. Supongo que se debe a que hay muchas probabilidades de que la señorita Webster haga un papel en la obra y, claro, nunca pensamos en los actores para... bueno... hum...

El recurso retórico griego de la aposiopesi, que consiste en no terminar una frase, le resultaba muy útil para el desempeño de sus deberes de presidente. Cortaba las frases a la mitad, las redondeaba con una mirada elocuente o una risita expresiva y así endilgaba a los demás el trabajo sucio de completarlas. El profesor Vambrace, huesudo y grave esbirro del Teatro Joven de Salterton, la complugo al punto.

—Permítanme proponer —dijo, medio incorporado, doblado por la cintura y con las rodillas flexionadas, la postura de quien desea dirigirse a un público informalmente— que constituyamos a la señorita Griselda Webster en comisión unimembre para que hable con su padre sobre la representación de *La tempestad* en los jardines de St. Agnes.

Y así se hizo.

Griselda se lo planteó a su padre de una forma que podría haber asombrado a la reunión. Fue como sigue:

—Papá, ¿te ha acosado algún tiburón este año para que le dejes el jardín?

—Dos o tres. Les dije que lo pensaría.

—Los del Teatro Joven me han encargado que te pregunte si podrían representar aquí la obra. Creían que no les veía las intenciones, pero se equivocaron. Primero se lo pidieron a otras personas y se lo montaron para que pareciese que no había más posibilidades que tu jardín. No tienes que aceptar solo porque se trate de mí.

—¿Tú quieres hacerlo aquí?

—No se puede negar que estaría bien.

—¿Crees que por eso han insinuado que podrías tener un papel protagonista?

—Es probable, pero se equivocan menos de lo que creen. La verdad es que soy una actriz bastante buena y no feúcha del todo, al menos en comparación con la otra persona posible, que es Pearl Vambrace, que tiene un buen bigote. Quedaré pasable aunque lo hagamos en el trocito de césped asilvestrado de la abuela Bumford y con la mitad de los espectadores sentados en la calle.

—Eso huele a estratagema de la cotilla de Nellie Forrester.

—Sí, pero, papá, si les dejas el jardín a ellos, este verano tendrás una buena excusa para negárselo a todos los demás. ¿No te parece?

—Sí, supongo que sí. De acuerdo. Recuérdame que se lo diga a Tom por la mañana.

Tom lo encajó muy bien. Es decir, muy bien para ser jardinero. Señaló que lo malo no era el estropicio que pudieran hacer en el césped, porque eso se arreglaba con un mes de cuidados constantes, más o menos. Lo que le preocupaba era la manía de la gente de meter los pies en los parterres. Aun así, comprendía que su patrón debía prestar el jardín de vez en cuando y, por lo que había oído, las actuaciones del Teatro Joven no atraían grandes multitudes; por lo tanto, tal vez no llegara a ser grave.

El señor Webster lo comprendió muy bien. Dijo, sin embargo, que, si tenía que ser así, lo harían como era debido y, consecuentemente, Tom les prestaría toda la ayuda que le pidiesen. El señor Webster prefería quedarse completamente al margen del asunto. Le dolía ver en su jardín a gente que no lo apreciaba tanto como él y no tenía intenciones de infligirse un sufrimiento innecesario.

Tom aceptó la indicación con reservas en su fuero interno. Se propuso mantener a los intrusos tan lejos como fuera posible de la parcela de sus dominios a la que denominaba «el cobertizo». Allí guardaba sus herramientas pulcramente colgadas en hileras y colocadas con primor sobre el banco de trabajo. Un rastrillo o una azada en el suelo, por muy cuidadosamente tirados que estuvieran, ofendían su prurito profesional. Era un jardinero de los que afilan la azada con lima. En una ocasión, el señor Webster puso de manifiesto que alguna vez se había afeitado con cuchillas más romas que las azadas de Tom. El cobertizo era la capital de su reino. Una muestra del afecto que profesaba a Freddy era permitirle almacenar allí sus vinos caseros, en unos botelleros que había construido él ex profeso en un rincón. Los cubría con una lona doblada. En la medida de lo posible, tratándose de un taller de jardinería, el cobertizo estaba limpio y ordenado.

En este caso, el nombre de «cobertizo» despistaba un poco, porque en realidad se trataba de un invernadero construido por el dueño victoriano de St. Agnes, el que había comprado la propiedad a los herederos del prebendado Bedlam. Era un anexo

espantosamente recargado; de los cimientos de piedra, que sobresalían un metro del suelo, se elevaban unos altos soportes de hierro que se unían en arco a gran altura. Los huecos de la estructura de hierro se habían cerrado con cristal, de manera que parecía una jaula de pájaros elíptica por dentro y por fuera. Para que el sol no abrasara las plantas del interior se había dispuesto un complicado sistema de cortinas de lona, que subían y bajaban mediante otro intrincado sistema de cordones, como las jarcias de un velero, de manera que la jaula recordaba mucho a una telaraña. La estructura de hierro presentaba a intervalos ornamentos de hierro en forma de hojas y fruta, que se habían oxidado con el tiempo. No había ningún cristal roto, pues Tom no habría consentido semejante atentado contra la pulcritud, aunque no eran todos iguales y el óxido de hierro había ensuciado algunos. Sin duda, en ese invernadero habrían coqueteado y susurrado muchos enamorados victorianos. Y en su atmósfera cálida, entre helechos y plantas grandes y opulentas, más valoradas por su rareza que por su belleza, se habría hablado con entusiasmo de reumatismos que descansaban en paz desde hacía ya mucho tiempo y de pies gotosos que habían dejado de dar pinchazos a sus poseedores. Mas su época gloriosa había pasado. Ahora era el cobertizo, y las plantas destinadas al jardín y a la casa se criaban en un invernadero moderno situado detrás del garaje. Sin embargo, ahora era el alcázar de Tom, quien estaba dispuesto a defenderlo hasta las últimas consecuencias.

Quiso la suerte que fuera esta la primera plaza en caer a manos del Teatro Joven. Sucedió una semana después de que Griselda, constituida en comisión unimembre, hubiera hablado con su padre; desde entonces, Freddy no dejó pasar un día sin hostigar a Tom y animarlo a que se opusiera enérgicamente a la invasión del cobertizo.

Fue la tarde del viernes; tras una mañana amenazadora, había empezado a llover en serio. Sentado a su banco de trabajo, Tom mezclaba unas sustancias destinadas a la salud futura de las begonias, mientras que Freddy, aposentada encima de una torre de cajas, leía uno de sus libros predilectos, el de George Saintsbury sobre el vino, titulado *Notes On A Cellar Book*. De repente, sin previo aviso, se abrió la puerta y entraron a toda prisa la señora de Roscoe Forrester, el profesor Vambrace y Griselda.

—Aquí no os mojaréis —dijo Griselda—. Voy un momento a casa, a ver si encuentro unos paraguas.

Echó a correr de nuevo bajo la lluvia; la puerta que comunicaba el cobertizo con la vivienda principal llevaba muchos años clausurada, con un sólido armario delante.

—¡Tú serás Freddy! —dijo la señora Forrester, recurriendo humorísticamente a esa fórmula afirmativa gaélica, que le hacía mucha gracia. No es que fuera escocesa, pero le gustaba dar color al lenguaje con frases hechas que, a su entender, eran escocesas o irlandesas—. ¡Estás monísima ahí sentadita con tu librito!

—Me llamo Fredegonde Webster —dijo Freddy poniéndose en pie—. Buenas tardes. Usted es del Teatro Joven. Le presento al señor Gwalchmai, el jardinero. Tom: la señora Forrester y el profesor Vambrace.

Tom se tocó la gorra sin decir una palabra. Había sido un buen soldado en su momento —un sargento de primera—, pero seguía sin saber reaccionar a los ataques por sorpresa; solo le daban rabia por lo traicioneros que eran.

—Vamos a ser muy amigos, señor... hum... aunque tal vez sea mejor que te llame Tom desde ahora mismo —dijo la señora Forrester al tiempo que se disponía a estrecharle la mano.

Tom tenía las manos llenas de tierra y se la habría estrechado con muchísimo gusto, pero se contuvo. El profesor Vambrace dedicó a Tom y a Freddy, para que se la repartieran, una mirada que sin duda pretendía ser cordial, pero que en realidad fue torva.

—Llueve —dijo.

Lo suyo eran los clásicos y a veces, en la conversación social, adoptaba una concisión clásica.

A pesar de su corta edad, Freddy poseía la sabiduría de un anciano en algunas cosas; por ejemplo, había aprendido de su padre que no hay nada tan desconcertante como el silencio, y se preparó para aplicarlo a rajatabla con la señora Forrester. Sin embargo, apenas se había apagado el eco del resumen del tiempo hecho por el profesor, cuando volvió a abrirse la puerta bruscamente y entró Griselda bajo un paraguas con dos personas más. La primera era Solly Bridgetower, un joven al que Freddy admiraba amistosamente; la otra era una desconocida.

—Podemos terminar de hablar aquí —dijo Griselda—; si vamos de una carrera hasta la entrada de la casa, nos mojaremos.

Para ella, el cobertizo no era propiedad exclusiva de Tom. Lo consideraba simplemente la continuación de la casa de su padre. En su mundo, el jardinero no ocupaba un lugar tan prominente como en el de Freddy.

—¿Y Larry y el señor Mackilwraith? —preguntó la señora Forrester.

—Estaremos atentos a su llegada —dijo Griselda—. Larry quería terminar un esbozo del césped. De todos modos, anda por ahí pendiente de como se llame: el que va a hacer de Fernando.

—Mackilwraith no llegará hasta después de las cuatro —dijo el profesor Vambrace—. La escuela.

—Ni antes de las cuatro y media, lo más seguro —dijo Solly—. Si el viejo Hector sigue siendo el de siempre, tendrá que quedarse al menos media hora después de la clase vigilando a algún niño malo. Ese buen hombre es uno de los mayores y más celosos cancerberos de nuestra época.

—El señor Mackilwraith es maestro de escuela —dijo la señora Forrester a la desconocida—. De verdad espero que pueda echar un vistazo al césped; es nuestro tesorero y siempre sabe calcular el aforo, los ingresos que puedan derivarse y todas esas cosas. Es un mago de los números.

—Una carraca pedante —apostilló Solly.

Aunque los comentarios irrespetuosos sobre los maestros de escuela no fueran

necesariamente extensivos a los profesores universitarios, eran una grosería, y Vambrace se lo insinuó con una mirada de reproche.

—Dicho en profuso estilo isabelino, por supuesto —remató el joven, con una floritura igualmente profusa e isabelina con la que a punto estuvo de tirar al suelo una torre de macetas pequeñas—. En realidad, no es mala persona... supongo. Freddy, te saludo. No conoces a la señorita Rich, ¿verdad? La señorita Rich es de Nueva York y va a dirigir la obra. Te presento a Fredegonde Webster, moradora de esta casa, aunque no se ha dejado corromper por su esplendor. Un espíritu felino, bello y veloz^[2].

—¿Cómo está usted, señorita Webster? —dijo la señorita Rich tendiéndole la mano.

—Muy bien, muchas gracias —respondió Freddy, pensando que la señorita Rich era una mujer muy bien educada y que vestía estupendamente—. Solly es un bromista tremendo, como habrá podido comprobar.

—Acabamos de conocernos hace apenas una hora —dijo la señorita Rich.

—¡Qué dignas nos ponemos! ¿Verdad? —dijo la señora Forrester echando a Freddy una mirada pretendidamente alegre—. ¡Cuánta dignidad, cuando estamos creciendo! Me recuerda cuando tenía yo su edad. ¿Te acuerdas, Val? ¡Me ponía más digna que nadie!

—No, la verdad es que no me acuerdo, Nell —dijo la señorita Rich.

—Pues yo sí —dijo, tajante, la señora Forrester—. Las dos reventábamos de dignidad.

—Pero ya ha superado esas niñerías, ¿verdad? —dijo Freddy con dulzura—. Supongo que lo divertido de hacerse mayor es eso, ver que se dejan atrás muchas cosas que parecían muy deseables a mi edad.

—Ya basta, Freddy —dijo Griselda.

Freddy dejó el asunto con mucho gusto. El reproche de Griselda no tenía mayor trascendencia y ella se quedó con la agradable sensación de haber dado un corte a la abuela Forrester.

—Bien, ¿nos hemos hecho ya una idea? —preguntó el profesor Vambrace—. ¿Nos sirve el césped? ¿Nos darán los árboles el fondo que necesitamos? Si es así, tomemos una decisión. ¿Qué opina usted, señorita Rich?

—El sitio me parece encantador —dijo ella—, si a usted le complace, por mí, no hay ningún problema, pero ¿no tendrá el mayor Pye nada que decir?

—Le sacaré muchos inconvenientes, seguro —dijo Solly—, pero es que nunca encontraríamos nada a su entera satisfacción. Ya sabes lo técnicos que son los hombres, les encantan los problemas y, cuando no hay ninguno, lo crean. Llevan el espíritu de la victoria en la sangre; la mejor forma de complacerlos es darles mucho que vencer. El himno de «Al que venciere dará Dios la corona» se escribió especialmente para halagar a los regidores.

—Bueno, no empieces a enfrentarte a Larry tan pronto —dijo la señora Forrester—; su cometido es muy difícil y, antes de proponerle cualquier cambio, debemos

esperar a que lo encarrile todo; conque pórtate bien, Solly, y procura tenerlo contento.

—Lo que me encanta del teatro de aficionados —dijo Solly a la señorita Rich— es que todo se hace contentando a todo el mundo. Seguro que eso se echa mucho de menos entre profesionales, porque no habrá más que una serie de gente dando órdenes y otra obedeciendo; sin mimos ni alegrías para nadie.

—Estás muy equivocado —respondió ella—. La verdad es que siempre hay quien necesita atenciones, aunque tal vez no tanto como en el teatro de aficionados.

—Solly, si vuelves a decir «teatro de aficionados» te abofeteo —dijo la señora Forrester—; gracias a Dios, hace años que el Teatro Joven superó esas tonterías. Tanto es así que puede decirse que nuestro enfoque es verdaderamente profesional. ¿No es cierto, Walter?

—Ciertísimo —dijo Vambrace parcamente.

—Estoy convencido de que puede decirse, pero ¿es cierto? —dijo Solly—. La verdad es que cuando me marché no lo era; ¿tanto ha cambiado en dos años?

—Te pones vanidoso porque has estado en Cambridge —dijo la señora Forrester—, pero no puedes negar que empezaste la carrera en el Teatro Joven de Salterton y que le debes lo que eres ahora, teatralmente hablando...

—¡Ay, Dios! —la interrumpió Solly.

—... si es que eres algo teatralmente hablando, cosa que todavía está por demostrar. Y no olvides, jovencito, que para ti es un gran privilegio trabajar con la señorita Rich.

La señora Forrester soltó una carcajada un poquito exagerada, con la que pretendía demostrar que el sermón era bienintencionado. Según ella, podía decirse literalmente cualquier cosa a cualquier persona siempre y cuando no se perdiera la sonrisa, porque así se daba a entender la ausencia total de sentimientos negativos. Vio claramente que iba a ser necesario mantener a Solly a raya.

—La señora F. es extremadamente injusta —dijo Solly—. Quiere que tenga contento a Larry Pye, que le alegre la vida. Tengo que ser Solly Sonrisas, pero ¿me da alegrías ella a mí? No, ¡me salta a la yugular! ¿Por qué motivo, si se me permite la expresión, ha de ser Pye la cal y yo la arena?

—Eres muy joven para merecer ese trato —respondió ella—. ¡Y no me llames señora F.!

—Pues, si es ese el trato que me vas a dar, yo desde luego no puedo hablarte de tú. Si soy muy joven para que me tengan contento, tú eres demasiado mayor para el tuteo familiar. ¿Debo llamar a vucencia «mi señora Nellie Forrester»?

—Cuando te portes bien, llámame Nellie.

—Cuando te portes mal, te llamaré Nellona Gruñona.

La señora Forrester nunca perdía los estribos. Estaba muy orgullosa de esa cualidad suya y la comentaba a menudo con sus amigos. Sin embargo, algunas veces, como en la presente ocasión, notaba un ardor en la boca del estómago que en cualquier otra persona habría sido furia. ¡Qué estupidez la de Solly, que no sabía

aceptar un reproche sin armar alboroto! Buscó a tientas algo aplastante que decir con amabilidad perfecta, pero no encontró nada. Afortunadamente, en ese momento se abrió la puerta y entró el mayor Larry Pye, seguido por un joven con gabardina, pero sin sombrero.

—Bien, se puede hacer, pero no va a ser fácil —dijo Larry, empezando la conversación por el medio, como solía.

—Si alguien puede hacerlo es usted —dijo Solly en un falso tono entusiasta.

—Hará falta mucho cable, eso lo primero —continuó Larry, y se habría lanzado inmediatamente a explicar todas las deliciosas dificultades que había descubierto, y que pensaba vencer, si la señora Forrester no se hubiera abalanzado sobre el joven que lo acompañaba.

—¡Roger! —exclamó—. ¡Eres muy amable por venir a pesar de lo que llueve! No conoces a nadie, ¿verdad?

—Sí, al mayor. También he visto antes al profesor Vambrace —dijo el joven.

—Dos veces —puntualizó el profesor.

—Te presento a la señorita Valentine Rich, de Nueva York, que va a dirigir la obra; Val, este es Roger Tasset, nuestro protagonista. Griselda Webster, que seguramente será nuestro Ariel. El teniente Tasset. Y aquí, Solly Bridgetower, que será, más o menos, el esclavo y burro de carga de la señorita Rich; acaba de volver de Cambridge. ¡Ah! Casi se me olvidaba nuestra queridita Freddy, que vive aquí. Y Tom, que será nuestro gran amigo, estoy convencida. Larry, ¿te hemos presentado a Tom?

—Buenas, Tom —dijo Larry.

Tom entendió perfectamente que, en algún tiempo remoto, Larry había sido mayor y que todavía lo llamaban por el título militar, y le pareció que era lo único encomiable de todo el grupo de gente que había invadido su cobertizo y lo había llenado de huellas de zapatos y de cháchara tonta. Así, pues, saludó a Larry casi militarmente.

—Un buen taller, sí, señor —dijo Larry—. ¿Hay torno?

—No, señor —dijo Tom.

—Lástima, aunque podremos construir aquí casi todo lo necesario —dijo el mayor—, con lo que ahorraremos mucho en portes. Además, nos servirá para tenerlo todo a mano.

Esas palabras fueron la muerte de la última esperanza de salvar el cobertizo que tenía Tom.

—Arrecia la lluvia —dijo el profesor Vambrace.

—Esta tarde no se puede hacer más —dijo la señora Forrester—. Será mejor que pensemos en la forma de volver a casa, ¿no? Bien, entonces, ¿nos parece que este sitio servirá para la obra? Si alguien tiene algo que oponer, que hable ahora.

—No entiendo a la señora F. —dijo Solly maliciosamente—. Sabe que teníamos depositadas nuestras esperanzas en este escenario desde el principio. Ahora ya lo

tenemos, ¿a qué viene tanto rodeo?

—¡Solly! —exclamó la señora Forrester, y dio una patada en el suelo. Sin embargo, enseguida sonrió—. Lo dice por fastidiar y es que sabe que molesta^[3] —dijo. Solly siempre citaba; también ella podía hacerlo.

—No, no; no está tan claro —dijo Larry Pye—. ¿De dónde vais a sacar la toma para el cable manguera? Me gustaría que alguien me lo dijera.

Miró alrededor. En lo único que pensaban todos era en engalanarse y pavonearse. Era el cuento de siempre, el de la cigarra y la hormiga, pero, para los asuntos prácticos, tenían que recurrir a él. Sabía perfectamente dónde se enchufaría el cable manguera; lo tenía todo calculado mentalmente, pero no era cosa que ellos pudieran saber.

—El césped y los árboles son muy bonitos —dijo Valentine Rich— y si puede usted resolver los problemas técnicos, mayor Pye, me encantaría hacer la obra en este escenario. Tengo entendido que es un regidor maravilloso y que hace milagros todos los años.

—De milagros no sé nada —dijo Larry, con una actitud que parecía un niño al que acabasen de regalar una navaja de seis hojas—, pero pondré todo mi empeño. Más no puedo decir.

—En tal caso, no hay de qué preocuparse —dijo la señorita Rich sonriéndole; él, a su vez, soltó una risita y se dijo que en verdad solo un profesional entendería lo que tendría que afrontar.

—¿Has visto el césped de la parte alta, Roger? —preguntó la señora Forrester.

—Me lo enseñó el mayor —dijo Roger Tasset—; está bastante bien.

—Es maravilloso que Roger se una a nosotros —continuó la presidente—. ¡Tiene tanto trabajo! Siempre está dando cursos o recibéndolos o cosas así. Pero sé que va a ser sencillamente maravilloso.

—No lo garantizo —dijo Roger—. No he vuelto a hacer nada por el estilo desde el instituto. Tampoco puedo decir que conozca la obra al dedillo, por cierto. ¿Es esa en la que el prota se convierte en burro?

—No, es la del naufragio —dijo Solly.

—¿Ah? ¡Espectacular!

—Eso esperamos —respondió Solly haciendo una reverencia un poco exagerada.

Se abrió la puerta una vez más y apareció un hombre con gabardina y sobrio sombrero gris; bajó el paraguas y lo sacudió fuera escrupulosamente antes de entrar en el cobertizo. No dejó ni una gota en el suelo de Tom.

—Lamento llegar tarde —dijo—. Tuve que quedarme vigilando a los castigados.

Era Hector Mackilwraith. Lo envolvía un aura de autoridad serena —forjada a lo largo de dieciocho años de ejercicio en el aula de la escuela— que afectó incluso a Solly. El hombre no se hizo cargo, pero inmediatamente la señora Forrester determinó y ratificó en su presencia lo que ya era obvio: que *La tempestad* se estrenaría en el plazo de seis semanas en el césped de la parcela de arriba de St. Agnes. El mayor Pye

manifestó que, a pesar de los inconvenientes, el problema del cable manguera se solucionaría. Según las medidas que dio el mayor, Hector Mackilwraith calculó rápidamente que podría acomodarse público suficiente para sufragar los gastos de producción y obtener beneficios útiles. A continuación se hizo el silencio y, cuando se vio claramente que no había nada más que decir, Griselda se ofreció a ir a buscar el coche grande para llevarlos a todos a casa. Fue Hector Mackilwraith quien la acompañó al garaje protegiéndola de la lluvia con el paraguas y, en el trayecto por la ciudad, mientras iban depositando a los entusiastas del Teatro Joven en sus dispersos domicilios respectivos, él iba sentado a su lado.

Cuando se hubieron ido, Freddy y Tom se miraron con abatimiento. Se abría ante ellos un periodo de seis semanas que sería un auténtico infierno.

—En fin, supongo que si no quieres quedarte en casa con nosotros, no hay nada que hacer —dijo la señora Forrester con un puchero que, quince años antes, resultaba bastante atractivo—, pero lo habríamos pasado en grande.

—No es que no quiera, Nell, es que no puedo —dijo pacientemente la señorita Rich. Habían hablado del asunto más que a fondo durante la cena—. Voy a estar ocupadísima todos los días con los abogados, los subastadores y demás. Sería un estorbo aquí.

—Bien, pues, dejemos el tema. No vamos a pelearnos. De todos modos, me apetecía mucho tenerte un ratito para mí sola. ¿Verdad que sí, Roscoe?

Roscoe asintió con una sonrisa que podía significar cualquier cosa pero que seguramente significaba buena voluntad, lástima por la decepción de su mujer, comprensión por el trago amargo al que se enfrentaba Valentine Rich, renuencia por permitir que una amiga de su mujer se alojase en un hotel y satisfacción porque ningún invitado rompería la pacífica rutina de su hogar. Roscoe Forrester era un vendedor admirable; se ganaba muy bien la vida vendiendo seguros; una de sus principales virtudes en tan competitivo trabajo era la facilidad que tenía para identificarse sinceramente con puntos de vista opuestos.

Siguieron con su cena de carne especiada y ensalada del *delicatessen*, helado de la lechería y galletas con trocitos de chocolate de la panadería. La señora Forrester era partidaria de lo que llamaba «dinamizar las tareas domésticas».

El matrimonio no tenía «hijos ni perrito que nos ladre», como decían a cualquiera tan pronto como lo conocían. Que no tuvieran perrito no sorprendía a nadie, pero la falta de descendencia chocaba. No es que se lo hubieran propuesto, pero tampoco era una cosa que los hubiera separado, como les ocurre a personas más sentimentales; en todo caso, Roscoe Forrester trataba a su mujer con mayor atención solo por eso, como culpándose de no haber sido capaz de darle algo que podría haberla complacido. La ayudaba cuanto podía en sus entretenimientos, aunque ella los llamaba «actividades», y siempre le daba la razón en toda clase de desavenencias. La

protegía y la admiraba y, en el fondo de su ser, la consideraba una mujer extraordinaria.

Por ejemplo, tenía «gusto». Se apreciaba en el piso en el que vivían. Muchos habrían jurado que solo un interiorista sería capaz de conseguir semejante efecto. En el salón, contaba él, únicamente había dos notas de color: un cuadro, una reproducción enmarcada en madera natural de unos caballos rojos que jugaban violentamente en un campo, y una gran ensaladera verde oscuro, en una mesilla auxiliar de roble envejecido. Todo lo demás se había elegido con tanta inteligencia que no tenía color alguno. La tapicería del tresillo era de un tono deslucido llamado champiñón; las paredes estaban pintadas al temple en un color que recordaba al vómito, de recordar a algo. La moqueta, en rollo, también era de color champiñón y las tablas del suelo, las que se veían, repetían con más intensidad el delicado matiz náusea de las paredes. Sobre algo parecido a un muelle de madera torneada se alzaba la única silla del salón. Era verdaderamente muy moderna y la evitaba todo el mundo, salvo los invitados más menudos.

Al otro lado de un arco se encontraba el comedor, más reducido que el salón, pero arreglado con el mismo gusto. En ese espacio se hacían algunas concesiones a la fragilidad humana; por ejemplo, encima del aparador había una estatuilla de porcelana de una anciana con toca que ofrecía a la venta un puñado de globos. Los muebles eran de pino envejecido. Entre los dos, con Roscoe a las órdenes de su señora, los habían frotado con piedra pómez, les habían aplicado aceite y los habían barnizado hasta dejarlos como si estuvieran siempre mojados. Estaban viejos, y la mesa era tan baja que resultaba incómoda para invitados altos, pero todo el mundo decía a la señora Forrester que el efecto en conjunto era encantador. La exquisitez de gusto no alcanzaba a los dormitorios, la cocina ni el cuarto de baño del piso, donde en cambio abundaban los detalles personales; por ejemplo, las toallas de los invitados se identificaban por la palabra «Tú» (en contraste con las que usaba el matrimonio, en las que decía «Él» y «Ella» respectivamente), y junto a la cama de la habitación de huéspedes había una caja de tabaco con tres puros muy secos y dos cajitas de cerillas con una ingeniosa leyenda impresa que decía: «Birlada a los Forrester». La biblioteca se encontraba en el dormitorio principal, alojada en un solo mueble. La parte más coherente era la que la señora Forrester llamaba su «biblioteca de teatro», compuesta por tres antologías de obras teatrales, un curioso e inútil manual titulado *Dirección de actores para teatros grandes y pequeños* (escrito por un profesor que jamás había dirigido una obra en un teatro que pudiera considerarse grande) y un puñado de ejemplares (con las esquinas dobladas) de obras en las que había actuado ella. Asimismo había un libro de Stanislavski que había leído y subrayado inteligentemente en rojo hasta el final del primer capítulo, y que recomendaba a los aficionados que no sabían qué hacer con las manos en el escenario; varios manuales que enseñaban al lector que la paz mental característica de los grandes santos podía conseguirse con cinco minutos de meditación al día, complementados por dos o tres

guías que explicaban que la preocupación, las enfermedades cardíacas, el endurecimiento de las arterias, el *taedium cordis* y la desesperación podían evitarse mediante la relajación muscular; un libro que contaba cómo adelgazar sin dejar de hacer tres comidas deliciosas y satisfactorias al día, más una edición de los *Rubaiyat* encuadernada en desagradable piel blanda (regalo de bodas de la tía de la señora Forrester); y, por si fuera poco, había también unas veinte novelas o más, unas encuadernadas en tela y otras en papel.

—Trabajar contigo va a dar un impulso maravilloso al grupo, Val —dijo la señora Forrester mientras tomaban café en el salón; encendió una elegante lámpara, la cual iluminó el techo muy bien y, con el aumento de luz, los caballos rojos relincharon elegantemente en dirección a la ensaladera verde, que a su vez lanzó reflejos también con elegancia—. Es decir, porque has trabajado profesionalmente mucho tiempo y tendrás mucho que «dar», ¿no te parece?

—Yo no lo diría así —respondió la señorita Rich—. Muchas veces, en el curso de los ensayos, hay tramos largos en los que tengo la sensación de no saber nada.

—¡Ah! Eso lo demuestra —dijo la señora Forrester—. Del que no sabe ni sabe que no sabe aléjate; al que no sabe, pero lo sabe... esto..., un momento... esto... enséñale; del que sabe y lo sabe no te separes. Esa es la sensación que nos da tenerte con nosotros.

—No sé muy bien con cuál de los tres me identificas —dijo Valentine—, pero lo haré lo mejor posible. He dirigido bastantes montajes al aire libre. Siempre salen bien, si no pasa nada verdaderamente desastroso. Al aire libre, el público no es tan crítico.

—¡Oh! ¡Precisamente en eso te equivocas! —La señora Forrester abrió un tanto los ojos y se le iluminaron—. Vendrá gente de grupos de teatro *amateur* desde más de doscientos kilómetros a la redonda, ¡con el tomahawk en la mano! Porque nos envidiarán, ¿sabes? Nunca han puesto una obra pastoril en escena. No se han atrevido con Shakespeare. Estarán pendientes hasta del menor fallo. ¿Verdad que sí, Roscoe?

—Seguro que sí, cari —dijo Roscoe con una sonrisa.

—Lo único que nos convenció para intentarlo fue saber que contaríamos contigo para darle el toque profesional.

—Pero, Nell, cuando me escribiste en febrero, me dijiste que ya lo habíais decidido y fue entonces cuando me preguntaste si os ayudaría.

—Bueno, barajábamos la idea, pero no nos habríamos decidido si tú no hubieras estado dispuesta a venir. La decisión no se tomó hasta la reunión general de todos los socios; en realidad, la comisión no lo tenía tan claro. Sé que suena antidemocrático, pero en estos teatros *amateurs*, además de la democracia, hay que poner el sentido común, ¿verdad?

—Una de las mejores cosas que tiene el teatro profesional es la falta total de democracia. Si no vales, te largas. Aunque puede que la verdadera democracia sea eso. No sé, no soy nada política.

—Si te dejas llevar por la democracia en el Teatro Joven de Salterton, se te complicarán mucho las cosas —dijo la señora Forrester—. No me avergüenza decirte que las verdaderas decisiones las tenemos que tomar el profesor Vambrace y yo y, luego, conseguir que las apruebe la comisión; después, por lo general, es la comisión la que dirige las reuniones. De otro modo, algunos, como Larry Pye, saldrían con las ideas más disparatadas; no piensa más que en comedias musicales... para poder hacer el mono con las luces.

—Espero que no quiera hacerlo mucho con *La tempestad*.

—¡Ah! ¡Te entenderás bien con él! Seguro que estás acostumbrada a maldecir de los técnicos de luces.

—No, en mi vida me he metido con ninguno, que yo recuerde. Ves demasiadas películas sobre teatro, Nell.

—A los nuestros puedes hablarles francamente, no temas. He tenido un par de agarradas considerables con Larry, ¿verdad, Roscoe?

—Desde luego, cari.

—Y me he ganado su respeto. En ese aspecto, comprobarás que somos completamente profesionales.

—Por lo general, tengo otras maneras de comprobarlo —dijo Valentine.

No deseaba darse aires de superioridad, pero no estaba dispuesta a prometer que insultaría al técnico electricista del Teatro Joven de Salterton solo por complacer el deseo de franqueza desagradable de Nellie; al fin y al cabo, hacía quince años que habían dejado de ser amigas íntimas. Y, aun así, tampoco lo habían sido tanto como Nellie parecía pensar. Era curioso que la memoria pudiera distorsionar tanto una amistad bastante normal. En cambio, la suya era excelente.

—Siento lo de Solly Bridgetower —dijo la señora Forrester—, pero ya viste cómo fue todo. Cuando parecía que no ibas a poder venir con nosotros, pasamos dos semanas desesperados y a alguien se le ocurrió pensar que podía dirigir la obra él. Está en Cambridge, ya sabes, pero ahora mismo ha vuelto a casa solo porque su madre está muy enferma. Pensaba ayudarle yo, incluso hice un reparto provisional antes de ofrecerle la dirección de la obra. Aceptó, naturalmente. Entonces, cuando al final viste que podías venir, tuvimos que pedirle que renunciase a dirigirla y dijimos a todos los que tenían ya un papel que solo tú tomarías las decisiones definitivas. Entonces, él dijo que sería tu ayudante. Yo no quería, pero tampoco podíamos negárselo fácilmente. Dice que solo será tu chico para todo, porque quiere aprender, pero no lo creeré hasta que lo vea. Es un presuntuoso.

—Me pareció bastante agradable.

—Es muy insolente. A los canadienses los estropea la educación en Inglaterra... salvo a los licenciados de Rhodes, que se colocan de funcionarios en cuanto vuelven a casa. La agradable sencillez que caracteriza a los canadienses siempre parece echarse a perder en el extranjero. Muchos de nuestros chicos estudian toda la carrera en las universidades del país y salen tan frescos y prometedores como cuando

entraron, pero los que van al extranjero siempre vuelven estropeados. ¿No es así, Roscoe?

—Lo que digo —respondió Roscoe— es que en el mundo tiene que haber de todo. Solly me cae bien. Es un buen chico.

—¡Ay, Roscoe! ¡Es que a ti te cae bien todo el mundo! —dijo su mujer.

—Ah, eso se acerca mucho a la verdad, cari.

La señora Forrester habría opinado que el interior de St. Agnes carecía de gusto. En cuestión de mobiliario y complementos, pesaban las preferencias personales del señor Webster, puesto que su mujer había muerto hacía más de diez años. Le gustaban las cosas voluminosas, la madera oscura, el papel pintado con profusión de motivos y los ambientes recargados de muebles, o «atestados», al decir de Griselda. Le gustaban también los libros y tenía muchos; las alfombras persas y chinas, que hacían silenciosas sus habitaciones; el cuero, abundante en la casa, tanto en sillas y guardafuegos como en libros e incluso en pantallas de lámparas. El ambiente general resultaba oscuro y un poco sofocante, pero así le gustaba a él. Había permitido a Griselda decorar a su antojo un dormitorio con salita para su uso exclusivo. La habitación de Freddy era austera, porque había retirado los cuadros infantiles de gatitos y conejitos y había añadido una pequeña librería para guardar sus obras predilectas sobre el vino y sobre la liturgia de la Iglesia Anglicana, tal como hubiera sido sin la reforma del Libro de Oración. El único cuadro era una reproducción en color de *La Nourriture de Bacchus*, de Poussin. Aunque el rechoncho diosecillo tragando de un cuenco no era su ideal de catador de vinos, el cuadro tenía algo que le llamaba la atención poderosamente. A la cabecera de la cama, presidía la pared un pequeño crucifijo de marfil.

No, St. Agnes por dentro le habría parecido lamentablemente falta de gusto, una verdadera lástima, habida cuenta de la gran cantidad de dinero que, evidentemente, se había invertido en amueblarla y decorarla tal como estaba.

La mayoría de la gente que se tomaba la molestia de pensar siquiera en cómo cenarían los Webster se figuraba que lo hacían con grandeza todas las noches. Sin embargo, esa noche, tras la victoriosa toma del cobertizo por las huestes del Teatro Joven, el señor Webster y sus hijas cenaron sándwiches y tomaron café de un termo en el grande y lúgubre comedor. Era la noche libre del servicio. Al señor Webster le gustaban esas «meriendas campestres».

—Esta tarde vinieron los del Teatro Joven, papá —dijo Griselda.

—¡Ah! ¿Y les pareció bien mi jardín?

—Ajá. Les gustaría hacer la obra en la parte de arriba, con los árboles grandes de fondo.

—Bueno, ahí harán tan poco estropicio como en cualquier otra parte. ¿Qué demonios es esto?

—Un mejunje de no sé qué de pescado.

—¿No hay ningún sándwich de manteca de cacahuete?

—Sí, pero creo que no son para ti. Se supone que no comes esas cosas. No son comida de hombre.

—A mí me gusta. Pásame uno.

—Papá —dijo Freddy—, ¿no te parece que sería mejor decir a Tom que no les deje entrar en el cobertizo? Es donde se guardan las herramientas más valiosas.

—No creo que se las vayan a llevar —dijo el señor Webster.

—No, pero a lo mejor las estropean y lo ponen todo patas arriba. Además, ya sabes lo poco que le gusta a Tom que entre gente allí.

—Pues tendrá que acostumbrarse.

—Freddy ha dicho una grosería a la señora Forrester esta tarde —dijo Griselda.

—Me alegro —contestó el padre.

—No le rías la gracia, papá. Esta niña se propasa.

—Empezó ella —dijo Freddy—; me pone mala que me traten como a una cría. Tengo tanto cerebro como tú, Gristle, y se me debe el mismo respeto que a ti.

—Cuando crezcas, querida —dijo Griselda con insufribles aires de madurez.

—¡Narices! —replicó Freddy groseramente—; solo nos llevamos cuatro años. Si tuviera unos pechos tan grandes como los tuyos y un culo como un abejorro, todo el mundo andaría zumbando a mi alrededor, igual que hacen contigo.

—Si crees que es eso lo que te va a pasar, siéntate y espera —dijo Griselda—. Ya se ve que eres nervuda. Ni cuando te salgan los atributos sexuales secundarios, si es que te llegan a salir, pasarán de poquita cosa.

—¡Niñas! ¡No seáis ordinarias! —dijo el señor Webster.

Tenía una vaga idea de que era necesario ejercer cierto control sobre el vocabulario de las niñas y poner algún límite, pero nunca sabía dónde trazarlo. Les había permitido utilizar la biblioteca sin restricciones, y no hay nada tan nocivo para el recato y la delicadeza en el habla como disponer de una biblioteca nutrida.

—Va a dirigir la obra una mujer —dijo Griselda—. Parece muy sensata y no habla mucho, cosa rara, porque, por lo visto, es amiga de la señora Forrester; es una tal Valentine Rich que vivió aquí hace años. Trabaja en el teatro profesional en los Estados Unidos. ¿Sabes algo de ella, papá?

—Si abrieses el periódico de vez en cuando, Gristle —dijo Freddy—, sabrías que es bastante famosa, relativamente hablando. Es buena actriz. No hace muchos papeles protagonistas, pero sí importantes de reparto, si es que sabes lo que quiere decir eso, que lo dudo. Y dirige. Ha dirigido algunos montajes increíblemente buenos. Hace dos años puso en escena *El diablo blanco* y, según la crítica, la dirección fue buena, a pesar de que los actores eran pésimos y destrozaron la obra.

—Si es tan buena, ¿por qué no estuvieron bien los actores?

—Porque no se puede pedir peras al olmo, pero pronto lo veremos en la parte de arriba. De todos modos, los estadounidenses son incapaces de representar obras de

esa clase. No tienen ni pizca de estilo —Freddy despreciaba pomposamente el teatro estadounidense.

—Creo que he oído hablar de ella —dijo el señor Webster—. Su abuelo, el viejo doctor Savage, murió hace unas seis semanas. Era un gerifalte de Waverley hace años, pero en los últimos tiempos se dejaba ver poco.

—Ella ha venido a vender sus cosas —dijo Freddy—; es la heredera. Seguramente harán una subasta. ¿Crees que sacaré mucho, papá?

—Eso nunca se sabe, aunque no creo. Los profesores no suelen poseer mobiliario de interés. Puede que saque unos miles, si la venta funciona.

—Probablemente tendría muchos libros interesantes —dijo Freddy—; si se organiza una subasta, ¿me dejarás asistir, papá? Es decir, ¿me das algo de dinero, por si sale algo interesante?

—Tienes instinto de trapero, Freddy —dijo Griselda—. ¿Para qué quieres libros viejos y mugrientos de un profesor muerto? ¿Es que no te basta con los que hay aquí? ¿Y cómo sabes tanto de la señorita Rich?

—Miro hacia fuera, al mundo —dijo Freddy—. Tú miras hacia dentro, a ti misma. En tu más profundo fuero interno, Gristle, te pasas la vida postrada de hinojos adorando al espejo.

Griselda sonrió perezosamente y arrojó un sándwich de pescado a su hermana.

Concluida la sencilla colación, la familia se dispersó, cada cual a sus distracciones. El señor Webster fue a la biblioteca y se puso a hojear algunos tomos de las publicaciones de la Champlain Society. Era su lectura predilecta. Al contrario que muchos canadienses acaudalados, nunca había ido a la aventura en busca de oro ni había vivido con indios y guías como los exploradores; no le gustaban la caza ni la pesca. Sin embargo, su pasatiempo era explorar sin moverse del sillón: le resultaban muy interesantes las peripecias ajenas.

Freddy estuvo un rato en compañía de su padre en la biblioteca, sacando libros uno tras otro en silencio hasta que recogió toda la información que había sobre el difunto doctor Adam Savage. No era mucha; lo mencionaban en una *Historia de Waverley* como catedrático de griego, contemporáneo de varios catedráticos más, quienes, recíprocamente, figuraban como contemporáneos de él. Los escritores de esa clase de libros de historia tienen la costumbre de dar la relación de pedagogos muertos como Homero daba la de las naves, más por culto a la sonoridad de los nombres que por iluminar al lector. Un político vinculado a Waverley lo citaba en sus memorias con el epíteto de «grande», aunque resultaba poco convincente; cuando un político alcanza mayor notoriedad que un maestro suyo, lo más probable es que le adjudique el título de «grande». Y eso fue todo lo que encontró. El doctor Savage había muerto de verdad. Freddy dio las buenas noches a su padre y se fue a su habitación.

Se desvistió y se miró críticamente en el espejo. Aún le dolía el comentario de Griselda sobre su tipo. «Es que parezco un chico», pensó. No era cierto, y lo habría

sabido si hubiera estado más íntimamente familiarizada con los chicos. «Gristle tiene razón, soy nervuda», se dijo. Tampoco era cierto. Delgada lo era, sin duda, y plana y escueta de trasero, pero no nervuda, y apuntaba a cosas mejores. Con todo, la joven no estaba de humor para sentirse satisfecha de sí misma y, mientras se ponía el pijama y se metía en la cama, se preguntó cómo reaccionaría su padre si le dijera que dentro de uno o dos años ingresaría de postulante en un convento anglicano. Con cierta falta de lógica, dejó de pensar en eso y se puso a leer un gran libro ilustrado de Rabelais que había sustraído de la biblioteca. Lo encontró muy divertido e hizo mentalmente una lista de términos insultantes, para la próxima vez que discutiese con Griselda.

Su hermana también se preparaba para irse a la cama. Había en Salterton cuatro jóvenes que aquella noche deseaban poder invitar a salir a Griselda Webster, pero, puesto que ninguno la conocía muy bien y su belleza y la fortuna del padre los intimidaban y puesto que temían que los rechazara si la invitaban, y estaban convencidos de que una chica como ella debía de tener comprometidas todas las noches con meses de antelación, ninguno se había atrevido a hacer nada al respecto y, así, a las ocho en punto, la joven se encontraba en la bañera.

Una de las satisfacciones que se permitía eran los baños largos. Le gustaba meterse en un baño perfumado e ir renovando el agua caliente de vez en cuando mientras fumaba, comía bombones y leía. Prefería dos clases de novelas de amor; cuando no leía a Anthony Trollope, cuyas historias lentas y sensatas admiraba mucho, buscaba novelas atrevidas, de las que normalmente se publican encuadernadas en papel, sobre obispos que se veían obligados a acudir en ropa interior a un campamento nudista, hombres que se transforman en mujeres y solteros a los que se sorprende en situaciones comprometidas, pero inocentes, con chicas guapas. Era de mentalidad sencilla, aunque ligeramente procaz.

Movió las caderas para que el agua caliente le cubriera el estómago, que se le había quedado un poco frío. Tocó un bombón analizándolo y, como parecía ser de los blanditos por dentro, se lo metió en la boca. Volvió una página de *El vicario de Bullhampton*. La paz nocturna descendió sobre St. Agnes.

A las seis menos cinco minutos Hector Mackilwraith salió del YMCA y se dirigió a paso vivo al Snak Shak. Era un restaurante pretencioso, a pesar del nombre, y atraía a los estudiantes de Waverley por su despliegue innecesario de electricidad, música popular a todas horas, proporcionada por una máquina con luces rojas, azules y verdes, como el trasero de un babuino, y algunos pintorescos detalles de intelectualidad en la decoración. Uno de ellos consistía en un mural de un gnomo de ojos saltones, que representaba al personaje shakespeariano de Puck, colocado encima del surtidor de soda y del mostrador de los platos; de la boca del gnomo salían las palabras: «Señor, qué alimentos son estos bocados», escritas en caracteres

de inglés antiguo. El Snak Shak no era elegante ni tranquilo, pero estaba limpio y se podía cenar un menú de tres platos por sesenta y cinco centavos, si se compraban bonos de comedor de diez dólares. Hector era uno de sus más fieles parroquianos.

Por lo general, entramos en los locales de manera muy distinta, según los conociéramos o no. Las piernas llevaron a Hector hasta la puerta del restaurante con tanta precisión que pudo asir el pomo y entrar sin perder el paso. Fue hasta su mesa de costumbre, lo más lejos posible del trasero de babuino de la máquina de música, colgó la gabardina y el sombrero y se sentó a leer el periódico. A su debido tiempo, se acercó la camarera que siempre lo atendía —llevaba ya casi tres meses en el Snak Shak— y lo saludó con la cordialidad que reservaba a los «habituales» que nunca «intentaban hacerse los frescos».

—Buenas noches —le dijo—. ¡Qué mal tiempo!, ¿eh?

—Sí. Llueve.

—Sí, a cántaros. ¿Zumos o sopa?

—Zumos de verdura variada, por favor.

—Sí, ¿y después?

—Hum. ¿Pollo al rey?

—Le advierto que esta noche no es lo mejor. Mejor la hamburguesa.

—De acuerdo.

—Con mucha cebolla, como de costumbre, ¿eh?

—Sí, gracias.

—¿Y de postre?

—Pastel de chifón de coco.

—Estaba apostando yo conmigo misma a que iba a decir eso. Es usted goloso, ¿sabe?

—¡Ah!, ¿sí?

—Sí. No tiene nada de malo. No está tan gordo. ¿Y para beber?

—Té, por favor, con dos bolsitas.

—De acuerdo. Enseguida se lo traigo.

Hector volvió al periódico. Por lo general, era un lector metódico, leía las noticias internacionales, después las locales y luego los artículos de fondo, por ese orden, y finalmente echaba una hojeada a lo demás. Lo último siempre eran los chistes; no es que le gustasen particularmente, los miraba convencido de que solo lo hacía por saber lo que leían sus alumnos, pero la verdad es que se había aficionado a ellos, cosa que lo avergonzaba bastante.

Esa noche avanzaba despacio en la lectura. Leyó el mismo artículo dos veces sin darse cuenta, porque estaba pensando en otra cosa: un asunto de peso que le tenía preocupado. Debía tomar una decisión sobre pedir o no pedir un papel en *La tempestad*.

Para mucha gente, esa clase de problema es de fácil solución. Si uno quiere una cosa, se pone en marcha y la hace; de lo contrario, la deja correr y se acabó. Sin

embargo, Hector era maestro de escuela, de matemáticas, además, y estaba orgulloso de su metódica forma de pensar. En todos los casos ordenaba los argumentos a favor y en contra mejor que un jesuita y después los estudiaba detenidamente. Cuando por fin reconoció qué era lo que le preocupaba, dobló el periódico escrupulosamente, lo dejó en el asiento de al lado y sacó su libreta negra, el terror de centenares de alumnos. Escribió los títulos en una página en blanco: «Pros» y «Contras», y trazó una línea vertical en el centro. Con rapidez, limpiamente —pues tenía la costumbre de tomar así las decisiones, aunque se tratase de asuntos como las ventajas respectivas de dos lavanderías chinas— escribió lo siguiente:

Pros

H. M., 6 años de tesorero del Teatro Joven: ha servido bien al X J.; merece buen trato del T. J.

H. M., probablemente tan b. actor como cualquiera del grupo del T. J. obra; Shales.

Necesidad de más vida social: siempre trabajo, nada de diversión, etc. Dinero suficiente para hacerme sitio entre lo mejor del T. J.

Será divertido disfrazarse, bigotes postizos, etc.: Shales y la cultura.

Contras

H. M., maestro; nada de tonterías.

Papel de enamorado, payaso o persona inmoral, no; abundan en la obra; Shales vulgar a menudo.

Mucha dedicación: no hagas nada que pueda hacerte perder respeto de alumnos, colegas, etc.; falta de condiciones para recibir visitas.

¿Invasión terreno depto. lit. ing.?; recordar certificado de especialista en matemáticas.

Sopesó la página que tenía delante de los ojos. Llegó la camarera con la cena, todos los platos en una bandeja, y, abstraído, pensando en su disyuntiva, se tomó el zumo de verdura variada. Seguía zambullido en sus reflexiones cuando atacó la hamburguesa con guarnición, pero se acordó un momento de que, con cebolla, debía haber pedido un vaso de leche, para contrarrestar el mal aliento; de todos modos, después de cenar no iba a ir a ninguna parte y de sí mismo no tenía por qué preocuparse, pues le gustaba el olor a cebolla. Con todo, se reprendió bruscamente: eso era un proceder y una actitud negligentes; como tantas veces le había dicho su madre, los caballeros utilizaban el cuchillo de la mantequilla aunque estuvieran solos. Cuando se repite una negligencia tres veces, se convierte en costumbre. Llamó a la camarera y pidió leche. «Sé fiel a ti mismo, etc.», Shales.

La duda lo atormentaba. Por lo general, una de las dos columnas, bien la de los pros, bien la de los contras, era mucho más larga o más débil que la otra, pero ahora estaban prácticamente empatadas. Sacó una carta de una carpetita que llevaba en el bolsillo interior y la leyó por tercera vez en el día:

ADMINISTRACIÓN DE ONTARIO
DELEGACIÓN DE EDUCACIÓN

Querido Hec:

Solo dos palabras para comunicarte que te van a proponer para el Tribunal de Revisión de Matemáticas este verano: para que lo presidas, concretamente. El delegado no ha cerrado la lista todavía, pero no habrá cambios. Ya sabes lo que significa eso. Serás el presidente del tribunal de examen el año que viene o el siguiente, lo cual te da derecho a un puesto en la delegación si lo deseas, ¿eh? Los amigos que tienes aquí te lo arreglarán todo, si te lo montas bien en la Revisión. Acuérdate de lo que decía Churchill: dadnos las herramientas y nosotros cumpliremos el encargo. ¡Hasta luego, Hec, amigo mío!

Russ

En cualquier otro momento del pasado, esa carta le habría inspirado un éxtasis perfectamente controlado. Le proponían un ascenso al cuadro de examinadores del sistema provincial, más la perspectiva de un puesto en la Delegación Provincial de Educación, ¡el paraíso musulmán de los maestros ambiciosos! Y era su amigo Russell McIlquham en persona, un hombre en alza y que gozaba del más codiciado beneficio ministerial —ser el hombre de confianza del viceministro— quien le aseguraba que él, Hector, sería investido de autoridad ministerial y tendría muchas posibilidades de imponer sus planes preferidos a otros maestros reacios, y que todo era solo cuestión de tiempo. Sin embargo, como suele suceder en este mundo insatisfactorio, la buena noticia llegaba inoportunamente. Se llenaba la copa de su ambición profesional en el momento en que ansiaba deleitarse con otras rarezas. ¿Qué debía hacer? ¿Actuar —derrotero del que, según le decía su sentido común, no sacaría más beneficio que la propia satisfacción— o alargar la mano y recoger el fruto de su carrera profesional? En cierto modo, lo asombraba verse tan vacilante, tan incapaz de elegir.

Ya casi había terminado la porción de pastel de chifón de coco. Comía metódicamente: devoraba primero la masa dura de la parte de atrás (su avezada vista le decía que era una sexta parte razonable, aunque no exacta, de una tartaleta de veinticinco centímetros de diámetro) y dejaba un bocado de crema y coco para comérselo voluptuosamente al final, cuando hubiese terminado con la masa. Fue en el momento en que se llevaba la deliciosa cucharada a la boca cuando levantó la vista y divisó en la barra, a cierta distancia de él, a una persona vagamente conocida.

Hector poseía una memoria excelente para los nombres y las caras. Algunas veces hacía reír a sus colegas de la escuela recitando la lista de una clase de hacía diez o doce años; jamás tropezaba en ningún nombre. Reconoció al joven teniente Roger Tasset, a quien había visto brevemente hacía una hora y veinticinco minutos en el

cobertizo de St. Agnes.

Tasset hablaba con la camarera desde el lado exterior de la barra. Hector no oía lo que decían, pero la chica se acercaba a Roger con una cara sin rastro de la expresión suspicaz y amenazadora que suelen adoptar las camareras cuando hablan con un cliente joven. Incluso parecía resplandecer un poco, y escuchaba a Roger con los labios húmedos y un poco abiertos. Lo cierto es que le estaba diciendo algo sobre el elevado impuesto del paquete de cigarrillos que había comprado. Sin embargo, lo que vio Hector fue que la chica parecía responder a la galantería que emanaba claramente de la actitud y el rostro de Roger, ya que no de sus palabras.

Se metió el trocito de pastel en la boca con rapidez inusitada, cogió la libreta negra y trazó una línea horizontal debajo de las dos columnas, pero, en vez de escribir como siempre el nombre de la parte victoriosa en letras mayúsculas debajo de la línea, puso: «Hay decisiones que la razón no puede tomar».

La pequeña pero evidente calvicie de la señora Bridgetower brilló opacamente a la luz de la lámpara cuando agachó la cabeza hacia el plato de estofado de ostras. La lámpara era fea, pero de una fealdad solemne que rayaba en la grandeza. Pendía sobre el comedor fijada a una viga de imitación de roble por una cadena de eslabones de bronce oxidados que, con el tiempo, se habían oxidado más, y extendía los brazos como un dosel sobre el centro de la estancia. La pantalla era de tiras de bronce unidas por remaches del mismo metal, con engastes de cristal tan toscos y tan moteados de verde y amarillo, con algún que otro punto rojo, que parecían moco vitrificado. Cuando el difunto profesor Bridgetower y ella construyeron la casa, antes de la primera guerra mundial, la lámpara era una preciosidad, porque así era la moda del momento. Lo mismo podía decirse del resto de la habitación: mesa y sillas de roble, muy inspiradas en William Morris, aunque no lo suficiente; aparador empotrado en la pared del fondo, con su trocito de espejo empañado y sus puertas de cristal emplomado, que encerraban tazas, platos y porcelana fina; y moqueta azul en el suelo.

Cuando se construyó la casa, la señora Bridgetower ordenaba las comidas y estipulaba cuándo debían servirse, como se estilaba en aquella época. La mesa a la que estaba sentada con Solly tenía un mantel blanco de lino; pensaba, y no le faltaba razón, que la única ventaja de los manteles individuales era que ahorraban colada, pero le parecía una forma inapropiada de ahorrar. No aprobaba las comidas rápidas e informales y, aunque comer no le importaba mucho de por sí, acompañaba a Solly a lo largo de la sopa, segundo plato, postre y algo de picar todas las noches que se sentaban juntos a la mesa. Entre bromas y veras, le hacía ponerse para la cena al menos una americana oscura o, preferiblemente, traje oscuro. E insistía en que la velada debía animarse con lo que ella denominaba «charla apropiada». La charla apropiada conllevaba muchas preguntas.

—¿Qué has hecho esta tarde?

—Tuve que ir a St. Agnes, madre, a ver el escenario de la obra.

—¡Ah! Eso significa que tendremos el honor de asomarnos al jardín de la propiedad, ¿no? Todo un privilegio para el Teatro Joven, sin duda.

—El señor Webster nos presta la parcela de arriba.

—Supongo que no ha podido negarse, puesto que Griselda va a hacer un papel protagonista.

—El reparto se hizo provisionalmente antes de pedirle el favor, madre.

—Eso no cambia las cosas tanto como parece creer. No es que me importe que os lo preste o no ni los motivos que tenga. No me importa mucho ese señor.

—No sabía que lo conocieras.

—Es que no lo conozco.

Silencio. Después de la sopa, un plato de lomo de cerdo. Solly no sabía de qué hablar. Debía mantenerla lejos de la política internacional. Era el tema que su madre estudiaba —no, estudiar, no; era su principal preocupación y el origen de su neurosis particular— desde que él tenía memoria. Antes de casarse, como universitaria despierta y resuelta a demostrar que la educación superior podía ser tan beneficiosa para la mujer como para el hombre, a la señora Bridgetower le alarmaba muchísimo el peligro amarillo, aunque de una forma sumamente inteligente y realista, claro. Con gran sentido del patriotismo, había dedicado los años de la guerra a la amenaza prusiana, pero inmediatamente después volvió a su amor anterior. En «los treinta» se mantuvo ocupada con el totalitarismo, pero cuando empezó la segunda guerra mundial y entró Japón en el conflicto, el miedo al peligro amarillo floreció de nuevo considerablemente. Tras la subyugación de los japoneses, vinieron terrores y amenazas varias de América Latina y Sudáfrica, con el consiguiente aumento de atención a la amenaza roja; sin embargo, a fuerza de pensar en Rusia como potencia asiática, consiguió subsumir la amenaza roja en una ampliación del peligro amarillo de siempre. Envejecía y se aferraba a sus ideas, de modo que el apego a los peligros y temores antiguos podía con el de las innovaciones posteriores.

El problema era que, cuando hablaba de cualquier tema menos portentoso que las conjuras orientales del Kremlin, podía ponerse demoledoramente irónica, y Solly no quería exponer a la crueldad de su madre lo que de verdad le importaba. No obstante, debía contarle algo; de lo contrario, insinuaría la falta de interés de su hijo por estar con ella y montaría un numerito largo y humillante en el que él habría de demostrar el cariño que le profesaba y lo mucho que le preocupaba su afección cardiaca, y terminar dejando muy claro que, mientras viviera, no había nada comparable a ella en el mundo entero. Se lanzó.

—Creo que la obra puede salir bastante bien. Tenemos un reparto bastante aceptable.

—¿No dijiste que uno de los papeles protagonistas lo iba a hacer el profesor Vambrace?

—Sí, el de Próspero.

—Ajá. Es suficientemente flaco. ¿Con qué mujeres contáis?

—Pues, con Pearl Vambrace, que seguramente será Miranda, y con Cora Fielding, que hará de una de las diosas.

La señora Bridgetower atacó.

—Pero, entonces, solo queda libre el personaje de Ariel; no irás a decirme que se lo has ofrecido a Griselda Webster, ¿verdad? Hay que reconocer que tienes mucha confianza.

—El reparto no lo hice yo, madre; se ha hecho una lista provisional, la hizo la señora Forrester antes de preguntarme si estaba dispuesto a colaborar.

—Supongo que la señora Forrester la fichó por sus encantos. Pues, la verdad, personalmente, nunca me ha parecido que tuviera tantos; en mi opinión, es una Dolly Varden^[4] normal y corriente.

No se sabía exactamente a qué se refería la señora Bridgetower con esa frase condenatoria, pero Solly la había oído muchas veces en boca de su madre, aplicada a cualquier muchacha que, en su opinión, pudiera ser atractiva para él.

Conque era eso, ¿eh? ¿Su madre pensaba que Griselda le gustaba? Ahora se explicaba los desagradables comentarios.

Después del lomo, llegó el turno de las islas flotantes: inmóviles porciones de merengue aprisionadas en un mar de chocolate.

Solly debía tener cuidado. No podía dar la menor señal de sentir algo por Griselda, quien, en realidad, le era hasta cierto punto indiferente, ni debía apresurarse a convenir con su madre, porque ella sospecharía que pretendía engañarla y entonces se convencería más que nunca de que había algo.

—En estos momentos no tenemos muchas chicas entre las que elegir —dijo—. Supongo que no preferirías ver a Pearl Vambrace en el papel de Ariel, ¿verdad?

Eso fue una astuta inspiración. El desprecio que profesaba su madre a los Vambrace era uno de sus pasatiempos intelectuales menores.

—Lo mismo me da que me da lo mismo, diría yo. Aunque seguramente la hija de los Vambrace vacilaría más a la hora de enseñar las piernas. Y con motivo.

Una vez más, Solly se vio obligado a admirar cómo se encendía su madre ante la mención de las piernas de las jóvenes. Eran una iniquidad sobre la que saltaba con la violencia y el despliegue de vituperios de un teólogo puritano. Aunque en ese caso no le faltaba razón, pues las piernas de Griselda no dejaban indiferente a nadie; quienes no las condenaban porque incitaban a la terrenidad, las admiraban perdidamente. En la última intervención la señora Bridgetower había matado dos pájaros de un tiro: condenar a Griselda por tener piernas bonitas y burlarse de la infeliz Pearl Vambrace por tenerlas feas. Ciertamente, había sacado buen provecho de los estudios superiores.

—¿Cuándo empezáis los ensayos?

—Inmediatamente, madre.

—Supongo que habrás tenido mucho trabajo preparando la obra, ¿no? Estoy convencida de que será toda una novedad para más de uno de los que van a participar.

—He trabajado bastante, pero en realidad no la voy a dirigir yo.

—¿Cómo? ¿Y por qué?

—La señorita Valentine Rich ha vuelto a Salterton a pasar el verano y la señora Forrester le ha pedido que la dirija. Me alegré cuando me dijeron que no lo haría yo. Al fin y al cabo, ella es profesional. Voy a trabajar a sus órdenes y espero aprender mucho.

—¿Valentine Rich? ¿La nieta del viejo profesor Savage que se hizo actriz?

—Es bastante famosa.

—Como debe ser. Había madera en esa familia, ya veo. ¿Se encuentra aquí ahora?

—Ha llegado esta tarde. Creo que ha venido para arreglar los asuntos de su abuelo.

—Me figuro que será su heredera. Pues, ¡podía haber vuelto antes! Al final, el hombre ha estado completamente solo.

—Completamente no, madre. Tenía muchos amigos y, según dicen, se han portado muy bien con él en los últimos años y durante la enfermedad.

—No eran familiares. Espero no tener que morir rodeada de desconocidos. De todos modos, uno debe aceptar lo que le depara el destino.

Solly advirtió el peligro. Cuando se emocionaba, su madre tenía la costumbre de referirse a sí misma en tercera persona, cosa que acentuaba el patetismo de su sincera autocompasión. A esas alturas de la cena, habían desaparecido ya la isla flotante y las ciruelas envueltas en beicon frito que vinieron detrás. Su madre se levantó.

—¿Vamos los dos a tomar el café o vienes después?

Era una reminiscencia de la época en que, durante unos meses, el difunto profesor Bridgetower se quedaba sentado en la mesa exactamente cinco minutos más que su mujer, tomando un medicinal vaso de oporto, prescrito como tónico. Había cuajado en ella la idea de que los hombres se demoraban con el vino y todavía intentaba que a Solly le entrase la idea en la cabeza y lo hiciera también. No había vino en la casa, salvo *brandy* para los «trances» de la señora Bridgetower y la botella que Solly guardaba para su uso exclusivo en el aparador de su sala de estar. Sin tomarse la molestia de contestar a su madre, se levantó y la siguió a la lúgubre salita en la que vivían muchos libros, encerrados en prisiones de plomo y cristal, como la porcelana del comedor. Allí, en la penumbra, tomaron café ceremoniosamente y sin alegría, como si fuera medicina. Y de esa forma concluyó la que fue la cena más larga y ceremoniosa de aquella noche en Salterton, lo cual, de haberlo sabido, los habría asombrado mucho. La señora Bridgetower creía que todo el mundo vivía igual que ella, excepto la gente como los Webster, que comían mucho más y tardaban más en hacerlo.

—Bien —dijo al tiempo que posaba la taza—, será un placer ver *La tempestad* de

nuevo. La vi representada por los Actores de Ben Greet y por Beerbohm Tree, también, cuando era niña. Tu padre y yo la vimos en Stratford en nuestro memorable viaje de 1934. Hagan lo que hagan entre la señorita Rich y Griselda Webster, siempre me quedarán mis grandes recuerdos.

Tan pronto como pudo, sin perder las apariencias, Solly dejó satisfecha a su madre con un libro de geopolítica y se retiró a su habitación de la buhardilla so pretexto de tener muchas tareas pendientes. La animadversión de su madre por Griselda le hizo el efecto que cualquiera salvo ella habría podido predecir; a las nueve en punto, cuando la joven recalentaba el agua del baño por tercera vez y experimentaba un vago deseo de tener algo más interesante que hacer que seguir el plácido amor de Mary Lawther, Solly estaba en la buhardilla tomando *whisky* de centeno con agua del grifo, lamentando no tener valor para llamarla e invitarla a quedar para... ¿para qué? No podía usar el coche de su madre, no sabía adónde ir con ella. Le entristecía que su madre le inspirase impotencia y miedo, se sirvió otro poco de *whisky* y puso en el tocadiscos una obra melancólica de Mozart.

A esa misma hora, Valentine Rich, tras haberse librado de los Forrester, se encontraba sola en casa de su abuelo, sujetando en la mano las cartas que le había escrito ella a lo largo de los últimos doce años. Todas tenían la fecha consignada en el sobre y estaban pulcramente atadas en un paquete con una cinta. Fue lo primero que encontró cuando abrió la antigua caja fuerte doméstica. Había amado y respetado a su abuelo y, aunque no deseaba que resucitase, lo echaba mucho de menos. Antes de seguir buscando, se sentó en la silla giratoria y lloró por el paso del tiempo y por la muerte necesaria del querido y sabio anciano.

Dos

Una vez tomada la decisión de pedir un papel en la obra, Hector Mackilwraith se puso en marcha rápidamente, dentro de los límites impuestos por su temperamento: ese viernes por la noche no hizo nada. Volvió a su habitación del YMCA y pasó una agradable velada corrigiendo exámenes de álgebra, tarea que llevaba a cabo con elegancia matemática e incluso cierto grado de ingenio. No tenía la costumbre de garabatear los pliegos de examen, como muchos otros profesores, sino que, armado de un lapicero rojo de punta afilada como una aguja, hacía una pequeña señal en el lugar en el que había fallado la resolución del problema, pero no para ayudar al alumno a corregir el error, sino simplemente para mostrarle el momento en que había pecado contra las matemáticas. El cálculo de la nota resultante era un milagro de justicia equitativa; lógicamente, siempre había alumnos que iban a quejarse de la nota, aunque no con esperanzas de arrancarle algún punto más, sino por cumplir, a modo de ceremonia necesaria.

Alcanzaba las cotas de ingenio más elevadas en la corrección de los ejercicios de los peores alumnos. No ponía un cero al zoquete que no daba una en el clavo, sino que restaba puntos al desgraciado no solo por haber solucionado mal los problemas, sino también por haberse equivocado en el planteamiento. Y así, podía proclamar en clase que el burro de turno había sacado «menos» treinta y siete puntos sobre cien; esa clase de anuncio solo podía darse dos o tres veces al año, pero siempre arrancaba risas. No obstante, hay que reconocer que no se vanagloriaba de ello ni se atribuía mérito alguno, porque lo hacía únicamente por estimular al zopenco a esforzarse más en matemáticas. Nunca lo conseguía y eso era para él un misterio de la vida, pues estaba convencido de que el ridículo era muy eficaz para el desarrollo de la inteligencia de los tontos.

Si hubiera utilizado ese recurso al por mayor, disfrutando de los resultados por pura diversión, habría sido un tirano escolar de lo más detestable y el alumnado lo habría odiado, pero lo cierto es que lo hacía desinteresadamente, de una forma casi sacerdotal, y se había ganado la admiración de gran parte de sus discípulos, quienes opinaban de él que dominaba la materia y no dejaba pasar una. En general, los adolescentes tienen algo de fascistas: admiran a los adultos de carácter fuerte que no dejan pasar una; aprueban que se pisotee al débil; no comprenden las manifestaciones más sutiles de la clemencia, no significan nada para ellos. Les venía al pelo Hector con sus calificaciones negativas, aunque no se hubiesen parado a pensarlo.

Esa noche en particular corregía el trabajo de una clase en la que no había ningún zoquete destacable, ninguna niña con la cabeza hueca sin remedio ni ningún niño incapaz de reconocer un simple conjunto de factores. Con todo, remedando a un maestro de su juventud, en algunos pliegos escribió una palabra cabalística. La palabra era EFTS, en mayúsculas, llameante como el tetragrámaton en el peto de un sumo sacerdote, y estaba formada con la iniciales de una queja clamorosa entre maestros: El Fallo Tonto de Siempre.

Sin embargo, a la mañana siguiente, tan pronto como hubo desayunado en el Snak

Shak, fue a una librería a adquirir un ejemplar de *La tempestad* y, acto seguido, se dirigió al Instituto de Enseñanza Secundaria y Formación Profesional de Salterton, pues, aunque los sábados no había clases, tenía por costumbre ir a disfrutar de la libertad del edificio en horario extraescolar. Entró y, tras saludar a un par de conserjes que fregaban algo invisible en los pasillos, como suele ser habitual en ellos, se dirigió a la sala de profesores y se puso a leer la obra para elegir un personaje.

No tenía un gran conocimiento de la obra de Shakespeare. En sus tiempos de estudiante había leído por obligación *Julio César*, *El mercader de Venecia* y *Enrique V*, para responder después a unos cuestionarios; debido a algún fallo o cambio del currículo escolar, tuvo que pasar dos años con la última. En su cabeza, esas tres obras se agrupaban, junto con *La canción de Hiawatha*, *El canto del último trovador* y *Sohrab y Rustum*, bajo el epígrafe «literatura», es decir, afirmaciones ambiguas y no demostradas de hombres mentalmente laxos. Sin embargo, con la edad, había aprendido a tolerar mejor esa materia; en su fuero interno reconocía que tal vez «tuviera algo de sustancia». De todos modos, no era lo suyo y no se trataba con ella. Muy rara vez leía libros que no versaran sobre matemáticas o su enseñanza; era suscriptor de *The American Mathematical Monthly*; leía periódicos y revistas de noticias y, de vez en cuando, se relajaba con *The Reader's Digest*, porque era aficionado a la medicina y le gustaba reflexionar sobre los remedios milagrosos y los procedimientos terapéuticos de los que hablaba esa publicación.

La tempestad le pareció un poco desconcertante. Había apoyado la idea de que el Teatro Joven presentase una obra de Shakespeare porque le parecía muchísimo mejor que se hiciesen obras que «mereciesen la pena», y las de Shakespeare gozaban de un gran reconocimiento universal, aunque ignoraba por qué. Su primer encuentro con *La tempestad* fue como morder un melocotón y romperse un diente con el hueso.

Por ejemplo, en la primera escena se aludía toscamente a las funciones femeninas. Lo leyó varias veces, consultó las notas, pero no le sirvieron de nada; aunque desde la época de estudiante estaba convencido de que los poetas se dedicaban a ocultar lo que querían decir en rompecabezas de palabras, en ese caso, parecía muy claro que Shakespeare quería ser obsceno. Sin la menor duda, había que tomarse la obra con suma precaución. Puede que incluso decidiera no pedir ningún papel.

Siguió leyendo. Era una pesadez, pero a media tarde la había terminado, la había entendido y había calculado el valor de cada personaje, y, aunque no habría podido decir que le gustara, reconoció que seguramente «tenía algo de sustancia». También eligió el personaje de Gonzalo para sí. Se lo describía como «consejero anciano y sincero» y no decía nada ofensivo; tenía cincuenta y dos réplicas, algunas bastante largas, pero ninguna tanto que no pudiera memorizarla; no debía hacer tonterías y tendría que ponerse un traje bastante impresionante y, casi seguro, los deseados bigotes. Ese era su papel. Se lo diría a la señora Forrester el lunes por la noche.

Se puso a memorizar el papel de Gonzalo esa misma noche y, antes de irse a la cama, se había aprendido perfectamente la primera escena.

El lunes a las ocho y veinticinco de la noche Hector se encontraba en la acera del edificio de pisos en el que vivían los Forrester. Era un poco pronto, pues quería hacer la visita exactamente a las ocho y media. No estaría bien interrumpirlos en plena cena o inmediatamente después. Había calculado que las personas de la clase de los Forrester cenaban a las siete. Él lo hacía en el Snak Shak entre seis y seis y veinticinco todos los días de su vida. Esa noche había vuelto al YMCA a lavarse de nuevo la cara y las manos, aunque las tenía limpias, y a cambiarse de camisa, cosa que normalmente no habría hecho hasta el martes por la mañana. Se puso también una corbata azul nueva, comprada para la ocasión, y, al mirarse en el espejo, le pareció que hacía muy buen efecto en contraste con su cara colorada y sus marcadas y un poco azuladas mandíbulas. Entonces, armado de paciencia, mató el tiempo hasta la hora de salir de casa repasando mentalmente la primera escena de Gonzalo. Como de costumbre, llegó temprano a su destino y se puso a pasear hasta dos manzanas más allá y volvió atrás y, a las ocho y media en punto, llamó al timbre del piso de los Forrester.

Abrió Nellie.

—Buenas noches, señora Forrester —dijo Hector—. Casualmente pasaba por aquí y me he acordado de una cosa que quería decirle.

En el salón, amueblado con tan buen gusto, lo esperaba una sorpresa. Allí estaban Vambrace, Valentine Rich, el joven Bridgetower y una persona a la que todavía llamaba «la muchacha Webster». Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo delicado y secreto que le parecía su deseo de actuar; no podría soltarlo allí, delante de todas esas personas, y se le puso cara de consternación.

—Estábamos dando vueltas a unos asuntos —dijo la señora Forrester—. Siéntese allí. —Señaló un sillón vacío—. Estoy segura de que me dará usted la razón. Verá: la primera escena de la obra es una tormenta en el mar; el jardín de St. Agnes está justo a la orilla del lago, ¿por qué no podemos hacerla en el lago, en un barco de verdad, y después, que cada uno se vaya con su silla hasta la parcela de arriba, donde se desarrollaría el resto de la obra?

—No creo que el público esté dispuesto a recorrer tanto camino cargado con las sillas —dijo el profesor Vambrace—. Muchos de nuestros espectadores son personas de edad avanzada, hasta el punto de que tal vez ni se molesten en asistir a una obra pastoril, por la humedad del anochecer, ya sabéis.

—Me parece que eso fue lo que dijo la señora Pauldron cuando se habló de hacerlo en su jardín —recordó Griselda inocentemente.

—Pero esto es completamente distinto —dijo la señora Forrester—, porque el jardín de St. Agnes está en terreno mucho más alto y el calor del día dura mucho más.

Dejaron pasar tan notable sofisma sin comentarios.

—A Larry no le va a parecer bien —dijo Solly—, creo que no querrá ni

planteárselo siquiera. Necesitaríamos dos equipos de luces.

—De ninguna manera —dijo la señora Forrester—. La primera escena se haría antes de la puesta del sol y, por tanto, contaríamos con una luz natural preciosa.

—Nell, en realidad no es nada práctico —dijo Valentine Rich—. Al público no le gusta nada ir de un lado a otro. Y, de todos modos, ¿de dónde íbamos a sacar una tormenta en una bahía en calma?

—Si vamos a actuar al aire libre, ¿por qué no sacamos todo el provecho posible de la naturaleza? —dijo Nellie—. Es, sin duda, la razón de ser de las obras pastoriles: salir de la artificiosidad del teatro y cooperar con la belleza natural, ¿no?

—No, Nell; he hecho varias obras al aire libre y, según mi experiencia, es preciso contener a la naturaleza al máximo; es muy difícil obligarla a ensayar y tiene la fea costumbre de no estar atenta a sus entradas. Si voy a dirigir yo, no me queda más remedio que prohibir el barco en el lago.

—De acuerdo —dijo Nellie—, pero, si después te arrepientes, no creas que te voy a consolar.

—Te prometo que no me arrepentiré —dijo Valentine.

En ese momento entró Roscoe Forrester, que venía de la cocina con una bandeja de vasos y botellas. Le gustaba armar bullicio cuando servía. Se alegró de que Valentine pidiera *whisky* con soda y lo manifestó por todo lo alto; dijo que eso era lo que quería oír. Cuando Griselda pidió soda con una rodaja de limón, se puso reticente e insistió en añadirle «un chorrito de algo».

—No, de verdad —le dijo—, mi padre me ha prometido una bicicleta si no empiezo a beber hasta los cincuenta.

—Pero, si ya tienes coche... —dijo Roscoe y, entonces, al darse cuenta de la pequeña broma, se echó a reír golpeándose los muslos e invitó a los demás a celebrar la gracia con él. Era un hombre de los que no esperan bromas de las mujeres.

—Yo no consiento que Pearl tome ni una gota —dijo el profesor Vambrace solemnemente—. Es cuestión de principios. Además, debe cuidarse el estómago.

Roscoe se apresuró a afirmar que el estómago de las jóvenes merecía la mayor consideración.

—¿Y tú, cari? —preguntó a su mujer con una sonrisa radiante.

—Bueno, solo un traguito muy pequeñito —dijo Nellie y, mientras él se lo servía, ella daba grititos ahogados como temiendo que el traguito muy pequeñito se convirtiera en uno muy grande.

El profesor Vambrace solo aplicaba su principio sobre la bebida a su hija; cuando pidió lo suyo, fue generoso, pero ahorrador con la soda, porque, según explicó innecesariamente, abusar de la soda podía producir acidez. Hector y Solly quedaron exentos de comentarios al recibir su copa.

Fue entonces cuando se dieron cuenta de que Hector había ocupado el asiento de Roscoe y se produjo una efusión de buenos modales. Roscoe afirmó con contundencia que prefería el suelo a cualquier asiento del mundo, Hector replicó que

ni hablar de eso y el profesor Vambrace destacó sensatamente que había muchas sillas en el comedor y que con mucho gusto iría a buscar cuantas fueren necesarias. Por fin, Roscoe se acomodó en el suelo con una sonrisa exagerada, como se suele hacer cuando se desea crear un ambiente de paz y cordialidad, y se restableció el orden.

—Hay otra cosa que no debemos pasar por alto —dijo Nellie solemnemente, dando vueltas y más vueltas entre las manos a su traguito pequeñito—. Vamos a tener que vencer la resistencia del público a asistir a una obra pastoril. Aquí todavía no hay costumbre de ver teatro al aire libre, hasta el punto de que podríamos considerarnos pioneros del género en esta parte del mundo. Por eso vamos a necesitar mucho apoyo.

—No estoy de acuerdo con la publicidad —dijo el profesor Vambrace—, siempre me ha parecido que no compensa.

Era cierto; con los presupuestos que aprobaba él para publicidad, se podía prescindir de ella por completo; en cuestión de anuncios, era un homeópata.

—No estoy pensando en publicidad en el sentido normal de la palabra —dijo Nellie—; lo que quiero decir es que necesitamos el apoyo de determinadas personas. No sé si lo mejor no sería imprimir en el programa una lista de patrocinadores.

—¡Ajá! ¡Ya sé a lo que te refieres! —dijo el profesor Vambrace resplandeciendo de inteligencia por encima del vaso—. ¡Amigos de la producción, podríamos decir! En tal caso, el primero de la lista sería el señor G. A. Webster, padre de nuestra encantadora y joven amiga, aquí presente; nos ha prestado su jardín y eso sí que es apoyo verdadero, tangible, diría yo.

Se rio profundamente, como para dentro, haciendo un sonido como si rodaran barriles en los sótanos del edificio.

—Huelga decir que el señor Webster es un mecenas muy importante —puntualizó Nellie con mucho tacto, a su entender—, y su nombre debe figurar en la lista junto con el del comandante del distrito, el de ambos obispos, el del rector de Waverley, el del alcalde y el del presidente de la Cámara de Comercio. Sin embargo, tengo la sensación de que el primero de todos debería ser uno muy significativo para todo el mundo: el de una persona con una posición absolutamente indiscutible; estaba pensando... ¿qué os parecería la señora de Caesar Augustus Conquergood?

Así, con esa clase de circunloquios, es como se muestran al mundo las pasiones más íntimas. La señora de Caesar Augustus Conquergood era el dios al que idolatraba Nellie. La dama, a la que había visto en contadas ocasiones, era su ideal social; el difunto Conquergood había recibido un alto y honorable nombramiento del ejército y su señora y él habían frecuentado moderadamente Rideau Hall^[5] durante el mandato del duque de Devonshire en la Gobernación General; la viuda de Conquergood tenía fama de ser muy rica, y sin duda lo era, pues disfrutaba del más costoso de los lujos del mundo moderno: la intimidad; apenas se la veía en la sociedad saltertonense y las pocas veces que aparecía, daba la sensación de que concediese audiencia. Nellie solo la había visto una vez. No deseaba lanzarse sobre su diosa, solamente amarla y servirla, estar de su parte y, si fuera posible, realzar aún más su grandeza. Si el

nombre de la señora de Caesar Augustus Conquergood pudiese aparecer solo, encabezando dos columnas con los demás patrocinadores del Teatro Joven de Salterton, entonces, a su juicio, se justificaría la existencia de la obra, el carro de Tespis no habría echado a andar en vano y Shakespeare recibiría un honor póstumo que a duras penas merecía.

El esnobismo tiene un matiz noble de similar. El verdadero esnob reconoce la existencia de algo superior a él que, en algún momento de la vida, puede inducirlo a cometer un acto desinteresado. En circunstancias suficientemente emocionantes, Nellie habría sido capaz de arrojarse a los cascos de un caballo al galope por salvar la vida a la señora de Caesar Augustus Conquergood sin pedir nada a cambio —ni una invitación a tomar el té—, si con ello la hubiese librado de la muerte. Una pasión semejante no carece por completo de nobleza. Llevaba cuatro meses planeando ese momento, el de colocar el nombre de su adorada en el primer lugar de la lista de patrocinadores de *La tempestad*, y ahora nada debía torcerse.

—No sé si estoy completamente de acuerdo contigo —oyó decir al pesado del profesor Vambrace—; si vamos a buscar patrocinadores, tendrán que ser sin duda personas que, de un modo u otro, nos hayan ayudado. No recuerdo que la señora Conquergood haya asistido a ninguna representación nuestra.

—Sí, pero, en cambio —dijo Nellie—, si conseguimos despertar su interés, se convertirá en amiga para siempre.

—Me parece una forma muy ostentosa de atraerla —dijo Vambrace— y, si para hacerla venir tenemos que poner su nombre en el programa, me parece que estaremos mejor sin ella. A fin de cuentas, su dólar no vale más que el de cualquiera.

A Nellie se le puso el cuello como la grana; algunas veces le parecía que Vambrace era peor que los rojos.

—¡Como si fuera su dólar lo que nos interesa! —le reprobó; y, cual víbora sabia, añadió—: Su nombre atraerá a mucha gente de la clase que debería interesarse por nuestro Teatro Joven.

—Para eso sería mejor ofrecerle un papel —dijo Solly—. Por ejemplo, en el tercer acto hay una acotación, que es la que más me gusta de toda la obra, y dice: «Entran unos seres raros a servir un banquete»; podría ser uno de ellos. Si quieres, lo propongo oficialmente en la reunión.

—Solly, no tiene ninguna gracia —protestó Nellie.

—Tampoco lo pretendía —dijo Solly—; lo he dicho en serio.

—Si lo único que sabes hacer es burlarte, cuanto antes vuelvas a Inglaterra, mejor.

—Si eso significa que renuncie a ser ayudante de dirección en esta obra, Nellie, lo haré con mucho gusto. Me ofreciste la dirección y después me obligaste a ser ayudante; si lo que quieres es que me largue, no tienes más que decirlo.

—¡Ah, vamos, Solly! ¡No nos pongamos trágicos! —dijo Roscoe—. Ya sabes cómo se acalora Nellie con estas cosas.

—¡No es cierto, Roscoe! —gritó Nellie al borde de las lágrimas.

—No hace falta que nadie se retire ni que nadie vuelva a ninguna parte —dijo el profesor Vambrace—. Tampoco tenemos ninguna necesidad de encabezar la lista de patrocinadores con el nombre de una persona que, sea cual fuere su posición social (no me corresponde a mí pronunciarme sobre ese particular), jamás ha movido un dedo por el Teatro Joven.

—Si se me permite expresar mi opinión, profesor —dijo Hector—, creo que la señora Forrester ha dicho una cosa de peso. En la sociedad de Salterton se da una gran rivalidad entre birrete y sombrero, o entre el servicio militar y el civil, como sabe todo el mundo. Aunque en democracia no deberían existir tales divisiones, el caso es que las hay. Puesto que soy ajeno a ambas partes, maestro no es lo uno ni exactamente lo otro, es posible que vea la cuestión mejor que ustedes. Tengo entendido que nuestro Teatro Joven se nutre de Waverley un poco más de lo que algunos grupos representativos de personas consideran aceptable. Por supuesto, sabemos a qué se debe; es posible que la comunidad universitaria apoye más las artes que la sociedad militar o mercantil, pero si pretendemos contrarrestar esa impresión, que yo, como tesorero, considero negativa, debemos esmerarnos con la lista de patrocinadores. Creo que debemos imprimirla en el programa y que debe ir encabezada por un nombre que no esté estrechamente relacionado con ninguno de los principales grupos de la ciudad. El nombre del señor Webster debe figurar entre los primeros, pero estoy de acuerdo con la señora Forrester en la conveniencia de anteponer el de la señora de Caesar Augustus Conquergood. No tengo el gusto de conocerla, pero he oído hablar de ella muy elogiosamente. Afirmando sin rubor que tendría un gran efecto en la taquilla.

Se quedaron todos impresionados. Hector gozaba de la ventaja de hablar muy pocas veces y, por tanto, lo que decía siempre revestía gran importancia. Y lo que es más, la mención de la palabra «taquilla» fue un golpe maestro. Algunas veces, por puro amor al arte, los profesionales de teatro se avienen a hacer alguna representación de la que saben que no sacarán provecho económico; los aficionados, en cambio, jamás olvidan la caja registradora. El profesor Vambrace, vencido por la idea de que el nombre de la señora Conquergood pudiera acarrear un aumento de la recaudación, cedió de mala gana. Nellie recobró el color natural del cuello; estaba exultante, aunque intentaba disimularlo, y consideró a Hector el oráculo de la sabiduría.

Nellie pensaba mucho, pero sus procesos mentales no eran muy complicados. No había llegado a aprender el sencillo principio del quid pro quo, que, para la ordenada inteligencia de Hector, era axiomático. Sin embargo, recibió la lección correspondiente media hora después, cuando Hector, con naturalidad bien fingida, dijo:

—¿Cuándo se va a completar el reparto de la obra?

—¡Ah! —dijo ella—. Vamos a hacer audiciones para todos los papeles esta misma semana.

—Para todos no, ¿verdad? Tenía entendido que Próspero lo haría el profesor Vambrace, y Miranda, la señorita Vambrace, y Ariel, la señorita Webster. Y creo recordar que me dijo usted que el joven Tasset haría de Fernando. ¿Es cierto que Calibán y los dos hombres raros están adjudicados también?

—Pues, provisionalmente, sí; pero, claro, vamos a hacer una lectura pública antes de decidimos en firme.

—Pero lo más fácil es que esos papeles queden así repartidos, ¿verdad?

—Ya sabe cómo son las cosas —dijo el profesor Vambrace—; el Teatro Joven debe dar oportunidades a todo el mundo. De todos modos, es evidente que unos son más aptos para determinados personajes que cualquier otro que pueda presentarse. Y, sinceramente, es preciso devolver algunos favores; quienes más carga llevan merecen compensación.

Hector no había previsto esa clase de argumento, pero se lo tomó con la pericia de un político experto. Se le había pasado prácticamente toda la timidez del principio.

—Eso mismo he pensado yo —dijo—. Hace seis años que soy tesorero del Teatro Joven. Cuando me hice cargo del puesto, los libros eran un verdadero desastre; ahora están perfectamente ordenados y al día y tenemos una cantidad considerable en el banco. A lo largo de los años que he estado al cargo de la taquilla me he preguntado muchas veces cómo sería estar con ustedes, los que tan bien se lo pasan ente las candilejas. Si hubiera un papel para mí en *La tempestad*, me gustaría hacerlo.

—¿Por qué no esperar al año que viene? —dijo Nellie—. Seguramente haremos algo con algún personaje apropiado para usted. Algo bueno, ya sabe, como un detective, un policía o algo así.

—Es posible que no esté aquí el año que viene —dijo Hector.

—¡Ah!, ¿no? —dijo Nellie, horrorizada ante la idea de tener que buscar un nuevo tesorero.

—No. Me han ofrecido un puesto en la delegación que me llevaría fuera de la ciudad. Si lo acepto, significará mi inmediata incorporación, pero, naturalmente, si me ofrecen un papel en *La tempestad*, rechazaré la oferta de momento y estaré aquí para la próxima temporada.

Hasta Nellie entendió lo que quería decir.

—¿Ha pensado usted en algún personaje en concreto? —le preguntó.

—Creo que podría intentarlo con Gonzalo, el anciano consejero —dijo Hector mirando alrededor, para ver el efecto que causaba su broma.

Sin embargo, no hubo reacciones. El profesor Vambrace tenía la sensación de que se habían aprovechado de él sutilmente e intentaba averiguar en qué momento había sido; Nellie se preguntaba si no se habría equivocado media hora antes, al sentir tanta gratitud por Hector; porque, ¡vaya, menudo oportunista! No sabía por qué, pero esa forma de dar por sentado tan evidentemente que ella lo apoyaría parecía empañar el brillo de la señora de Caesar Augustus Conquergood. Valentine Rich y Solly habían llegado por separado a la misma conclusión: no cabía duda de que no les iban a

permitir hacer el reparto a ellos. En un ambiente de estupefacción y reserva, los reunidos tomaron los pegajosos bollos y el café que les ofreció Nellie, asistida por el fiel Roscoe.

Hector comió uno y tomó una taza de café y, satisfecho con el resultado de la velada, se despidió.

Cuando se hubo ido, la primera en hablar fue Nellie.

—Bueno, ¿cuándo se ha visto algo semejante? —exclamó—. Sencillamente, nos ha puesto la pistola en la sien: o hace de Gonzalo o ya podemos ir buscando otro tesorero.

—En mi opinión, podríamos considerarlo un trato, cari —dijo Roscoe sin rodeos—. Él se puso de tu parte en lo de los patrocinadores; después te tocaba a ti ponerte de la suya en lo del papel. No hay por qué extrañarse, es lo más normal en los negocios y en la política.

—Pero esto no son negocios ni política, Roscoe. Tenemos que pensar en nuestro público. Que yo sepa, ese hombre no ha subido jamás a un escenario. Val, ¿por qué no interviniste? Podías haberle dicho que no, eres la directora.

—La verdad, Nellie, es que parece que el reparto dependa tanto de la comisión local que no me atreví a inmiscuirme.

—Pero no sirve para el papel, está clarísimo.

—Eso no lo sabemos todavía. Siempre podremos sustituirlo en los primeros ensayos, si vemos que es demasiado malo.

—Val, no estamos entre profesionales. No se puede quitar y poner a la gente sin más ni más. Lo único que se puede hacer es evitar que entren los que no sirven.

—La integridad artística se va al garete en cuanto se empieza a tener en cuenta el interés particular de una persona —sentenció sombríamente el profesor Vambrace.

—Si por casualidad lo dices por lo de la lista de patrocinadores, declaro aquí y ahora que lo hago únicamente por el bien del Teatro Joven —replicó Nellie valientemente, pero con lágrimas en los ojos.

El profesor dejó caer su larga y peluda cabeza en el respaldo del sillón al tiempo que hacía visajes con las pobladas cejas.

—En tal caso, no hay más que decir —contestó.

—Sí, hay algo más —dijo Nellie, temblando de emoción—; necesitamos unos cuantos papeles relativamente largos para repartirlos entre los aspirantes que se presenten a la lectura de prueba del jueves por la noche. Había pensado ofrecer el de Gonzalo como un bomboncito, para tapar la boca a los que dicen que la comisión tiene los papeles repartidos de antemano; pero ahora, ese hombre me lo acaba de robar. ¡Qué desastre!

—Sigo sin entender cuál es el desastre, cari —dijo Roscoe pacíficamente—. ¿Por qué crees que lo va hacer mucho peor que cualquier otro?

Tamaña zafiedad hizo cerrar los ojos al profesor Vambrace.

—Muy buena pregunta —dijo Solly.

—¡Me parece muy bien que os quedéis ahí sentados burlándoos de todo! —se lamentó Nellie, y rompió a llorar.

Roscoe le tomó la mano y se la acarició.

—Cálmate, cari —le dijo—; dentro de cien años, esto no tendrá ninguna importancia.

A todos los cohibió un poco el derrumbamiento de Nellie, pero no mucho; la mayoría de los presentes la había visto llorar otra veces, y por motivos menos comprensibles. Sin embargo, el estallido puso el punto final a una velada exasperante y así terminó la reunión.

El profesor Vambrace desapareció enseguida en la noche; verdaderamente le gustaba andar; parecía despreciar el suelo con los pies y con el sólido bastón de fresno que llevaba. Valentine y Solly subieron al coche de Griselda.

—¿Damos una vuelta? —dijo Griselda.

—Es lo que más me gustaría —dijo Valentine Rich.

Solly no habló hasta que hubieron salido de la ciudad y se encontraron cerca del río.

—No entiendo por qué ha armado Nellie tanto follón —dijo.

—Lo que has dicho sobre la señora Conquergood ha sido muy feo —dijo Griselda.

—¡Ah, maldita sea! Esas cosas me parecen bochornosas. ¿Por qué tiene que estar un país supuestamente democrático tan comido por el esnobismo, de la clase que sea?

—Cada cual es esnob a su manera. Sospecho que tú eres un esnob intelectual, Solly.

—¿Y tú, qué? Eres rica, tanto, por si te interesa, que hace unas noches no me atreví a invitarte a salir porque me pareció que no sabría llevarte a ningún sitio adecuado, y todos los que desean conocerte pero no pueden seguro que te consideran una esnob de marca mayor.

—Soy la más humilde de las criaturitas del Señor —dijo Griselda al tiempo que hacía un adelantamiento peligroso.

—De todos modos, la pataleta de Nellie no tenía nada que ver conmigo ni con la abuela Conquergood. Se enfadó porque, de pronto, Mackilwraith quiere actuar. No sé por qué no iba a poder. Ha sido un buen tesorero y supongo que le apetece disfrutar un poco de la gloria del escenario. Quiere ser uno más de la alegre *troupe* farandulera y envolver en el velo mágico del teatro a la señora de Caesar Augustus Conquergood y a tu padre. ¡Pobre viejales! Le ha dado la fiebre del teatro, ¡a su edad!

—A mí me cae bastante bien —dijo Valentine—. Me pareció enternecedor que se presentara fingiendo que pasaba por allí y pidiera de pronto tan limpiamente un papel en la obra. Tengo debilidad por los que contraen la fiebre del teatro. El otoño que

viene hará dieciocho años que empecé en la profesión, ¡y sigo igual de febril!

—¡Cielos! —dijo Griselda—. ¡Yo acababa de nacer cuando empezaste! Disculpa, ha sido una grosería.

—Tengo treinta y seis años —dijo Valentine—; encontré el primer trabajo a la edad que tienes tú ahora.

—¿Tuviste que luchar muchísimo? —preguntó Griselda—. Me refiero a tus padres, a encontrar el primer trabajo y todo eso.

—No. Cuando dije a mi abuelo que quería ser actriz, reaccionó con amabilidad y comprensión. En aquella época había buenas compañías de repertorio y enseguida me contrataron. Desde entonces, nunca me ha sido difícil encontrar trabajo, lo cual es una suerte, porque es una profesión con muchos altibajos. Hay que tener en cuenta que siempre he tenido una ventaja: estar dispuesta a salir de Nueva York. También he dirigido algo, y todo ayuda. Como ves, no he parado en dieciocho años. Lo más curioso es que los únicos que trataron de disuadirme fueron mis amigos. Nellie, por ejemplo, estaba segura de que no lo conseguiría jamás.

—Si no te importa contármelo —intervino Solly—, ¿cómo te ficharon para dirigir *La tempestad* aquí? Porque supongo que no te parecerá la consagración de tu carrera. ¿Por qué aceptaste?

—Bueno, verás: estoy en un momento raro de mi vida profesional: soy tan importante como para que me pidan favores, pero no tanto como para poder negarme sin ofender. Nell me escribió en cuanto se enteró de que este verano venía a Salterton.

—Y no supiste negárselo a una antigua amiga, ¿no?

—No era fácil decir que no a una conocida de antaño, porque hacía diez o doce años que no nos veíamos.

—¿De verdad? Por lo que cuenta Nellie, creía que seguramente te había ayudado a situarte, al principio.

—No, no; fuimos amigas de niñas, aunque nunca íntimas.

—Muy interesante, a la luz de lo que he oído.

—Es increíble que la señora Forrester y tú tengáis más o menos la misma edad —dijo Griselda.

—Pues así es, en efecto, e incluso soy unos meses mayor que ella.

—Supongo que la han desgastado mucho las responsabilidades del Teatro Joven —dijo Solly.

—No seas desagradable —dijo Griselda.

—¿Por qué no? Tú has insinuado que parece mucho mayor que la señorita Rich.

—Ya, pero no es lo mismo, viniendo de un hombre.

—¿Qué mosca te ha picado, Griselda? —dijo Solly—. ¿Por qué te pones tan hipócrita y evasiva?

—Me estoy haciendo mujer —respondió ella— y debo tener mucho cuidado con lo que digo. Precisamente no hace ni dos días que me lo recordó mi padre. Me explicó que si decía lo que pensaba en realidad, la gente se ofendería, y que la mujer

no puede arriesgarse a dar una opinión sincera por lo menos hasta los cuarenta y cinco años.

Después de dejar a Valentine en su hotel, Griselda preguntó a Solly:

—¿Te apetece venir a mi casa? ¿Quieres comer o beber algo más?

—Nunca se debe invitar a nadie a comer «más» —dijo Solly—, porque das a entender que ya se han cebado bastante, lo cual es una grosería. Si piensas dar tanta importancia a lo de ser mujer, debes tener mucho cuidado con esas sutilezas.

—Gracias por decírmelo —respondió Griselda—. La verdad es que no me han educado muy bien. Ya sabes cómo son los internados. Si todavía se me escapa el hablar basto del campo de fútbol y de la sala de prefectos, te agradecería mucho que me lo señalaras.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Mi padre todavía no lo ha decidido. Hemos hablado algo acerca de una academia para señoritas, pero a mí me gustaría ir a estudiar a Europa.

—¿Qué quieres estudiar?

—¡Ah! Lo que sea. Bastaría con ser estudiante una temporada, nada más. Por lo visto se lo pasa uno en grande, entre disturbios y acción política. ¿Sabes que hay una ciudad universitaria en Italia en la que, desde hace siglos, la policía tiene prohibido hasta faltar al respeto de palabra a los estudiantes?

—No te engañes. Es verdad que la universidad ejerce una influencia que protege a los estudiantes, pero la idea que tienes de ellos es de hace unos ciento cincuenta años. En la actualidad, los universitarios son bastante solemnes. Uno de los mayores logros del siglo xx es el de haber convertido a los jóvenes en viejos antes de tiempo.

Habían llegado a la puerta principal de St. Agnes y Griselda la abrió con la llave.

—No andes de puntillas, Solly —le dijo—, son solo las once y media.

—Lo siento —dijo él—. Es que en mi casa siempre ando de puntillas.

Fueron a la biblioteca, que estaba oscura y olía a tabaco y a cerrado. El señor Webster se encontraba en un rincón leyendo los *Colnett Journals*.

—Conoces a Solly Bridgetower, ¿verdad, papá?

—No —dijo él—. ¿Quién es?

—Está aquí conmigo.

—¡Oh! Disculpe. No lo había visto en la sombra. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Solomon Bridgetower, señor.

—Bien, bien. Seguro que es familiar del profesor Solomon Bridgetower, que falleció hace unos años.

—Soy su hijo, señor.

—Conocí un poco a su padre. ¿Sabía que posiblemente fue el mejor geólogo de este país?

—Me lo han dicho muchas veces.

—Pues sí. Se perdió dando clases, pero en vacaciones hacía trabajos espléndidos.

—Es muy amable de su parte, señor.

—¿Su madre vive?

—Se puso gravemente enferma hace dos meses; he vuelto para cuidarla hasta que se reponga.

—La recuerdo de joven. Le interesaban mucho los asuntos de Oriente.

—¿El peligro amarillo?

—Sí, exactamente. ¿Sigue tan interesada?

—A todas horas, señor.

—Bien, bien. Nos mantenemos jóvenes gracias a nuestras aficiones. ¿Quiere comer o beber algo?

—Pensábamos ir a ver qué había quedado, papá.

—Poca cosa, me temo. Dejaron preparados unos sándwiches, pero me los comí todos hace media hora. Es curioso, parece que en esta casa nunca hay comida suficiente. Llama a Freddy, si quieres, ella sabe preparar sándwiches.

—¡Ah, no, por favor! ¡No la despiertes! —dijo Solly.

—O algo de desayuno. Sé seguro que hay muchas cosas de desayuno en la despensa, y mucha variedad. ¿Le apetece un tazón de cereales, Bridgetower?

—La verdad es que no, señor.

—Lo que nos apetece de verdad, papá, es un trago, y tú tienes ahí una bandeja llena de botellas.

—¡Ah, sí, claro! Sírvese a su gusto, Bridgetower. Me temo que el hielo se ha deshecho.

—Me gusta a temperatura ambiente, señor.

—¿De verdad? Gusto inglés. Supongo que es más sano.

—¿Te sirvo algo, Griselda? —preguntó Solly.

—No, nunca bebo. No me parece adecuado para mi edad. Supongo que me empaparé cuando me haga vieja y correosa. Freddy bebe.

—¿Qué? ¿Freddy bebe? ¡Tonterías! —dijo el señor Webster.

—Bueno, no mucho, papá. Es lo que yo llamo un pajarito: un sorbito por aquí, otro por allí. Como las sales; no más de lo que pueda contener una moneda de diez centavos.

—Bobadas. Está pasando por una época de iluminación religiosa. No se puede uno iluminar al mismo tiempo con la religión y con la bebida.

—¡Ay, papá, qué provinciano eres! Los únicos que no pueden mezclar la religión con el alcohol son los evangelistas. Freddy se pirra por el anglicanismo; esos beben y rezan como posesos.

Griselda siguió hablando con Solly y el señor Webster se quedó pensando, como tantas otras veces, en lo muchísimo que echaba de menos a su mujer. Ella habría sabido qué decir a un joven que llevase a Griselda a casa. Habría sabido qué hacer

con las tonterías religiosas de Freddy. Habría llegado inmediatamente hasta el fondo de la cuestión de Freddy y la bebida. Sin embargo, ¿qué podía hacer un padre? ¿Acaso puede preguntar abiertamente a una hija de catorce años si se ha dado a la bebida? No puede propinarle una paliza y, claro, tampoco razonar con ella. ¿Por qué no habían hecho su trabajo las educadoras del colegio? A veces deseaba que la naturaleza, ya que lo había dejado viudo, lo hubiese dejado también sin hijas. Quería mucho a Griselda y a Freddy, pero en su fuero interno reconocía que no tenía ideas claras sobre su educación. Si hubieran sido chicos, bueno... Pero las chicas eran seres impredecibles. Pertenecía a una generación en la que las chicas, antes del matrimonio, eran como bombas sin explotar.

—Bueno, me voy ya —dijo Solly, una vez terminada la copa—. Mi madre no descansa hasta que vuelvo a casa y no quiero inquietarla.

—Espero verlo por aquí con frecuencia, Bridgetower —dijo el señor Webster.

—Así será, señor.

—Solly colabora en la obra —dijo Griselda.

—¡Ay, Dios! Hacía dos o tres o días que se me había olvidado lo del teatro casi por completo.

—Espero que no le cause excesivas molestias, señor.

—Papá es muy celoso de su jardín.

—Sé que parece una ridiculez, pero, cuando estoy en casa, no soporto que haya desconocidos tan cerca pisoteándolo todo. Me fastidia. Es una tontería, desde luego, lo reconozco. Conque, si me ve usted en una ventana echando chispas por los ojos, como si oyera llover, ¿de acuerdo?

—Sé lo que quiere decir, señor —respondió Solly; salió con Griselda del pequeño haz de luz y juntos se alejaron por el pasillo hasta llegar a la puerta.

En vez de acompañarlo hasta el coche, Griselda lo tomó del brazo y se dirigió al jardín.

—Vamos a dar un paseo —dijo—. A tu madre no le importarán mucho unos minutos más, ¿verdad?

Solly sabía lo mucho que molestaba a su madre que llegara tarde, y mucho más si sospechaba que estaba paseando a la luz de la luna con una chica que, en su opinión, era una Dolly Varden normal y corriente. Sin embargo, a ningún joven le resulta fácil insinuar a una muchacha que el disgusto de su madre vale más que todos los encantos de ella y, sin darse cuenta de lo que pasaba, se encontró de pronto subiendo en dirección a la parte de arriba, el futuro escenario de la obra.

Le alarmó que Griselda caminara en silencio. De pronto pensó que tal vez Griselda hubiera sentido una pasión repentina por él y estuviera dispuesta a exigirle algo —posiblemente incluso lo que los novelistas llaman a veces «todo»— allí mismo, entre los árboles. Griselda era muy guapa y a él no le faltaban atributos

masculinos, pero cada cosa en su lugar y a su debido tiempo, y le parecía que, si tenía que suceder alguna escena pasional entre ellos, preferiría dirigirla a su manera. Lo que más le preocupaba, cuando Griselda se detuvo por fin y se volvió hacia él, era que su madre nunca se durmiera hasta saber que su hijo había vuelto a casa; cada vez que llegaba tarde, el disgusto y la preocupación que emanaban de ella se extendían por toda la casa como nebulosa ectoplasmática de un médium.

—Solly —dijo Griselda solemnemente—, has dicho una cosa en el coche que me ha dejado preocupada: que la semana pasada te apeteció invitarme un día a salir, pero que no lo hiciste porque temías no poder complacerme. Por favor, Solly, que no vuelva a suceder.

—Bien, de acuerdo, no se repetirá, pero ¿qué podríamos hacer tú y yo juntos?

—¿Es que tenemos obligación de hacer algo? Puedes venir a casa a beber el *whisky* de mi padre y a charlar un rato, si te apetece, o podemos salir en mi coche. De verdad, Solly, me has asustado con eso de que me consideran una esnob y no se atreven a invitarme a salir si no tienen cien mil rupias y un puñado de esmeraldas gordas en el ombligo. He estado más sola que la una desde que volví. No conozco a mucha gente en Salterton.

—No lo decía en serio.

—Yo creo que sí.

—Bueno, vale, sí, lo decía en serio. Así son las cosas, Griselda. La gente cree que esperas lo mejor de todo...

—No tienen ni idea.

—Tu padre es muy rico...

—Para lo que es Salterton. Supongo que los ricos de verdad se reirían de él; sería su mozo de equipajes.

—Pero no se trata solo de dinero. Es que parece que esperes mucho.

—No puedo dejar de parecer lo que parezco.

—Estarías loca si lo intentases. Sabes que eres una preciosidad, ¿verdad?

—En la misma medida en que es rico mi padre: para lo que es Salterton.

—Pero no es solo por lo guapa que eres. Es que das la impresión de querer cosas extraordinarias, gente sobresaliente.

—Desde luego, pero también quiero cosas y gente de todas clases.

—¿Como yo, por ejemplo? Gracias.

—Tú eres sobresaliente.

—¿Eh? Bueno, gracias de nuevo.

—No te pongas imposible, Solly, que ya lo soy yo. Supongo que, según lo que se espera de mí, debería ser una boba de dieciocho años que todo lo mira con los ojos desorbitados y no para de reírse a carcajadas, pero no es así. Por lo general, estoy bastante tranquila y sosegada. Supongo que soy rara, como tú.

—¿Qué tengo yo de raro?

—No hace falta que te lo diga. No solo posees cerebro, sino que además parece

que tengas una coraza menos que los demás. Nellie Forrester, por ejemplo, te produce irritación. Cuando te burlas de esa clase de gente, casi todos piensan que te crees superior, pero yo sé que es porque atentan contra algo a lo que tú atribuyes mucho valor. En cierto modo, hace muchos años que te conozco, Solly. Me gustaría conocerte de verdad, sinceramente, conque ¿me prometes que, si tienes ganas de hablar conmigo, me lo dirás?

—Cuenta con ello, Griselda, querida.

La comprensión de Griselda le caló tan hondo que prácticamente se olvidó de su madre e incluso la abrazó y la besó con una mezcla admirable de cordialidad y galantería.

En ese preciso momento, un desvaído haz de luz se extendió por la húmeda hierba y cayó sobre ellos, al tiempo que se oía la voz de Freddy diciendo en tono melodramático: «¡Ajá!».

—Freddy, vuelve a la cama y deja de decir «¡ajá!» como el detective Hawkshaw. Freddy volvió a decirlo con suma satisfacción.

—¡Freddy, pareces la hermanita repipi de una comediucha de tres al cuarto! —gritó Solly.

Echaron a correr de la mano hasta el pie de la ventana de Freddy.

—¡Quita las zarpas de encima de Solly! —gritó Freddy desde arriba—. ¡Es para mí, si decido no meterme a monja!

—Has interpretado la situación muy mal —dijo Solly—. No es lo que parece. Estaba felicitando a tu hermana por su inteligencia y su discernimiento.

—¡Y un cuerno! —gritó Freddy—; lo único que hay dentro de la cabeza de mi hermana es un pegote viscoso de color rosa, y lo sabes. Me alegro de tener aquí la linterna grande. Parecía exactamente la escena de amor de una película mala.

—La próxima vez que nos veamos, recuérdame que te dé una clase magistral sobre el uso debido de la ordinariez en las réplicas agudas —dijo Solly—. Ahora sí que tengo que marcharme, de verdad.

Griselda lo llevó a casa en coche; él volvió a besarla antes de apearse y prometió ir a verla a menudo.

Introdujo la llave y le pareció que hacía mucho estruendo en la cerradura. Al entrar en el vestíbulo, que estaba a oscuras, lo envolvieron la solicitud y el resentimiento maternal como el olor a col cociéndose. Subió con sigilo y, tal como esperaba, vio luz en la puerta entreabierta del dormitorio de su madre. Puesto que no podía evitarlo, se preparó para hacer una demostración de buen hijo.

—¿Todavía despierta, madre? —dijo asomándose.

—¡Ah! ¡Ya has vuelto, vida mía! Empezaba a preocuparme. Pasa.

Sin la dentadura y con el pelo recogido en una cola de caballo, parecía mucho más vieja que a la luz del día. Encima de la colcha reposaba *El enigma de Asia*. Solly

se sentó al final de la cama y, al hacerlo, advirtió que su madre lo miraba con expresión maternal, la que reservaba exclusivamente para él. No había rastro de la formalidad y la ironía que exhibía en el comedor; era la madre a solas con su niño.

—¿Por qué has tardado tanto?

—La reunión se ha alargado. Había muchos detalles que solucionar.

—¿A estas horas? No puede ser.

—Bueno, es que después nos fuimos algunos a dar un paseo en coche, para despejarnos.

—Habrá sido muy agradable. ¿Quién conducía?

—Griselda Webster.

—Ah. Espero que no fuerais muy deprisa.

—No, no; bastante despacio.

—¿Quién más iba con vosotros?

—Pues, una era Valentine Rich. Es un encanto.

—Sí, seguro que lo son todas las chicas a las que ves, pero en casa siempre hay otra, vida mía, ¿verdad?, que te espera hasta la hora que sea.

—Claro que sí, madre; tú eres la mejor de todas. Pero solo son las doce y media, ¿sabes?

—¿De verdad? Parecía más tarde. De todos modos, desde que he caído enferma, se me hacen las noches muy largas.

—Entonces, debes ponerte a dormir inmediatamente, querida.

Solly le dio un beso y se fue hasta la puerta.

—¡Vida mía!

—¿Sí, madre?

—Llevas algo en la boca, querido... algo que sabe como a perfume. Será un resto de comida, supongo. Lávatelo, querido.

Hector se dejó llevar por el sentido común y la precaución y no celebró prematuramente la victoria táctica sobre Nellie Forrester. Sabía que a ella, a Vambrace y a los que formaban la parte artística del Teatro Joven no les complacía su deseo de actuar, aunque ignoraba la intensidad de la oposición, así como el motivo. Que un animal de carga muestre deseos de hacer cabriolas o de piafar en el aire cuando está en compañía de caballos entrenados en la *haute école* solo provoca resentimiento a su alrededor, y Nellie y sus amigos consideraron su ambición tan penosa como presuntuosa. Reconocían sin ambages su superioridad en la taquilla; en todas las reuniones anuales le dedicaban grandes palabras de agradecimiento por su dirección de la campaña anual de venta de abonos y captación de nuevos socios para el Teatro Joven; toleraban su insistencia en firmar una hoja rosa de autorización cada vez que era necesario comprar algo para las obras porque así se ahorraba mucho dinero y se evitaba que Larry Pye presentase facturas ruinosas de chatarrerías y

tiendas de electricidad. Contaba con todo el respeto del Teatro Joven, siempre y cuando no se saliera de su papel de genio de la economía, y se había ganado fama de mago financiero solo por aplicar unas pocas reglas comerciales básicas a una organización formada por personas ajenas a los negocios. Sin embargo, cuando expresó su deseo de hacer un papel, fue como si toda la admiración por el tesorero se hubiera transformado de repente en desprecio por un imbécil sin ningún encanto, intolerable en el sublime mundo del arte en el que se movían ellos. Esos cambios súbitos de opinión suceden a menudo cuando una persona desea cambiar su papel en la vida.

Sabía que la batalla no estaba ganada todavía. Sin embargo, cuando se encontró en la sala de profesores con su colega, el señor Adams, jefe del departamento de literatura inglesa, se permitió decirle:

—Espero que esté en la ciudad a finales de junio.

—Sí —respondió Adams—, ¿por qué?

—El Teatro Joven va a estrenar *La tempestad* y pensé que le interesaría.

—Sí, desde luego. Es una obra ambiciosa. ¿Es bueno el reparto?

—Sí, eso creo. Aunque tal vez debiera decir que, al parecer, yo también voy a formar parte. Espero no ser el eslabón más débil de la cadena.

—Seguro que no —dijo Adams, aunque no estaba nada seguro.

Adams siguió su camino pensando que la vida siempre da sorpresas y que si el viejo Binomio iba a actuar, desde luego no se perdería la obra por nada del mundo, porque seguro que arrancaba algunas risas sin proponérselo. En sus tiempos de estudiante, el señor Adams no había destacado en matemáticas y ahora tenía cierto antagonismo con Hector, porque ponía muchos deberes a sus alumnos, quienes, de otro modo, habrían podido hacer más trabajos de su asignatura. De todos modos, enseguida divulgó la noticia de que Hector iba a revelarse como actor y, al día siguiente, el director se lo comentó con mucha guasa cuando se lo encontró en los pasillos. Fue todo muy satisfactorio para Hector, como si a una soltera madura le tomaran el pelo por tener un admirador.

De todos modos, sabía muy bien que no tenía asegurado el papel de Gonzalo hasta que superase con éxito la prueba de lectura de esa misma semana, en la que sus competidores, si podían, le pondrían la zancadilla.

No había llevado una vida de las que suelen despertar la vocación de actor, ni de teatro *amateur*, siquiera. Naturalmente, eso no quiere decir que existan circunstancias particulares que indefectiblemente desemboquen en las tablas, sino que había vivido claramente de espaldas al gusto por el fingimiento estimulante que todo actor debe cultivar. Había nacido en un pueblecito de Ontario del que su padre era pastor presbiteriano. El reverendo John Mackilwraith fue un desastre de hombre. Si se pudiera descubrir ahora el motivo de tanta insuficiencia, seguramente se hallaría en

su salud. Jamás parecía encontrarse tan bien como los demás, pero, puesto que nunca había gozado de buena salud, no tenía modelo de comparación y aceptaba su estado sin quejarse apenas. Es decir, apenas se quejaba de dolor o molestias y muy rara vez lo hacía abiertamente de cualquier otra cosa, pero todo su estilo de vida era pura queja y reproche a todo el que entrase en contacto con él. Tampoco sabía dar satisfacciones a su congregación, porque cuando algún feligrés le contaba sus desgracias y se lamentaba, el buen pastor se las arreglaba para transmitir la sensación de que las suyas eran muy superiores y más duraderas. En los funerales, su semblante de aflicción perpetua lograba arrebatarse la debida preeminencia a los deudos y familiares del difunto. En las bodas, lo más probable era que su presencia convirtiese las lágrimas nerviosas de la novia en una tromba lacrimógena de auténtica aprensión. Puesto que la Iglesia a la que servía exige a su clero un gran nivel de estudios, indudablemente en algún tiempo tuvo que haber dominado razonablemente el hebreo y haber tenido un conocimiento profundo de latín y griego, aunque dichos conocimientos clásicos no habían ejercido en su mente las supuestas virtudes iluminadoras que poseen; ni siquiera en los sermones, siempre fervientes, largos e incomprensibles, se oía jamás nada que remitiera a ellos. Comenzó a ejercer la carrera, si fuera posible aplicar una expresión tan animosa a una vida tan desanimada, en una época en la que ir a la iglesia tenía un carácter de obligación social mucho más marcado que ahora, sobre todo en comunidades en las que se percibía enseguida cualquier discrepancia de lo convencional y se censuraba tajantemente. A pesar de esas ventajas, con él al frente, la parroquia se redujo enseguida a un puñado de fieles inveterados, en cuya opinión la vida no valía la pena sin presbiterianismo, aunque fuera de ese nivel. Cuando nació Hector, el padre estaba en la última y peor de sus fases.

Sin duda el reverendo John era digno de lástima, pero esa emoción no puede mantenerse muchos años. Era un clérigo apesadumbrado y deprimente. A algunos sacerdotes, la pesadumbre les sirve de instrumento para su tarea. Son taciturnos de una manera activa y estimulante, porque mantienen vivas las brasas de la ira contra las vilezas humanas y pueden reavivarlas en cualquier momento y convertirlas en rugientes llamaradas. Otros son mansamente melancólicos, como si los anhelos eternos les produjeran una náusea moderada. Sin embargo, la pesadumbre de John Mackilwraith no tenía carácter profesional de ninguna clase. Algunos irreverentes del pueblo lo llamaban «Miserias Mackilwraith». De todos modos, ¿quién sabe si unos pocos consejos dietéticos profesionales, unas inyecciones de algunos elementos que tal vez faltasen en su constitución física, una operación quirúrgica o unas cuantas conversaciones con un psiquiatra no hubieran podido convertirlo en otro hombre? Pero el caso es que nunca se le ocurrió ninguna solución. Al contrario, elevaba a Dios largas y abatidas oraciones sin esperanza de lograr nada a cambio. Se había dejado en todos los aspectos de la vida.

Los primeros años de Hector transcurrieron en un ambiente que no podría

llamarse propiamente religioso, aunque la religión ocupaba en su conciencia un lugar mayor que si hubiese sido hijo de un carnicero o de un verdulero, por ejemplo. En aquel hogar no había devoción profunda, ni conciencia de fuentes ocultas de fortaleza, ni siquiera puritanismo estricto, pero el chico conoció las bodas y los funerales, la pesada carga de las visitas a los feligreses, el esfuerzo repetitivo de los domingos y el consiguiente agotamiento de los lunes, que eran el acompañamiento de la profesión de su padre. Y desde la más tierna infancia supo que era un niño entregado; no solo se esperaba que fuese un ejemplo para todos los chicos presbiterianos, sino también un reproche para todos los de confesiones menores. Sabía que la sotana exigía mucho esfuerzo y dedicación, tanto en sentido espiritual como físico, porque cuando cortaron los pantalones negros de su padre para hacerle a él unos por la rodilla, empezó a distinguirse no solo por su expresión solemne, sino también por su culera, tan negra y con brillos. Y, puesto que fue lo que le tocó en suerte, lo aceptó sin reparos; como suelen hacer los niños, e incluso algunos adultos, en vez de buscar la manera de librarse de semejante destino, se inventó motivos por los que debía seguir siendo tal como era.

Su madre no hacía nada por remediar la desgracia de hogar en el que vivían, aunque, en rigor, tampoco se podía decir que lo agravase. Acusaba la influencia de su marido, puesto que carecía de carácter propio. El reverendo se había casado con ella en el primer año de ejercicio ministerial. Era granjera, vivía con un tío y una tía y le pareció que estaría muy bien ser la mujer de un pastor de la Iglesia. De hombres no sabía nada y la pesadumbre y la falta de energía de su pretendiente le parecían atributos de un ser espiritual e intelectualmente superior a los chicos campesinos. Sabía que estos últimos «tenían pensamientos» sobre las chicas; era evidente que el reverendo John, en cambio, no los tenía jamás. Quería una «consorte», como decía él. Una noche, a las nueve en punto, en la sala de visitas de la granja, la nombró para ocupar el puesto; exactamente a las nueve y un minuto ella lo aceptó, y a las nueve y cuarto el afortunado pretendiente volvía caminando a su pensión después de haber besado a su prometida en la frente. Se casaron y ella descubrió que ser consorte de un pastor no era tan fatigoso como trabajar en la granja. Aunque el hombre que había elegido tampoco era nada inspirador y al cabo de doce años, cuando nació Hector, era tan desgraciada y estaba tan hundida en el fracaso como él.

Era baja y gorda, tenía la silueta de un pan de pueblo y una protuberancia con un torzal de pelo ralo por cabeza; el busto y la parte superior del cuerpo formaban otra protuberancia de mayor tamaño, y otra, la más grande de las tres, comprendía sus anchas caderas. Seguro que no le faltaban las piernas, pero se las tapaban las faldas. Tenía poco que decir y no es seguro que sus procesos mentales pudieran llamarse pensamiento, pues consistían en una cadena de puntos de vista deprimentes, principalmente sobre los posibles desastres y desgracias que podían acaecerle a ella y a su familia. Debido a su escasa disposición a hablar, carecía de aptitudes para dominar a las mujeres de las parroquias en las que ejercía su marido y, como

consecuencia, se convertía en el burro de carga de la comunidad. Siempre tenía que coser, hornear o recaudar más que cualquier otra, pero no porque lo hiciese mejor, sino porque, cada vez que se organizaba un mercadillo o una cuestación, no ponía atención suficiente para quedarse con una función organizativa.

El nacimiento de Hector le aportó la única pasión duradera de su vida. Lo amaba con toda la ternura de su inexperto corazón. Era un niño grandote y solemne que prosperó a pesar de los cuidados que le prodigaba. El médico le aseguraba que era un niño espléndido y que no necesitaba nada más que comer y dormir para seguir igual de bien, pero la señora Mackilwraith, después de haber vivido mucho tiempo con su marido, ya no daba crédito a esa clase de tonterías. Lo amamantó, pero le preocupaba que no tomase suficiente, o no producir ella la cantidad necesaria o que fuese de baja calidad; no confiaba en que su propia leche bastara y, a partir de la tercera semana, empezó a administrarle suplementos de alimentos maternizados, haciéndoselos tomar en taza, y a punto estuvo de rematarlo en el empeño. Como lo atiborraba, a veces el chiquitín vomitaba, pero ella lo achacaba a algún defecto de los órganos del aparato digestivo. Le ponía tantos refajos que el niño estaba inquieto, y además los almidonaba, con lo cual se le irritaba la piel; para calmarlo, lo paseaba en brazos por la casa y le trataba las irritaciones con bálsamo, pero no servía de nada. Las mujeres le decían compasivamente cómo debía tratarlo y el médico casi llegó a insultarla, pero en vano; estaba obcecada en que era difícil criar a Hector y, como su marido le había contagiado la facilidad para atraerse desgracias, consiguió que lo fuera.

Tanto es así, que, de no haber sido un niño fuerte, podría haber sucumbido a la decisión de su madre de tenerlo siempre a las puertas de la muerte. Concluida la época de lactancia, empezó a medicarlo contra el estreñimiento, que era una de las pesadillas del reverendo John, porque estaba convencida de que Hector lo había heredado. Su marido tomaba una dosis grande de aceite de castor todos los sábados para tener la cabeza lo más despejada posible el domingo. Sin embargo, a ella le parecía evidente que la dosis semanal no era suficiente para un niño y, consecuentemente, todos los días de la semana lo atormentaba con jarabes, píldoras, supositorios y asquerosidades de toda clase, y, puesto que sus jóvenes intestinos no tenían la oportunidad de ejercer por cuenta propia, se tornaron caprichosos y a menudo le dolían. Y no solo por estreñimiento. Su madre creía que si al niño le aparecía un círculo blanco alrededor de la boca, era por culpa de las lombrices. Como Hector tenía el vientre tan revuelto a causa de los purgantes, presentaba ese síntoma con frecuencia: entonces le administraba directamente sobre la lengua unos polvos de un sobrecito rosa y, a continuación, una cucharada de mermelada, que solo hacía la dosis más granulosa y nauseabunda.

Como estaba creciendo, su madre lo animaba e incluso lo obligaba a embutirse de comida y, a pesar del estreñimiento y de las imaginarias lombrices, llegó a ser un muchachote voraz, de espeso pelo negro y rizado, largas pestañas, ojos solemnes y grises y mejillas coloradas. Cuando se inquietaba, le sobrevenía un rubor oscuro por

toda la cara. Más que cualquier otra cosa, fue ese color tan intenso lo que le granjeó la antipatía de los demás niños. En general, los chicos canadienses no son rubicundos; entre el calor estival, el intenso frío del invierno y la calefacción de las casas, se quedan pálidos, aunque se trata de una palidez sana. Según las madres que acudían a la iglesia, parecía que «el pequeño del reverendo Mackilwraith fuera a tener un ataque de apoplejía de un momento a otro»; sus hijos lo acosaban y se burlaban de él porque era diferente.

Lo sobrellevaba todo con estoicismo. Le parecía que los otros lo acosaban porque era mejor que ellos. No lo creía por esnobismo, sino que le parecía que así era como funcionaba el mundo: el hijo de un pastor debía ser mejor que los demás. Se lo tomaba incluso con buena voluntad. A pesar de todo, un día perdió los estribos.

Lo estaba atormentando un niño con cara de rata, que era baptista —Hector sabía la confesión religiosa de todos los niños de la escuela, como era de esperar—, acompañado por su pandilla, que no quería perderse la diversión.

—Di «pastor» —dijo el baptista en tono amenazante.

—¿Por qué? —preguntó Hector, con la espalda pegada a una pared del edificio de la escuela.

—Porque, si no, te zurro —dijo el gallito, gesticulando amenazadoramente—. Venga, di «pastor».

—De acuerdo: pastor —dijo Hector.

—¡Tienes un agujero en los pantalones más grande que un tambor! —exclamó el baptista. Sus admiradores rompieron a reír a carcajadas, pero sin alegría; vista al microscopio, la vileza que un niño pequeño lleva en el alma no se distingue de la que anida en el corazón de un carcelero fascista adulto.

—Ahora di «campana».

—Campana.

—¡Toma! ¡Chupa la teta a tu madre toda la mañana!

Eso no lo podía consentir, ni por él ni por su madre, y de repente se dejó llevar por la ira. ¡Ese cara de rata no podía nombrarla de esa forma! No tenía sino la idea más imprecisa de lo que era el sexo, lo intimidaba la charla indecente e ignorante del patio del colegio, pero sabía que habían nombrado a su madre de una manera que no podía consentir mientras viviera. Muy colorado, casi negro, se dirigió al cara de rata blandiendo los puños.

—¡Pelea! ¡Pelea! —Se extendió la voz por todo el patio y, en unos segundos, una multitud rodeaba a los dos chicos.

Cara de Rata se creía todo un luchador. Recorría el patio yendo de grupo en grupo, bailoteando y dando puñetazos al aire, preguntando provocativamente quién quería pelea. Por lo general, esos chicos no encuentran quien responda. Hector no sabía pelear, pero era fornido y fuerte y se puso colérico como los escoceses de las Tierras Altas, con la sangre hirviendo en la cabeza y latiendo detrás de los ojos. Cara de Rata intentó esquivarlo con un juego de pies, pero Hector se abalanzó sobre él sin

acusar sus puñetazos y lo machacó hasta que el chico, atónito, renunció a pelear e intentó escabullirse. Sin embargo, Hector lo agarró, le dio media vuelta y lo puso contra la pared. Y allí lo sacudió y lo aporreó hasta que el chico, que en realidad era enclenque, se desplomó sin sentido.

¡Y empezaron a gritar! ¡Hector Mackilwraith había matado a Cara de Rata! ¡Hector Mackilwraith era un abusón, un animal que se había saltado las convenciones del regateo, la finta y los puñetazos al aire, tan respetadas por los niños pequeños, y había pegado a su rival con todas sus fuerzas! Nadie se atrevía a tocarlo, pero todos lo insultaban. No tardó en llegar una maestra, quien, al ver que Cara de Rata sangraba por la nariz y la boca, lanzó un grito y mandó a otro niño a que fuera a avisar al director. Este llegó a toda prisa y mandó a Hector a esperarlo en su despacho, mientras ayudaban a Cara de Rata a recobrar el limitado conocimiento que le había correspondido por destino y por herencia.

El director era justo y moderado y no deseaba castigar a Hector si encontraba la manera de evitarlo; era la primera vez que el muchacho pecaba y estaba claro que su furia solo podía deberse a un motivo extraordinario. Sin embargo, cuando le preguntó por qué había pegado a Cara de Rata hasta dejarlo sin sentido, el chico no respondió. ¿Cómo iba a repetir a un adulto las vergonzosas palabras sobre su madre? ¡No lo comprendería! Cara de Rata había dicho algo despreciable y ruin en relación con misterios oscuros de los que él no tenía apenas conocimiento, solo una infinidad de conjeturas, indignación y fascinación. Estaba claro que los adultos no deseaban que los niños conocieran esos misterios, porque nunca les hablaban de ellos. Así pues, ¿cómo iba a nombrar él lo innombrable ante el director? No podría hacerlo jamás ante nadie que pudiera entenderlo. Consciente de que no saldría del aprieto de ninguna manera, se atrincheró en el silencio.

El director no tuvo más remedio que castigarlo. Era lo que esperarían los padres de Cara de Rata y, si no podía demostrarles que ambos niños habían tenido parte de culpa, podrían quejarse a los administradores de la escuela. Fue un castigo suave, comparado con lo que solían ser. El director sacó la correa especial, autorizada al efecto por la Delegación Provincial de Educación, y propinó a Hector cuatro cintarazos en cada mano. Sin embargo, tanto él como el chico sabían lo que estaba pasando: una reputación sin tacha rodaría por los suelos; Hector Mackilwraith, hijo de un predicador, se había ganado la correa, la sombra del castigo físico había caído sobre el púlpito. Como en todas las comunidades semejantes, los predicadores formaban un sanedrín y, puesto que trataban severamente a los demás, se los juzgaba con dureza cuando caían en desgracia.

Y así fue como, a los once años, Hector fue la causa de un disgusto familiar que duró aproximadamente quince días. Todo el pueblo convino en que siempre se había sabido que el chico sacaría los pies del tiesto algún día, que sus padres no habían

sabido educarlo y que si lo hubieran castigado más en casa, se podía haber evitado la vergüenza pública; como sabía todo el mundo, los hijos de los predicadores eran siempre los peores. Entonces, corrió el nefasto rumor de que una joven empleada tenía una aventura con un hombre casado que trabajaba en la serrería y el pecado de Hector fue relegado al olvido. En cambio él no lo olvidó. Había hecho llorar a su madre, quien lo amaba más en la desgracia, mientras que él, consciente de que había peleado por ella y de que jamás podría explicárselo, la amaba y sufría con una intensidad que, a simple vista, parecía impropia de su corta edad.

En aquella escuela nunca volvió a provocarlo nadie y Cara de Rata se convirtió en su heraldo y pelota número uno. Así fue como Hector aprendió algo sobre una clase de amor y, de paso, una lección inolvidable sobre el funcionamiento del mundo.

Su padre murió cuando él tenía catorce años. Se le mojaron los pies en un funeral, en primavera; el catarro de cabeza se le pasó al pecho y se convirtió en neumonía. Fue un hombre decepcionante hasta el final. La población del lugar tenía por costumbre conceder gran valor a las últimas palabras de los moribundos; las de un pastor presbiteriano revestirían particular interés, pues bien podía suceder que se demorase unos momentos en el borde de la eternidad e hiciera algún comentario útil sobre ella, antes de partir definitivamente de este mundo. Un niño piadoso que había fallecido de apendicitis (aunque le habían diagnosticado «inflamación intestinal») ese mismo año se había distinguido al exclamar en el último momento: «Veo la luz» (publicado en las necrológicas de la prensa local como: «¡Veo la Luz!»). Se confiaba en que el ministro del Señor superaría el mensaje con creces. Sin embargo, el reverendo entró en coma unas horas antes de morir y expiró sin decir una palabra.

Dejó a su mujer e hijo en muy mala situación, pues en ningún momento de la vida había ganado más que lo suficiente para la supervivencia diaria. Sus haberes ascendían a unos treinta y cinco dólares en efectivo, hallados en una lata de su despacho, más los enseres de la casa parroquial. Dejándose llevar por un arrebato de afecto, de los que devuelven la fe en la humanidad, la congregación hizo una colecta a toda prisa, pagó las exequias y entregó a la viuda doscientos cincuenta dólares. Pero no terminó ahí la cosa; tras recibir la solicitud de varios pastores para ocupar la vacante de su iglesia, ofreció la plaza a un joven que acababa de ordenarse y que estaba soltero, dándole a entender que dispondría de la casa parroquial, pero que debía mantener a la señora Mackilwraith en el puesto de ama de llaves al menos el primer año.

Fue como si la muerte del reverendo John, quien atraía las desgracias, desencadenara una racha de buena suerte a favor de Hector y su madre. Sin pérdida de tiempo, el chico se puso a buscar un empleo que pudiese hacer a la salida de clase y los sábados, y lo encontró enseguida en una verdulería del pueblo, donde le pagaban un dólar con cincuenta a la semana. Dos meses después falleció una tía del

reverendo, vieja y olvidada, dejando seiscientos dólares que fueron a parar a la señora Mackilwraith. La noticia llegó a conocimiento de todo el pueblo y todos se alegraron por ella. Ni siquiera se quejaron mucho cuando lo primero que hizo fue gastar ciento cincuenta dólares en una placa conmemorativa de bronce, que fijó a un muro de la iglesia, a la derecha del púlpito, en la que dejó constancia del amor que había profesado a John Mackilwraith, pero no solo ella, sino toda la congregación. Irónicamente, el adorno de la parte superior de la placa era el símbolo JHS, pero con los caracteres entrelazados de manera que parecían el del dólar.

Nunca se llegó a saber si el joven pastor que consintió en quedarse con la señora Mackilwraith como parte de la casa lo lamentó alguna vez; el caso es que al cabo del año previamente acordado, comenzó otro sin que mediara ninguna oferta de marcharse por parte de la viuda y ama de llaves. Hector y ella siguieron viviendo en la casa y, cuando al año de la muerte del reverendo falleció el sacristán, Hector solicitó el puesto y se lo dieron, porque se avino a cobrar menos que su predecesor. Eso significó mucho esfuerzo con los estudios, ir corriendo a la verdulería a repartir los pedidos y a trasladar cajas y barriles hasta las seis y hacer los deberes después, hasta las nueve. Los sábados trabajaba toda la jornada en la verdulería. Los domingos acudía a la iglesia a las siete en punto para encender la calefacción y barrer el edificio. A las once colocaba solemnemente la gran Biblia en el cojín del púlpito y abría la puerta de la sacristía para que el pastor entrase con magnificencia y llegase al púlpito. A continuación daba fuelle al órgano. Por la tarde preparaba la sala de la escuela dominical y la limpiaba después de la sesión. A las siete repetía las tareas de la mañana y, concluido el servicio nocturno, cerraba la iglesia. Los domingos de Comunión, su madre lo ayudaba a cortar el pan en trocitos y a lavar las doscientas copitas que se utilizaban en la ceremonia. Si a lo largo de la semana alguien quería utilizar la sala de la escuela dominical, cosa que solía suceder dos o tres veces, él debía ocuparse de que estuviera caldeada y dispuesta a tiempo. Cumplía a fondo y correctamente con todos esos quehaceres.

La cuestión es que a Hector le rodaban las cosas tan bien como mal le habían ido a su padre. No solo era fuerte y voluntarioso, sino también inteligente. Se organizaba el tiempo escrupulosamente y, si le daban alguna instrucción fuera de sus obligaciones normales, tomaba nota de ello en un librito. Era solemne y callado y los chicos y chicas de la escuela de formación profesional lo llamaban «San Andrés», por el nombre de la iglesia de la que era sacristán. Sin embargo, otras personas lo apreciaban porque era digno de toda confianza, se esforzaba y cuidaba perfectamente de su madre, quien, de otro modo, habría podido ser una carga y un reproche para ellas.

Corría la tercera primavera desde la muerte de su padre cuando, una noche después de cenar, el joven pastor, reverendo James McKinnon, dijo a Hector que fuera a verlo a su estudio. La estancia estaba como la había dejado el pastor anterior, a excepción de unas pipas, un frasco de tabaco y una fotografía enmarcada de la

promoción de McKinnon. Cuando Hector entró en el estudio, su madre se coló detrás de él y se sentó con actitud expectante en la única silla desocupada que había. Así pues, Hector hubo de conformarse, en desventaja psicológica, con el bajo sofá tapizado de piel, que tenía rotos los muelles.

—Hector —dijo el reverendo señor McKinnon—, tu madre me ha pedido que hable contigo sobre un asunto de la mayor importancia. En junio terminas la escolarización aquí. ¿Qué te ofrece el futuro? El deseo de tu madre, igual que el de tu difunto padre, es que te pongas al servicio de Dios. Hay una o dos universidades en las que, como hijo de pastor, puedes solicitar una beca. Tu historial escolar parece indicar que la mereces.

»Sin embargo, para ser pastor hace falta algo más que estudios, por noble que sea la adquisición de conocimientos. El profesor se distingue por la toga y el birrete, pero el sacerdote, por la huella espiritual de Dios en el corazón y en la mente. No estaría de más preguntar ahora al Señor cuál es Su voluntad para contigo. Creo que no debemos temer Su respuesta. Es posible que ya haya hablado contigo en las vigili­as nocturnas, aunque, de haber sido así, dudo que se lo hubieras ocultado a tu querida madre o incluso a mí. Así pues, suponiendo que no hayas oído ya la llamada, a instancias de tu madre me ofrezco a ser tu guía y mentor en esta cuestión de importancia capital. Oremos, pues, y pidamos luz.

El señor McKinnon habló con gran fervor y sobria bondad y, antes de terminar, la señora Mackilwraith se había puesto de rodillas, con la cara escondida en el asiento. El pastor se levantó y, al ver que Hector no imitaba a su madre inmediatamente, le indicó con un gesto que se postrase al lado del sofá. En cambio, Hector se quedó sentado y habló con voz baja y clara.

—Gracias por su amabilidad, señor —dijo—, pero he tomado la decisión de ser maestro de escuela.

—No corresponde al hombre tomar decisiones sobre estos asuntos sin haber escuchado antes la voluntad de Dios —dijo McKinnon.

—La vocación eclesiástica no es la única que existe —dijo Hector—. Yo tengo la vocación de enseñar.

—Dudo que, a tu edad, hayas podido oír la llamada divina en toda su plenitud —dijo el señor McKinnon—. El pastor también usa toga de maestro y sospecho que solo te has permitido ver esa parte. Lo demás vendrá después. Ahora, oremos.

—No —dijo Hector—. No permitiré que me obliguen a ordenarme. No tengo la menor intención de ser pastor.

—¿Te niegas a orar con tu madre y conmigo?

—Sí —dijo Hector en voz alta, y un rubor oscuro le cubrió la cara.

El señor McKinnon se sentó. Solo tenía diez años más que Hector y, aunque sabía mantener la dignidad de su ministerio en casi todas las circunstancias, algunas veces todavía lo mortificaba una sensación de insuficiencia. La señora Mackilwraith, que había seguido la conversación arrodillada, con la cabeza vuelta hacia ellos,

mirándolos con una expresión de desgracia maternal, se levantó muy afectada y volvió a sentarse gimiendo suave e inoportunamente. Por fin, tras unos intentos fallidos, logró hablar.

—Doy gracias porque tu padre no haya vivido para ver este día —dijo con voz vacilante—. Su mayor deseo era que siguieras sus pasos en La Obra.

—Nunca le oí decir eso —contestó Hector.

Como era joven y luchaba por su vida, pronunció las palabras con demasiada vehemencia; su madre interpretó que el chico la acusaba de mentirosa (y en verdad mentía, pues el reverendo John jamás había hecho ningún plan de futuro para su hijo ni expresado ningún deseo al respecto) y lloró con más fuerza. Llevaba tres años rememorando románticamente a su marido y atribuyéndole muchas frases buenas y sabias que, en realidad, jamás habían tenido cabida en los pensamientos del pastor ni habían rozado sus labios.

El reverendo lo intentó de nuevo.

—Hector —dijo—, me duele verte tan cruel e insensato. Tu madre sabe lo que deseaba tu padre para ti y lo que desea ella misma, también. En esta clase de decisiones, no debes pensar únicamente en ti. Es verdad que el ministerio exige muchos sacrificios, pero también es inmensa su gloria. Contarse entre los ministros de Dios es servir al más alto designio de los que el Señor reserva a los hombres. Las gratificaciones de los sentidos que ofrece este mundo solo son atractivas superficialmente; te confieso que hubo una época en mi vida en que me parecía oír la llamada de la ciencia farmacéutica, que me tentaba con los placeres y comodidades de una existencia terrenal. Sin embargo, ahora no me arrepiento, como te sucederá a ti tan pronto como acates la voluntad de Dios. Su yugo es ligero y Su carga también; tu padre lo descubrió y tú también lo descubrirás.

—Usted no conoció a mi padre —dijo Hector—. No creo que nada fuese fácil o ligero para él. Y repito que no me voy a ordenar. Tengo que vivir mi propia vida y hacer lo que me parezca a mí, y no será en la Iglesia. Ya le he dicho que he tomado una decisión.

—¿Es que no tienes la menor consideración por tu madre?

—Sí. Voy a mantenerla. Es mi obligación y la cumpliré, pero siendo maestro.

—Comprendo que es inútil discutir contigo en estos momentos —dijo el señor McKinnon—. Te dejo con tu madre y, si tienes una chispa de hombría dentro de ti, sus lágrimas te convencerán, ya que no sus razones.

Salió del estudio y se fue a su dormitorio; se sentó en el borde de la cama y se quedó pensando en lo que piensa un hombre que no es señor en su propia casa y al que ha ganado la partida un muchacho de diecisiete años.

Hector, a solas con su madre, no hizo amago de consolarla. Se quedó sentado diez minutos, mientras ella lloraba suave e insistentemente. Luego se acercó y le puso la mano en el hombro.

—No vale la pena llorar más, madre —dijo—. Podías haberte ahorrado todo esto

si hubieras hecho caso cuando dije que había tomado una decisión. Vamos, no te preocupes; cuidaré de ti y todo saldrá bien. Lo tengo todo planeado.

No se habló más del asunto hasta finales de junio, cuando, por lo visto, Hector terminó los estudios con matrícula de honor y solicitó plaza para el curso siguiente en la Escuela Normal más cercana, a poco menos de cincuenta kilómetros del pueblo en el que había nacido.

En otoño, Hector fue a la Escuela Normal a recibir instrucción de maestro. Era la primera vez que salía de casa, pero no le inquietaba la situación. Tenía quinientos dólares, ganados uno a uno con el sudor de su frente, un traje de diario, que había comprado en Eaton por catálogo, y otro para los domingos, que le había dado el reverendo James McKinnon, porque era un traje de calle azul que, con muy poca previsión, había adquirido apenas seis meses antes de vestir el negro para siempre. Esas eran todas sus posesiones materiales: no mucho, pero todo suyo; y contaba además con otra inmaterial e inmensamente más valiosa: había planificado lo que haría en los diez años siguientes. Había tomado una decisión.

Cuando se fue de casa, nadie habría dicho que su madre ambicionase para él otra cosa que verlo hecho un maestro. Ante lo inevitable, tenía la habilidad, impagable para una persona débil, de convencerse de que merecía toda su aprobación e incluso de que, en cierta medida, se debía a su buen hacer. Ansiaba apoyar los planes de su hijo en cuanto estuviera en su mano.

Hector no quería que le diera dinero ni que se sacrificase por él. Estaba plenamente convencido de que, tan pronto como terminara el año de preparación, podría cuidarse solo sin descuidarla a ella. A la edad en que muchos chicos muestran una actitud indecisa e irrealista ante la vida, él era ya una persona singularmente calculadora y capaz. En el pueblo decían que tenía mucha vista. Había conseguido distanciarse lo suficiente del ambiente de su casa para saber que la raíz de casi todos los males de su padre era la falta de previsión, de planificación y de sentido común. Durante la época de chico de los recados y sacristán había descubierto que el sentido común obraba milagros y que la planificación le permitía hacer todo el trabajo sin grandes agobios. La planificación y el sentido común se convirtieron en sus dioses de este mundo.

Era muy buen hijo de pastor para pasar sin dioses en algún otro ámbito y tuvo la fortuna de encontrar en las matemáticas uno que le favorecía, representado en sus estudios por el álgebra y la geometría. Le parecía que en esas materias la planificación y el sentido común adquirían rango divino. No había obstáculo que no cediera a la reflexión aplicada y ecuánime. Cumplía con aprovechamiento en todas las asignaturas, pero en esas dos materias se regocijaba de una manera solemne y controlada. Cuanto más difícil era un problema, más se ampliaba su sonrisa, tímida y oscura, y con mayor cautela lo consideraba, hasta dar con la solución limpiamente,

rayando incluso en la elegancia. En los dos últimos años de escuela no había dejado ni un solo problema sin resolver y llegó a la Normal en posesión de los secretos de la vida: la planificación y el sentido común. Había trazado el plan de llegar a ser profesor de secundaria, especializado en matemáticas, en diez años, y el sentido común le decía que lo conseguiría siguiendo el mismo procedimiento que para resolver problemas: con la preparación adecuada, con cautela y con determinación serena.

El sistema funcionó en la Normal sin un roce apenas. Los maestros no tardaron en distinguirlo como alumno singularmente dotado. Es preciso aclarar que la función principal de dichos maestros no era enseñar, sino enseñar a enseñar. Su labor consistía en exponer a los jóvenes aspirantes los últimos y más infalibles métodos de meter en la cabeza de los niños toda la información posible. Puesto que eran conscientes de la escasez de profesionales dotados del ferviente entusiasmo que hace innecesarios los métodos de instrucción, aspiraban a proporcionarles algunos a los que pudiesen recurrir cuando el entusiasmo flaqueara, se consumiese o incluso si jamás lo hubieran tenido. Enseñaban a enseñar; enseñaban a saber cuándo había que abrir o cerrar las ventanas de la clase; enseñaban cuánta leña y carbón se necesitaban para caldear una escuela rural de una sola aula en la que el maestro es también bombero; enseñaban métodos para decorar las aulas en Semana Santa, en el día de Acción de Gracias, en Halloween y en Navidad; enseñaban cómo enseñar a dibujar a niños sin facilidad para ello; enseñaban a formar un coro escolar y a prepararlo sin más instrumentos que un diapasón; enseñaban a fabricar una silla de maestro con un barril y a hacer tapices semejantes al batik dibujando con ceras sobre algodón crudo y planchándolo con la plancha muy caliente. Resumiendo, en un año se proponían dotar a los alumnos de habilidades que a ellos les habían costado muchos años de enseñanza práctica y de inmersión en manuales de la delegación. A menudo invitaban a grupos de estudiantes a sus casas después del horario normal de clases y allí, entre charlas nocturnas, los iniciaban en los trucos más útiles para manejar a los administradores rurales y tratar con padres malhumorados, para defenderse, en el caso de maestras de diecinueve años y cincuenta kilos de peso, de las insinuaciones amorosas de alumnos de diecisiete años y setenta kilos, para salir del aula rural sin que se notase mucho que se iba al retrete y para negociar un aumento de sueldo al final del primer año. Hector absorbía todos estos retazos de información diversa como si fueran alimento para la mente. Sin ningún género de duda, había nacido para maestro.

Y eso se demostraba en las prácticas con mayor claridad que en cualquier otra materia. Para los estudiantes de la Normal, las prácticas consistían en preparar una lección e ir a impartirla en un colegio de la ciudad, en un aula con niños de carne y hueso y bajo supervisión de un maestro con experiencia, el cual escribiría un informe

sobre la valía del aspirante y se lo mandaría al director de la Normal. Muchos estudiantes que dominaban a la perfección las materias teóricas fallaban estrepitosamente en esas demostraciones. Un joven de la promoción de Hector, que prácticamente había superado una grave deficiencia heredada en la dicción, perdió el temple en su primera sesión práctica y dijo a los niños: «Sus voy a enseñar». Una compañera, que quería contar a una clase algunas anécdotas apócrifas sobre los comienzos musicales de Händel, se puso nerviosa y dijo la palabra «calvicémbalo» treinta y siete veces, cosa poco sorprendente, puesto que nunca había visto ni oído ese instrumento. Otra joven rompió a llorar cuando pidió voluntarios para responder a la primera pregunta que iba a hacer y ninguno se prestó. Sin embargo, Hector, no. Ya en su primera clase de prácticas demostró quién mandaba en cubierta. Su capacidad para imponer disciplina era innata, o, lo que es lo mismo, jamás tenía necesidad de nombrarla. Era un maestro nato, incansable en las explicaciones, ingenioso y rápido con los ejemplos, entusiasta, pero no frívolo, en la forma de hacer el trabajo. Los maestros que firmaban el informe sobre sus clases de prácticas no escatimaban halagos, e incluso se sabía de uno muy anciano, que había visto pasar sesiones prácticas de muchas generaciones de neófitos, a quien se le habían escapado unas lágrimas de emoción profesional al describir la clase de Hector sobre el mínimo común múltiplo.

El año en la Escuela Normal fue un éxito rotundo, con la sola reserva de su inexplicable conducta en la fiesta anual *At Home*, que fue un escándalo público y que jamás llegó a justificar. De resultas de ese incidente, sus compañeros dieron en pensar que Mackilwraith era brillante, pero raro. Con todo, según la opinión general, la escuela que lo contratara sería muy afortunada.

La suerte recayó en una institución rural que, a primera vista, podía parecer que surgía en medio de la espesura; en cambio, para sus alumnos y los habitantes de cuatro o cinco kilómetros a la redonda, era el centro de una zona muy poblada y en pleno desarrollo. Tenía un aula, en la que se reunían chicos de entre seis y catorce años y todo lo que aprendían se lo enseñaba Hector, que ya había cumplido los diecinueve. Mandaba bien y con firmeza y jamás se encontró sin saber qué hacer ante alguna situación, ni dudó de su propia autoridad ni se rio de su omnisciencia. No lo apreciaban tanto como a la maestra anterior, porque ella, cuando le parecía que sobraba un poco de tiempo al final de la jornada o media hora de la tarde de los viernes, leía cuentos a los niños; Hector, en cambio, les ponía más problemas de aritmética o los sometía a pruebas de «cálculo mental». Esos pasatiempos consistían en disparar veinte números o más y preguntar la suma total a un alumno elegido al azar. A algunos les gustaba mucho esa actividad, pero otros la temían. A veces presumía un poco; dejaba que cada niño de la clase —eran treinta y siete— dijera un número cualquiera, alto o bajo; él los iba sumando y, al final, escribía el resultado en

la pizarra en grandes cifras. Para los alumnos, eso era más divertido que cuando tenían que sumar ellos, pero tampoco mucho, y pasaba pocas veces.

Cuando empezó el segundo curso, Hector se había asegurado un aumento de sueldo y estaba preparado para iniciar la parte vital de su plan. Mandaba regularmente dinero a su madre, quien seguía viviendo en la casa parroquial. Había empezado con un salario de seiscientos dólares anuales y ahora ganaría setecientos. Su madre recibía la mitad y el resto lo empleaba en alojamiento y manutención. Sufragaba los gastos de vestuario con lo que ganaba en verano trabajando de cronometrador en una empresa de construcción de carreteras. En el segundo otoño, cumplidos los veinte, empezó a prepararse para sacar por libre una diplomatura en la Universidad de Waverley.

Estudiar una diplomatura por libre no carece de inconvenientes. El primero es que el estudiante no tiene quien le califique los trabajos ni compañeros que le aligeren la carga. El siguiente es que debe adquirir muchos conocimientos en circunstancias que, por lo general, no se prestan a ello. El tercero consiste en la sensación de aislamiento que experimenta el estudiante con respecto al centro de enseñanza que desea considerar su *alma mater*, convencido, además, de que quienes asisten presencialmente descubren cosas que le son negadas a él; cabría comparar tal circunstancia con la de un hombre que se encuentra en una casa celebrando una boda, pero que está obligado a permanecer en las bodegas y a participar en los brindis por medio de un tubo largo. Los dos primeros inconvenientes no le importaban, pues le gustaba trabajar y podía hacerlo tanto en el dormitorio de la granja en el que se alojaba como en cualquier otra parte. El tercero, en cambio, le preocupaba mucho, porque quería diplomarse en matemáticas y física, dos materias que no se pueden estudiar por cuenta propia con gran aprovechamiento. Así, pues, en tres años de estudio solitario después de las clases, Hector se quitó de encima todas las asignaturas que podía preparar por su cuenta. En primavera hacía el trayecto hasta un pueblo situado a diez kilómetros, donde vivía un clérigo que era licenciado de Waverley y, mientras este roncaba en un sillón, Hector se dirigía a la mesa del comedor y hacía uno o dos exámenes escritos. Después de quitarse de encima de esa manera todas las materias que pudo, dejó la escuela rural y se fue a Waverley a cursar dos años más en el lugar en que más cumplida y fácilmente se puede hacer.

Como de costumbre, el problema era el dinero. Había ahorrado algo de los trabajos de verano, pero no tanto como para sobrevivir dos inviernos en la universidad. Por lo tanto, era necesario encontrar un empleo combinable con los estudios. Lo encontró, de camarero en un restaurante principalmente estudiantil, cuyos puestos inferiores ocupaban estudiantes en su mayoría. Eran muchos los universitarios que, como él, trabajaban para pagarse los estudios pero, lejos de discriminarlos, se los consideraba particularmente dignos de encomio. Tenían un valor y una determinación admirables pero, desafortunadamente, debían privarse de gran parte de lo mejor que ofrecen las universidades. Cuando los estudiantes se

reunían a charlar, ellos trabajaban. Cuando el restaurante cerraba por descanso dominical, Hector se encerraba a estudiar. Cuando una clase o una demostración le estimulaba el pensamiento, no podía entregarse al estímulo porque debía ir corriendo a servir cafés con bollos a otros estudiantes menos necesitados. La fuerza de voluntad del que trabaja y estudia a la vez es incuestionable, pero es difícil que extraiga tanto provecho de la experiencia como otros más afortunados. No le queda tiempo para ser joven ni para regalarse el espíritu.

A pesar de todo, consiguió lo que se había propuesto y llegó el glorioso día en que su madre lo vio, en una fila de estudiantes aparentemente interminable, recibir el diploma de manos del rector honorario y volver a integrarse en el salón de actos convertido en todo un diplomado. Inmediatamente se entregó a la preparación de un trabajo de verano que le proporcionaría el ansiado certificado de especialización y, con gran alegría, se despidió para siempre de enseñar historia, ortografía, geografía... todas las trivialidades que constituían la rutina de los maestros de escuela primaria. Encontró fácilmente un puesto en un pequeño instituto de secundaria y, cuatro años después, cuando quedó vacante la plaza de jefe del departamento de matemáticas en el de Salterton, presentó la solicitud y fue elegido entre veinte aspirantes. Había llenado la copa de sus aspiraciones. Había conseguido cuanto se había propuesto y todo gracias a la planificación y al sentido común.

El nombramiento trajo consigo un buen salario y a su madre se le ocurrió que debía ir a Salterton a cuidar de su casa y de él. Sin embargo, Hector no opinaba lo mismo. Prefería vivir en el YMCA, en una habitación con algunos muebles propios, y comer en el Snak Shak. Había arraigado en él la costumbre de las comidas copiosas que le habían inculcado de pequeño, y a los treinta años era ya bastante panzudo. Recalcó ese detalle a su madre como prueba de que sabía cuidarse perfectamente y de que podía prescindir de ella mucho mejor que el reverendo James McKinnon, quien había envejecido mucho, aunque no podía saberse si por la carga de la labor parroquial o por la dieta de novilla guisada, empanada y galletas de soda. La señora Mackilwraith había ahorrado prácticamente hasta el último centavo de lo que Hector le había mandado desde el principio, pero nunca se le ocurrió marcharse de la casa parroquial. El desdichado McKinnon había renunciado a semejante sueño; vivía como huésped en su propia casa, víctima de la consideración y la generosidad ajenas.

Lenta pero inexorablemente, la prosperidad fue haciendo mella en Hector. Después de cuatro años en la jefatura del departamento, empezó a pensar que debía prestar atención a su vida social y, por medio de conocidos que tenían interés en esas cosas, llegó al Teatro Joven de Salterton. Lo eligieron tesorero casi inmediatamente, cargo en el que demostró su valía. En las fiestas del grupo, siempre se quedaba en un rincón, sonriendo y tomando una sola copa. Le gustaba estar donde hubiera gente alegre, aunque personalmente no se permitía ninguna expresión descontrolada de

alegría. Le gustaba ver a mujeres bonitas corriendo emocionadas de un lado a otro y le gustaba la jerga del teatro *amateur*, copiada de los profesionales, entre quienes era costumbre llamarse «querido» y «cielo», pero él jamás empleaba tan cariñosas palabras. Lo cierto era, aunque esto solo le interesaba a él, que jamás había tenido ninguna clase de trato íntimo —ni sombra, siquiera— con una mujer. Sí, había pasado aquel desastre de la Escuela Normal, el día de la fiesta anual, pero lo había enterrado en los sótanos de la memoria y ya casi estaba olvidado.

A los cuarenta años decidió que quería actuar. Hizo los planes pertinentes y puso en marcha su sentido común para asegurarse el papel de Gonzalo.

TRES

Roger Tasset miró a la concurrencia de la sala del club con ojo clínico, a ver si había algo que pudiera interesarle. Llevaba seis semanas en Salterton y, salvo un par de coqueteos rutinarios con camareras, no había tenido ningún contacto con mujeres digno de tal nombre. Si no conseguía iniciar pronto alguno, pensaba para sí, enloquecería de aburrimiento. Era inútil fingir otra cosa: sencillamente, necesitaba mujeres.

Ponía un cuidado extremo en no engañarse al respecto; tanto es así que se ratificaba en ello constantemente. Hay muchos hombres que, sin darse cuenta, pierden mucho tiempo y energía en crear circunstancias favorables que les permitan reforzar la imagen ideal que tienen de sí mismos. Desde muy temprana edad, Roger se consideraba tremendo con las mujeres y, en consecuencia, estaba obligado a buscar en todo momento féminas con las que demostrarlo. No era dado a la reflexión y, por tanto, no podía decirse que abrazara el libertinaje como filosofía o estilo de vida, al modo de Don Juan, pero se había convencido de que, para él, el sexo significaba mucho más que para la mayoría y que, para ser fiel a su naturaleza y cumplir debidamente su gran destino, debía atraer y seducir a las mujeres.

A pesar de las diferencias superficiales entre Hector y Roger, este tenía la misma fe que aquel en los principios de planificación y sentido común, y los aplicaba a su carrera de seductor. Y puesto que son muchas las cosas que responden favorablemente a esos principios, desde los dieciocho años hasta los veinticinco que tenía a la sazón había logrado seducir a un número considerable de mujeres. Creía sinceramente que todas eran iguales, y sin duda, era cierto que todas sus conquistas presentaban muchas características en común. La más destacable era una dejadez ajena al carácter de Roger, pues él nunca consumaba una conquista sin tomar precauciones para que jamás pudiesen atribuirle hijos. Si alguna chica no lo entendía, procuraba hacérselo comprender con total claridad. También solía darles charlas sobre la necesidad de tomar el amor tal como se presentara y dejarlo marchar con una sonrisa en su momento de mayor esplendor; esa actitud estaba oportunamente calculada para que, si alguna quería retenerlo más tiempo del deseado, fuese ella quien pareciese injusta y cargante. Por si a alguien pareciera esta una actitud muy fría y calculadora, hay que reconocer en su descargo que se tomaba la seducción profesionalmente o, en otras palabras, como un negocio; creía en la necesidad de triunfar en ese terreno; de lo contrario, sin victorias, perdería la fe en sí mismo y en la importancia del mundo. No conviene poner en peligro la fuente del amor propio.

En lo militar, era suficientemente cumplidor para que sus superiores tuviesen buena opinión de él, pero no tanto como para inquietarlos con accesos de originalidad. Lo habían trasladado a Salterton para que asistiera a un curso de formación especial. La invitación de Nellie a colaborar temporalmente con el Teatro Joven fue como un regalo del Cielo. El teatro le importaba un comino, pero sabía que allí habría muchas chicas. La noche prevista para las audiciones de *La tempestad* llegó al club puntualmente, a las ocho de la tarde, entre los seis primeros.

El local del grupo de teatro ocupaba el último piso de un edificio de oficinas. Había sido club social en una época en la que a la gente no le importaba subir tres pisos para asistir a una concentración política o a una conferencia con pase de diapositivas. Ahora se había transformado en un espacio sórdido presidido por una tarima baja. Cuando el Teatro Joven se instaló allí, las paredes eran de un marrón desagradable y habían intentado animarlas pintándolas de amarillo canario hasta unos cuatro metros de altura; como el techo se encontraba a seis, el efecto resultante no acababa de ser satisfactorio. La decoración consistía en recuerdos de interés teatral: un programa con el autógrafo de Sir John Martin Harvey, de la última vez que había ido a Salterton, otro semejante de Sir Harry Lauder, una fotografía dedicada de Robert B. Mantell en el papel de Rey Lear, otra de Genevieve Hamper en *La fierecilla domada*, un telegrama de felicitación de Margaret Anglin por el décimo aniversario del grupo, una postal de Bernard Shaw en la que negaba la autorización para representar *Cándida* si no se pagaban los derechos y varios reportajes fotográficos de montajes realizados. El vestuario se guardaba en unos armarios empotrados que ocupaban una pared y, detrás de una mampara, había una cocina pequeña en la que se podían preparar refrigerios. En lugar prominente destacaban dos certificados de mención especial a nombre del Teatro Joven, expedidos por el Dominion Drama Festival.

Para la audición, se habían dispuesto sillas en semicírculo ante una mesa. Tres estaban ya ocupadas por mujeres, a las que Roger había desechado mentalmente con las rotundas palabras: «siniestro total». Detrás de la mampara, otra mujer trajinaba tazas y vasos. Junto a una ventana conversaban dos hombres a los que Roger conocía: uno era Larry Pye y el otro, el tipo al que había visto un momento en St. Agnes el día que llovía tanto, el que dominaba lo de las localidades, McNabb o algo así.

Roger se aburría, la velada no parecía muy prometedora. Sin embargo, unos minutos después, se animó con la llegada de un grupo de chicas. Apenas tuvo tiempo de calibrarlas, porque apareció por las escaleras la señora Forrester, acompañada de Valentine Rich, e inmediatamente fue a su encuentro; siempre le había parecido buena estrategia llevarse bien con las mujeres mayores; a ellas les gustaban los tipos con encanto y valía la pena tenerlas encantadas. La Rich parecía bastante callada; era amable, desde luego, pero no se encendía cuando le dedicaba su sonrisa íntima especial. Nellie, en cambio, sí, y de una forma muy gratificante.

—Roger, querido —dijo—, tienes que conocer a todo el mundo. No te importa que te llame «querido», ¿verdad, querido? Por la edad que tengo, podría ser tu madre o tu tía, en todo caso. Además, en este ambiente siempre nos tratamos así, ¿comprendes?

—Si tienes más de cinco años más que yo —dijo Roger—, es que me engaña la vista, pero sé que no: los ojos nunca me engañan en eso, pero si te echas años para poder dominarme, voy a tener que darte una lección, Nellie, querida.

—¡Cinco años! —Con una deliciosa mezcla de coquetería, indignación y

añoranza por la juventud perdida, Nellie soltó un gritito—. ¿Qué edad me calculas?

—Unos veintiocho, año arriba, año abajo.

—¡Querido mío! ¿Es que el ejército ya no os hace revisiones de la vista?

—Sí, y la mía es perfecta. Además tengo un instinto infalible para estas cosas.

—Pues, en este caso te has equivocado. Por si te interesa, mi amiga Val y yo tenemos la misma edad, ¿verdad que sí, Val?

Con esas palabras, Nellie pretendía darle una sorpresa y lo consiguió, porque Roger creía que Valentine era bastante más joven que Nellie. Sin embargo, confirmó galantemente lo que había dicho antes. A Valentine no le importaba; no le afectaba el encanto de Roger; pero Nellie se alborozó como un pájaro cantor con el nido en una rama regada^[6]. Acaparó a la pareja que subía por las escaleras detrás de ella. Eran el profesor Vambrace y su hija.

—Pearl, querida, no conoces a Roger Tasset, ¿verdad? Va a ser Fernando, la pareja de tu Miranda.

—Nell, por favor, sé más discreta —dijo el profesor Vambrace—; todavía no se ha hecho el reparto oficialmente. Buenas tardes, Tasset.

Pearl Vambrace murmuró inaudiblemente y ofreció la mano a Roger, pero, cuando pareció que él iba a estrechársela, la retiró inmediatamente y se ruborizó. Roger la envolvió en una mirada profesional pensando que la chica se parecía más a lo que él esperaba.

—Es un placer conocerte —dijo Roger, dando a las palabras un poquito más de intención de lo que requería el momento.

Sin embargo, Vambrace agarró a su hija por el brazo y se la llevó hasta las sillas; pareció elegir una con mucho cuidado, dejó a Pearl sentada y se dirigió a la mesa; una vez situado, empezó a descargar papeles y libros de un maletín grande y atiborrado.

—Buenas tardes —dijo una voz detrás de Roger, quien, al volverse, se encontró con el tesorero del grupo, que le sonreía y le tendía la mano.

—¡Ah, buenas tardes, señor McNabb! —dijo Roger.

—Mackilwraith —dijo Hector—. De manera que ha venido a probar suerte. Pues yo también.

No era esa la idea con la que Roger había acudido a la audición. No se le había pasado por la cabeza que no le fueran a dar el papel protagonista de galán en cualquier obra en la que decidiese actuar, mas no por engreimiento, sino por las pocas probabilidades que tendría un grupo de aficionados de encontrar a alguien mejor preparado que él para hacer un personaje que requiriese buena presencia, encanto y soltura en el trato con las mujeres. Sin embargo, esa clase de pensamientos no suelen confiarse a los desconocidos, menos aún a desconocidos como ese.

Los años de ejercicio profesional satisfactorio en las aulas habían investido a Hector de una autoridad serena que se reflejaba en su actitud. Era casi tan alto como Roger, aunque mucho más robusto, con una abundante mata de pelo ondulado y negrísimo —como negrísimas y pobladas eran las cejas que coronaban sus ojos grises

—, y rotundo de cara, casi gordo y colorado. Al sonreír enseñaba una dentadura excelente. La voz era grave y agradable, con cierta cadencia de las Tierras Altas escocesas que ni tres generaciones en Canadá más una madre de las Tierras Bajas habían logrado eliminar por completo. Lo que intimidaba a Roger de ese hombre era la sensación de sinceridad que transmitía: no la típica del buen profesional, sino la de la persona íntegra que ejerce un dominio perfecto sobre los aspectos más importantes de su vida. Roger juzgó conveniente moderarse en la respuesta.

—Nellie me invitó a venir por si podía contribuir en algo —dijo—. Es que hice un poco de teatro en la escuela y otro poco después, aunque con Shakespeare nunca lo he intentado.

—¡Ah! —dijo Hector con seriedad—. ¡Shakespeare nos va a poner a todos a prueba!

—A buen seguro —contestó Roger, un tanto consternado por la reverente actitud ante el autor.

—De todos modos, hemos tenido mucha suerte con la directora. Es profesional y nos corregirá los defectos. Es posible que sea severa, pero seguro que lo encajamos. —Hector esbozó una sonrisa apagada al pensar en el trabajo que los esperaba—. Tendremos que aprender muchas cosas —prosiguió con sobria satisfacción; todavía intentaba convencerse de que su deseo de actuar emanaba de la pasión por mejorar, no de una simple búsqueda de diversión.

Roger no sabía cómo deshacerse de él. Cada cual tiene su reserva de hipocresías menores y, aunque la de Roger era abundante, no incluía la de disfrazar el placer de educación. Por suerte, en ese momento pasó Solly y lo saludó.

—¡Hola, Ridgetower! —dijo—. ¿Vienes a ver si te dan un papel?

—¡Hola Brasset! —respondió Solly—. No, yo no.

—Tasset, no Brasset.

—¡Qué curioso! Bridgetower, no Ridgetower.

—Lo siento. Tengo mala memoria para los nombres, me temo.

—Pero nunca olvidas una cara, seguro.

—Pues, en efecto, nunca olvido una cara. ¿Cómo lo sabes?

—Es típico de los que no recuerdan los nombres, o eso dicen, al menos. Es una lástima, ¿no? Acordarse solo de la mitad, quiero decir.

Roger tenía la incómoda sensación de que se estaban metiendo con él. En esa clase de grupos se encontraba uno con tipos impresentables. McNabb... no, Mac... lo que fuera, y ese otro, Bridgetower, con esa pelambreira y la nariz tan larga... Se las daba de listo, evidentemente; un gallito sabihondo. Enderezó los hombros y adoptó una actitud marcial. Había una cosa que jamás olvidaba: la cara de las chicas. Esos dos... seguro que no habían visto una en su vida a menos de treinta metros. Podía permitirse despreciarlos.

—Supongo que los dos conocen muy bien la obra, ¿no es así? —dijo Hector con intención de aliviar diestramente la repentina tirantez.

No lo consiguió, porque a Solly lo había ofendido la insinuación de que tal vez no conociese una obra de Shakespeare, y a Roger, que había actuado en muchas obras sin tomarse la molestia de leer nada más que su papel, le pareció que el maestro de escuela era un poco meticón.

—Tiempo habrá, cuando sepamos si nos dan un papel o no —dijo.

Hector, que en esas circunstancias no estaba tan seguro como daba a entender, creyó que Roger insinuaba que podían dejarlo sin papel... y se ruborizó.

Afortunadamente, en ese instante Nellie pidió orden dando unos golpecitos en la mesa; aliviados, se separaron los tres y cada cual ocupó su asiento. Nellie explicó el motivo de la reunión, cosa que ya sabía todo el mundo, y cedió la palabra al profesor Vambrace. El profesor, a su vez, les contó que Shakespeare había sido un dramaturgo genial y que el Teatro Joven de Salterton, con su acostumbrado instinto para elegir lo mejor de todo, había decidido presentar una de sus mejores comedias. En un largo paréntesis, explicó que una comedia no tenía por qué ser especialmente graciosa. Habló del espíritu de la comedia y citó ampliamente a Meredith con notable precisión. Después hizo un resumen muy completo de la trama de *La tempestad* y recitó dos o tres fragmentos de los que más admiraba, casualmente del papel de Próspero todos ellos. Se conmovió de manera perceptible. En total, estuvo veinte minutos hablando y cuando se sentó recibió un respetuoso aplauso.

Nellie se levantó de nuevo y comunicó a los presentes que el Teatro Joven tenía la inmensa fortuna de contar para la obra con la dirección de la señorita Valentine Rich, profesional en Nueva York y Londres. Les aseguró que trabajar a sus órdenes sería un gran privilegio y que, por tanto, debían esforzarse al máximo y darlo todo. Salterton podía sentirse muy orgullosa de la señorita Rich y, además, era un ejemplo para todo el Teatro Joven de lo que podía conseguirse trabajando con ahínco y denuedo. A continuación, la señorita Rich les diría unas palabras.

No muy satisfecha de que la presentasen como ejemplo de una carrera lograda a fuerza de trabajar como una burra, Valentine se puso en pie. Dijo que se alegraba mucho de haber vuelto a Salterton, y así era, y que estaba deseando empezar a trabajar con ellos, lo cual no era cierto. Que esperaba no resultar tan exigente como la señora Forrester había dado a entender y que confiaba en la colaboración de todos para lograr una representación satisfactoria y entretenida. Lo dijo brevemente, con encanto y aplomo profesional, y cuando se sentó el público aplaudió con mucho más entusiasmo que la vez anterior.

Entre el retraso en la hora de comienzo y los discursos ya eran casi las nueve y Nellie dijo que no tenían más tiempo que perder, que irían pasando los papeles por orden de aparición. Entonces, con un poco de revuelo, cada cual sacó su ejemplar de *La tempestad*; los había de todas clases, desde libritos con la obra a palo seco hasta gruesos volúmenes de tamaño holandesa con todas las obras de Shakespeare, ilustradas con grabados.

Nellie anunció que se asignaría en primer lugar el papel de Próspero, el mago, y

que por favor levantasen la mano los aspirantes.

La respuesta no fue inmediata, pero al cabo de cinco segundos, la señorita Eva Wildfang se levantó y dijo que, después de la lectura magistral que había hecho el profesor Vambrace de algunos fragmentos de ese papel, le parecía que la mayoría de los presentes opinarían como ella: que era el más adecuado para el personaje. Miró alrededor buscando la confirmación de ese amplio consenso, pero, al parecer, no lo había. Era de todos conocido el culto que tributaba la señorita Wildfang al profesor, menos del propio Vambrace y de ella.

El profesor cerró los ojos y giró la cabeza un par de veces sobre el respaldo del asiento. Después dijo que si la comisión estaba de acuerdo en que el papel lo hiciese él, lo haría, aunque se retiraría inmediatamente si se presentaba algún otro aspirante.

Nellie miró a la sala con expectación y dijo que, si nadie se oponía, anotaría el nombre del profesor provisionalmente junto al de Próspero.

Fue entonces cuando, al fondo del público, se levantó el señor Eric Leakey y dijo que había interpretado literalmente las palabras de la presidente sobre el orden en que se adjudicarían los papeles y que, según su ejemplar de la obra, el primero que aparecía era Alonso, rey de Nápoles. Manifestó que no deseaba rivalizar en erudición con el profesor Vambrace, pero que había ido a la reunión a leer el papel de Próspero.

La señorita Wildfang lo miró como si la hubiese ofendido personalmente. Nellie sonrió y frunció el ceño al mismo tiempo, dando a entender que la tardía intervención del señor Leakey había creado una gran confusión. Habló el profesor Vambrace.

—¡Faltaría más! —exclamó—. ¡Faltaría más! Nada más lejos de mi intención que apropiarme de un papel para el que otros estén mejor preparados. Debe usted leer inmediatamente, mi querido señor. Acérquese, ¡acérquese!

—No, no es necesario —dijo Nellie, cuando el señor Leakey ya se había abierto camino entre el laberinto de sillas y estaba a punto de llegar a la mesa—. Si empezamos a movernos todos, se armará mucho jaleo. Lea desde su sitio, señor Leakey.

—¿Qué leo? —preguntó el señor Leakey mientras retrocedía.

—¿Qué fragmento es más apropiado? —preguntó Nellie a Vambrace.

—Me inclinaría por el mejor parlamento del personaje —dijo el profesor, y, con su potente voz de bajo, declamó:

Te veo preocupado, hijo mío,
y como abatido. Recobra el ánimo.
Nuestra fiesta ha terminado. Los actores,
como ya te dije, eran espíritus
y se han disuelto en el aire, en aire leve,
y, cual la obra sin cimientos de esta fantasía...^[7]

—Exquisito, exquisito —murmuró como para sí. Entonces, volviendo a la vulgar

realidad del reparto, dijo—: Se encuentra en la primera escena del cuarto acto, hacia el verso 146, si tiene usted la edición New Temple, señor Leakey. No se precipite. Tómese el tiempo que necesite.

Semejante alarde de erudición remató al señor Leakey. Encontró el fragmento y lo leyó con voz estrangulada, mientras su pequeña calvicie enrojecía por momentos. Cuando terminó, se hizo un gran silencio, lo cual significaba que no servía.

—Gracias, señor Leakey —dijo Nellie al tiempo que hacía unas marcas en un papel.

La sensación general era que el señor Leakey se había precipitado; quienes aspiraban a un papel tomaron buena nota de su vergüenza.

A partir de ese momento, todo fue como la seda. Cada vez que Nellie anunciaba un personaje, se manifestaban las personas que deseaban hacerlo y, por lo general, tuvieron la precaución de advertir que simplemente habían pensado en ese papel, pero que estaban dispuestas a hacer cualquier otro para el que pudieran servir. El proceso fue largo y agotador y hubo varios papeles que, al parecer, nadie quería. Las lecturas continuaron en el mismo tono inseguro, medio ahogado y sin matices en todos los casos, como si todos los actores hablaran con una sola voz ¡y mala, para rematarlo! Sin embargo, cuando llegó el papel de Fernando, Roger leyó con una voz cálida y atractiva que palió en gran medida el apocamiento y la modorra de los presentes. Aunque tal vez no desvelara todo el significado del párrafo que le asignó el genio de la memoria, Vambrace, lo dijo con un encanto masculino más escaso en el teatro *amateur* que la belleza femenina, el instinto teatral, la verdadera comprensión de lo cómico y la fuerza trágica. Hasta la señorita Wildfang, que solo tenía ojos para uno, miró a Roger favorablemente cuando se sentó. La verdad es que todo el mundo mostró interés, salvo una persona. Esa persona era Griselda, que parecía haberse dormido.

Son pocos los proverbios tan atinados como el que dice que la belleza se encuentra en los ojos del que mira. Cuando Solly miró a Griselda durante el lento curso de la lectura, le pareció que nunca la había visto tan bella. ¿Cómo se le podía haber pasado semejante milagro hasta entonces?

Lo cierto es que la belleza de las muchachas de dieciocho años no suele ser imponente. Al contrario, por lo general, pasa inadvertida hasta que se le presta atención en el estado de ánimo apropiado. En ese momento revelador, a la señora Bridgetower no le habría parecido bella, pues habría considerado que la tez tan blanca era señal de mala salud y hábitos trasnochadores; los labios, rojos, solo tenían un poquito de color, pero resultaban llamativos en un rostro tan blanco; en opinión de la señorita Wildfang, el pelo, abundante, ondulado y del color de la miel, habría merecido el calificativo de «fibroso». Si la señora Mackilwraith hubiera visto la sombra azulada de los párpados que ocultaban los ojos azul aciano de Griselda,

habría sentido un deseo irrefrenable de administrarle polvos vermicidas; en cuanto a la nariz, ligeramente más aquilina que la moda del momento, habría resultado casi ganchuda a ojos de Nellie Forrester. Si se hubiera pedido opinión a Larry Pye sobre el tipo de la joven, seguramente habría dicho que mejoraría cuando terminara de rellenarse. Sin embargo, a Solly, mientras la contemplaba, le parecía que no podía haber mayor gracia y hermosura en el mundo.

Si Griselda estaba tan favorecida en ese momento era porque se encontraba un poco mal y, en consecuencia, se había quedado relajada y quieta. La quietud intensifica la belleza en gran medida, y en esa sala, donde se agolpaban tantas tensiones y tantas esperanzas, tanta ambición belicosa y tantas inquietudes contrapuestas, su distante actitud de aislamiento espiritual resultaba verdaderamente hermosa.

Preciosa y, para Roger, irritante. Había leído bien, estaba seguro. Se había dado cuenta todo el mundo, salvo esa chica pálida. Ya se habían conocido, desde luego. Nunca se le olvidaba una cara de mujer, pero ¿cómo se llamaba? Bueno, daba igual, el caso es que su padre era el propietario de esa finca tan grande de la orilla del río, donde iban a representar la obra. No podía soportar que su lectura la hubiera dejado indiferente y que le hubiese privado del placer de la impresión que había causado entre los demás. ¿Estaba dormida? Sin la menor duda, era la mejor pieza de la sala. La ropa indicaba dinero. Solo los ricos podían ir mal vestidos con tanta elegancia. Buen tipo. Cara bonita, pero le gustaría quitarle esa expresión de indiferencia. Y lo haría, desde luego. ¡Ya le enseñaría a no dormirse cuando recitaba él! Para eso se había apuntado. La situación, bien llevada, duraría exactamente lo mismo que el curso que estaba haciendo. Sería un bonito ejemplar para su colección.

Griselda no era la única chica de la sala que aspiraba a la belleza. Valentine Rich no prestó mucha atención a la lectura; sabía que, en caso necesario, podría imponer una apariencia de inteligencia a cualquier actor; lo imposible era dotar de buena presencia a quien no la tuviera; echó una ojeada a la sala buscando a gente que pudiera quedar bien con el vestuario. Se fijó en Pearl Vambrace. Le pareció que tenía posibilidades. Tenía un rostro distinguido, más que bonito, cabello oscuro y abundante, aunque falto de un buen aclarado con vinagre; de tipo no estaba mal y tenía unos ojos preciosos. Sin embargo, lo que verdaderamente llamaba la atención era la expresión de la cara: contenida y atenta, como si estuviera escuchando una voz interior. Valentine pensó que debía encontrar la manera de llevar a esa muchacha al escenario.

Al parecer, no iba a ser nada difícil. Cuando llegó el turno del papel de Miranda, Pearl leyó muy bien el párrafo de prueba, con una entonación que recordaba a la de su padre, pero sin llegar al ridículo. Mientras leía, su padre la miraba fijamente, moviendo los labios a la vez que ella pronunciaba; frunció el ceño un par de veces, como para demostrar que no había respetado alguna inflexión de las que le había

marcado. A Valentine le pareció una actitud molesta e hiriente.

Cuando por fin terminó la lectura, la comisión se retiró a decidir el reparto; puesto que el club no disponía de una habitación aislada, tuvieron que salir al rellano, cerrar la puerta y quedarse en la escalera. Los encargados de tan delicada misión eran Nellie, el profesor Vambrace, Solly y Valentine. Los demás socios del club se quedaron en la sala y se dispusieron a tomar té fuerte y pasteles.

—No creo que esto nos lleve mucho tiempo —dijo Nellie—. Tal como esperaba, no ha habido revelación de nuevos talentos, menos Roger Tasset, desde luego. Es de película, ¿verdad? Hará un Fernando maravilloso.

—Ese papel depende hasta cierto punto del de Miranda —dijo el profesor Vambrace con mucha razón—. Debe ser una pareja equilibrada. El joven Tasset tiene presencia, es innegable; la pregunta es si no será excesiva. No queremos que parezca... ¿cómo decirlo?... que le quede grande a Miranda. Haga quien haga el papel —añadió en un tono como si en el grupo sobrasen chicas aptas para el papel.

—Creo que no hay dudas sobre el papel de Miranda: es para Pearl —dijo Nellie.

—¿De verdad te lo parece? —dijo Vambrace con desasosiego—. Para mí es muy difícil ser objetivo en esta decisión. Hasta el punto de que me abstengo en este caso.

—Su hija ha leído de una forma encantadora —dijo Valentine—, rozando un poco el estilo retórico, quizá, pero ese fallo se corrige con facilidad. Y, físicamente, también da el personaje. La verdad es que quiero que lo haga ella.

—¿En serio? —dijo el profesor—. ¿Le parece que tiene...? ¿Cómo decirlo? ¿Suficiente peso, autoridad para hacer de Miranda?

—Miranda solo tiene quince años —dijo Valentine—. Más que autoridad, lo que necesita es buena presencia y una voz bonita, y cumple las dos condiciones.

—¿Le parece que tiene suficiente voz? —dijo el desasosegado padre—. No puedo engañarme en esto; le falta sonoridad, sobre todo en los tonos agudos, y hay que comprender que hoy no ha estado en su mejor momento. Se lo advertí. Se lo repetí muchas veces, pero se pasó la tarde tomando pastillas para la tos y, a la hora de leer, tenía la boca pegajosa. Me ha fastidiado bastante.

—Lo hará muy bien —dijo Valentine— y hará buena pareja con Tasset.

—¡Ajá! —dijo el profesor frotándose la barbilla con un ruido seco—. Sí; casi todas sus escenas son con él y con quien elijamos para Próspero. Debemos buscar el equilibrio por encima de todo, dentro de nuestras limitaciones.

—Bien, si hace usted de Próspero —dijo Valentine—, el equilibrio será perfecto.

—Esa decisión deben tomarla los demás miembros de la comisión sin pensar en mí —dijo el profesor—. No puedo tomar parte, sería faltar a la honradez más elemental. Pero, antes de retirarme, quiero dejar clara una cosa que, a mi entender, no carece de importancia. Es lo siguiente: si hago Próspero, y subrayo «si», quedará resuelta la cuestión de que exista cierto parecido entre ese personaje y Miranda.

El profesor hizo una leve inclinación de cabeza y se retiró aproximadamente un metro y medio del grupo, que era la distancia máxima que permitía el rellano. No se

le ocurrió bajar las escaleras.

—¡Ay, Walter, vuelve aquí! —dijo Nellie—. En ningún momento hemos pensado seriamente en nadie más que en ti.

Nadie llamaba al profesor Vambrace por su nombre de pila, salvo en momentos de máxima tensión emocional.

—Creía que ya estaba decidido desde hacía tiempo —dijo Valentine sin mucho énfasis. Empezaba a cansarse del ataque de modestia del profesor.

—Hemos hablado de ello alguna vez, como una posibilidad; pero, en lo que hace al reparto, estamos dispuestos a dar una oportunidad a todo el mundo —dijo Vambrace, con un alivio y un placer dignos de verse, al saber que tenía seguro el protagonista.

—En ese caso, ¿qué vamos a hacer con el señor Leakey? —dijo Valentine—. Quería ser Próspero y no leyó del todo mal.

—¡Ay, Val! ¡Lo ha hecho horriblemente! —dijo Nellie.

—No tanto; estaba nervioso, tenía que convencernos a todos, pobre hombre. Me gustaría que hiciese uno de los borrachos, por ejemplo, Esteban.

—¿Por qué no Gonzalo? —dijo Nellie.

—Porque para Gonzalo quiero al señor Mackilwraith.

—Pero, Val, es un tocho.

—Exacto, como Gonzalo. De todos modos, estará perfecto con algunas canas y una bonita barba. Los tochos shakespearianos deben poseer algún encanto.

—Me gustaría estar completamente seguro de que Mackilwraith no va a destrozar el equilibrio de la obra —dijo el profesor.

—¿Me permite decir, profesor Vambrace, que estoy en condiciones de dar a la obra el equilibrio deseado? —dijo Valentine.

—¡Oh, claro, claro, claro!

—Bien. Ahora, para Calibán, quiero a ese chico que parece de goma. ¿Cómo se llama...? Shortreed o algo así.

—Pero, Val, hace poco que está en el grupo y trabaja en la licorería. ¿Lo aceptarán los demás actores? También tenemos que pensar en eso.

—Piénsalo tú —dijo Valentine—. Yo lo quiero para Calibán.

Y así se fue haciendo el reparto. Valentine se salió con la suya en todos los casos. Ante tanta determinación, Nellie y el profesor no pudieron hacer nada. Era la primera vez que Valentine reaccionaba a sus propuestas con algo más que aceptación indiferente e, inquietos, se preguntaron si no les iría a salir sargento la directora. La cuestión era que, en lo relacionado con su trabajo, Valentine no era teórica ni polémica, sino trabajadora, y esa había sido la primera vez que había podido morder algo sólido en lo tocante a la obra. Cuando veía a un grupo de posibles actores, enseguida podía repartir los papeles sin tener que atenerse a la política del grupo. Decidió todos los personajes masculinos en un tiempo asombrosamente breve.

—Bien —dijo—, ahora, las mujeres. Tenemos a Miranda. ¿Quién será Ariel?

Debe ser una chica, porque supongo que no tenemos chicos con nociones de *ballet*. Dijiste algo sobre Griselda Webster, Nellie; ¿hay algún motivo especial por el que deba hacerlo ella, aparte de ser bonita?

—Sí. Canta bastante bien.

—¿La has oído?

—Pues, en realidad, no, pero es lo que me han dicho.

—La oiré mañana. No tiene exactamente el tipo que elegiría yo para un espíritu del aire, pero no se puede tener todo. Bueno, ahora, las diosas.

—Si se me permite una sugerencia —dijo el profesor Vambrace—, creo que deberíamos considerar las posibilidades de que la señorita Wildfang haga el papel de Juno. No se ha propuesto ella misma, pero ha sido muy fiel al Teatro Joven desde su fundación y hace once años que es jefa de la comisión de refrigerios. Su porte clásico es incuestionable. No se me ocurre nadie mejor para Juno, o Hera, «la de los ojos de novilla», como la llamó Homero.

—A mí sí —dijo Solly, hablando por primera vez—. ¿Qué os parece Torso Tompkins?

—¡Solly! —exclamó Nellie en tono de desesperación.

El profesor se quedó muy serio.

—Con Shakespeare —dijo— es absolutamente necesario mantener el equilibrio. La señorita Tompkins tiene un porte muy moderno, imposible de disfrazar.

—Según la opinión mayoritaria, es la chica con mejor tipo de Salterton —insistió Solly— y, además, arrastra una comitiva personal muy nutrida. Si queréis vender todas las localidades, sacad a El Torso en enaguas de muselina recorriendo el escenario con música lenta de fondo.

—¿Quién era? —preguntó Valentine.

—Una de las chicas que dijeron que harían cualquier cosa —contestó Nellie—. Una que parece muy fresca, de pelo negro.

—La llaman El Torso con muy buen motivo —dijo Solly—. Además de otras características agradables, tiene el pecho como las chicas de la cubierta de las novelas históricas. En cuanto a lo de ojos de novilla, los de El Torso empiezan donde terminan los de la señorita Wildfang.

—Le echaré un vistazo —dijo Valentine—. ¿Alguna diosa más?

—Me gustaría proponer a nuestra queridita Freddy Webster, por ejemplo —dijo Nellie—. No ha venido esta tarde, pero, como vamos a hacer la obra en casa de su padre, creo que sería un detalle incluirla en el reparto.

—¿Es esa niña morena y tan seria que conocimos en St. Agnes?

—Sí.

—Excelente. Hablaré con su hermana. ¿Entramos ya?

La reaparición de la comisión en la sala del club impuso silencio inmediatamente.

Los esperanzados aspirantes, repartidos en grupos, tomaban un té cobrizo con pastelitos económicos que iban distribuyendo la señorita Wildfang y sus ayudantes. Una de las que se habían prestado a pasar el refrigerio era Griselda, quien circulaba por la sala con una tetera grande. De esa manera resultaba complicado hablar un rato con ella, lo cual mortificaba mucho a Roger Tasset. Este, por su parte, se encontraba entre tres chicas; una de ellas era la señorita Bonnie-Susan Tompkins, alias, El Torso. Verdaderamente tenía un tipo espléndido, aunque resultaba casi imposible contemplar sus encantos en estado de reposo. Cuando no se apoyaba ora en un pie, ora en el otro, se echaba el pelo hacia atrás o arqueaba el cuello y levantaba el generoso pecho de una manera encantadora, pero con excesiva frecuencia; de vez en cuando movía las manos y chasqueaba los dedos como al compás de una melodíaailable que solo ella oyera; cuando se reía, y lo hacía a menudo, se le levantaba el trasero leve, pero perceptiblemente, en sintonía. En cuanto a las expresiones faciales, les imprimía tanto dinamismo como al resto del cuerpo; se mordía los labios, ponía los ojos en blanco e inspiraba y resoplaba elocuentemente. El derroche de energía resultaba encantador los primeros cinco minutos, pero agotador al cabo de diez. Cuando la comisión entró por la puerta, ella soltó una carcajada por un comentario que había hecho Roger. Fue una risa sonora que le hizo contraer súbitamente los glúteos y relajarlos de nuevo, movimiento que pudo percibirse bajo el vestido de punto que llevaba. Movi6 los ojos ágilmente cuando la comisión pasó a su lado, de camino a la mesa, y Valentine pensó que «ojos de novilla» no terminaba de hacerle justicia.

—Hemos tomado varias decisiones —anunció Nellie— y pido a la señorita Rich que os las comunique.

Valentine leyó la lista de personajes adjudicados. Nadie se sintió defraudado, porque muy pocos de los presentes eran tan tontos como para pensar que les fueran a dar alguno de esos papeles. En conjunto, estaban dispuestos a actuar con toda modestia, siempre y cuando se los juzgase aptos, y a conformarse en caso contrario. El egotismo apasionado del profesor Vambrace no representaba, ni mucho menos, el temperamento general del grupo.

Si alguien se hubiera fijado en Hector cuando pronunciaron su nombre para el personaje de Gonzalo, habría visto que se ruborizaba un poco, sonreía otro poco y tragaba saliva. Sin embargo, nadie se fijó.

—Faltan por repartir unos pocos papeles —dijo Valentine—, pero quiero hacerlo cuanto antes. ¿Puedo hablar un momento con las señoritas Webster y Tompkins, por favor?

Roger estaba indignado. ¿Es que al final no iban a dar ningún personaje a la Webster? Solo se conformaría si la sustituía la Tompkins, claro, pero no era eso lo que quería él. Se había olvidado por completo de Pearl Vambrace.

Griselda y El Torso se fueron a un rincón con Valentine mientras el murmullo general volvía a subir.

—Hola, Griselda —dijo la señorita Tompkins—. ¡Hacía siglos que no te veía!

—Hola, Bonnie-Susan —contestó Griselda—. ¿Qué has hecho en todo este tiempo?

—Sería más fácil decir lo que no he hecho —contestó El Torso con los ojos en blanco, moviendo la melena y agitando el pecho.

Así era como daba a entender que llevaba una vida de aventuras eróticas sin cuento, lo cual era cierto en un sentido muy limitado.

—Me han dicho que canta usted, señorita Webster —dijo Valentine—. Me gustaría que me dijese con toda franqueza qué tal lo hace.

—Soy soprano, bastante segura —dijo Griselda—; he tenido buenos profesores. No en el sentido de trabajar el volumen, sino la calidad.

—¿Sabe usted cantar, señorita Tompkins?

—Hace un par de años era el numerito de las juergas del campus —contestó El Torso modestamente—, pero no sé qué tal se me daría el liri liro. De todos modos, soy muy currante —dijo, gesticulando y moviendo todas las partes del cuerpo en señal de sinceridad y buena disposición.

—En tal caso, supongamos que hiciera de Juno —dijo Valentine—. Físicamente da el personaje y, si la voz la acompaña, lo dejaremos así.

El Torso levitaba. Volvió inmediatamente con sus amigos diciendo en fuerte voz baja:

—¡Tengo un papel! ¡Chicos, chicos! ¡Me han dado un papel!

—¿Sabe cantar su hermana? —preguntó Valentine a Griselda.

—Pues... sí, pero no sé si querrá actuar. Es un tanto rara.

—Dígale que le agradecería mucho que lo pensara, por favor —contestó Valentine—. Nos faltan cantantes y la música va a ser muy importante.

Cuando Griselda se hubo ido, Valentine notó la mano de Nellie en el brazo.

—Val —le dijo en un tono suave de reproche—, no habrás dado el papel de Juno a Bonnie-Susan en serio, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué no? El Torso es justo lo que nos hace falta.

—¡Ay, Val, querida! ¡No la llames por ese nombre horrible! No quiero entrometerme, pero ¿de verdad te parece adecuada? Es un terremoto con los hombres.

—¡Inmejorable! Porque también lo era Juno, a su manera dominante.

—Pero ¿es adecuado para un clásico?

—Nellie, querida, muchos clásicos lo son precisamente porque han creado mujeres que son un terremoto con los hombres.

Concluida la sesión, la mayoría de los componentes del Teatro Joven se fue a casa, alegremente los afortunados que habían conseguido un papel, un poco menos los que no, aunque tampoco más deprimidos de lo normal, porque estaban acostumbrados a la sensación de derrota. Quedó un grupo reducido, mientras Nellie iba a buscar al celador que debía cerrar la puerta.

—¿Quiere alguien que lo lleve a algún sitio? —se ofreció Griselda desde el coche.

—Yo. Siempre quiero que me lleven —dijo Solly, y ocupó el asiento de al lado de Griselda.

—Señor Mackilwraith, ¿lo dejo en alguna parte?

—Gracias —dijo Hector—, prefiero tomar el fresco dando un paseo. El club estaba muy cargado esta noche —contestó asomándose por la ventanilla.

—Me alegro muchísimo de que le hayan dado el papel de Gonzalo —dijo Griselda con una sonrisa.

—Le agradezco que me lo diga —contestó Hector, y le devolvió una tímida sonrisa.

A continuación, se alejó por la calle con la soltura de quien, en efecto, desea tomar el fresco dando un paseo.

—Ha sido muy amable por tu parte decirle eso —comentó Solly mientras se alejaban—. Seguro que se aburre mucho, enseñando todo el día a niños malos. Es lo que me espera a mí, si no encuentro algo mejor.

—Me he alegrado de verdad de que lo hayan elegido a pesar de la oposición de Nellie y ese odioso profesor Vambrace. Me pareció fatal que armasen tanto lío cuando dijo que quería actuar, y solo porque no es de su grupito.

—Valentine Rich les paró los pies con mucha astucia en el rellano, cuando estábamos haciendo el reparto. Cada vez me gusta más esa mujer.

—Sí. Incluso me ha dado a entender que a lo mejor no hago de Ariel, para mayor disgusto de Nellie. Según la presidente, es el precio que hay que pagar por el jardín de mi padre. Prefiero mil veces el estilo de Val Rich, porque parece que, si me lo dan, es porque puedo hacerlo. Solly, ¿te apetece venir a mi casa un ratito?

—La verdad, Griselda: más vale que vuelva a casa con mi madre cuanto antes.

—Te lo he dicho sin segundas. No pensaba volver a besarte en el jardín ni nada por el estilo.

—No me besaste tú, te besé yo. Pero ya sabes cómo es mi madre.

—No, la verdad es que no. No creo que la reconociese, siquiera, aunque sí que conozco su voz.

—¿Eh? ¿Cómo es eso?

—Hace un par de días llamaron a casa por teléfono preguntando por ti. Dio la casualidad de que contesté yo. Era una voz muy discreta, pero algo me dijo que se trataba de tu madre.

—¡Ay, Dios, grande y justo! ¡Desgraciado de mí! —dijo Solly.

—¿Qué?

—Browning.

—Solly...

—¿Qué?

—¿Tu madre no quiere que salgas conmigo?

—Pues... no sé.

—¿Conmigo en particular o con ninguna en general?

—Mi madre ha estado muy enferma —dijo Solly— y se ha vuelto extremadamente sensible. Teme que la olvide y creo que no se da cuenta de que ya no soy un niño.

—Un discurso muy bonito y respetuoso. Bueno, ya hemos llegado a tu casa, pero falta mucho para la medianoche.

—No te enfades, Griselda. Debo cuidarla, solo me tiene a mí.

—No, si lo entiendo, pero tenía esperanzas de que quisieras cuidarme un poquito a mí también.

—¡Claro que sí! Creo que me he enamorado de ti.

—Pero no estarás seguro hasta que tu madre te dé permiso. Bien, pues, entre tanto, ¿por qué no le dices adónde vas cuando sales? Porque la verdad es que no me gusta que llamen a mi casa sin decir quién es para saber si estás conmigo.

—¡No seas tonta, Griselda! Todo eso es injusto.

—Eso dicen siempre los hombres.

—¿Y qué sabes tú de lo que dicen siempre los hombres? Escúchame: mientras mi madre esté enferma, mi primera obligación es ella. Si no te parece bien, más vale que dejemos este asunto inmediatamente.

—Más claro, imposible. Buenas noches.

—¡Ay, Griselda, querida! ¡Es una tontería que discutamos por esto!

—Sí. Es mejor que te marches ahora mismo.

—No quiero, hasta que arreglemos esto.

—Ya está más que arreglado. No tengo el menor deseo de competir con tu madre por todo tu cariño y atención. Así es que, ¿hay algo más que decir?

—Griselda, tienes la lengua demasiado suelta. Se te ocurren cosas horribles y las dices tan deprisa que se vuelven contra ti. Por favor, no digas nada que pueda separarnos solo por el placer de decirlo.

—Si no soy buena compañía porque no soy imbécil, no puedo evitarlo.

—¡A la mierda! —dijo Solly, e intentó besarla, pero ella volvió la cara a otro lado y lo dejó con el cuello estirado como un tonto.

Abrió la portezuela del coche y se apeó.

—¿Cuándo volvemos a vernos y lo hablamos con calma? —preguntó él.

—No creo que sirva de nada —dijo ella—. Y no cierres de un portazo o tu madre te preguntará quién te ha traído a casa.

Solly palideció de rabia y humillación, pero puso buen cuidado en no hacer ruido al cerrar la portezuela.

Hector caminaba hacia el YMCA muy animado y renovado. ¡Lo había conseguido! Quería un papel en la obra y ya se lo habían dado, exactamente el que deseaba, ¡y lo

tenía seguro! Lo había planeado todo, por supuesto, y, además, había empleado el sentido común, como siempre que ambicionaba algo. De todos modos, hasta que Valentine Rich anunció el reparto, en el fondo tenía la sensación de que en esos asuntos podría ser que la magia de la planificación y el sentido común, los dos secretos impagables de la vida, no funcionase como de costumbre. En cambio, ¡había funcionado! Se reprochó afectuosamente la falta de fe. No volvería a dudar nunca más. Canalizando la energía debidamente, lograría cualquier propósito. «Dentro de lo razonable», añadió con cautela. Por ejemplo, no era seguro que pudiera llegar a Primer Ministro de Canadá a fuerza de planificación y sentido común, aunque, claro, tampoco lo pretendía. Sin embargo, si hubiera elegido la carrera de Políticas, ¿quién sabe? Ahora sí, el papel de Gonzalo era para él y, lo mejor, ya se había aprendido de memoria todas sus intervenciones del primer acto. Repasó mentalmente unas cuantas frases. La poesía, incluso de la clase que había puesto Shakespeare en boca de Gonzalo, es como el vino: no apta para cabezas inmaduras. El ritmo y la insólita sonoridad de las palabras ejercían un gran efecto en la sensibilidad de Hector, abstemia total, hasta el momento, de néctares poéticos. Estaba que se deshacía por dentro. ¡Qué estupendo, pensaba, que la comisión de reparto hubiera satisfecho sus deseos hasta ese punto! La noche que fue a casa de los Forrester había creído percibir cierta resistencia silenciosa a sus planes de actuar, pero, evidentemente, habían cambiado de opinión. ¡Qué personas tan generosas y bondadosas! Bien, pues no las defraudaría. No había aspirado a más de lo que podía. Si hubiera pensado en Próspero o en Calibán... Pero se conocía y sabía hasta dónde podía llegar. Era muy provechoso conocerse a uno mismo.

Hacía una agradable noche de mayo y la luna brillaba con fuerza sobre el parque, por donde cruzaba Hector. La señorita Webster había sido muy amable al felicitarlo. Hasta ese momento no se había fijado mucho en ella, pero sin duda era una muchacha extraordinariamente agradable. Le había hablado tan... buscó una palabra adecuada... bueno, tan agradablemente y, sobre todo, teniendo en cuenta que había estudiado en colegios privados. En internados. No le parecía bien la enseñanza privada; era bien sabido que la mayoría de los maestros que trabajaban en la privada no estaban verdaderamente preparados para enseñar; no habían recibido instrucción pedagógica específica; sencillamente, tenían conocimiento de la materia que impartían, en ocasiones muy profundo, eso sí. Aunque no era un fanático de la pedagogía, si no fuera necesaria para los maestros, la delegación no le daría tanta importancia. De todos modos, en ese momento se encontraba en un estado de ánimo tan expansivo y desatado que estaba dispuesto a reconocer que la señorita Webster era un buen ejemplo de la excelencia del internado al que hubiera asistido. Sin embargo, pensó riéndose para sí, le gustaría plantearle algunos problemas sencillos de descomposición factorial, a ver qué tal se las arreglaba.

Un poco apartado del camino, bajo los árboles, había un banco ocupado por un chico y una chica que se estaban abrazando. Por lo general, Hector no se habría dado

cuenta siquiera, puesto que los ojos solo ven lo que la mente puede comprender. Hoy, en cambio, los vio; Hector el actor, no el profesor de matemáticas, tomó nota de lo que hacían. Con indulgencia pensó que la noche era espléndida y, por tanto, ¿por qué negarse a la aventura romántica?

Se dio cuenta de que el romanticismo había tenido muy poca intervención en su vida. Naturalmente, el haber prosperado desde la posición de chico de pueblo hasta la presente no dejaba de ser una aventura, pero no se refería a esa clase de aventuras. Había vivido aquel episodio horrible en la fiesta de la Escuela Normal. Pero ¿no había quedado atrás todo eso? Se ruborizó al recordar; hacía veintiún años de aquella dolorosa noche, pero todavía se avergonzaba. De todos modos, ya era agua pasada, Millicent Maude McGuckin se había casado en una ciudad lejana y seguro que tenía hijos tan mayores como ellos cuando sucedió. Condenó el desalentador recuerdo al olvido una vez más, pero, justo antes de que desapareciese del todo, Hector se dijo que si pudiera volver a vivir aquella noche, todo habría sido distinto. ¡Ay, si se pudiera tener el gran apetito de la juventud y la experiencia de la edad al mismo tiempo! Esa idea tan manida surgió fresca y sonrosada de su mente, como Venus del mar, y se quedó dándole vueltas con deleite.

Ahora no pasaría lo mismo, porque había aprendido a dominarse. ¡Ay, si tuviera otra oportunidad! Y entonces, tan súbitamente que se le cortó la respiración un momento, llegó otro pensamiento: ¿por qué no? Pero, no, eso era imposible. Desechó la idea, pero volvió de nuevo a ella: ¿por qué no? A ver, ¿acaso no era jefe del departamento de matemáticas de un instituto grande, y demasiado mayor ya para... tontear con chicas, como decía su madre cuando hablaba de esas cosas? Pero ¿por qué no? La pregunta volvía con tal insistencia que le hizo dudar que fuera suya; parecía que le hablase otra voz, clara e insistente. ¿Por qué no? ¿Por qué no?

¿Acaso no se había dirigido a él una chica con afecto y cordialidad no hacía ni quince minutos? Y no cualquiera, sino una tan guapa y bien educada que, en comparación, Millicent Maude McGuckin parecía torpe y paleta incluso en su mejor momento. ¿Y no se había ofrecido a llevarlo a casa en coche? ¿Y no le había sonreído mientras le hablaba? ¿Se le había pasado por alto algún matiz de esa sonrisa?

A Hector no le interesaba la música, pero a todos nos quedan en la cabeza fragmentos de alguna melodía, sobre todo de las que hemos oído en nuestros impresionables años jóvenes. De las profundidades de la memoria surgió una canción olvidada, la que habían tocado en la fiesta anual *At Home* aquella noche aciaga:

*Every little movement
Has a meaning all its own*^[8]

Era una melodía insinuante que se clavaba armoniosamente en las costillas. ¿Había querido decir Griselda algo más con esa sonrisa, algo que, viejo y reservado como era (sonrió por su propia tontería), no hubiera sabido ver? Pero ¡qué ridiculez!

Griselda era una niña de dieciocho o diecinueve años, no lo sabía. Se estaba convenciendo de que a esa niña le parecía atractivo. De todos modos, no sería la primera vez que una joven, sobre todo de carácter particular, se sentía atraída por un hombre mayor. ¿O debía considerarse totalmente falto de encanto? Se había puesto su mejor traje y el sombrero homburg gris, con el ala elegantemente rematada en seda. Tal vez no careciese totalmente de distinción. Pensando en esas cosas y un poco asustado por la ocurrencia, llegó al YMCA y se acostó.

A lo largo de los años lo habían acosado los fantasmas en pesadillas recurrentes, los repugnantes súcubos que visitan al hombre célibe. Esa noche, y por primera vez en su vida, soñó que una mujer bonita, ligera de ropa, se inclinaba tiernamente hacia él y pronunciaba su nombre; le sonreía como la señorita Webster unas horas antes. Se despertó en plena noche y supo que se había vuelto a enamorar.

Para mantenerse a la altura de su padre, Pearl Vambrace tenía que dar tales zancadas que llevaba todo el cuerpo inclinado hacia delante, con los brazos doblados por los codos.

—Anda con un poco de garbo, Pearl —dijo el profesor.

—Vas muy rápido para mí, padre.

—Caminar no sirve de nada si no se hace a paso vivo. Levanta la cabeza. Respira hondo por la nariz. La respiración profunda renueva el oxígeno de la sangre.

Recorrieron otros cien metros sin más sonidos que la respiración rítmica del profesor. Tenía la nariz larga y bien conformada y, cuando respiraba para oxigenarse, emitía un silbidito, como un tostador de cacahuetes fantasmagórico.

—Ahora, la postura es más importante que nunca. Vas a exhibirte, por así decirlo, en una obra de teatro. Ser actor conlleva una férrea disciplina física.

—Sí, padre.

—Debemos entrenarnos como atletas. Los griegos lo hacían, aunque las mujeres no subían al escenario en Grecia, claro.

—No, padre.

—Ni en tiempos de Shakespeare, por cierto.

—No, padre.

—Razón de más para ponernos en perfecta forma. Muchas horas de sueño, una dieta suficiente pero ligera, mucha fruta, intestinos despejados y evitar las corrientes de aire.

—Sí, padre.

—No creas que a principios de verano no se producen corrientes de aire —dijo el profesor, como si Pearl le hubiera llevado la contraria en semejante tontería—. Son tan malas como en invierno. Los resfriados de verano son mucho más difíciles de curar.

—Supongo que sí.

—Puedes creerme.

—Sí, padre.

Cien metros más con el tostador de cacahuets a todo tren.

—Esta noche se han repartido algunos papeles de una manera muy rara.

—¿Qué es lo que no te convence, padre?

—¿Qué sentido tiene poner a esa muchacha, Tompkins, en el papel de Juno? ¿En qué va a quedar el equilibrio, con esa brutota revoloteando por el escenario? Tenían que habérselo dado a Eva Wildfang, obviamente. Prescindir de ella ha sido una auténtica crueldad por parte de la señorita Rich.

—A lo mejor le pareció demasiado mayor.

—¿Cómo que demasiado mayor? Eva Wildfang es una mujer culta, sabe quién era Juno. Estoy seguro de que esa tal Tompkins no había oído hablar de ella hasta hoy. ¡Y Mackilwraith! Es más tieso que un palo. ¿En qué va a quedar la plasticidad, la fluidez de movimientos, con ese madero en escena?

—Puede que Bonnie-Susan fluya por los dos.

—¿Quién es Bonnie-Susan?

—Bonnie-Susan Tompkins.

—¡Bonnie-Susan! ¡Bah!

Cien metros más, en el transcurso de los cuales el profesor renovó ferozmente el oxígeno de la sangre, y...

—Pearl.

—Padre.

—Esa última observación tuya sobre la fluidez de la muchacha Tompkins ¿pretendía ser de guasa?

—Una bromita de nada, padre.

—No me gusta esa clase de ocurrencias en boca de una hija mía. Son un descaro.

—Lo siento, padre.

—Con connotaciones que insinúan falta de decoro.

—¡Ah! ¡No lo he dicho con esa intención!

—Eso espero.

Después de unos cuantos metros más, fue Pearl quien reinició la conversación.

—Padre, ¿quién es ese chico que va a hacer de Fernando?

—Te lo presentaron, ¿no es así? Desde luego que sí. Es el teniente Roger Tasset.

—Sí, pero ¿sabes algo más de él?

—Está aquí haciendo un curso militar especial o algo así. Creo que es de Halifax. Lo eligió la señora Forrester. Nos hacen falta hombres más jóvenes.

—¿Crees que lo hará bien?

—Así lo espero de todo corazón, porque casi todas sus escenas son con nosotros. Tal vez pueda traerlo a casa para instruirlo un poco. Tengo intenciones de ayudarte todo lo posible... no solo en las escenas que tienes conmigo. Quizá podamos incluirlo en algunos ensayos privados. Buscaremos el equilibrio.

—¡Ah! Será estupendo.

Pearl Vambrace llevaba una vida que, a simple vista, parecía insoportable, pero estaba acostumbrada y, aunque sabía que no era como la de todas las chicas a las que conocía, no le parecía tan desagradable. No se habría cambiado por nadie aunque le hubieran ofrecido la oportunidad; no obstante habría agradecido cambios en algunos aspectos.

Por ejemplo, habría pedido que su padre no le hiciese tantos y tan crueles desaires. Nunca lo había visto como en la comisión de reparto: desasosegado, casi humilde, por su hija. Para ella solo era una persona que le exigía cosas constantemente y que se disgustaba mucho si no las cumplía a su gusto. A lo largo de toda su enseñanza le había exigido que fuese la primera de la clase en todas las asignaturas y, salvo unos pocos tropezones, lo había conseguido, aunque, según su padre, no iba a ser literata, sino una auténtica mujer, y por ese motivo debía poseer cultura general, buenos modales y recursos para mantener conversaciones agradables. Él mismo procuraba implantarle esos atributos, sin ahorrar severas reprimendas cuando la niña no cumplía los objetivos que le fijaba. Según él, sin duda se casaría y debía prepararse para ser la esposa del hombre adecuado. Aunque ninguno de los dos se daba cuenta, esas palabras significaban en realidad una esposa como la que le habría gustado para sí.

La señora Vambrace era católica devota y se había casado con grandes esperanzas de atraer enseguida al profesor a su fe. En aquel momento le parecía posible. Al joven Vambrace le seducía el aspecto romántico del catolicismo y su voraz intelecto dominó rápidamente sutilezas de la filosofía católica que a ella se le escapaban. Los padres de ella la instaban a no celebrar el matrimonio hasta haber logrado la conversión del novio, pero estaba tan convencida de que eso ya era un hecho que se negó. Sin embargo, la conversión no llegó a materializarse. El profesor pasó una temporada sin cambiar su punto de vista, haciendo elegantes malabarismos con las creencias como si fueran pelotitas de colores. Más adelante, se enfrió el entusiasmo inicial y, sin haber dicho nada definitivo, quedó patente que había perdido interés en el proyecto. Su esposa podía dar rienda suelta a su libre albedrío.

Y así lo hizo, aunque no encaminó el ejercicio del libre albedrío al fortalecimiento del vínculo matrimonial, pero tampoco a una mayor dedicación a la Iglesia. Lo que ella buscaba era experiencia mística. Leía, reflexionaba, meditaba, ayunaba, hacía ejercicios espirituales y rezaba esperando humildemente recibir unas migajas del maná verdadero. Era amable y bondadosa y procuraba esforzarse al máximo por su marido y su hija, pero el anhelo de iluminación superior le impedía ver las necesidades más comunes de sus seres más próximos. De pequeña, Pearl siempre llevaba vestidos raros, nunca había celebrado fiestas y muy pocas veces la habían invitado a las de otros niños. Tras unas cuantas discusiones con la madre y una

trifulca verdaderamente virulenta con un monseñor que fue a su casa a protestar, el padre de Pearl decidió que la niña se educase en colegios protestantes, pero le dificultó la vida al inscribirla como agnóstica en el registro escolar. Después de su experimento con el catolicismo, sostenía que era posible llevar una vida de virtuosa romana sin profesar religión alguna y empezó a sermonear a Pearl con esa cuestión desde los cinco años. En vano procuró la madre suavizar tan fría doctrina con pinceladas de consejo espiritual, retazos tomados de un pozo de conocimiento que día a día la alejaba del mundo de la existencia física y que una niña no podía comprender. De no haber tenido Pearl una fortaleza de carácter poco común, habría podido perder la razón en aquel hogar.

Con todo, a los dieciocho años, era una muchacha tímida y morena de ojos bonitos, tal como había observado Valentine, y poseía la distinción que a veces ilumina el rostro de quienes han debido apoyarse mucho en sus propios recursos espirituales. Aunque era sumisa con su padre y cariñosa y servicial con su madre, sabía muy bien que la aguardaba un destino independiente de esos dos seres infelices y esperaba pacientemente que llegase el día de la liberación.

¿Había llegado ya? ¿Era el momento de la gran experiencia que la rescataría de la soledad impuesta por un hogar dividido? Se avergonzó al recordar su torpeza cuando Roger fue a darle la mano y ella, falta de valor, no fue capaz de estrechársela. Sin embargo, ¿qué había hecho para merecer la inmensa suerte de que ese joven maravilloso fuera a ser su pareja en *La tempestad*?

¡Qué bella humanidad! ¡Ah, gran mundo nuevo que tiene gentes tales!^[9]

Murmuró las palabras para sí mientras se cepillaba el pelo sentada en la cama. Su padre siempre le decía que se casaría. ¿Podría ser con un hombre tan apasionante como Roger Tasset? El intento de obtener más información sobre él en el camino de regreso había sido inútil. ¡Pero su padre tenía intención de invitarlo a casa!

¿Debía dar gracias por ello? La casa estaba descuidada, aunque razonablemente limpia, pero todo se deshacía de viejo, no por falta de dinero, sino de ganas de algo mejor. ¿Qué clase de hogar podía mantener una pareja formada por un padre romano y una madre cuyo solo deseo era estar a solas con el Único? Pasó revista a su habitación de siempre con una mirada nueva; una cama blanca de hierro, una cómoda, un espejito con una melladura en forma de espiral y una silla con las patas de atrás flojas; el armario ropero consistía en un rincón tapado con una descolorida cortina de cretona; solo había un cuadro: una postal enmarcada de las *Manos orantes* de Durero, que su madre, por no poner directamente un crucifijo, había clavado allí cuando Pearl era pequeña; en cambio, había muchas estanterías llenas de libros infantiles, más los propios de una muchacha sensible, curiosa y solitaria. Sin

embargo, en las presentes circunstancias, a ella le pareció un dormitorio digno de lástima, para una chica con esperanzas de que se fijase en ella (e incluso tal vez llegase a amarla) un príncipe entre los hombres. Una chica así debía tener un dormitorio precioso, como el que sin duda tendría Griselda Webster, y muchísima ropa bonita. Su padre le había enseñado a conversar con inteligencia, según él, pero ella no estaba segura de poder atraer a Roger Tasset con eso. Siempre subestimamos lo que nunca nos ha faltado, y a Pearl, la inteligencia y la conversación a la que esta pueda dar lugar nunca le habían parecido gran cosa.

Escrutó las nebulosas profundidades del espejo evitando diestramente el lugar en el que era mayor la distorsión de la melladura. Con el camisón blanco de algodón, de manga corta y solo hasta las rodillas, podría haber sido una sibila buscando un portento en el humo sagrado, pero no era más que una muchacha con un atractivo pasado de moda que se miraba en un espejo deteriorado. ¿Qué derecho tenía a pensar en ese Apolo glorioso, perpetrador de veinte seducciones con engaño?

Whisky de centeno y agua del grifo; en ese melancólico brebaje buscó consuelo Solly después de pasar por la habitación de su madre y tranquilizarla para que pudiese conciliar el sueño. Mientras hablaba con ella, le remordía la conciencia porque iba comparando su edad y su rostro marchito, arrugado y sin dientes, con la lozana belleza de Griselda; cuando se agachó a besarla recibió en la cara un aroma desalentador de medicina; ella le rozó la mejilla con los labios y murmuró «vida mía», cosa que detestaba. Después, libre de ella, se refugió en la salita de la buhardilla.

¿Libre? No mucho más que cuando estaba sentado a su lado. Tomó un sorbo de la sencilla bebida y reflexionó sobre su situación. Era muy fiel a su madre. ¿Por qué? Porque ella dependía mucho de eso. Le había dicho no sabía cuántas veces que lo único que tenía en el mundo era él. Cierto, pero solo en el sentido emocional, desde luego. La señora Bridgetower provenía de una familia acomodada de la industria de la importación de Montreal y, a la muerte de su padre, acaecida en una época en la que todavía no existían los impuestos de sucesión, había compartido la considerable herencia paterna con su hermana. Tampoco su marido la había dejado en la estrechez. Aunque propiamente dicho no era rica, vivía con holgura. Cuando hace diez años que falta en casa quien gane el pan, se necesita un buen capital para mantener el estilo de vida que llevaban la señora Bridgetower y su hijo. Suele decirse que el dinero no da la felicidad, sin embargo, es preciso añadir que ayuda a sobrellevar la desgracia con fortaleza ejemplar.

«¡Si al menos viviera mi padre!», pensó. Cuando Solly tenía doce años, el profesor Bridgetower se había caído inesperadamente de un pequeño montículo rocoso durante una excursión con sus alumnos y, mientras estos lo miraban boquiabiertos, desolados y sin saber qué hacer, él moría de fallo cardíaco en dos

minutos. De repente dejó de existir el eminente geólogo calvo, de asombrados ojos azules y grandes bigotes. Solly pasó aquella noche sentado junto a la cama de su madre, hasta el amanecer, y en los momentos de lucidez que el dolor dejó a la viuda, esta le dio a entender con total claridad que, en adelante, le correspondía asumir la responsabilidad emocional para con ella de la que su padre había abdicado tan de improviso. La fachada intelectual, los complicados conocimientos sobre el peligro amarillo y el estilo sardónico no eran más que una coraza en la que vivía encerrada la verdadera señora Bridgetower, la que temía quedarse sola en el mundo y se disponía a evitarlo mientras tuviera a mano un hombre del que extraer vitalidad.

Ella, a su vez, le ofrecía algo también. Al menos una vez al año, abochornada, le decía que si fuera necesario entregaría de buen grado la vida por él. Sin embargo, con la vida que llevaban no era probable que alguna vez fuera a presentarse la necesidad de consumir tal sacrificio. Él no respondía nunca con una declaración pareja, pero diariamente, a todas horas, se le exigía que no muriese, que viviera por ella, lo cual había comportado el sacrificio de muchas cosas que le hubieran alegrado los años de instituto y, cuando fue a Waverley, le había impedido vivir plenamente la vida universitaria.

Una huida gloriosa a Cambridge rompió las cadenas. Lejos de incapacitarlo para la libertad, la esclavitud había estimulado sus ansias y el primer año en Cambridge trajo consigo el cumplimiento de muchos sueños. Incluso consiguió librarse de volver a casa a pasar el largo verano, como era deseo de su madre, y viajó por Europa viviendo como solo es posible a los veintidós años, deslumbrando a sus ojos canadienses con las múltiples maravillas de los países mediterráneos. Pero, hacia finales del trimestre de otoño, un cablegrama lo obligó a volar literalmente a casa: «Madre gravemente enferma. Corazón. Aconsejo regreso inmediato. Collins». Tres días después, de nuevo en Salterton, el doctor Collins le informó en un ofensivo tono animoso, habida cuenta de las circunstancias, de que su madre había «superado la prueba» y, con seis semanas en la cama, estaría en perfectas condiciones si se cuidaba como debía. Transcurrido el plazo, quedó claro que Solly debía ocuparse de ella; una leve alusión a la posibilidad de regresar a Cambridge la descompuso hasta el extremo de que se le escaparan mejillas abajo un par de lágrimas espesas; el doctor Collins le había dicho que, por el bien de su madre, no debía dejarla sola de momento.

Suele acusarse a los jóvenes de exagerar sus dificultades; lo hacen a menudo, en efecto, con la esperanza de impresionar a los mayores, que, egoístamente, se apoltronan en la inercia y el inmovilismo. En el caso de Solly, todo forcejeo con las ataduras era inútil por necesidad. Lo mantenían a raya el sentido del deber y el temor a decepcionar a su madre; por otra parte, puesto que ella tenía en su poder los hilos económicos, no tenía necesidad de tomar medidas de ninguna clase contra el descontento que no siempre lograba disimular su hijo. Probablemente la asignación de Solly estaría acumulándose en el banco de Cambridge, pero en casa no disponía más que de alguna propina que de vez en cuando le daba su madre, con las palabras:

«Seguro que necesitas alguna cosilla, vida mía».

¡Alguna cosilla! Lo que necesitaba era libertad, una profesión con la que mantenerse, el amor y la seguridad de otra persona que no fuera su madre, alguien con quien poder hablar sin reservas de la humillante servidumbre que le había impuesto desde los trece años. Sentado en su sillón, tomando su mísero trago, se le llenaron los ojos de irritantes lágrimas de autocompasión. Por lo general, la autocompasión se considera despreciable, pero también puede ser de gran consuelo, si no se hace crónica.

Le dolían profundamente las pullas de Griselda. Para ella era muy fácil insinuar que su madre lo tenía atado con las cintas del delantal, pero ¿qué sabía ella de la enfermedad que padecía y de la gravedad de su estado, al decir del doctor Collins? «Tu madre debe tomarse las cosas con mucha calma, nada de disgustos. Eres la niña de sus ojos, ya sabes, conque debes animarla... procurar que se olvide un poco de sí misma». Era un deber, una obra de caridad filial que la conciencia no le permitía soslayar, por desagradable que a veces se le hiciera. ¡Qué injusta era la chica que no se esforzaba por comprender la obligación de un hombre para con otra mujer cuya vida dependía por entero de su tacto y su consideración! ¡Qué aborrecibles eran las mujeres! Y, sin embargo, Griselda... ¡qué infinitamente deseable! ¿Cómo podía ser tan poco razonable, tan caprichosa y cruel una persona tan bella como la había visto esa noche? La aborrecía, pero al mismo tiempo se moría de amor por ella. No le quedaba más que una salida: ahogar la desdicha zambulléndose en el trabajo.

Los jóvenes románticos suelen creer que las penas se olvidan trabajando. Si se trata de algo que se pueda hacer a altas horas de la noche, tanto mejor. Y si el sufrimiento y el trabajo pueden reunirse en una buhardilla, se puede alcanzar un nivel muy elevado de satisfacción personal melancólica porque, a pesar de la supuesta tendencia antirromántica de nuestra época, la tradición del trabajo, el amor, las buhardillas, la bebida y la noche no ha perdido vigor. La única dificultad verdadera radica en lograr el equilibrio entre el trabajo y el pesar, pues en cualquier momento el pesar puede saltar sobre el trabajo y ahogarlo.

Y eso fue lo que le pasó a Solly. Cogió el ejemplar de *La tempestad* en el que ya había escrito muchas notas; además lo había engordado bastante metiendo entre las hojas, entre los pasajes que le inspiraban, trocitos de papel en los que había escrito ideas que le parecían buenas para la producción de la obra. Pero no podía leer ni pensar; las palabras eran un borrón y lo único que veía era el rostro de Griselda... no tenso y enfadado, como cuando se había apartado al ir a besarla, sino como lo había visto en la sala del club, cuando parecía dormida, mientras Roger Tasset leía. A los pocos minutos se rindió y se limitó a pensar en ella. Y, como esas cosas pierden fuerza incluso en el corazón más enfermo de amor, finalmente se fue a la cama.

CUATRO

Cuatro semanas después de que el señor Webster anunciase que el Teatro Joven iba a invadir el jardín todavía no había pasado nada y Tom empezó a hacerse ilusiones de que tal vez no llegara a ocurrir nada. Esa misma actitud adoptan algunos enfermos cuando el médico les informa de que padecen una enfermedad grave; procuran convencerse de que el diagnóstico ha sido un error. No notan nada, no ven nada raro y, poco a poco, terminan por creer que el médico se ha equivocado. Sin embargo, un día el mal ataca y el sufrimiento es mayor, porque se habían hecho a la idea de que se iban a librar. Eso fue lo que le sucedió a Tom. Una mañana, poco después de desayunar, cruzó la parcela de arriba de los jardines de St. Agnes un gran camión y, con inusitada rapidez, entre cuatro hombres cavaron un hoyo enorme en el suelo y plantaron un poste de alta tensión. Cuando, al cabo de media hora, Tom dio la vuelta a la casa, los vio encaramados al poste, instalando afanosamente un transformador.

—¿Quién os ha dado permiso para clavar ese palo en mi césped? —aulló Tom.

—Órdenes de arriba, pa —dijo un joven desde lo alto del poste.

—¡Nadie me ha avisado! —gritó Tom—. ¿Por qué no me habéis dicho que quitase los tepes antes de empezar con todo el lío?

—Ni se me ocurrió, pa —contestó el joven—. No se apure, que la hierba vuelve a crecer.

—Déjate de tanto «pa», muchacho —dijo Tom dignamente—. Cuando estuve en el ejército bajé los humos a muchos como tú.

—Eso fue en la época de las Cruzadas, pa. Ahora el ejército se ha mecanizado.

—¡Baja ahora mismo y quita ese maldito camión de mi césped!

—¿Quién me va a obligar?

—¡Vas a ver cómo te apeo del burro! —dijo Tom.

Llevaba una palanca en la mano y, diestramente, golpeó el poste con ella. El joven se sujetaba al poste con unos crampones, la vibración lo alcanzó de lleno y no le hizo ninguna gracia.

—¡Oiga, pa, tranquilícese! —gritó.

—¡Quita ese camión de mi césped! —dijo Tom.

Retiraron el camión a la entrada de la casa y a Tom le pareció que al menos había salvado el honor. De todos modos, sabía que no había sido más que un acto desesperado. Por la tarde llegó un grupo de soldados en otro camión, se metieron con él en el césped y, a las órdenes de un cabo, montaron dos tiendas de campaña marrones.

—¿Qué es todo esto? —dijo Tom.

—Es *pal* Teatro Joven —dijo el cabo—. Un tienda es *pa* las luces y la otra *pa* lo otro. Órdenes del mayor Pye, sargento.

A Tom le agradó que lo reconociese por su rango aunque fuera vestido de paisano, pero sabía que si las tiendas se quedaban plantadas tres semanas, no lograría arreglar el césped en todo el verano.

Poco antes del crepúsculo llegaron a St. Agnes en dos coches la señora Forrester,

la señorita Rich, el profesor Vambrace, Solly Bridgetower y el mayor Larry Pye y, con gran satisfacción, pasaron revista al poste y a las tiendas.

—¡Qué emoción, cuando se empieza a montar una obra! ¿Verdad, Tom? —dijo Nellie.

Tom, que no había dejado de rondar por la parcela de arriba, por si alguien se tomaba más libertades, dijo que no sabía, que no tenía experiencia en montajes de espectáculos y que, en su opinión, el poste y las tiendas hacían daño a la vista.

—Por supuesto —convino Nellie—, pero eso se soluciona en cuanto plantes alrededor unos bonitos setos y algunos arbolillos.

—¿Quiere usted que camufle este poste de telégrafos para que parezca un árbol, señora? —dijo Tom sarcásticamente, pero Nellie no lo captó.

—¡Ah! No sabía que se pudiera hacer eso —dijo—. Sí, claro, sería maravilloso.

—No queremos dar más trabajo del estrictamente necesario —terció el profesor Vambrace—, pero hay que montar algo que se parezca a un escenario, de medio metro de altura aproximadamente, por quince de anchura y unos nueve de fondo, diría yo. ¿Se puede hacer con tepes?

—A ver, a ver; empecemos por el principio —dijo el mayor Pye—. Hay que cavar un foso exactamente enfrente del escenario... no hace falta que sea muy grande: metro y medio de hondo por dos y medio de ancho, por metro y medio de largo, recubierto por dentro de cemento impermeabilizado.

—¡Ay, Larry! ¿Para qué? —dijo Nellie.

—Para mis controles —dijo Larry—. Yo estaré ahí durante todo el espectáculo, con mi mesa, y a cada cambio de luz: ¡bingo! En cuanto oiga el pie, le doy en los morros y: ¡bingo! La apuntadora puede estar ahí abajo conmigo, si no ocupa mucho espacio —añadió magnánimamente.

—Ah, ya. ¿Y para cuándo dice que lo quiere? —dijo Tom.

—Pues será para dentro de cuatro semanas, prácticamente —dijo Nellie—. Hay que tener en cuenta que ensayaremos mucho aquí y no podrás trabajar al mismo tiempo, pero, en general, las mañanas estarán a tu entera disposición.

—A ver... un momento, señora... —empezó, pero Valentine lo cortó en seco.

—Será mejor que esas cosas las solucione yo con el señor... —hizo una pausa.

—Gwalchmai, señorita, me llamo Thomas Gwalchmai.

Pocas veces ha sonado el bonito apellido galés «Gwalchmai» tan incómodo en la relajada lengua sajona como en ese momento en boca de Tom.

—Con el señor Gwalchmai —dijo Valentine, sonriendo con complacencia y pronunciándolo a la perfección—. No va a hacer falta un escenario alto y sería inconcebible cavar un foso en este césped perfecto. Bastante lo hemos agujereado ya. Así, pues, señor Gwalchmai, ¿estamos de acuerdo en que no será preciso hacer nada con el terreno sin hablarlo antes conmigo?

—Bueno, no quiero ponerles impedimentos, señorita —dijo Tom, muy aplacado—, pero todo tiene un límite; hay cosas que no se pueden hacer y...

—Por supuesto —dijo Valentine—, pero nos vendría muy bien poder ensayar aquí a última hora, y quizá alguna tarde entera, también.

—Eso no es problema, señorita —dijo Tom, ansioso por complacerla.

Más tarde, cuando entraron en la casa para seguir hablando del montaje, el profesor Vambrace felicitó a Valentine por la mano izquierda con que había sabido tratar a Tom, a quien llamó «obstruccionista cerrado, como todos los que viven apegados a la tierra».

—A mí me parece un encanto —dijo ella—; debemos reconocer sus méritos como es debido, es el secreto para llevarse bien con casi todo el mundo.

El profesor Vambrace, que tenía la sensación de que nunca se le habían reconocido los méritos debidamente, asintió con entusiasmo. También asintió vigorosamente Larry Pye, pues se consideraba coronel nato, aunque la envidia ajena le había impedido alcanzar rangos más importantes. Hay mucha gente en el mundo que tiene esa misma sensación y es esclava de cualquiera que parezca que va a pagárselo todo con efecto retroactivo. Ese era el papel que en pocos días había adoptado Valentine en el grupo y todos estaban convencidos de que poseía un entendimiento extraordinario. Nunca buscaba ni exigía nada para sí, no tenía el menor interés en humillar ni contrariar a nadie y, consecuentemente, se había hecho con todas las claves del poder del Teatro Joven de Salterton.

A excepción, cómo no, de los amplios poderes que Nellie consideraba suyos. Como había contado a Roscoe, Valentine Rich y ella habían crecido juntas y, a pesar de la fama indiscutible que su amiga había sabido ganarse en el teatro, tal vez su propia experiencia fuera más completa. Siempre decía que en el Teatro Joven se adquirirían unos conocimientos más amplios; había tenido que pintar decorados, confeccionar vestuario, actuar, dirigir, resolver contratos... En resumen, había desempeñado todas las funciones del teatro. Y aún más: conocía Salterton mucho mejor que Valentine y debía procurar no desbaratar los planes de ningún conciudadano. ¡Ah, sí! No negaba ni por un momento los conocimientos teatrales de Valentine, pero, a fin de cuentas, Salterton «no» era Nueva York y de nada valía fingir lo contrario.

Así, pues, cuando llegó el momento de hablar de la música de la obra, Nellie se vio obligada a dar su opinión.

—De eso no tienes que preocuparte —dijo—. La semana pasada lo arreglé todo con el señor Snairey. Creo que el Trío Snairey quedará estupendamente al aire libre. Y tienen experiencia, ¿sabes?

—No te referirás al viejo Snairey que tocaba en vodeviles en el Empire cuando éramos pequeñas, ¿verdad? —dijo Valentine.

—Diría que ya tocaba allí cuando tu abuelo era un chaval —dijo Solly—. La señora F. no hablará en serio cuando dice que ha quedado con él, ¿verdad?

—Completamente. Me ha dicho que tiene unas partituras muy bonitas que siempre tocan las orquestas en las obras de Shakespeare: las danzas de *Enrique VIII*

de Sir Edward German.

—Ya —dijo Valentine en un tono que revelaba mayor entendimiento que Nellie—. ¿Y las canciones?

—Se lo dije y me contestó que seguramente podría hacer algo parecido. Su hija Loura puede cantar desde fuera del escenario, mientras las actrices mueven la boca como si cantaran. No tiene partituras de las canciones de la obra, pero dijo que podíamos sustituirlas por algo bonito y que sonara a inglés antiguo.

—Conociendo a Snairey, eso quiere decir que va a tocar *Guillermo Tell* en la escena de la tormenta y que Ariel revoloteará por el escenario al compás de *The Farmer's Boy*. La señora F. se ha superado esta vez.

—¡Ay, Solly! ¡No te des tantos aires de superioridad! —dijo Nellie—. Hay que hacer un millón de cosas y parece que la única que se mueve soy yo. Si sabes tanto, ¿por qué no has arreglado tú lo de la música?

—Porque nadie me lo ha pedido —dijo Solly con acritud.

—Bueno, pues ahora ya estamos comprometidos, para bien o para mal.

—No —dijo Valentine—. Lo del señor Snairey se podrá arreglar, supongo. Seguro que su trío y él saben tocar, pero alguien tiene que asegurarse de que la música sea apropiada. ¿Quién es el mejor músico de la ciudad?

—Myrtle Swann, con diferencia —contestó Nellie—; dicen que tiene cuarenta alumnos.

—Pero no necesitamos una profesora de piano, sino alguien capaz de dirigir una orquesta y a unos cuantos cantantes —dijo Valentine.

—Lo lógico sería Humphrey Cobbler —dijo Solly.

—¡Cielos, no! ¡Ese no! —dijo Nellie—. Está mal de la cabeza.

—¿Quién lo dice? —preguntó Solly.

—Ah, en la catedral, todo el mundo. Además, viste muy mal y a veces se ríe sin motivo. Y nunca se corta el pelo.

—Esas son algunas de las características exteriores de los genios —dijo Valentine—. ¿Quién es?

—El organista y director del coro de St. Nicholas —dijo Solly—. Creía que iba a ser la primera persona a quien se lo pediríamos.

—Yo no, desde luego —dijo Nelly—. Dicen que bebe mucho.

—Eso no es más que una peculiaridad de organista, seguramente —dijo Valentine—, hacen cosas muy raras con los pies. Ve a hablar con él, Solly, a ver si se puede hacer algo.

Nellie se mordió los labios pero no dijo nada. Habría dicho a Valentine y a Solly que Salterton no era Nueva York, pero prefirió dejar que lo descubriesen por su cuenta.

Tras comprender que se había enamorado de Griselda, Hector concluyó que debía

idear un plan adecuado para hacérselo saber. No era aficionado a las novelas ni iba al cine a menudo, pero creía saber lo suficiente sobre el amor para llevar a cabo su plan con la acostumbrada eficacia. Se dijo que el problema era bastante sencillo en esencia: amaba a Griselda; iría dándole pistas de su amor cada vez más claras, hasta crear las condiciones necesarias para declararse abiertamente; a partir de ese momento, ella le correspondería, porque le parecía imposible amar a una mujer sin recibir amor a cambio; había oído hablar de casos semejantes, aunque no en relación con muchachas jóvenes e inexpertas; entonces, Griselda y él se amarían. Y en ese punto dejó de pensar. Las cosas se hacían de una en una. El afecto engendraría afecto, siempre era así, se decía.

En cierto modo, existía el inconveniente de la diferencia de edad. Sin embargo, ¿no había empezado ella todo el asunto con la sonrisa que le había dedicado? No es que le atribuyera muchísima importancia, pero tampoco era cuestión de olvidarla. Bien, se encontraba en un terreno en el que nunca había puesto a prueba la planificación y el sentido común, pero no iba a abandonar ahora a tan buenos y fieles compañeros. A lo largo de una semana escribió en su cuaderno negro lo siguiente:

PLAN DE ACCIÓN

Pros

Mostrarse digno, cordial. Hacer bromas. Mostrarse joven todavía, buena musculatura, etc.

Más agudeza que los demás, hacer gala de rapidez mental. No reparar en gastos

Contras

Más soltura. Sin parecer un payaso. Adelgazar 10 kilos, ¿menos tartas?

Sin propasarse, parecería manirroto.

Para poner el plan en marcha, en el primer ensayo cogió una silla y ágilmente apoyó una pierna encima del respaldo.

—¿Saben hacer esto, chicos? —preguntó a Roger y a Solly, que estaban hablando con Griselda.

—Si lo intento, seguro que me hernio —dijo Solly.

Roger ejecutó el movimiento inmediatamente, primero con la pierna derecha y después con la izquierda.

—A ver si lo hace usted con las dos piernas —dijo.

Hector lo intentó y, aunque la pierna derecha, con la que había practicado, respondió satisfactoriamente a la llamada del amor, con la izquierda tiró la silla y trastabilló.

—¿Ve a lo que me refería? —dijo Solly, agarrándolo espontáneamente por el brazo antes de que se cayese al suelo—. Es fácil perder la hombría con estas demostraciones.

«¡Qué grosero, hablar así delante de una jovencita!», pensó Hector. Habría

partido la sucia boca al joven Bridgetower inmediatamente. Se sintió humillado, pero nadie pareció notarlo. Al ver lo que hacían, El Torso se unió al grupo y les enseñó lo bien que levantaba la pierna derecha hasta por encima de la cabeza agarrándosela con la mano derecha y luego giraba sobre el pie izquierdo. De paso, enseñó también una buena porción de bragas, que eran de color rosa, cortas y con puntillas. Nadie tuvo tiempo de fijarse en el rubor de Hector.

En cuanto a comer menos tarta, había leído en el *Reader's Digest* que no era aconsejable lanzarse de buenas a primeras a hacer ejercicios y regímenes para adelgazar y, durante un par de semanas, optó por renunciar al postre de la comida los martes y los viernes, pero siguió cenando como de costumbre.

En esas dos semanas no se le presentó oportunidad de hablar directamente con Griselda, pero la observaba constantemente y lo que sentía por ella («amor» había dado en llamarlo), un deseo de adorarla y un anhelo de servirla y de ser su paladín sin aspiraciones carnales, se hizo más profundo y lo poseyó como ninguna pasión hasta entonces, desde el día en que había decidido titularse en la universidad.

La expedición en busca de Humphrey Cobbler llevó a Solly a un barrio de Salterton que no conocía. Iba andando despacio por una calle igual que todas las de los barrios nuevos de cualquier ciudad de Canadá y, aunque en los aspectos importantes las casitas se parecían mucho entre sí, el constructor especulador de turno había hecho un mísero esfuerzo por diferenciarlas con algún que otro detalle de mala calidad y peor gusto, como un adorno de cristal emplomado en una, unas placas de piedra de imitación en otra o una puerta de entrada de forma curiosa en la de más allá. Con ver la distribución de una, estaban vistas todas. Hasta los conductos de ventilación, que surgían de los tejados exactamente por el mismo sitio, delataban la situación del cuarto más íntimo, el del retrete. A Solly le pareció que allí nadie podía vivir muy felizmente ni tener una visión iluminadora; que ni siquiera un fantasma soñaría con ocupar una de aquellas casitas; que los pálidos niños de pecho que tomaban el aire en su cochecito en los pequeños porches no eran hijos de la pasión; que los perros que corrían de arbolito escuálido en arbolito escuálido (recién traídos del semillero) no parecían de ninguna raza en concreto: no le cabía en la cabeza que en esas cajas horribles pudiera vivir jamás una persona como Griselda.

Por eso, al acercarse al número de la vivienda de Humphrey Cobbler, lo sorprendió mucho oír una alegre canción a varias voces, acompañada con viveza por un piano. Llamó a la puerta y enseguida abrió una mujer joven y rubicunda, bastante fornida y de pelo negro; iba descalza y daba la impresión de llevar muy poca ropa debajo de su arrugada bata de algodón. Invitó a Solly a pasar a una estancia con pocos muebles y bastante sucia, en la que un melenudo tocaba un piano de cola y cuatro niños descalzos y despeinados cantaban agradablemente a pleno pulmón.

—¡Hola! —aulló el pianista—. Siéntese; enseguida estamos con usted.

—Dulce ninfa, ven con tu enamorado —cantaron los niños.

—¡Palabras! ¡Palabras! —gritó el hombre—. ¡Escupid las palabras!

Obedientemente, los niños las escupieron con tal claridad que, cuando terminaron, el melencólico gritó: «¡Bien!», y los persiguió por la habitación hasta echarlos de allí.

—Hacemos un poco de ejercicio dos veces al día —dijo a Solly—, así se favorece la formación de una buena voz antes de la pubertad; no hay más secreto. Si se les educa la voz en ese lapso de tiempo, luego les dura cincuenta o sesenta años.

—¿Tiene muchos alumnos pequeños? —preguntó Solly.

—¡Ah, no son alumnos míos! Son mis hijos. La gente no paga por enseñar a los niños a cantar. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Es usted Humphrey Cobbler, supongo.

—Sí, y usted, Solomon Bridgetower. Lo conozco de vista.

Mientras explicaba lo que quería, Solly tuvo ocasión de fijarse bien en su anfitrión. Era un inglés colorado, de pelo negro y rizado y nariz aquilina, pero delgado. Habría pasado por judío, de no ser por los ojos, inquietos como los de un petirrojo, que miraban constantemente a Solly, ora a la cara o a las manos, ora a las orejas o a algo curioso y divertido que, por lo visto, flotaba sobre su cabeza. Tampoco él, como su mujer, iba muy vestido; se sujetaba los pantalones con una corbata vieja a modo de cinturón, a la camisa le faltaban casi todos los botones y llevaba los pies hundidos en unas viejas zapatillas. En cuanto al pelo, al que se había referido Nellie, solo los rizos lo salvaban del desorden absoluto, pero tenía mucho y de vez en cuando se apartaba unos cuantos mechones enérgicamente, como para inspirarse, como quien toma pellizquitos de rapé.

Cobbler acogió la propuesta de Solly con entusiasmo.

—¡Por supuesto que sí! —dijo—. Podemos hacer una cosa muy redonda. Hay montones de música estupenda para *La tempestad*, pero usaremos la de Purcell, creo. Me imagino que no querrán replantearse la obra elegida y poner en escena la versión de Shadwell, ¿verdad? En realidad, es mucho más clara. ¿No? Me lo temía. La música es deliciosa.

Voló al piano y se puso a cantar:

Arise, arise, ye subterranean winds!^[10]

—¿No es conmovedor? ¡Ah, qué maravilla! De todos modos, si prefieren la de Shakespeare, podemos sacarle mucha sustancia. Supongo que los actores cantan, ¿no?

—Eso dicen —contestó Solly—, aunque no sé si todos. ¿Por casualidad conoce a la señorita Webster? Hará el papel de Ariel y canta bastante bien.

—Esperemos que sea verdad —dijo Cobbler.

—Me temo que no podemos pagarle honorarios —añadió Solly con vacilación.

—Lo suponía —dijo Cobbler—. Es curioso que los encargos interesantes casi nunca sean de pago. ¡En fin...! No les importará que Molly y los niños canten un poco entre bastidores, ¿verdad? ¡Les haría mucha ilusión!

Solly no estaba nada satisfecho de haber tenido que plantear el asunto de los honorarios y, aliviado, contestó como si la presencia de Molly y los pequeños Cobbler fuera lo único que faltaba para que el mundo fuese perfecto. Aludió entonces a la cuestión del señor Snairey. Cobbler abrió la boca (tanto, que Solly pudo verle hasta las amígdalas) y soltó una carcajada cavernosa y feroz.

—Comprendo que es una lata —dijo Solly—, pero la señora Forrester se lo había pedido ya, él aceptó y nos costó lo nuestro convencerla de que seguramente el señor Snairey elegiría una música... bueno, poco elegante. ¿No podría usted entenderse con él, aunque solo fuera por... la paz?

—Amigo mío —dijo Cobbler—, toda mi vida gira en torno al principio de que la única cosa más importante que la paz es la música. Precisamente por eso soy pobre, precisamente por eso muchos me consideran loco y precisamente por eso acabo de decir que me haría cargo de la música. No sacaré dinero alguno de ello, ni siquiera mucho agradecimiento, según mi experiencia con grupos de teatro. Si, como insinúa, debo entenderme con él por la paz, será por la de ustedes, no por la mía. Muy pocas veces le he oído atacar algo que mereciese llamarse música, y esas pocas han sido una profanación real, imperial, incluso papal. Jamás en mi vida tendré nada que ver con él bajo ninguna circunstancia, sea cual fuere.

—Eso nos deja en mala situación —dijo Solly.

—Si soy el capitán de la música, elijo yo a la tripulación.

—Sí, lo comprendo, desde luego.

—Y también comprende, si no yerro, que tendrá una bronca tremenda con la señora Forrester y otra con el viejo Snairey. Permítame que le dé un consejo, Bridgetower: no se complique la vida. Es sorprendente hasta qué punto se pueden delegar las complicaciones en los demás, siempre y cuando se quede uno al margen. Ya se le ha puesto cara de Cordero de Dios que carga con los pecados del mundo. Eso es una tontería. Voy a decirle lo que debe hacer: vaya a ver a la señora Forrester y dígame, siempre delante de testigos, por supuesto, que he aceptado la oferta pero que no estoy dispuesto a contar con Snairey. Después, ya se aclarará ella con ese señor. De todos modos, está senil. Prométale un par de entradas para el estreno y se quedará tan contento. Pase usted el muerto; es el secreto de la vida. No se pueden librar todas las batallas ni enjugar todas las lágrimas. Siempre que tenga que vérselas con algo que en realidad no le importa, páseselo a otro. Ya me tiene a mí para la música, eso era lo que quería, ¿no? Muy bien, pues ahora, que aclare el embrollo la señora Forrester.

Se volvió de nuevo hacia el piano y empezó a improvisar a toda velocidad al estilo de Händel, al tiempo que cantaba: «Pasa el muerto, pasa el muerto» con una variedad asombrosa de ritmos y entonaciones. Solly comprendió que la entrevista

había terminado; salió de la casa y la extemporánea cantata para piano y voz sobre el tema «Pasa el muerto» lo acompañó unos cuantos metros calle abajo.

En el siguiente ensayo, Solly dio a Nellie el recado de Cobbler en presencia de testigos, tal como le había recomendado el músico; eligió un momento en que la presidente estaba distraída con otras preocupaciones, dijo lo que tenía que decir y, sin pérdida de tiempo, se marchó a atender otros quehaceres. Tuvo la sensación de haberse comportado vilmente, pero se consoló pensando que, en algunas situaciones complicadas, el trato justo y el honor no contaban y que, por otra parte, ya tenía bastante en que pensar. Larry Pye, que no había leído la obra, iba descubriendo en los ensayos, a los que asistía alguna vez sin prestar mucha atención, que salían en la obra algunos objetos mágicos y que se esperaba que los fabricase él; para solucionar esos pormenores aplicó la máxima de Cobbler: «Pasa el muerto».

—Vosotros los dibujáis y yo los construyo —dijo, y Valentine pidió a Solly, su ayudante, que hiciera lo que pudiese.

Cuando debía resolver un obstáculo, lo primero que hacía Solly era consultar libros. Descubrió que la biblioteca de Waverley estaba muy bien provista en el terreno de la magia, en el sentido antropológico de la palabra, y que disponía de copiosa documentación sobre la práctica de esa arte en la Edad Media; también encontró libros de Aleister Crowley y del reverendo Montague Summers, en los que afirmaban fervientemente que en el mundo actual todavía abundaba la magia. Sin embargo, de ilusionismo práctico solo halló la *Guía del aprendiz de mago*, una obra en dos tomos del profesor Louis Hoffmann sobre trucos con cartas, explicados con un estilo insoportablemente ocurrente e incomprensible y salpicados de diagramas mal dibujados y de citas en latín, que lo hacían más incomprensible aún. Después de dos días de buceo entre esas obras, Solly informó a Valentine de que todavía no había encontrado la manera de solucionar la acotación de «desaparece el banquete mediante un ingenio curioso»^[11], que daba Shakespeare sin más explicaciones.

—Bueno, no te preocupes —dijo ella—, eso lo resolveremos con el viejo truco teatral de darle la vuelta. Es lo más sencillo del mundo, si se hace bien, pero pensé que a lo mejor se te ocurría algo mejor.

¡Conque sabía cómo hacerlo desde el principio! Solly estuvo cinco minutos convencido de que odiaba a Valentine.

Sin embargo, no pudo seguir odiándola más tiempo. No había ensayo en el que la directora no le pareciese admirable, ya fuera por su firmeza, su buen humor y su serena eficiencia, ya fuera por el conocimiento práctico del escenario y la imaginación que desplegaba para enseñar a los actores del Teatro Joven de Salterton a hacer cosas que no habían hecho jamás, ni soñado siquiera en toda su vida. Valentine no tardó en descubrir lo que podía esperarse de cada actor y, a partir de ahí, empezó a trabajar para sacarlo a flote. Fue ella quien reveló al mundo (incluso al propio

interesado), que el señor Leakey podía hacer reír de verdad si no intentaba hacerse el gracioso por encima de todo. Fue ella quien descubrió la impresionante voz de bajo que tenía el señor Shortreed, capaz de imponerse incluso a la del profesor Vambrace. Fue ella quien demostró que El Torso, si lloraba un poco, después podía quedarse en escena inmóvil como una piedra e incluso parecer sorprendentemente elegante, además de simplemente bonita. Y fue ella quien (muy indiscretamente, según Nellie) dejó claro que Griselda Webster era una holgazana poco dispuesta a hacer un esfuerzo continuado.

Además, fue ella quien se enfrentó a las dificultades que se plantearon con la señora Crundale. Esa señora habría podido ser una pintora de cierto talento si no se hubiera casado con el señor Crundale y se hubiera entregado en cuerpo y alma a apoyar la carrera de director de banco de su marido. Había dibujado para *La tempestad* unos modelos encantadores e imaginativos. Era cierto que los segadores tendrían que haber enseñado hombros y muslos bastante más desarrollados de lo que probablemente los tuvieran, y que, una vez hecho el reparto completo, fue necesario adaptar a personas gorditas y no muy altas los trajes que había imaginado para personajes escuálidos de dos metros, pero no fueron esos los peores inconvenientes que se presentaron con la artista. El auténtico problema fue, sencillamente, el diseño del vestuario de Ariel y de todas las diosas y ninfas: debían llevar el pecho al descubierto, pero no parcialmente o solo en algunos momentos, sino total y crudamente al desnudo. Había enseñado los dibujos a casi todos los participantes y todos los habían admirado cumplidamente, preguntándose para sus adentros qué habría que hacer.

La actitud de la señora Crundale no dejaba lugar a dudas, y nunca las había dejado. Ella era una artista y consideraba el cuerpo humano un simple conjunto de planos; hacía doce años que había explicado el concepto pormenorizadamente, cuando un atractivo jugador de rugby de Waverley se negó en redondo a posar para un desnudo. Nadie del Teatro Joven deseaba explicar a la señora Crundale que, si bien los pechos eran una mera combinación de planos, los de varias señoritas conocidas de la ciudad presentaban otras connotaciones y no resultaba apropiado mostrarlos en un acto público. Fue Valentine quien habló con ella.

—Los trajes son una preciosidad cuando las chicas están quietas, señora Crundale —le dijo—, pero cuando tengan que bailar, la estilizada caída de los pliegues se echará a perder por completo. Le sugiero que les dé algún pequeño retoque que permita disimular una pieza interior, como un sujetador sin tirantes.

Y la señora Crundale, cuya única pretensión era dejar claro que el cuerpo humano no es sino una distribución de planos, accedió sin un murmullo. La entregada, incansable y menuda señora Hawes, jefa de la comisión de corte y confección, aseguró a Valentine que, gracias al respaldo en la cuestión de la señora Crundale, había podido respirar tranquila por primera vez en muchas semanas. Aclaró que el motivo de su angustia eran las pruebas de vestuario.

Valentine resolvía los inconvenientes intangibles con la misma rapidez y eficacia que el de los celestiales modelos de la señora Crundale, mientras que a Solly, como a todos los ayudantes de dirección del mundo, le correspondía atender asuntos diversos y pormenores sin fin, y demostró una gran habilidad para complicar las cosas fantásticamente. Tras recibir instrucciones de ocuparse de los objetos y adornos de la mesa del banquete que debía desaparecer, se puso a trabajar afanosamente con unos cuantos ayudantes y creó una bonita, aunque confusa, profusión de aguamaniles dorados, fuentes de fruta exótica, frascas de vino de colores que no habría reconocido ningún vinatero y comestibles tan monstruosos que parecía que a cada comensal le sirvieran una tarta de bodas entera para él solo; el banquete, extendido sobre un paño pintado y dorado hasta el último centímetro, era la admiración de todos, menos de los actores que debían servirlo. Llevaban estos unas máscaras de fantasía, obra de una joven a quien Solly había animado a esmerarse al máximo, pero protestaban porque les impedían ver. Uno de ellos, un profesor de económicas de Waverley cuya afición al teatro se limitaba a obras de asesinatos y comedias, dijo que si debía ponerse una máscara de león para salir con una fuente con un pavo real en todo su esplendor, renunciaba al papel. A Solly le dolió.

—No se puede ser tan tiquismiquis si queremos conseguir un gran efecto —le dijo—; es verdad que podría ser todo mucho más sencillo, pero es que esta obra no es sencilla.

Fue entonces cuando al profesor Vambrace se le ocurrió explicar que, en esencia, las obras de los genios eran sencillas y lo mejor era interpretarlas con sencillez. En obras como *La tempestad*, dijo, era de vital importancia no empañar la magnificencia de las palabras con un despliegue excesivo de trajes y accesorios. La sencillez, dijo a Solly y al mundo en general, era la piedra de toque de la grandeza. ¿De qué serviría, preguntó, que un actor como él interpretase adecuadamente, con toda la capacidad de su intelecto, si continuamente se distraía al público con grandes demostraciones de falsa magnificencia que nada tenían que ver con la obra?

A continuación estalló una discusión en toda regla y ambas partes dijeron cosas hirientes y crueles. El profesor comandaba noblemente las fuerzas de la sencillez sin recibir ayuda útil de ninguna clase, porque el profesor de económicas, poco pertrechado de munición estética, perdió los estribos cuando Solly hizo una inoportuna referencia a contables descontentos. Tampoco el ayudante de dirección llevaba las de ganar, porque sus partidarios eran muchachas con aspiraciones artísticas cuyos únicos argumentos consistían en resoplar y hacer aspavientos, salvo la que había hecho las máscaras, que lloraba: las ácidas lágrimas de una artesana cuyo mayor esfuerzo ha sido denostado. La situación requería una mano férrea y Valentine actuó con brillantez. Dijo que ambas partes tenían razón y que esperaba que todos confiaran un poco en su capacidad de juicio, porque, aunque no pretendía rivalizar con nadie en erudición (cosa que sentó muy bien al profesor Vambrace), contaba con una gran experiencia práctica. Añadió que la representación de una obra de

Shakespeare debía hacerse de acuerdo con un plan sencillo, general y de largo alcance; que dentro de ese plan se podía profundizar en muchos detalles y enriquecer todo lo que pareciese necesario y que consideraba que podían dejar en sus manos con toda confianza el plan sencillo y de largo alcance; que estaba segura de que trabajando con hombres del temple intelectual del profesor Vambrace no se desviaría en exceso, que agradecía a Solly y a su equipo el cariño que habían puesto en la confección de los accesorios de la obra y que, en el teatro profesional, toda esa dedicación y perfección en los detalles solo podía conseguirse pagando muchísimo dinero. Después les rogó que colaborasen unos con otros en pro del Teatro Joven de Salterton, porque en la unidad estaba la fuerza, y les recordó que, entre gente de talento, el choque de temperamentos era relativamente habitual. Añadió que no tenía dudas respecto a la producción y siguió hablando en el mismo tono amable pero firme hasta que, misteriosamente y cada una por su parte, las fuerzas de la sencillez y las de lo superfluo consideraron que habían ganado la partida.

Es particularmente digno de destacar el oportuno uso que hizo Valentine de la palabra mágica «temperamento». Se trata de una característica aparentemente despreciada por muchos, cuando en realidad la toman como un halago siempre que alguien se la atribuye afectuosamente a ellos. Incluso el economista, al oírla, se aplacó misteriosamente; tenía la impresión de ser mucho más temperamental de lo que se imaginaban los demás y, puesto que Valentine había descubierto su secreto tan certeramente, solo por ella se pondría la máscara de león con mucho gusto y llevaría lo que fuera a la mesa del banquete.

Únicamente la señorita Wildfang se quedó consternada. Había llegado un poco tarde a la discusión y no entendía muy bien el motivo, solo sabía que se había puesto en entredicho la autoridad intelectual, moral y estética del señor Vambrace. No reabrió el debate inmediatamente, pero pasó un par de días predicando entre los grupos, durante los ensayos, la teoría de la sencillez total de Vambrace. Finalmente, el propio profesor hubo de pedirle que lo dejara; le dijo que la gente de teatro debía poder expresar su inclinación al esplendor y al exhibicionismo y que un espíritu triplemente refinado como el de ella no precisaba de vistosos añadidos superfluos para apreciar una obra maestra, pero que no debían pasarse por alto las necesidades de los seres inferiores. La señorita Wildfang asintió y sucumbió más penosamente aún a un estado de concubinato mental con el profesor Vambrace.

No debe darse por sentado que los ensayos progresaran siempre entre discusiones, ni que los métodos de Valentine fuesen siempre tan balsámicos. Por ejemplo, en la cuestión de las espadas, su intervención fue enérgica. Roger Tasset le preguntó si, la primera vez que entraba en escena, en la isla encantada de Próspero, debía llevar espada. Valentine, que todavía no había pensado en ello, dijo que suponía que sí, que la acción lo requería, pero entonces surgió un clamor entre los actores que hacían de cortesanos; todos querían espada e interrumpieron el ensayo para demostrar lo que creían que debían hacer con ella. Pensaban que sería muy agradable y auténtico

iniciar peleas a menudo, sacar la espada y saludarse entre ellos con el arma. A continuación se pusieron a discutir sobre la forma adecuada de saludarse con la espada y Larry Pye, que estaba trabajando por allí, subió de buen humor al escenario y dijo que, fuera cual fuese el método de la antigüedad, actualmente se hacía de la siguiente manera. Unos minutos después, había varios actores pisando fuerte en el escenario, con el ceño fruncido y blandiendo espadas imaginarias. De pronto, Valentine anunció que no habría espadas salvo cuando lo exigiera el guión estrictamente y que nada de florituras modernas; ella misma les enseñaría a manejar la espada.

Entonces se ofendió Roger. Aquello le pareció un *desaire* a la profesión militar. También se le oyó decir que, sobre el uso de la espada, nada tenía que enseñarle ninguna mujer. Todo era ilógico y absurdo, pero la falta de sentido común de sus palabras quedó compensada con la intensidad emocional de su fuerte masculinidad.

La conducta de Roger en los ensayos era insatisfactoria. Como ingeniero de profesión, no tardó en encandilarse con un proyecto de Larry Pye: instalar un sistema de altavoces en St. Agnes. Valentine había prohibido expresamente a Larry tender cables de megafonía por el escenario y esconder micrófonos en los arbustos, que era lo que pretendía hacer. Le había dicho que ella se encargaría de que se oyera a los actores sin necesidad de artefactos tan poco fiables. Al principio, Larry no se lo podía tomar en serio; decía que, al fin y al cabo, todos los escenarios modernos contaban con un sistema de megafonía y, si se camuflaba, el público pensaría que no se habían gastado un centavo en el montaje. Sin embargo, cuando comprendió que Valentine se lo decía en serio, accedió a montar únicamente un sistema para dar los avisos de entrada, gracias al cual los actores que no estuvieran en escena podrían quedarse en el cobertizo, donde se instalaría un gran amplificador; cuando tuvieran que entrar, el regidor podría llamarlos desde bastidores mediante un micrófono con tiempo suficiente. Además, dijo, pondría en funcionamiento otro sistema de comunicación entre los músicos de Humphrey Cobbler y la cabina del regidor, situada delante del escenario. Para hacer esa instalación, que a Valentine le pareció relativamente inocua, fue preciso tender muchos cables, cosa que Larry se empeñó en hacer durante los ensayos. Por su cuenta y riesgo, Roger decidió ayudarlo y, lógicamente, a menudo fallaba en sus entradas porque no estaba preparado, se presentaba en el escenario con la actitud condescendiente de quien deja una tarea importante para hacer otra menor y a veces, durante las escenas en las que no intervenía él, pasaba arrastrándose por el escenario con un rollo de cable, como si fuera invisible. Esa clase de situaciones dieron a Valentine una idea mucho más clara de lo que jamás sabría Nellie de hasta qué punto Salterton no era Nueva York.

Con todo, no era Roger la peor cruz, sino el señor Shortreed. George Shortreed, o Geordie, como prefería que lo llamasen, era empleado de la licorería estatal y, por tanto, se relacionaba con lo mejor y con lo peor de Salterton. Sabía quién bebía vino, *whisky* de importación o licores baratos y quién compraba bebidas buenas para sí y

matarratas para sus invitados. Tenía la voz fuerte y grave y físicamente parecía un mono; por eso lo había elegido Valentine para hacer de Calibán. Puesto que se trata de un personaje importante y con mucho papel y lo deseaban otros muchos actores del club, se consideró en general que, al habérselo dado a quien en esencia no era más que el dependiente de la licorería, el Teatro Joven había demostrado un loable talante democrático. Por supuesto, los canadienses son demócratas por naturaleza, pero cuando dan muestras palpables de esa cualidad en la vida social, les gusta que se reconozca plenamente. Así, pues, todos trataban a Geordie un poco mejor de lo estrictamente necesario; es decir, mejor de lo que lo habrían hecho con otra persona a la que considerasen un auténtico igual. En cambio él se negaba a seguir las reglas del juego. En vez de agradecer discretamente la cordialidad de los profesores y hombres de negocios que siempre compraban el mejor *whisky*, se dirigía a ellos con mucho alboroto y familiaridad y demostró ser todo un bromista. Era muy buen cliente de las tiendas de artículos de broma y tenía una gran colección de cubitos de hielo con moscas atrapadas en el interior, cajetillas de cigarrillos con sorpresa, serpientes de goma y cámaras que soltaban agua cuando debían hacer una foto. En el escenario disfrutaba poniendo nerviosos a los actores que compartían las tablas con él y haciéndolos reír, si era posible. Valentine le llamó la atención dos veces por ese motivo y en ambos casos respondió reduciendo su potente voz a un murmullo rugiente: «Ya lo sé, señorita Rich; no debería hacerlo, está claro; no se crea que no comprendo el privilegio que es para el grupo y para mí trabajar con una auténtica profesional del teatro como usted; supongo que es tan maravilloso que por eso me dejo llevar y hago esas cosas; pero no se repetirá, se lo aseguro», dijo, y, sin embargo, se repitió.

No se puede negar que el señor Shortreed conocía el texto de la obra de una manera mucho más creativa y curiosa que los demás. Lo sabía de memoria de cabo a rabo, como el profesor Vambrace. Sin embargo, el profesor hacía gala de ello dando el pie un poquito antes que el apuntador, mientras que a Geordie le encantaba utilizar los versos citándolos en conversaciones normales. Como muchos grandes ingeniosos de la historia, planeaba los golpes cuidadosamente en casa y luego los soltaba como de improviso en los ensayos. Además, no había cosa que le gustara más que llamar a cada uno, fuera de escena, por el nombre de su personaje; así, siempre se dirigía a Hector Mackilwraith gritándole: «¡Bendito Gonzalo, hombre honorable!»^[12], menos el día en que este, con la esperanza de mostrarse juvenil ante Griselda, apareció con una camisa *sport* nueva, demasiado llamativa, y Geordie, dándose un golpe en la frente, exclamó: «¡Qué pintamonas es este!»^[13].

A Hector no le gustó la ocurrencia, pero en general admiraba a Shortreed por su ingenio y lo envidiaba porque hacía reír a todos. ¡Si al menos pudiera él distinguirse de esa forma! En el fondo, algo le decía que las bromas de Shortreed eran tontas y exageradas, pero el nuevo anhelo de triunfar socialmente silenciaba esa voz interior que a lo largo de cuarenta años le había librado de convertirse en un verdadero

hazmerreír. También él estudiaba el texto de la obra en privado en busca de citas que pudiera convertir en réplicas para Shortreed, pero no estaba acostumbrado a esa clase de ejercicio mental y sacaba muy poco en limpio. Hubo de contentarse con fingir que se rendía ante él diciendo: «No te acerques a mí. Eres un semidiablo», pero sabía que era ridículo. Y así fue como descubrió algunas carencias en su dotación intelectual que hasta el momento no había notado.

Hector tenía cierta fama de ingenioso entre los alumnos del Instituto de Enseñanza Secundaria y Formación Profesional de Salterton, basada en sus ocasionales salidas sarcásticas y en una ocurrencia que había tenido hacía ocho años y que se había convertido en tradición en el centro de enseñanza. Sucedió como sigue: una cálida tarde de junio, se encontraba Hector en el gimnasio vigilando un multitudinario examen escrito; un chico levantó la mano y preguntó con displicencia: «Señor, ¿sabe qué hora es?». Hector, con su sonrisa sombría, sacó el reloj, lo miró, volvió a guardarlo en el bolsillo y respondió: «Sí». ¡Qué carcajadas provocó y cómo corrió la ocurrencia de boca en boca por todo el instituto! «Porque, claro, el joven Porson preguntó a Mackilwraith si sabía la hora, no qué hora era, verdad; solo si la sabía. Y Mackilwraith le dijo que sí, claro, completamente serio, porque la sabía, verdad, pero no le dijo la hora que era porque no era eso lo que le había preguntado, ¿entiendes?».

En la época dorada de la *Commedia dell'arte*, algunos actores bien dotados preparaban y perfeccionaban monólogos especiales, números de acrobacia o pantomimas que se convertían en su sello personal; esas especialidades se denominaban *lazzi*. La ocurrente respuesta se convirtió en el *lazzo* de Hector y, al menos una vez al año, un niño hacía de payaso tonto o comparsa y repetía en la clase el golpe maestro, sin que perdiese gracia con el tiempo ni frescura con la repetición. En cambio, cuando Hector se vio enfrentado a un hombre como Shortreed, que variaba el repertorio de chistes a diario, comprendió que estaba en gran desventaja.

Aunque la carrera de humorista de Geordie fue meteórica, duró poco. Como ha sucedido a tantos antes que a él, la caída se debió a un capricho inexplicable y maligno del destino.

Vivía en St. Agnes, atendido especialmente por Tom, un caballo viejo al que llamaban Old Bill y cuyo cometido consistía en tirar de una gran cortadora de césped. Tom y el señor Webster estaban de acuerdo en que las cortadoras eléctricas eran instrumentos del diablo, que mordían y arrancaban los tepes buenos; por lo tanto, el césped se segaba con un invento primitivo pero muy afilado que Old Bill arrastraba lentamente tras de sí; cuando hacía ese trabajo, le ponían un sombrero de paja en la cabeza para protegerlo del sol y unos protectores a modo de galochas en los cascos, para que las herraduras no dañasen el césped. Cuando lo vestían para trabajar, Old Billy componía una estampa venerable y entrañable y llegó a convertirse en la mascota del grupo durante los ensayos. Lo mimaban y le llevaban azúcar.

Una tarde, estaba Tom segando el césped un poco alejado del escenario cuando le

pareció que una de las cuchillas no cortaba bien y se fue a afilarla. Dejó a Old Bill a la sombra de un árbol y se dirigió al cobertizo. El señor Shortreed, al verlo, tuvo una gran ocurrencia; pronto tendría que salir a escena: lo haría a lomos de Old Bill. A la señorita Rich le sentaría fatal, por supuesto, pero no le daría mucha importancia cuando viera las risas que provocaba. De todos modos, no tenía mucho tiempo para pensarlo y no quería perder la ocasión. Sí, ahí estaba el viejo Vambrace dándole el pie para entrar:

Tú, esclavo ponzoñoso, engendro de Satanás
en el vientre de mala madre, ¡comparece!^[14]

Con un aullido, montó a lomos de Old Bill, dio una patada al pobre animal en el vientre y se dirigió al escenario. Bill, al que jamás habían tratado de esa forma, se desbocó y, en la carrera, perdió dos galochas, de manera que las herraduras quedaron al descubierto. Con Geordie en el lomo, se metió entre los arbustos causando un efecto tan humorístico como se pueda imaginar. Las mujeres chillaban, los hombres aullaban, el profesor Vambrace y Pearl, que estaban en medio del escenario, huyeron despavoridos. Fue un momento triunfal para Geordie, la apoteosis de un bromista. Entonces, inesperadamente, Old Bill lanzó un relincho horrible, se levantó sobre los cuartos traseros y se desplomó en el suelo. Relinchó lastimeramente unos diez segundos más y se quedó tieso, enseñando los dientes y con los ojos desorbitados.

Tom llegó a la carrera.

—Ha estirado la pata —dijo.

Larry Pye halló la causa de la muerte.

—¡Ah, claro! Ha horadado el terreno con el casco —dijo—. Por aquí pasa el conducto de acero del cable principal, a menos de siete centímetros de profundidad; Tom lo ha cubierto con tepe esta misma mañana, pero la juntura del conductor es defectuosa y el caballo ha pisado el cable con la herradura. Y ahí está. Son cosas que no pasan ni en un millón de años, pero esta vez, sí. ¡Gracias a ti, maldito imbécil de mierda! —dijo mirando a Geordie con cara de policía.

Geordie se alejó y se puso a vomitar ruidosa y copiosamente bajo unos arbustos, pero nadie se compadeció de él.

Old Bill, tan venerable y tierno en vida, estaba horroroso en la muerte. En pocos minutos se le hinchó el vientre de una manera impresionante y eso hacía que se moviera y crujiera un poco de vez en cuando, como si tuviera un sueño inquieto. Los actores no querían ni mirar, pero no podían quitarle los ojos de encima. Por último, el señor Leakey, movido por no se sabe qué impulso de delicadeza, fue a buscar una chaqueta de *tweed* (la de Larry Pye, casualmente) y se la echó a Old Bill por encima de la cabeza.

—Se ha terminado el ensayo por esta tarde —dijo Valentine—, pero me gustaría hablar con la comisión un momento.

Baste decir que el señor Webster se negó a aceptar que el Teatro Joven le comprase otro caballo, alegando con poca convicción que siempre podían ocurrir accidentes. Valentine habló con Geordie sin tapujos e incluso se permitió olvidar que Salterton no era Nueva York; la secundó el mayor Larry Pye, quien se contuvo bastante, habida cuenta de las circunstancias. Geordie escribió una carta al señor Webster en la que la temblorosa figura de la disculpa se retorció por un laberinto de sintaxis angustiosa. Se llevaron a Old Bill al matarife y Tom y Freddy lo lamentaron sinceramente.

En la preparación de toda obra siempre hay un momento de decaimiento en los ensayos que marca al mismo tiempo el punto de inflexión hacia la más alta cima que el espectáculo esté destinado a alcanzar. Sin la menor duda, la producción de *La tempestad* del Teatro Joven de Salterton alcanzó ese equinoccio el día en que Geordie mató al caballo.

Leonardo da Vinci afirmaba que el ojo humano no solo recibía rayos de luz, sino que también los emitía. Los de Hector habrían podido ser buena prueba de ello, hasta el momento en que se enamoró de Griselda. Desde entonces los tenía apagados. A finales de primavera, cuando debería haber estado enzarzado en el exhaustivo repaso del trabajo de todo el curso, tan característico de su asignatura, se pasaba hasta cinco minutos seguidos mirando por la ventana, jugueteando con el cordón de la persiana, mientras los alumnos se preguntaban qué le sucedería. Ya no lo convencía el humor que lo caracterizaba. En otra época, durante esas sesiones de repaso, todos los días sacaba a la pizarra, a hacer problemas delante de él, a dos o tres chicos de los más cerriles; cada vez que metían la pata los reconvenía sin enfadarse, con una mezcla de humor, compasión y un poquito de desprecio. Si es cierto que, como dicen, el mayor sentido del humor se acerca mucho al patetismo, Hector solía alcanzar la categoría de gran humorista en esas ocasiones y, aunque durante esa tortura primaveral eran muy pocos los zoquetes que llegaban a entender algo de matemáticas, algunos aprendían lecciones de fortaleza muy útiles para toda la vida. Sin embargo, esa primavera había perdido todo el celo de maestro innato. Parecía enfermo, pero los alumnos ignoraban la causa de la enfermedad.

También la primavera era la estación en la que mayor número de castigos imponía. Todas las tardes, después de las clases, reunía a un grupo de chicos y chicas en el aula y los obligaba a terminar los ejercicios que no habían hecho en las horas lectivas. Sin embargo en ese final de curso pasaba la última hora visiblemente inquieto y se marchaba en cuanto tocaban el último timbre. Acudía inmediatamente a St. Agnes y, si no había ensayo, hacía pequeños trabajos que le pedía Larry Pye, medía la zona reservada para los asientos o se ocupaba en cualquier menester que justificase su presencia allí. Los ensayos solían empezar a las cinco y terminar a las ocho, cuando la luz empezaba a escasear. Hector era el primero en llegar y el último

en marcharse.

En el transcurso de las últimas semanas había descubierto muchas cosas sobre sí mismo, por ejemplo, que no servía para bromista; sin embargo, se consoló al observar que tampoco Griselda parecía muy aficionada a los chistes, pues no sonreía ni en los golpes más graciosos de Shortreed, aunque se reía a menudo con las tonterías del joven Bridgetower, que para él no tenían sentido. Descubrió también que se le había pasado la juventud y que se ponía en ridículo cuando intentaba vestirse juvenilmente. Larry Pye, con más de cincuenta años, podía ponerse lo que quisiera, incluso unos viejos pantalones cortos del ejército, y nadie se reía de él. Y además, se dio cuenta de que por mucho que se hiciese el enconradizo, Griselda no le prestaba la menor atención. Ella, que le había dedicado una sonrisa tan elocuente, ahora ni siquiera reparaba en su presencia. Sin embargo, cuando, por exigencias del guión, ella, en el personaje de Ariel, le cantaba dulcemente al oído mientras él fingía dormir, Hector se ruborizaba, respiraba con dificultad y notaba el pulso de la sangre en los oídos y en los ojos; cuando se arrodillaba ante él, pensaba: «Te amo, te amo», pero le dolía que, por algún motivo, el mensaje no llegara a su destino con toda claridad y eso lo desconsolaba. Se le ocurrían continuamente formas descabelladas de declararle su amor. Le escribiría una carta... pero era consciente de sus limitaciones en la expresión escrita. Le pediría una cita en privado cualquier noche, una hora sin interrupciones, pero ¿sería capaz de decirle algo? No, no podía someterse a semejante tortura; los antiguos dioses de la planificación y el sentido común lo habían abandonado. Esperaría a que la suerte le proporcionara un rato a solas con ella y, entonces, con la emoción del momento, hablaría. Pero la suerte lo esquivaba y Hector ya no sabía qué hacer.

Su amor por Griselda había sufrido una transformación que lo asustaba. La mañana en que se despertó con la certidumbre de estar enamorado sintió una gran alegría. Durante una semana pensó que el sentimiento era como un anexo de su persona. En su representación mental de la situación el protagonista era él, mientras que Griselda solo le servía de soporte. Sin embargo, a medida que pasaban los días, el papel de ella fue cobrando cada vez más peso hasta convertirse en la protagonista absoluta, y él, en un personaje secundario, un simple comparsa deseoso de tener una escena con ella. Hector descubrió por primera vez que en la vida de una persona podía suceder que hubiera alguien más importante que ella misma. Ya no tenía que mirar con tristeza lo que había apuntado en el plan de acción sobre renunciar a los pasteles. Perdió el apetito hasta el punto de suscitar un comentario por parte de la camarera que siempre le servía en el Snak Shak. Seguía igual de gordo en apariencia, pero estaba abotagado y afligido. Un día arrancó el plan de acción de la libreta negra y lo quemó; le parecía idiota e inútil, un insulto a sus sentimientos. Tanto es así que, de repente, le pareció trivial y despreciable la idea de que la vida pudiera regirse por planes anotados en una libreta de bolsillo.

Necesitaba hablar de su amor con alguien, pero no sabía a quién podría insinuar

siquiera lo que le pasaba. Entabló conversación con el señor Adams a propósito de *La tempestad* y llegó al personaje de Ariel.

—Creo que le gustará ese personaje en concreto —le dijo—, el papel lo hace una joven muy inteligente, la señorita Webster.

—Le hará falta serlo, y mucho —dijo Adams—, porque Shakespeare lo escribió para un joven y siempre es una equivocación dárselo a una mujer. No creo que me interese ver cómo lo intenta una chiquilla desmañada.

El último comentario fue verdaderamente rencoroso y, en realidad, Adams no sabía por qué lo había dicho. Pero existe un espíritu malicioso que nos obliga a decir a los amantes cosas ofensivas sobre su ser amado, incluso cuando el amor es secreto y, en ese momento, el señor Adams fue el instrumento de ese espíritu. A Hector le dolió, pero no pudo decir nada por temor a revelar algo que lo pusiera en evidencia y desencadenara el escarnio.

Sus sentimientos por Griselda carecían de deseo sexual, pues había desterrado el sexo de su vida desde el incidente de la fiesta de la Escuela Normal. No deseaba su cuerpo; quería dominarla mentalmente. Quería que lo considerase como él a ella: una persona completamente superior y diferente al resto de la humanidad. Deseaba defenderla de los peligros, agasajarla con grandes muestras de valor y sabiduría, retirarla del mundo, quedársela para sí y saber que ella renunciaba felizmente al mundo por él. Pensaba que, tan pronto como le declarase su amor, tal vez le permitiera besarla, pero se le encogió la imaginación inmediatamente al imaginarse el beso; estaba seguro de que sería una cosa tan dolorosa y gozosa que tal vez le hiciera perder el sentido. Jamás en sus cuarenta años de vida había besado a una mujer, salvo a su madre.

Con todo, tenía muy clara conciencia de que Griselda era una mujer, con las desventajas que, según creía, constituían la injusta carga de su sexo. Cuando, en los ensayos, parecía un poco mustia, se tiraba a descansar en la hierba o se le ponía la hermosa cara de cansancio que tanto había impresionado a Solly el día de las audiciones, Hector, afligido, lo achacaba a los dolores de esas «indisposiciones propias de la mujer», sobre las que había leído de niño en almanaques de medicinas y remedios. Pensando en esas cosas, podía ponerse muy sensiblero con todo lo concerniente a Griselda y un día, sin venir a cuento, comentó, para gran asombro del señor Leakey, que las mujeres debían soportar muchas cosas que los hombres solo alcanzaban a imaginar.

¡Si pudiera confiar a alguien sus penas de amor! Solo el temor de ponerse en ridículo o de destruir la magia de sus sentimientos, si hablaba de ellos, contenía a duras penas su tremenda necesidad de confesarlos. En una ocasión llegó a pensar seriamente en solicitar una entrevista al señor Webster y exponer ante ese caballero el amor que profesaba a su hija, además de solicitar su consentimiento para pedirle la mano. Comprendió que esa costumbre ya no se estilaba, pero lo que sentía por ella exigía toda la formalidad posible. Por otra parte, en edad, estaba más cerca del señor

Webster que de su hija; un hombre mayor y padre de una muchacha como ella sin duda entendería la franqueza y la nobleza de sus intenciones. Por fortuna se impuso el buen criterio y el señor Webster se ahorró una entrevista que le habría resultado bochornosa y deprimente.

Freddy no tuvo tanta suerte. Hector la encontró en la finca una tarde en la que, como de costumbre, había llegado temprano al ensayo; la niña estaba tumbada en la hierba aprendiendo de memoria su papel de diosa Ceres. Hector no temía a las adolescentes, había sido profesor de centenares, y pensó que podría sonsacarle información sobre Griselda.

—Veo que te estás aprendiendo el papel de memoria —le dijo.

—Sí —contestó Freddy.

—Eso está bien. No avanzaremos mucho hasta que cada cual se aprenda el suyo a la perfección.

—Supongo.

—¿Te cuesta mucho?

—No, si no me desconcentra nadie.

—Deberías hacerlo a final del día, antes de irte a dormir. Es la mejor manera de memorizar fórmulas o cualquier otra cosa parecida.

—¿De verdad?

—¿Por qué no vas a la escuela?

—He estado enferma y me he tomado el trimestre libre.

—Lástima, lástima; no deberías interrumpir los estudios hasta concluir el proceso educativo, siempre y cuando te lo puedas permitir, naturalmente, porque no todo el mundo puede.

—El médico dijo a mi padre que me quedara en casa, yo no tengo nada que decir.

—¡Ah! ¡Lástima, lástima!

Una pausa; Freddy y Hector se miraron solemnemente.

—Tenéis una casa antigua muy bonita.

—Gracias.

—¿De qué época es?

—Pues de hace unos ciento treinta años, supongo. La construyó casi toda el prebendado Bedlam.

—¿Quién?

—Usted no ha nacido en Salterton, ¿verdad?

—No.

—En ese caso, seguramente no habrá oído hablar de él.

—Supongo que tendrás una habitación grande y muy bonita para ti sola, ¿no?

—No, es bastante pequeña.

—Pero tu hermana sí, me imagino.

—Tiene dos habitaciones; una salita y un dormitorio con la cama más grande que haya visto en su vida, con una colcha de seda de color carmesí —dijo Freddy, que se estaba hartando y decidió que ese señor tan curioso bien merecía información falsa—. Tiene un cuarto de baño maravilloso, con una bañera empotrada en el suelo, un lavabo de color melocotón, un retrete negro y papel higiénico que toca *The Last of Richmond Hill* cada vez que se tira de él —prosiguió; empezaba a divertirse el juego.

Hector no supo cómo tomárselo. Su gran experiencia con niñas de la edad de Freddy le indicaba que mentía. De todos modos, era la hermana de Griselda y, por tanto, sagrada. Optó por concederle el beneficio de la duda.

—Muy interesante —dijo—. ¿Y cuál será su ventana?

—Aquellas grandes de allí —dijo Freddy señalando las de su padre. Se preguntó si sería un mirón.

—¿Tu hermana ha terminado el instituto?

—Sí.

—Pero no perdió ningún trimestre, como tú, ¿verdad? ¿Ha destacado mucho en los estudios?

—No mucho —dijo Freddy.

—¿De verdad? Pero sería de las populares, supongo. Seguro que tenía muchos admiradores.

«¡Conque esas tenemos! —pensó Freddy—. Este carcamal tontorrón se ha colado por Griselda. Un viejo verde que tiene el doble de años que las chicas a las que persigue. Otro John Knox».

Con el rencor concentrado de los eunucos o de los seres asexuados, dijo:

—No, no muchos, en realidad, solo unos pocos, pero era la campeona de los eructos de todo el internado. Es que sabe tragar un montón de aire, ¿entiende?, y canta con eructos los primeros compases de *God Save The King* al tiempo que saluda. Siempre le rogaban que lo hiciera, las noches de juerga.

Entristecido, se alejó. Esa niña era una mentirosa y quizá estuviera mal de la cabeza, pero, de todos modos, le había hecho daño con sus blasfemias.

Hector se equivoca al creer que Griselda no se daba cuenta de su presencia. La joven había notado que se cruzaba con ella muchas veces, que cambiaba de color y respiraba con dificultad cuando le cantaba la canción al oído y que en cuestiones de agilidad física parecía poco atrevido y temeroso de los accidentes. Esta última observación no era acertada y se debía a la actitud solícita con que Hector la trataba; en los ensayos, Ariel tenía que subir a unas plataformas que, disimuladas con follaje, había colocado Tom al fondo del escenario; ni siquiera se le había pasado por la cabeza que pudiera haber ningún peligro en subir y bajar de tan ridículas alturas, pero siempre que debía bajar, seguro que se encontraba a Hector al pie tendiéndole la mano y mirándola con aprensión; la ayudaba con cautela y enseguida se retiraba

como avergonzado. De vez en cuando, también quería hacerlo Larry Pye, pero a este lo conocía; lo único que pretendía era apretarle las piernas al levantarla y, por lo general, ella se le tiraba encima de un salto y él debía apartarse poco caballerosamente para que no lo arrollase. En cambio, respecto a Hector, suponía que era un maniático y que la creía incapaz de saltar de un par de metros sin romperse algo.

Griselda y Roger tenían entre ellos un juego particular que incluía a todos, y también a Hector. Este joven no se había dejado hechizar por la personalidad de Valentine Rich, al contrario que los demás en mayor o menor medida. Como sucede a veces, había surgido entre ellos una antipatía inexplicable y sin remedio. Roger reconocía que era una directora como pocas, pero no le caía bien y le había colocado la etiqueta de mandona, tal vez porque sabía que sus encantos masculinos jamás le harían efecto alguno. Por su parte, Valentine lo consideraba un don del cielo para el papel protagonista de galán en una obra de aficionados, pero no le gustaba; había conocido a muchos como él en el teatro y no los soportaba salvo con fines teatrales, y aunque lo trataba con el mismo tacto exquisito que a los demás, Roger notaba el rechazo a pesar de la amabilidad que le dispensaba, del mismo modo que notaba ella el suyo a pesar de la sumisión que mostraba él. Como se había quedado fuera del círculo cálido y arropador de Valentine, se burlaba con Griselda de quienes lo formaban.

A Griselda le atraía enseguida todo lo que oliera a sofisticación; por lo general, el cinismo sin fundamento que subestima a todos y a todo brilla como el oro falso a ojos de la juventud. Le halagaba que Roger se burlase de los demás y que se lo contase a ella; siempre halaga ser elegida confidente de un espíritu superior. Con todo, no se dejaba engañar; era «sensata en el fondo», como habría dicho el doctor Johnson, pero aún no había cumplido los diecinueve y nunca había conocido a nadie como Roger.

Él, a su vez, estaba encantado de haber encontrado enseguida la forma de atraerla. Reconocía que nunca había ejercido sus artes con una chica como ella. Era rica, es decir, debía andar con pies de plomo, porque a las chicas ricas no se las seduce a la ligera; tienen mucha familia influyente y están demasiado acostumbradas a salirse siempre con la suya. Se preguntaba seriamente si podría llevar a cabo su plan habitual con Griselda. Le maravillaba un poco que la riqueza, que podía aumentar muchísimo los atractivos de una chica, pudiera protegerla tanto al mismo tiempo. Además de dinero, Griselda tenía los modales y la conversación de las jóvenes de buena familia que han leído muchos libros de los fáciles, cualidades que Roger tomó por conocimiento del mundo e inteligencia extraordinaria. Era la primera vez en su vida que conocía a una muchacha con la que valiera la pena cultivar una buena relación... en fin, bastante buena. Ella podía darle una cosa más valiosa, a su modo de ver, que la satisfacción física: clase. Lo otro podía hallarlo en cualquier parte cuando quisiera, era una cosa que abundaba.

Y así iniciaron una divertida conspiración contra el resto de la compañía. A nadie

le importaba, menos a Valentine, porque le parecía perjudicial para la obra; a Hector, que no lo entendía, pero veía a menudo a Griselda riéndose con Tasset en un rincón; a Pearl Vambrace, que se había enamorado de Roger tan profundamente como podía hacerlo de un hombre que solo le dirigía la palabra para decir sus versos shakespearianos, cargados de amor noble, pero puro teatro, a fin de cuentas.

Perjudicial, sí, pensaba Valentine, pero sabía que la molestaba todo lo que pudiera satisfacer a Roger y estaba furiosa consigo misma por ser tan mezquina. Un día, durante un ensayo, Roger se había equivocado varias veces al decir sus versos a Pearl y Valentine perdió su acostumbrada ecuanimidad con él.

—Roger, hace muchos días que deberías saberte esta escena de memoria —le dijo.

—Lo siento —contestó Roger, en un tono como si la considerase una pesada a la que había que complacer.

—No sirve de nada que lo sientas si no tienes intención de mejorar —dijo ella—. Has dicho lo mismo y en el mismo tono cuatro veces en los cuatro últimos ensayos, al menos. Estoy empezando a cansarme.

Impulsada por el deseo de sacrificarse, una de las características más peligrosas de los amantes no correspondidos, Pearl dijo lo siguiente:

—En realidad es culpa mía, señorita Rich. Creo que hago un movimiento ahí que lo despista.

—No, tú no haces nada mal —dijo Valentine, enfadada—; estás perfecta, pero estarías muchísimo mejor si tuvieras alguien con quien actuar.

—Si tanto estorbo, señorita Rich —replicó Roger—, tal vez no sea tarde para cambiar el reparto.

—¡No digas tonterías! —dijo Valentine, más enfadada aún porque sabía que se estaba ruborizando—. Eres lo mejor que tenemos para ese papel y lo sabes. Puedes hacerlo muy bien y lo harás a la perfección. Si abandonas ahora, nos complicas la vida a todos. ¡Quiero que trabajes en los ensayos, en vez de pasarte el rato cuchicheando con Griselda por los rincones! Os comportáis los dos como niños pequeños. Una obra como esta depende del trabajo y la buena voluntad de todos. Sencillamente, nos estáis fastidiando a todos.

Roger se enfadó muchísimo. ¡Tener que sufrir él, que se había aprovechado de tantas mujeres, que le hablara una en ese tono y delante de todos aquellos imbéciles! Dio media vuelta, dispuesto a abandonar.

—Vuelve a tu sitio, Roger, y termina la escena —dijo Valentine con una voz que, según dos críticos londinenses, le había valido el título de mejor Lady Macbeth de la nueva generación de actrices.

Para su propio asombro, Roger obedeció y, bajo los efectos de la ira, actuó bastante bien. Sin embargo, al mirar a Pearl a los ojos descubrió en ellos compasión y amor, y la aborreció hasta el final del ensayo; después no tardó en olvidarla.

Aquella noche, a las once, Griselda estudiaba su papel sentada en la ventana de su habitación. Estaba avergonzada y alarmada por las palabras de Valentine. Si tenía esa opinión de ella, le demostraría que era capaz de comportarse como quisiera sin dejar de hacer Ariel. Miró hacia el terreno de arriba; allí había sido, al lado de aquel árbol, donde la había besado Solly. Lo recordó con placer, pero ¡qué decepcionante, al final! ¡Temía a su madre! Griselda había olvidado lo que significaba tener madre, no podía saber qué clase de relación se establece entre una madre y un hijo y se había burlado de él. Roger no era tan blandengue; al contrario, gracias a él había descubierto lo tonto que era casi todo el mundo.

¿Estaba enamorada de Roger? En realidad no lo sabía, pero medio sospechaba que sí. De todos modos, sabía quién lo estaba de verdad: la boba de Pearl Vambrace, que siempre llevaba el bajo desigual y el pelo bastante sucio. Pero no se lo iba a dejar hasta descubrir si ella lo quería o no. Sí, seguramente estaba enamorada de él.

Lo cierto es que, salvadas las diferencias en razón del sexo, Griselda tenía una idea del amor tan poco clara como Hector Mackilwraith. Sin embargo, asomada a la ventana, respiró hondo el tibio aire de la noche primaveral y pensó que era estupendo tener dieciocho años y estar enamorada.

En el otro extremo de la casa, Freddy se asomó con cautela a la ventana de un cuarto pequeño y miró afuera. Sí, allí estaba, tal como esperaba. Una silueta oscura entre los árboles, difícil de distinguir, pero con la cabeza un poco echada hacia atrás, mirando con adoración, sin ninguna duda, hacia las ventanas del dormitorio de su padre.

Se metió media nuez en la boca, sacó la cabeza por la ventana y gritó con una voz tan profunda como pudo:

—¿Quién anda ahí?

Se oyó un desesperado pisoteo de ramas y una silueta fornida salió corriendo hacia la carretera.

CINCO

A medida que se acercaba la fecha del estreno, más frecuentes eran los ensayos en St. Agnes, hasta tres o cuatro veces a la semana y, a menudo, al terminar la sesión, Griselda ofrecía a los actores lo que ella llamaba «un bocado». Roger le decía que no entendía por qué lo hacía y ella pensaba que, ciertamente, era impropio de su nueva actitud de observadora irónica de la comedia humana. A pesar de todo, la llama de la hospitalidad, si bien moderada, ardía en ella constante y luminosamente y no le parecía adecuado recibir en su casa sin ofrecer algo de comer o beber. Y, así, dispuso lo necesario para poder agasajar al Teatro Joven con pan, queso, fruta y café; incluso se empeñó en servirlos personalmente y pagar el gasto de su bolsillo, para evitar mayor dispendio a su padre y trabajo extraordinario a sus criados. No le importaba que a su padre no le pesaran esas minucias y que los criados no tuvieran nada mejor que hacer; pensaba que el Teatro Joven estaba en St. Agnes por ella y, por tanto, debía hacerse cargo de algunas de sus necesidades. La naturaleza humana incurre en tantas contradicciones que la joven podía burlarse de sus compañeros en su fuero interno y, al mismo tiempo, tomarse toda clase de molestias por ellos. Como decía Freddy en sus momentos más sentimentales, a veces Griselda no era tan tonta, a su manera.

Los actores estaban encantados. Actuar estimula mucho las ganas de comer y de pasarlo bien y consumían pan, queso, fruta y café en grandes cantidades. El profesor Vambrace felicitó a Griselda por la sencillez clásica del refrigerio; le recordaba a los ágapes de Homero, decía. En esas ocasiones, Pearl y él comían con gran apetito, pues no sabían qué asquerosidad espartana les habría dejado en la nevera la ensimismada señora Vambrace. Por otra parte, la hospitalidad de Griselda inspiró a otros y, al cabo de pocos días, los actores competían entre sí por invitar a todos a casa después de los ensayos; la sencillez cayó en el olvido y la hospitalidad campó a sus anchas. Algunas veladas resultaban muy agradables; otras, en cambio, muchísimo menos. La de la señora Leakey ganó un puesto en los últimos lugares de esta segunda categoría.

Cuando dicha señora descubrió que su marido iba cuatro veces a la semana a comer y beber a casa de otros sin ella, simplemente se puso celosa. Sin embargo, reconocer emociones vulgares no era propio de su carácter y las sublimaba. Y esto fue lo que dijo a su marido:

—Es feo que vayáis a cenar a casa de todo el mundo una semana sí y otra también sin devolver la invitación. No me gustaría que pensaran que somos unos roñosos. Es cierto que no estamos en las mejores condiciones para invitar a nadie, porque bien sabe Dios que tenemos la vajilla justa. Sin embargo, si vais a casa de los demás después de los ensayos, nosotros no podemos ser menos. Por lo tanto, más vale que traigas a toda la tribu a cenar el viernes que viene y zanjemos el asunto de una vez.

Cuando la señora Leakey se enteró de lo sencillas que eran las cenas de St. Agnes, sonrió con superioridad. El viernes de marras se pasó gran parte del día en la cocina con los preparativos de la cena, desde las diez de la mañana. Hizo una tarta de chocolate y otra blanca; a la primera le añadió una grumosa y complicada

cobertura de tronquitos y recubrió la segunda con una gruesa capa de algo pegajoso que se parecía al malvavisco. Asó al horno salchichas pequeñas envueltas en hojaldre. Preparó un helado laborioso y lo tiñó de verde. Montó unos sándwiches rebuscadísimos de plátanos engarzados con apio que solo se le ocurrirían a una cocinera de tercera categoría, otros cargados de crema de queso o con incrustaciones de nueces y aceitunas, otros con largas tiras de espárragos helados emparedados entre pan de distintas clases y otros de una mezcla mal avenida de pescado, mayonesa y cebolla. Sacó también encurtidos caseros de los armarios de la despensa e hizo una gelatina en la que los trocitos de fruta parecían mirar hacia fuera como peces en una pecera roja. Al final de la tarde estaba «agotada», como decía ella, y así se lo hizo saber al señor Leakey antes de que se fuera al ensayo.

—No vengas con todo el mundo más tarde de las nueve —le dijo—, no queremos que la cosa se alargue hasta las tantas. Aunque algunos se levanten a la hora que quieran, otros tenemos que madrugar.

Fue suficiente para que el señor Leakey estuviera nervioso todo el ensayo, que empezó a las seis y media, y verdaderamente aprensivo a partir de las ocho y media. Sin embargo, cuando desembarcaron todos en su casa a las nueve y media, no habrían podido encontrar anfitriona mejor dispuesta que la señora Leakey.

—Me alegro de que hayan venido con lo puesto, sin más ceremonia —dijo, mirando a Griselda, que iba en pantalones, a El Torso, que iba en pantalones cortos, y a Valentine, que llevaba traje, aunque se le salía la blusa por fuera constantemente. La señora Leakey lucía un modelo de encaje almidonado que le realzaba mucho las grandes y fuertes clavículas.

Había invitado a algunas amigas suyas para que la ayudasen a servir las bebidas, cosa que habría podido parecer inadecuada a otras anfitrionas, pues dichas damas no sabían nada de la obra, no eran socias del Teatro Joven y deseaban hablar de otras cosas. El caso es que una compañía de teatro, por muy de aficionados que sea o dispares sus componentes, está muy unida por lazos que dejan fuera a los demás. Quieren hablar de la obra o, si hablan de otras cosas, suelen hacerlo de una manera que los demás no entienden. Tanta exclusividad puede vencer incluso a una anfitriona tan resuelta como la señora Leakey, quien se puso a charlar con Solly sobre el único tema que parecía interesarle.

—He oído recitar a Eric su papel —dijo, al tiempo que le ofrecía unos encurtidos—, y le aseguro que no me parece gran cosa.

—¡Ah! —dijo Solly, que estaba cansado y no tenía ganas de entablar conversaciones de esa clase.

—Creo que muchos personajes de Shakespeare son excesivamente exagerados —dijo la señora Leakey con firmeza.

—¿De verdad? —dijo Solly, mirando con curiosidad lo que había dentro de un sándwich.

—Lo cierto es que he dicho a Eric que, en mi opinión, si Shakespeare hubiera

escrito en prosa, gustaría mucho más.

—Es posible.

—Aunque es solo una opinión, claro.

—Ya.

La cena transcurrió en un ambiente sumamente ontariense. Es decir, todas las señoras se reunieron en la sala de estar y todos los caballeros se fueron a la «guarida» del señor Leakey, una habitación más pequeña que había detrás. En el comedor, entronizada al frente del servicio de plata, servía café una de las amigas de la señora Leakey, mientras que las otras se acercaban a la mesa de vez en cuando a reaprovisionarse. Roger quería hablar con Griselda; Valentine con Solly, y El Torso, con una generosidad que todo lo abarcaba, se moría por ir con los hombres, pero en esa clase de reuniones la anfitriona ejerce un gran poder y a la señora Leakey le gustaban las fiestas al auténtico y tradicional estilo de los pioneros. Y, así, comieron todos recatadamente divididos según el sexo y tomaron cumplidamente un poco de cada cosa que se les ofrecía, aunque no la quisieran. A las diez y media en punto se levantaron las damas y, casi al instante, se marcharon los invitados.

—Bien —dijo la señora Leakey—, gracias a Dios no se han quedado hasta las tantas. Ahora vamos a fregar estos platos, que no quiero encontrármelos aquí por la mañana cuando me levante. Ha sido un día de mucho trabajo y no quiero que se convierta en dos.

A las doce los Leakey habían fregado todo, lo habían guardado y se habían acostado, satisfechas por fin las exigencias de la hospitalidad.

La señora Bridgetower, que tenía el don de enterarse de todo incluso estando tan recluida y achacosa, no tardó en tener noticia de la ronda de invitaciones.

—Me duele no poder cumplir con mi parte, lo sabes —dijo a Solly—. En vida de tu padre, venía mucha gente a casa... era lo normal. Pero ahora no estoy en condiciones de recibir a tantos a la vez. Podría, tal vez, con unos pocos, pero todos juntos, no.

—Por favor, madre, no te preocupes por eso —dijo él—. A nadie le importa.

—¡Ah! No, ¿eh? —replicó la madre—. No sabía que me hubieran olvidado tan rápidamente. Te aseguro que antes venía todo el mundo a esta casa. Ya sabes, vida mía, que no hay nada que me agrade tanto como ver a tus amigos por aquí.

Se lo decía a menudo, pero la realidad apuntaba en otra dirección. Lo que a ella le gustaba era ver en casa a los amigos de su hijo, descubrir las cosas en las que no estaban a la altura de sus exigencias, para ser compañeros de su único retoño, y despedirlos con desprecio. Hacía cinco años que un pobre muchacho había dejado caer un trozo de tarta en la alfombra del salón y, con el nerviosismo del momento, lo pisó y fue hasta el comedor dejando la huella; pues bien, ella todavía lo esgrimía en su contra, aún podía señalar el lugar exacto en el que habían quedado las migas

pisoteadas. Solly deseaba dejar las cosas como estaban, pero su madre lo notó e insistió.

—Lo mejor sería invitarlos a tomar el té en grupos pequeños, de tres o cuatro, uno cada semana. Si me das la lista de nombres, haré los grupos y los llamaré por teléfono a su debido tiempo.

—Me temo que a la hora del té no podrá ser, madre —dijo Solly—; en general, estas cosas se hacen por la noche.

—¡Ah! Eso es imposible para mí; no podría soportar la ansiedad de la espera toda la tarde.

—Desde luego, madre. Lo entienden perfectamente.

—¡Ah! Entonces han hablado de ello, ¿verdad? Bien, pues no quiero que entiendan lo que no deben. En determinadas condiciones, todavía puedo invitar a casa a quien quiera. Cuando era pequeña y nos poníamos a preparar una sesión privada de teatro, por lo general los ensayos eran una excusa para organizar unos té s muy divertidos, y hasta fiestas con ponche de huevo, alguna vez.

—Ya lo sé, madre, pero no es lo mismo, esto es mucho más profesional.

—Hum, parece que el mundo avanza en todo, salvo en amenizarse la vida.

—¿Te parecería bien que invitase a alguien de vez en cuando, solo a charlar un rato en mi habitación, después de los ensayos?

—En esas condiciones, no creo que puedas traer a ninguna chica.

—Por supuesto, solo hombres. Así agradeceríamos la hospitalidad a los demás y tú no tendrías que molestarte.

—Bueno, tal vez. Escribo una nota a la señora Forrester para explicarle por qué me es imposible invitar a todos en grupo, y tú traes aquí a tus compañeros de dos en dos o de tres en tres.

La señora Bridgetower redactó la nota ese mismo día y, en el ensayo siguiente, Nellie dijo:

—¡Ay, Solly! Tu madre me ha escrito unas letras, ¡qué encanto! No creo que se le hubiera ocurrido a nadie más en todo Salterton. ¡Es un cielo, de verdad! ¡Qué amable y educada! Debe de sufrir por no poder recibir como desearía. Todos lo comprendemos, por supuesto. Voy a mandarle unas flores con una nota, de parte de Val y de la mía.

No fue una buena idea que a Solly se le ocurriese convocar la primera reunión masculina la noche en que la señorita Cora Fielding había invitado a toda la compañía. Los Fielding eran personas cordiales y, al contrario que la señora Bridgetower, disfrutaban cuando sus hijos llevaban a casa a sus amigos.

No solo les ofrecieron ensalada de pollo, jamón y patata, aceitunas y anchoas, macedonia de fruta y dulces variados, sino también bebida en abundancia y, puesto que el señor Fielding era mejor anfitrión que moderada la compañía, al cabo de una hora la fiesta estaba en pleno apogeo. Al cabo de dos, algunos ejecutaban danzas de grupo en un espacio demasiado reducido para tantos y Valentine había bailado una

hornpipe con mucho éxito. La juerga terminó a medianoche; unos cuantos se despidieron de la señorita Cora Fielding con un beso y todo el mundo agradeció bulliciosamente a los señores de la casa el buen rato que habían pasado.

Solly se dirigía resueltamente hacia la verja, pensando en lo que diría a su madre si todavía la encontraba despierta, cuando lo detuvo Humphrey Cobbler.

—No tan deprisa, Bridgetower; vayamos a aposentar nuestros reales a su selecta reunión masculina.

—Bueno, es que no me había dado cuenta de que veníamos a casa de Cora esta noche. Me habré hecho un lío con las fechas. Es mejor que lo dejemos para otro día.

—Tonterías. No hay mejor momento que el presente. El vicio de la indecisión es aborrecible. Bueno, ¿quién más viene? ¿Tasset? ¡Eh, Roger Tasset! Viene a la fiesta de Bridgetower, ¿no?

—¡Ah, sí! Habíamos quedado, no me acordaba —contestó Roger con poco entusiasmo.

—¿Quién más? ¿Mackilwraith? ¡Ah del barco, Mackilwraith! Venga con nosotros.

—¿No es un poco tarde? —dijo Hector.

—¡Qué va! Es solo medianoche. ¡Adelante! ¡Que tiemble la bóveda celeste en casa de Bridgetower!

—¿La qué? —dijo Hector.

—La bóveda celeste. Es una cosa que se hace temblar cuando se emborracha uno. Bridgetower tiene una preciosa y nuevecita que está deseando temblar. ¡Vamos allá!

El trayecto de un kilómetro hasta casa de Solly no transcurrió en animada conversación. Solly se preguntaba por qué había invitado a ese trío tan dispar. A Tasset quería conocerlo mejor; estaba claro que a Griselda le gustaba y tenía intenciones de estudiar a su rival. Le parecía que era lo que habría hecho Heine. Si se identificaba con el poeta, la ignominia del rechazo parecía más soportable; aunque Griselda no le hiciera el menor caso, él, en el papel de Heine, sería un personaje mucho más interesante para ese público impreciso e invisible que, desde la infancia, contemplaba arrobado hasta el último de sus movimientos. Tasset era el soldado grosero y triunfador, el objeto indigno sobre el que Su Adorada malgastaba su afecto a manos llenas. Él era el poeta burlado y melancólico que sabía examinar y destilar sus emociones aun con el corazón destrozado.

Eso justificaba satisfactoriamente la presencia de Tasset, pero ¿Mackilwraith? Hector andaba a su lado como un oso, posando los pies en el suelo con todo su peso, de manera que se le movían un poco los mofletes a cada paso. ¿Por qué se le había ocurrido invitar a ese pedazo de madera, de entre todos los actores? Buscó mentalmente una explicación romántica o por lo menos lógica, pero no encontró ninguna.

A Cobbler lo había invitado porque le caía bien. Era tan vital, parecía tan jubiloso que el aire que lo envolvía en un metro a la redonda se cargaba de alegría de vivir. Sin embargo, por muy animoso compañero que fuera en las horas diurnas durante los ensayos, en la quietud nocturna, cuando cada paso los acercaba un poco más a su madre, resultaba un poco desbordante, escandaloso en exceso. No parecía muy dispuesto a tener la consideración de subir las escaleras sin hacer ruido. Por otra parte, estaba más exuberante que de costumbre por todo lo que había tomado en casa del amabilísimo señor Fielding.

Como para confirmar sus temores, Cobbler se puso a cantar y a bailar por la acera:

Piloto, grumete, mozo, capitán,
artillero y yo
queremos a Mara, María y Marián,
pero a Catia no...^[15]

—¡No arme tanto escándalo, por Dios! —dijo Solly—. ¡Va a despertar a todo el vecindario!

—Estoy pletórico de gozo divino y priva gratis —dijo Cobbler—. Se me sale la música por la boca. Es contraproducente reprimirse el deseo de cantar; tan nocivo es retener una evacuación natural de gozo como de cualquier otro humor corporal. Da estreñimiento espiritual; la alegría frustrada, reseca y dura, atasca. A la larga envenena todo el cuerpo y puede convertirte en el más detestable de los seres: un palo seco. Quiera Dios que no llegue a serlo jamás. ¡Sea yo por siempre un palo empapado! ¡Derrame toda la alegría que poseo hasta vaciarme por completo! ¡Un palomino! —Y cantó de nuevo:

... pues maldice al hombre de mar
y le grita: «¡Muérete ya!».
De brea o alquitrán no soporta el olor,
mas deja que el sastre le rasque el picor.
Conque, ¡al barco, amigos, y muérase ya!^[16]

—¡Silencio, por favor! —dijo Solly con desesperación—. Ya estamos cerca de casa. Mi madre está enferma y se habrá dormido. —«No caerá esa breva», pensó para sí—. Subiremos directamente a mi habitación, no quiero molestarla.

—Señor, está usted hablando con un socio del Real Colegio de Organistas —dijo Cobbler con inmensa solemnidad—. Puede usted confiar ciegamente en mi buen comportamiento. *Floreat Diapason!*

Empezó a andar exageradamente de puntillas por la acera y, volviéndose a Hector,

que hacía mucho ruido con los zapatos, dijo en voz baja: «¡Chitón!».

Por un momento, Roger pensó en excusarse. Aquello iba a ser agobiante. Bridgetower tenía miedo de su madre y Cobbler no paraba de hacer el idiota. ¿Cómo se le había ocurrido juntarse con semejante chusma?

No había luces en casa de los Bridgetower y la puerta estaba cerrada con llave. Solly se enfureció de pronto. Su madre sabía que iba a llevar amigos a casa. Era intolerable. Mientras manipulaba con la llave en la cerradura, Cobbler soltó otro «¡chitón!» conspirador. Solly se preguntaba por qué le hacía su madre esas cosas. ¡Tener que entrar en casa de puntillas! Furioso, hizo mucho ruido en el vestíbulo y encabezó la procesión escaleras arriba. Tal como esperaba, vio en el primer rellano el rayo de luz de la puerta de su madre.

—¿Eres tú, vida mía?

—Sí, madre. He venido con unos amigos.

—¡Ah! Pensé que ya no los traerías, con lo tarde que es.

—Acaban de dar las doce, madre.

—No os quedaréis mucho rato, ¿verdad, vida mía?

—No sabría decírtelo, madre. ¿Has dejado algún sándwich?

—Como a las diez no habías llegado, dije a Violet que los guardase.

—Voy a buscarlos. Buenas noche, madre.

—Buenas noches, vida mía.

Media hora después, habían comido una gran cantidad de sándwiches regados con un poco de *whisky* de centeno, diluido con soda para la ocasión, en vez del acostumbrado chorrito de agua tibia del grifo. Humphrey Cobbler llevaba la voz cantante de la conversación y hablaba de música largo y tendido.

—No soporto a esa pandilla de majaderos que afirma —dijo, mordisqueando a la vez un sándwich de pollo— que referirse a un arte empleando terminología de otro es inútil y carece de interés. Lo que más me gusta a mí es hablar de música como si fuera pintura. Es absurdo, por supuesto, y aburrido en el peor de los casos, pero si encuentras a alguien que sepa mucho de las dos cosas, casi seguro que tiene una intuición o un destello de sentido común superlativo que te orienta correctamente. En mi opinión, actualmente tratamos las artes con demasiada solemnidad y muy poca seriedad al mismo tiempo. ¿Y cuál es el origen de casi toda esa falsa solemnidad? Los críticos. Sanguijuelas, del primero al último. ¡Parásitos despreciables que se alimentan de la sangre de los artistas! ¿Los aburro?

—A mí no —dijo Hector—, aunque no entiendo nada de arte. La única experiencia musical que he tenido —añadió con una sonrisa tímida— es la de dar fuelle al órgano de la iglesia de mi padre.

—¡No me diga! —dijo Cobbler—. Le aseguro que es la primera cosa interesante que oigo salir de su boca. Ahora me parece usted más humano, como si dijéramos.

¿Sabe cantar?

—Muy poco. No tuve muchas oportunidades de aprender.

—Debería intentarlo. Hablando, tiene una voz bastante bonita. Debería unirse a los cantantes de la obra. Hay algún fragmento al que podría hincar el diente, para empezar. ¡Purcell! ¡Oh, qué genio! ¡Y afortunado, además! A nadie se le ha ocurrido hincharlo dándole la categoría de Genio Divino, como al pobre Bach, de Genio Incomprendido, como al pobre Mozart, o de Genio Malvado e Inmoral, como al pobre Wagner. Purcell no es más que un simple genio encantador que se divierte alegremente por toda la eternidad. Todavía no lo han descubierto los necios, los vendedores de gramófonos ni los viajantes de comercio, ¡y quiera Dios que no suceda jamás! Los niños no rascan ni destrozan pasajes suyos en los exámenes de música ni lo torturan organistas artríticos los domingos en capillas y templos de todo el país, mientras las clases medias fingen beatitud. Purcell sigue siendo, de momento, para los verdaderos amantes de la música.

—Me gusta la música que ha elegido para la obra —dijo Hector—; lo que hemos oído esta tarde era muy bonito.

—Gracias —dijo Cobbler—, aunque «bonito» no es lo que diría yo de las elegantes notas de Purcell, pero entiendo que le ha llegado al corazón.

—*A pretty girl is like a melody*^[17] —canturreó Roger.

—Con permiso —dijo Cobbler—. Siento contradecirlo, pero de eso nada. Una melodía, por poco buena que sea, tiene una lógica palpable, en cambio existen chicas bonitas que no tienen ni el más remoto vestigio de sentido común. ¿Sabían que el otro día vino a verme esa magnífica novilla a la que llaman El Torso (bonita donde las haya) y me dijo que tenía dotes musicales, e incluso excepcionales, porque a menudo oía melodías en la cabeza? Me propuso que la escuchara y escribiera lo que cantaba. Entonces tarareó unos fragmentos sueltos de dos o tres fruslerías de películas del año pasado. Podía hacer dos cosas: como músico, sacudirle un bofetón; como hombre, llevármela debajo de un pino y hacer con ella lo que me diera la gana.

—Por curiosidad, ¿qué fue lo que hizo? —preguntó Solly.

—La curiosidad mató al gato —sentenció Hector, un poco cohibido por el giro que había dado la conversación; de todos modos, no quería ser menos hombre que los demás y le pareció que venía a cuento una frase ingeniosa.

—Me opongo —dijo Cobbler—. Seguro que el gato murió encantado en aras de la investigación. En mi caso, me ahorré la necesidad de tomar una decisión, porque, en el momento crítico, me llamó la señora Forrester para preguntarme si los músicos necesitarían luz o si se arreglarían con la que les llegase del escenario. Cuando Nellie está de humor eficiente, todas las pasiones se aplacan en su presencia.

—Es increíblemente eficiente —dijo Roger—. Sin ella no habría obra.

—Yo la apreciaría mucho más si no fuera tan insoportablemente entrañable —dijo Solly.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Roger.

—Bueno, ya sabes, quiere que todo parezca íntimo y acogedor, pretende ser una querida mamaíta Wendy para todos nosotros y, como yo no soy Peter Pan, no me gusta.

—Peter Pan, el muchacho que no quiso hacerse mayor —dijo Hector, para demostrar que seguía la conversación y, de paso, que era tan capaz como cualquiera de captar una referencia literaria.

—¡Qué gracia! Peter Pan me parece un nombre muy apropiado para ti —dijo Roger.

—¿Ah, sí? —replicó Solly—. ¿Y por qué, si puede saberse?

—Le aconsejo que no responda —dijo Cobbler—. Cualquiera día de estos estallará el conflicto entre ustedes, estoy seguro, pero, háganme caso: aquí no.

—¿Y por qué le parece tan inevitable, vamos a ver? —dijo Roger con gran dignidad.

—Porque, como sabe todo el mundo, andan los dos detrás de Griselda, la Impaciente. Está en boca de todo el grupo. Por ahora va usted claramente en cabeza, Tasset, pero empieza a perder atractivo y cualquier día le toma Solly la delantera; lo digo como mero observador, ojo, no es nada personal, pero me fijo mucho. Griselda puede cansarse en cualquier momento de su ramplón estilo de hombre de mundo y encandilarse con el encanto desvitalizado que caracteriza a nuestro anfitrión.

No era más que meter cizaña, pero a Cobbler le encantaba y había bebido suficiente para permitirse esa debilidad.

—No sabía que nos observaran tanto —dijo Solly.

Las palabras de Cobbler lo habían sorprendido con la guardia baja, igual que a Roger, pero no tanto como a Hector, quien se había concentrado tanto en su pasión que no había detectado nada raro en las atenciones que Roger dedicaba a Griselda, ni era tan agudo como para comprender por qué Solly la evitaba. Y de pronto, sin comerlo ni beberlo, ¡se encontró enfrentado a dos insospechados rivales! No había bebido mucho, pero se le revolvió el estómago y sintió frío por dentro. De todos modos, no tuvo tiempo de sopesar la gravedad de su situación, porque Roger lo interpeló.

—Eso es mentira, ¿verdad, Mackintosh? —le dijo.

—¿Qué? ¿Qué es mentira? —respondió Hector, sobresaltado.

—Que todo el mundo esté pendiente de Griselda y de mí. He tonteado algo con ella, desde luego, por pasar el rato, más que nada. Pero nadie habla de ello.

—No lo sé —dijo Hector.

—Es que no puede saberlo, porque nadie habla de nada ni falta que hace. Miente, Cobbler.

—Nadie dice eso impunemente a un socio del Real Colegio de Organistas —replicó Humphrey—. *Floreat Vox Humana!*

—¿Y qué piensa hacer exactamente para impedirlo?

—De momento, nada, pero algún día le haré quedar en ridículo públicamente y lo

lamentará.

—No había oído tantas sandeces juntas en mi vida —dijo Solly—. Griselda Webster no me interesa en absoluto. Hace años que la conozco, desde pequeño. Tiene el corazón como una alcachofa: se arranca una hoja, se unta con mantequilla derretida y se come con ganas; después viene otro y repite la operación. Cualquiera puede comerse una o dos hojas, pero el centro no lo toca nadie. Yo he comido una o dos hojas, ¿por qué había de importarme que Tasset aprovechase su turno?

—No sé si es así como habláis de las mujeres en la universidad —replicó Roger—, pero en el ejército somos un poco más concretos.

—En los grandes templos del saber no necesitamos reglamentos arbitrarios para no perder la buena educación —dijo Solly, con una beoda inclinación de cabeza por encima del vaso.

—Vamos, vamos, caballeros —dijo Cobbler—, no se den tantos aires delante de nosotros. Hay que reconocer que, tenga el carácter que tenga, la señorita Webster es una joven extraordinariamente adorable.

—No es oro todo lo que reluce —dijo Solly cual lechuza sabia—. Griselda es atractiva... condenadamente atractiva, pero solo en la superficie. Si se me permite la expresión, es como un banco fraudulento, que anuncia un capital de muchos millones y, en el mejor de los casos, solo tiene quinientos mil dólares en efectivo. Es preciosa. Preciosa, insisto. Por ese motivo y porque soy particularmente sensible a la belleza, reconozco que siento cierta ternura por ella, pero tiene el corazón frío y vacío.

—¡Paparruchas! —replicó Roger con ardor—. No es más que una niña, una niña encantadora. Hay que enseñarle lo que es la vida y lo que es el amor; dices que tiene el corazón frío y vacío porque no has sido el primero en llegar a la base, pero yo la conozco mejor.

—¡Ah! Estaba seguro de que podíamos confiar en usted, teniente —dijo Cobbler—. Nuestro anfitrión es hombre de teorías, usted, de acción. Deduzco, por lo que ha dicho, que ya ha acariciado sus senos virginales, ¿no?

Se hizo el silencio un momento. Y, a continuación:

—¿Qué demonios insinúa? —preguntó Roger con exigencias.

—A ver si lo adivina —dijo Humphrey con una sonrisa—. Se trata de una frase muy delicada de uno de los profetas más exquisitos: Ezequiel. En mi condición de organista, oigo las Escrituras con frecuencia; son muy educativas.

—Oiga, Cobbler —dijo Roger—, he tenido una vida dura, de soldado, pero no me gusta el lenguaje licencioso, menos aún para referirse a las mujeres, conque tenga cuidado, ¿de acuerdo?

—No he podido decirlo con mayor delicadeza —replicó Humphrey sonriendo—. Podía haberlo dicho más llanamente, pero he preferido una cita bíblica acorde con la solemnidad del momento. Y, por lo que sé de su vida pasada, teniente, esa objeción al lenguaje licencioso nunca lo ha estorbado para su afición a lo que los quisquillosos podrían denominar conducta disoluta.

—He recorrido un poco el mundo —dijo Roger— y he conocido a muchas mujeres.

—Se decía del gran y buen monarca Enrique VIII —replicó Cobbler— que eran pocas las mujeres que veía y no deseaba y pocas las que deseaba y no disfrutara. ¿Le parece una descripción adecuada de sí mismo?

—No niego haber tomado lo que se me ofrecía en cada momento —dijo Roger—, pero, por lo general, de mutuo acuerdo. No se toma a una chica si no lo desea ella. Pero no se equivoque con Griselda. Ella es diferente.

—¡Ajá! Entonces, ¡está enamorado! —gritó Humphrey—. No hay cosa que más guste a los hombres que generalizar sobre las mujeres; todas son iguales, menos la que ame cada cual. Ella es la excepción a todas las reglas. Y no hay amor más puro y casto que el del voluptuoso reformado. ¡La ama, Tasset!

—Muy bien, de acuerdo, la amo. Tengo la hombría de reconocerlo —dijo Roger, un tanto asombrado y alarmado al oírse decir semejante cosa.

—¡Así hablan los hombres! —gritó Humphrey.

—No te creo —replicó Solly fogosamente—. Hace un minuto has dicho que habías tonteado con ella por pasar el rato.

—¿Esperabas que me pusiera a hablar de mis sentimientos más íntimos? —contestó Roger.

—¿Y no es eso lo que se supone que acabas de hacer? —dijo Solly—, pero yo no creo que la ames. ¿Cómo ibas a amarla? No entra en tus planes amar a nadie. Lo único que busca un viva la Virgen grosero y ordinario como tú en una chica como Griselda es su cuerpo. —Terminó con poca fuerza, porque necesitaba una palabra fuerte y no se le ocurrió inmediatamente nada que no fuera crudo en exceso para la ocasión—. Lo único que quieres es seducirla —añadió, y se sentó, acalorado, deshecho y con algo de humedad en los ojos.

Roger se levantó.

—¡Por Dios, Bridgetower, que hay cosas por las que no paso! —dijo—. ¡En pie! ¡En pie!

¡Conque habría pelea! Solly no sabía luchar, pero no le faltaba valor; dejaría que Tasset lo machacara vivo antes que retractarse de una sola palabra. Se levantó al tiempo que se quitaba la chaqueta y se enfrentó a Roger. Humphrey Cobbler se parapetó ágilmente detrás de una mesa y Hector, con el corazón en un puño, lo siguió.

El techo era bajo y descendía por ambos lados de la habitación, pues tenía la forma del tejado de la casa; la luz era escasa: solo había una lámpara que iluminaba un trozo de techo y sumía en la penumbra el resto de la estancia. Una alfombra pequeña cubría el resbaladizo suelo y había muebles por todas partes. No era un campo de batalla idóneo.

Roger estaba en buena forma y sabía boxear pero, cuando adoptó la posición de boxeo, vio a Solly justo fuera de su alcance, con los puños a la altura de la cintura y sin la menor intención de hacer nada. ¿Quién golpearía primero?

Si Solly no hubiera estado tan asustado, se habrían quedado los dos un rato acribillándose con la mirada, hasta recobrar la sensatez. Sin embargo, estaba convencido de que Roger le haría un daño horrible... podría matarlo, incluso, y decidió hacer un gesto, un último gesto de desafío al estilo de Heine, antes de que empezase la carnicería. Y, así, hizo una mueca y soltó una carcajada a Roger en la cara.

Consiguió lo que quería. Roger avanzó ágilmente hacia él y le dio un puñetazo en la nariz, dos en las costillas y uno más en la mandíbula, tan seguidos que tuvo la sensación de recibirlos todos a la vez. Con gran esfuerzo, encajó un golpe a Roger en el diafragma, pues le sonaba vagamente que podían resultar fulminantes. Resbaló en la traidora alfombra y, al caerse, levantó la cabeza con brusquedad, alcanzó a su adversario en la parte inferior de la barbilla y, de resultas, Roger se mordió la lengua con fuerza. Rodaron los dos por el suelo con estrépito y allí se quedaron, quejándose de las heridas.

Cuando cesó el ruido, se oyó otro que provenía de abajo; no era fuerte, sino insistente; eran golpes de bastón.

—¡Ay, Dios! —dijo Solly al tiempo que se levantaba—. Es mi madre. —Fue a la puerta rápidamente—. Todo en orden, madre —dijo en voz alta—; se ha caído una cosa, no pasa nada. Espero que no te hayamos despertado —añadió, absurdamente inspirado.

La trémula voz de la madre llegaba de abajo.

—¡Ay, vida mía, qué susto me he llevado! Parecía que el techo se venía abajo.

—No, no, madre, no pasa nada. Vuelve a la cama, anda.

La anciana respondió con voz más temerosa aún.

—No puedo; estoy en el sofá del recibidor. Me he quedado sin fuerzas. Creo que necesito una pastilla de las blancas.

—Tengo que bajar a atenderla —dijo Solly.

—Más vale que antes se limpie la sangre de la cara —dijo Humphrey.

Fue Hector quien se puso en movimiento. Mojó su pañuelo en el agua fría del cuenco del hielo para las bebidas y le limpió el pegote que tenía alrededor de las fosas nasales.

—Deberíamos marcharnos ahora mismo —dijo.

—No, no, porque entonces mi madre creerá que ha pasado algo grave de verdad. De todos modos, si le ha dado uno de sus ataques de debilidad, tardaré un poco en llevarla de nuevo a la cama. Quédense aquí sin hacer ruido hasta que vuelva.

Solly bajó rápidamente las escaleras de puntillas.

Roger se había levantado del suelo y estaba sentado, con la lengua entre dos cubitos de hielo, como un sándwich de carne. Humphrey se dispuso a prepararle otro trago, pero Roger le dijo que no con un gesto; los mordiscos brutales en la propia lengua afectan terriblemente a todo el cuerpo y lo único que requieren es descanso y silencio, nada de beber. Entonces Humphrey preparó dos tragos más, para Hector y

para sí, y se sentó. Aunque no veían la escena, a los tres les pesaba en la conciencia el proceso de administrar la pastilla, la laboriosa respiración de la anciana, el reproche mudo y la mordacidad de la típica comedia entre madre e hijo que se estaba desarrollando al pie de las escaleras.

Nadie dijo nada durante al menos cinco minutos. Luego, Roger entró en el dormitorio de Solly, que se encontraba detrás de la salita en la que estaban; vio el lavabo y se dispuso a aliviarse la lengua bajo el chorro de agua fría.

Hector y Humphrey se miraron.

—No me gusta esto —dijo Hector.

—No. Mal asunto —dijo Humphrey—, pero a lo mejor podemos hacerlos entrar en razón, cuando vuelvan.

Se había divertido provocando la pelea, ahora deseaba de corazón divertirse remediándolo.

—No me refiero a estos dos —dijo Hector—. Quiero decir que no me gusta ver mezclada a la señorita Webster en una cosa así... tan violenta de palabra y obra.

—¡Oh, cielos, no se preocupe por eso! Seguramente no llegará a enterarse nunca. Aunque tampoco le importaría, supongo; a las chicas no les desagrada que se peleen por ellas, aunque tampoco creo que se enorgulleciera de esta pelea. Pero no se preocupe, esto no trascenderá.

—¿Cómo sabe que no ha trascendido ya, en cierto modo?

—¿A qué se refiere?

—Han hablado... han hablado como si nada de... bueno, de intimidades con ella.

—¡Ah, bueno! Eso son cosas que se dicen, ¿verdad? Ya sabe cómo son los jóvenes.

—Sí, eso creo, pero no me gusta nada que digan esas cosas, me enfurece, además. Me entraron ganas de partirles la cabeza a los dos.

—Yo en su lugar no creo que lo intentara.

—Pero nosotros somos mayores que ellos. ¿No le parece que uno de nosotros debería ponerlos firmes?

—¿A qué se refiere? No entiendo adónde quiere ir a parar.

—Bueno —dijo Hector pacientemente, como si explicara el teorema del binomio a un alumno—, esa no es forma de hablar de la honra de una muchacha. La honra es a la mujer lo que la honradez al hombre, e incluso se puede destruir más fácilmente. Es sagrada. El hombre debe tratarla con todo respeto.

—¡Ajá! Eso es lo que piensa usted, ¿eh? Bueno, si mal no recuerdo, creo que fui yo el primero que dijo que la honra de Griselda podía haber sufrido algún roce. La verdad es que no lo creo, pero quería saber qué se traía Tasset entre manos y me pareció que podía obligarlo a reconocer algo o a pavonearse de lo que hubiera hecho. Y lo conseguí.

—En tal caso, debería usted avergonzarse de su conducta.

—Pues no me avergüenzo. No será usted lo que llaman un moralista original,

¿verdad?

—Conozco la diferencia entre el bien y el mal, espero.

—Me alegro por usted. Yo no los distingo.

—Supongo que para usted no significa nada que una jovencita bella e inocente pueda perder la honra, ¿no?

—Mire, Mackilwraith, hágame un favor: deje de llamarlo «honra», me pone los pelos de punta. Tasset tiene la fama que tiene y yo solo pretendía averiguar sus intenciones, si podía.

—Lleva una vida inmoral, ¿no es eso?

—Según su baremo, supongo que sí.

—¿Es que hay más baremos que la decencia?

—Eso depende de la parte del mundo a la que se refiera, de la educación que se reciba y del lugar que se ocupe en la sociedad. ¿Tasset le parece inmoral?

—Si es libertino con las mujeres, no creo que se le pueda llamar otra cosa.

—Entre usted y yo, a mí tampoco me gusta ese muchacho. De todas maneras, si ir tras las mujeres forma parte de su personalidad, ¿nos corresponde juzgarlo a nosotros?

—Hay que aprender a dominarse.

—Eso lo sabe usted muy bien. Hay que reconocer que parece usted dominarse a la perfección.

—No lo dude. Cualquier otra cosa sería impensable en mi profesión.

—Siempre me ha atraído lo impensable. De todos modos, no me parece que se haya dominado usted ejemplarmente en la mesa. Es un campeón del cuchillo y el tenedor, ¿verdad?

—Eso es distinto. No hace daño a nadie.

—Ya. Y no cree que pueda uno extralimitarse con lo del dominio, ¿verdad?

—¿Cómo podría ser?

—Bueno, ya sabe lo que dice Galeno: «Tórnase ponzoña la semilla natural guardada excesivo tiempo».

—¿Quién era Galeno?

—¿Nunca ha oído hablar de él? Claudio Galeno, el padre de la práctica de la medicina.

—¿Está muerto?

—Hace solamente setecientos años.

—¡Ah! Bien, parece que, desde entonces, hay otras opiniones al respecto. Los médicos siempre cambian de opinión. ¿Lee usted el *Reader's Digest*?

—Galeno no era un simple boticario. Fue un psicólogo de primer orden. La cita que le acabo de dar es en realidad una opinión filosófica formulada como máxima médica.

—Pero está pasada de moda.

—¡Maldita sea! ¡La sabiduría nunca se pasa de moda!

—Pero ¿de qué sirven ahora las opiniones de un médico que murió hace tanto tiempo? Desde luego, en religión, la antigüedad es algo bueno, pero en medicina, no.

—De acuerdo, Mackilwraith, usted gana. Tengo la sensación de ser un ángel que bate las alas inútilmente contra la fortaleza granítica de su obtusa santurronería.

—Usted no es un ángel, sino muy tonto, en mi opinión. ¿Por qué se llena la cabeza con las tonterías que dijo un médico del pasado?

—Galeno no es solo un médico del pasado; fue un gran hombre. Aunque ahora sus ideas parezcan fantásticas, tuvo intuiciones acertadísimas que no se pueden pasar por alto. Por eso es tan grande, por las intuiciones certeras, que trascienden lo absurdo de su época y descubren cuestiones verdaderamente importantes.

—Es usted afortunado, dispone de mucho espacio libre en la cabeza para cargas de esa clase.

—¿Cargas?

—En general, ya es bastante difícil seguir la pista de lo que de verdad necesitamos saber.

—¡Ah, vaya! Ya sé lo que es usted: un abogado del saber utilitario.

—Sin duda.

—Según usted, el primer deber del hombre es ganarse la vida y el objetivo principal de la educación es prepararlo para ese deber.

—Naturalmente.

—Bien, permita que me presente: yo soy abogado del saber ornamental. Usted quiere que la mente sea una máquina perfecta, preparada para trabajar eficientemente, si bien con estrechez de miras, y sin piezas sobrantes o inútiles. Yo prefiero que sea un cubo de basura lleno de retales brillantes, gemas raras, curiosidades sin valor, pero fascinantes, oropel, fragmentos curiosos de anhelo y una buena cantidad de porquería sana. Si la máquina se tambalea, se estropea; pero en el caso del cubo de basura, el contenido se adapta maravillosamente a la posición nueva.

—Soy matemático y, por tanto, no puedo estar de acuerdo en que el desorden sea preferible al orden.

—¿Matemático? ¡Y un cuerno! ¿Sabe algo de álgebra lineal? ¿Y de ecuaciones diofánticas? ¿Sabría decirme en pocas palabras cuál es la aportación de Bertrand Russell a los conceptos matemáticos modernos? ¡Usted es tan matemático como músico un maestro de piano para principiantes!

—Sé lo que sé —dijo Hector— y con eso me basta para mis necesidades.

—Pero ni siquiera sospecha la cantidad de cosas que ignora —dijo Humphrey— y deduzco sagazmente que esa es la fuente de su notable fortaleza de carácter. Porque usted posee fortaleza, lo sabe; habla como un necio, pero causa una impresión personal tremenda.

En ese momento volvió Roger y se desplomó en una silla.

—¿Qué tal la lengua? —preguntó Humphrey.

—Me -ue-e —dijo Roger.

—¡Ajá! Y se le ha hinchado, ¿eh?

Roger asintió. Se hizo un silencio lúgubre. Humphrey se sentó discretamente y cerró los ojos.

Hector miró a Roger larga y fijamente. Sabía que tenía el deber de hablar de Griselda con él. Estaba obligado a decirle que dejase de molestarla con sus deshonestas atenciones, pero ¿cómo hacerlo? Sabía que autoridad moral no le faltaba y que la razón estaba de su parte, y también sabía cuál era su obligación. Sin embargo, ¿cómo reprenderlo sin dar a entender que él, Hector, amaba a Griselda? Lo había conmovido profundamente descubrir que tenía dos rivales, pero por fin encontró una manera de hacerlo que le parecía satisfactoria para la ocasión; habló con una voz tan cavernosa que Roger dio un ligero respingo en la silla.

—¿Se considera usted pretendiente a la mano de la señorita Webster?

—¿Eeeh?

—¿Quiere usted casarse con la señorita Griselda Webster?

—No sé. No lo he pensado todavía.

—En tal caso, debe dejarla en paz.

Roger lo miró sin poder creer lo que oía. No era un joven perspicaz y no supo interpretar el significado del rubor y la expresión seria de Hector.

—Oiga, Mackintosh, ¿por qué no mete las narices en sus asuntos? —le dijo al cabo de un momento.

A Hector no se le ocurrió ninguna respuesta pertinente y volvieron a quedarse en silencio.

Por fin regresó Solly; venía ojeroso y descolorido, salvo la hinchazón de la nariz y un abultamiento en la mandíbula. Cuando Hector dijo que lo mejor sería despedirse ya, Solly insistió en que se quedaran un rato más.

—No, no —dijo—; he dado un sedante a mi madre y no tardará en caer en un sueño profundo, pero si bajan ahora, es posible que se despierte. Además, prefiero que se queden. Necesito compañía.

—Oye, Bridgetower —dijo Roger—, lo siento mucho. Me refiero a lo de haber molestado a tu madre. Tampoco quería darte tan fuerte.

—No tiene importancia —dijo Solly.

—No me caen bien los tipos como tú, ya sabes, pero, dentro de tu clase, no estás mal del todo.

—Te entiendo —dijo Solly— y, ya que estamos, tampoco a mí me gustan los de la tuya. Se mire como se mire, eres un chinche, una liendre, pero supongo que no es imposible que nos llevemos bien.

—Sí, en el mundo tiene que haber de todo, como se suele decir. ¿Un apretón de manos?

—Desde luego.

Humphrey se removió en la silla y, completamente despierto, se irguió.

—«He dormido profundamente, como aquel que desciende al manantial de su existencia y en sus aguas se baña» —dijo—. Ahí tiene, le regalo un fragmento de sabiduría inútil, Mackilwraith; un poeta del que jamás ha oído hablar y que no le gustaría.

—Beddoes —dijo Solly.

—Muy atinado —dijo Humphrey—. Nota máxima para el maestro Bridgetower, por reconocer la cita. Beddoes fue un gran hombre pero, como Purcell, todavía no ha caído en manos de la chusma. ¿Se han dado la mano, muchachos? ¡Ah, el apretón masculino! ¡Qué maravilloso recurso para poner fin aparentemente a disputas sin solución! Me imagino que ha administrado un bebedizo a su madre, ¿no? Bien hecho; para el sosiego, sedantes. A ver, ¿quién tiene la botella?

—Yo no quiero más —dijo Hector.

—Pamplinas. No tiene nada aquí para calentar agua, ¿verdad, Bridgetower?

—Hay un hervidor eléctrico abajo.

—Vaya a buscarlo, ande, haga el favor. Y, de paso, traiga limón y azúcar.

Cuando Solly volvió con lo necesario, Humphrey preparó rápidamente cuatro cargados ponches calientes.

—Bien —dijo—, mientras ustedes atendían sus asuntos, Mackilwraith me ha llamado la atención sobre un detalle, a saber, que nosotros, por ser mayores, deberíamos ayudarles a ustedes a resolver sus desavenencias. Pelearse así por Griselda Webster es una chiquillada. Sinceramente, en mi opinión, la chica no lo vale. Tiene una vocecita bonita, pero nada fuera de lo común. Escuchen mi consejo: cásense con una buena *mezzo* que posea un registro amplio, un potente chorro de voz y un tono perfecto. Por otra parte, a ninguno de los dos le interesa tanto la chica, en realidad, solo se lo imaginan. «La estima y la amistad callada a menudo se asemejan brevemente al amor». Beddoes de nuevo, Mackilwraith. Estima y amistad callada, eso es lo que sienten por Griselda. Se acabaron las escenas escabrosas, ni con ella ni entre ustedes, ¿de acuerdo?

—La he invitado al baile —dijo Roger.

—Allí nos veremos —dijo Solly, aunque, hasta ese instante, no tenía la menor intención de asistir.

Una hora más tarde, otras dos rondas de ponche cambiaron el panorama de la reunión de Solly. En el piso inferior, la señora Bridgetower dormía profundamente bajo los efectos de una de sus pastillas blancas y un poco de leche caliente. En el de arriba, en la salita de la buhardilla, tres de los cuatro hombres charlaban animadamente y Humphrey Cobbler peroraba sobre educación ante Hector.

—No he recibido mucha educación formal —decía—. Desde chico me mandaron a una escuela de canto coral. Modestia aparte, poseía una voz de soprano

excepcional. Me necesitaban, Mackilwraith, me necesitaban. Y no hay nada que eche tanto a perder el carácter de un crío como que lo necesiten. Los críos son insoportables, a menos que se pueda prescindir de ellos por completo.

—¡Qué gracia! Ahora, cuando has tirado de la cadena —decía Roger a Solly—, me ha venido a la memoria lo estupendamente que celebramos la fiesta nacional hace dos años, cuando estaba destinado en la Costa Oeste.

—Todas las celebraciones deberían ser estupendas —dijo Solly, al tiempo que se echaba más azúcar en el vaso—. He ahí uno de los grandes inconvenientes de Canadá, que no sabemos celebrar nada. No tenemos nada que se pueda comparar con el martes de Carnaval ni con las batallas de flores. Nada, ¡ni una puñetera fiesta!

—Como me necesitaban, me puse imposible. Jamás hacía los deberes del colegio, aunque trabajaba como un negro con los de música. Cada vez que cantaba en la iglesia era un auténtico espectáculo. Bueno... no podían hacerme nada. El deán era también el director del colegio. ¿Iba a poner a su mejor soprano de patitas en la calle solo porque no hiciera las sumas? ¿Comprende la situación?

—Bueno, pues resulta que ese día tuvimos que salir a desfilar; hacía mucho calor y estábamos exasperados. Bueno, más que exasperados, la verdad es que podía decirse que estábamos hasta las mismísimas narices, cuando de pronto llegó orden del oficial en jefe de que todos los oficiales jóvenes permaneciésemos en los barracones esa noche, ¡la noche de la fiesta nacional! ¡Figúrate, porque venía no sé qué capitoste de Ottawa a echar un vistazo! ¿Te imaginas?

—Se nota hasta en la obra esa poca predisposición nacional tan nuestra a hacer las cosas por todo lo alto, tan espectacularmente como sea posible. ¿Viste la trifulca de hace un par de semanas, cuando el viejo Vambrace y Eva Wildfang no paraban de hablar de la belleza de la sencillez? Creen que pueden llevarse a todo Shakespeare a su terreno. Pues no. Es necesario darle el mayor esplendor posible en los trajes y en los decorados; de lo contrario, la obra será un fracaso. Se han acabado los tiempos de solucionar sus obras con trajes de muselina y unos cuantos cortinajes raídos.

—Desde luego, sabía perfectamente que tenía al deán atado de pies y manos. Resulta que, de pronto, un empresario estadounidense se empeñó en llevarse de gira a una parte del coro. El deán dijo que solo irían los chicos que hubieran sacado buenas notas en tales y cuales asignaturas. Pero ¡ja! El empresario había asistido al servicio de la iglesia. «Por supuesto, tengo que llevarme al chico solista», le dijo. «Ese niño no cumple las condiciones», replicó el deán. «En tal caso, me lo replantearé», replicó el empresario. La verdad es que siempre he pensado que ese tipo debía de ser un poco marica. Yo lo hacía bien, pero no había para tanto, creo yo.

—Y ahí estábamos, ¿entiendes?: fiesta en la calle y nosotros enjaulados en los barracones, después de haber pasado una tarde horrible a pleno sol. Supongo que pensarían que animábamos el ambiente del cuartel o algo así. Entonces maquinamos un plan. O, mejor dicho (al diablo, lo que es del diablo), se le ocurrió a un compañero que se llamaba O'Carroll y, cuando llegó la noche, lo teníamos todo preparado.

—En el fondo, todo es cuestión de gusto. Haciendo las cosas con gusto se puede atrever uno a todo. Por ejemplo, ¿te acuerdas de la discusión sobre los trajes que diseñó la abuela Crundale? ¿Los que no tenían pechera? Los rechazaron porque las chicas no podían salir así a escena. Sin embargo, con buen gusto, se podría haber hecho ¡y habría sido un bombazo! Lo cierto es que, si a mí me dejaran libertad total, creo que en *La tempestad* conseguiría sacar a Ariel completamente desnuda, pintada de oro, y nadie diría ni mu. ¡Se les cortarían el aliento a todos de pura admiración! Pero habría que hacerlo con gusto, ¿comprendes?

—El resultado fue que el deán tuvo que ceder, porque no quería perder la publicidad ni el jugoso caché. Conque nos fuimos seis meses de gira por los Estados Unidos. ¡Tenía que habernos visto, Mackilwraith! En la primera parte del programa, llevábamos la típica casaca azul con gorguera y cantábamos Byrd, Tallis y demás. Después, para el repertorio profano de la segunda parte, nos vestíamos de etiqueta: los chicos, con traje Eton. ¡Ay, Mackilwraith! ¡Si tan solo me hubiera visto una vez con mi elegante chaqueta y mi camisa de cuello limpia, cantando «Love was once a little boy», hoy sería usted un hombre mejor!

—En cuanto terminamos de cenar, nos excusamos y salimos del comedor a toda velocidad. Fue fácil, porque el oficial en jefe estaba cenando con el capitoste. Fuimos a los servicios, donde no había nadie, porque todo el mundo se había ido a la ciudad. Unos cuantos ingenieros como yo conectamos con cables todos los tiradores de todas las cisternas de cada piso. Luego lo hicimos también en todos los demás edificios. Después, a oscuras, montamos en el edificio de administración una centralita para controlarlo todo y nos quedamos a la espera.

—Es decir, siempre que se haga con gusto, se puede uno atrever a todo con los efectos escénicos. Como si quieres poner a centenares de personas dando vueltas alrededor del escenario, o llenarlo de caballos y perros. ¡Esplendor por todo lo alto! ¡Con la mayor complejidad! ¡Que llene la vista! ¡Hay que enriquecerlo, enjoyarlo, que sea bizantino! Esa cantinela de que la sencillez y el buen gusto van de la mano es de quienes no se fían de sus gustos más que para las cosas sencillas. ¡Shakespeare necesita toda la opulencia que se le pueda dar!

—Se ocupaba de nosotros, los pequeños, uno de los contratenores, un hombrecito encantador llamado Thickpenny, Roland Thickpenny. ¿Sabe lo que es un contratenor? No, ya me lo parecía. Ha llevado usted una vida paupérrima, Mackilwraith. Un contratenor es una voz masculina de alto; un tenor que ha trabajado y aumentado su registro de falsete para poder cantar con una adorable voz clara y ocupar su lugar entre las voces altas masculinas del coro de la catedral. Las voces femeninas no participan en los coros de la iglesia; agrían el vino de la consagración o algo así. De todas maneras, son un estorbo. Bueno, pues Thickpenny era un hombrecito encantador, regordete y colorado que tenía una voz preciosa. En los Estados Unidos volvía locas a las mujeres. Querían ver por qué cantaba así. Pensaban que era un eunuco o algo por el estilo. ¡Pobre Thickers! ¡Siempre con alguna bruja altanera

pisándole los talones! Pero él era fiel a la señora Thickpenny y a todos los Thickpennytos que le esperaban en casa.

—Por fin llegó el gran momento. El oficial en jefe salió al patio de los barracones con el capitoste. Estaban abiertas todas las ventanas de todos los edificios. Apretamos los mandos de la centralita y aquello fue como las cataratas del Niágara: ¡todos los retretes descargaron la cisterna al mismo tiempo! Lo repetimos dos veces. Fue un *feu de joie* de retretes. El oficial en jefe y el capitoste salieron despavoridos hacia el comedor. Nunca nos dijeron una palabra del asunto. Así aprendieron lo que es bueno, por no dejarnos salir el día de la fiesta nacional.

—Tasset, esa va a ser la obra de mi vida: aplastar la idea de que la sencillez en el escenario tiene algún mérito, aunque me deje el pellejo en el intento. ¡Proclamo el Barroco, Tasset! ¡Gloria a lo intrincado!

—Thickpenny era un hombre férreo, Mackilwraith, pero yo no, porque ha de saber que yo también tenía mi corte de admiradoras. «¡Ese niño tan mono!», exclamaban las señoras, y querían besarme. Y verá lo que sucedió en un lugar de Montana llamado Butte, Mackilwraith. Una mujer guapísima, una real hembra de unos treinta y cinco años, supongo, me atrapó en una fiesta y me besó de tal manera que perdí la voz en el camino de vuelta. Por eso me niego a meterme en berenjenales por la honra de una mujer. ¿Qué pasó con la mía, cuando tenía once años? Y lo que es peor, ¿qué le pasó a mi voz? Porque, en cuanto la perdí, el deán me hizo la vida imposible. De todos modos, no se puede decir que la gira por los Estados Unidos no fuese educativa.

Y así, como buenamente pudieron y cada loco con su tema, fueron desarrollando la conversación en plena noche. Hector era el único que no hablaba, solo asentía de vez en cuando y se dejaba llenar el vaso casi sin protestar. A las cinco de la madrugada se fueron a casa, Roger, para presentarse en la facultad a las nueve, Humphrey, para dormir hasta el mediodía, y Hector, para dar los buenos días a una clase que lo encontró pálido, distraído y dispuesto a plantarla para irse a beber agua a la fuente.

SEIS

Ocho días antes del estreno de *La tempestad* apareció en el periódico de la tarde, por quinto y último día consecutivo, el siguiente anuncio:

SUBASTA

Sale a subasta pública el contenido íntegro de muebles y enseres domésticos de la casa del difunto doctor Adam Savage. El acto se celebrará el viernes, 8 de junio, a partir de las 10 de la mañana, en la antigua residencia del difunto, sita en el número 33 de King Street.

Todos los muebles, objetos de decoración, vajilla y cristalería, alfombras, ropa blanca, etcétera, se adjudicarán por lotes al mejor postor, según las condiciones expuestas en la puerta de dicho inmueble. Sin catálogo. Día de visita: 7 de junio.

No se pierdan la ocasión de participar en la subasta más importante de Salterton en lo que va de año.

Al anuncio del quinto día se añadió la siguiente nota:

La señorita Valentine Rich, albacea del difunto doctor Savage, hace saber que, en cumplimiento de la voluntad del mismo, su espléndida biblioteca particular, compuesta por más de 4300 ejemplares, entre los cuales se encuentran obras de filosofía, teología, viajes, grandes novelas y de temas varios, permanecerá abierta al clero de todas las creencias el miércoles, 6 de junio, a partir de las diez de la mañana, y que cada cual podrá adquirir gratuitamente los libros que desee. Los libros deben recogerse personalmente.

ELLIOT & MAYBEE

Subastas y tasaciones

Aunque el cuerpo de letra de la nota no era mayor que el del anuncio, el martes, cuando se publicó, llamó la atención a una inesperada cantidad de gente. Parece que cualquier cosa relacionada con nuestros intereses nos salta a los ojos desde las grandes páginas impresas. Freddy, a pesar de no ser lectora concienzuda de periódicos, la vio y resopló como un joven caballo de guerra.

—¡Regalan libros! —dijo—. ¡Pero solo a los curas! ¡Maldita sea!

Más tarde se encontró con Solly, que estaba en el jardín preguntándose, como debe todo director de una representación de *La tempestad* al aire libre, si los efectos del barco en plena tormenta de la primera escena de la obra producirían en el público un ataque de hilaridad tal que lo hiciera levantarse a una y exigir la devolución del precio de la entrada.

—Sí, lo he visto —dijo, como única respuesta a todas sus preguntas—. Me parece

fatal que sea todo para el clero. No es que me interesen mucho la filosofía, la teología ni las grandes novelas siquiera, pero, en la sección de temas varios podría haber alguna cosilla escondida que no sirviera de nada a los caballeros de sotana.

—¿Por qué le habrá dado a Valentine por ahí?

—Por lo visto, así lo dispuso el difunto hace dos o tres años. Por otra parte, no sería nada fácil venderlos. Ningún librero se quedaría con todo ni a cinco céntimos el ejemplar.

—¿Has visto los libros, Solly?

—No, pero ya sabes lo difícil que es deshacerse de ellos, sobre todo de los de teología. No hay nada que cambie más de moda.

—Pero podría haber un par de tesoros entre todo lo demás.

—Ya lo sé.

—Además, no creo que un cura sepa si un libro es muy valioso solo con verlo. Se tirarán a las concordancias y a los Evangelios comentados. ¿Crees que Val nos dejaría echar un vistazo a lo que quede?

—Freddy, encanto, ¡qué ingenua eres! No quedará ni un papel. Dejarán las baldas limpias. Lo gratuito es irresistible. Para los curas, los libros gratis son como la bebida regalada para los políticos; arramblan con todo por malo que sea, fíjate en lo que te digo.

Freddy reconoció que era verdad. También ella era víctima de la bibliomanía codiciosa que inflama el pecho como un demonio y que no se aplaca sino comprando a menudo y en gran cantidad. Se trata de una pasión más común e irrefrenable de lo que supone la mayoría. Los que no la padecen se imaginan que los bibliófilos son seres pacíficos que viven fuera de este mundo, y quizá algunos lo sean, pero otros son capaces de mentir, traicionar y robar por los libros con tanta desesperación y desmesura como el drogadicto por su droga. Es posible que no los deseen todos para leerlos inmediatamente; solo quieren poseerlos, colocarlos en sus estantes, tenerlos a mano. Los atesoran como se supone que hace un turco con sus concubinas: no para desflorarlas deprisa y corriendo, sino para disponer de ellas a voluntad y disfrutarlas con el pensamiento, más que en la realidad. Solly era víctima de esa pasión sin escrúpulos solo hasta cierto punto, pero Freddy había caído de lleno en sus garras.

No obstante, tenía amor propio. No pediría a Valentine que le permitiese mirar como si fuera eclesiástica por un día; ni siquiera merodearía por la casa insinuándose. Solo se dejaría caer por allí y, si se llegaba a hablar de libros, por ejemplo mientras un deán erudito hojeaba un libro raro, ella daría a entender con sutileza su gran interés y, entonces... bueno, ya veríamos lo que pasaba.

Con esa idea en perspectiva, a la mañana siguiente se presentó en la residencia del difunto doctor Adam Savage a las diez menos cinco y, con gran consternación, descubrió que se le habían adelantado nada menos que doscientos diecisiete

sacerdotes, quienes aguardaban impacientemente en el césped. Había desde canónigos de la catedral, con el típico sombrero eclesiástico y los pantalones de franela que gustan de ponerse en verano los anglicanos más mundanos, hasta presbiterianos y ministros de la Iglesia Unida, con sotana negra y alzacuellos católico, pasando por popes y milagreros de sectas marginales, vestidos de mil maneras distintas. Un poco apartado de los demás se hallaba un sacerdote joven que había recibido del obispo instrucciones de reservar para la biblioteca de una escuela un ejemplar de *La enciclopedia católica*, pues se sabía que estaba en la casa. Se encontraban también dos rabinos, uno con barba y el otro no, charlando con la afabilidad forzada de quienes saben que, en breve, tendrán que competir en una carrera hasta el estante de los libros sobre el Pentateuco. Los anglicanos de la Alta Iglesia llevaban leontina con cruz de adorno y los de la Baja, bigote. Unos dieciséis estudiantes de teología que todavía no se habían ordenado intentaban pasar por santos con su traje negro. Un hombre fornido con un abrigado traje marrón llevaba además un fular clerical y cuello de puntas y, en la cabeza, un desenfadado sombrero gris con un pequeño avión metálico prendido en la cinta; era imposible saber lo que era, pero su actitud segura delataba un aprendizaje temprano de la profesión de vendedor. Había también un hombre afable con quevedos, de quien se murmuraba que era practicante del cristianismo científico. No había ortodoxos griegos, sirios ni coptos; por lo demás, en aquel césped estaba representada prácticamente toda la variopinta cristiandad.

Nadie supo cómo llegaron a tener noticia del legado póstumo del doctor Savage los clérigos de ochenta kilómetros a la redonda de Salterton. El periódico local consideró la gran afluencia de hombres santos un tributo al poder difusor de sus páginas de anuncios; tanto es así que, cuando Freddy se acercó, un fotógrafo de prensa se estaba encaramando a un árbol para hacer una foto de tan extraordinario espectáculo. De todas maneras, la soberbia de la prensa goza de comprensión general. Tras varias semanas de debate, los chismosos de Salterton decidieron que el acontecimiento no tenía explicación racional alguna, pero que la Iglesia Cristiana debía de estar mejor avenida y más organizada de lo que pensaban, sobre todo en lo tocante a determinadas materias.

A las diez y cinco, cuando los sacerdotes empezaban a zumbar como abejas, se detuvo un coche ante el césped, del que se apearon el joven señor Maybee y Valentine. Al ver la multitud que los esperaba se quedaron perplejos y bastante desencajados y se dirigieron rápidamente a la puerta. Tenían la intención de sentarse tranquilamente en la biblioteca a arreglar los últimos pormenores de la subasta y a recibir a los pocos clérigos que pudieran pasar por allí. Sin embargo, la multitud empezó a subir tras ellos, sin empujones, como sigue el ganado al granjero cuando lleva un cubo de comida caliente. Valentine abrió la puerta y la gente apretó el paso, todavía sin apelotonarse en exceso, pero con algo parecido al fervor devorador, e instintivamente Valentine y el señor Maybee siguieron andando hasta la biblioteca a

paso vivo. La sala no era muy grande, habría dado cabida a unas cincuenta personas, pero en cuestión de segundos entraron setenta a toda prisa y los demás se quedaron apiñados lo más cerca posible de la puerta.

Mal se compadece con la idea de saqueo la actividad de los clérigos en una biblioteca. En general, eran hombres apacibles y bien educados y como tales iniciaron sus pesquisas. Los empujones eran moderados y se oía con frecuencia la palabra «disculpe». Cada cual sacaba partido de sus ventajas naturales, como la de tener brazos largos, ser más alto o tener buena vista, pero nadie arrebatava nada ni se pisaba a los ancianos a propósito. En semejante atasco, no era posible elegir a placer ni mirar las baldas con parsimonia y, con filosófico buen humor, los visitantes se apoderaban de lo que más cerca tuvieran. Se produjeron algunos desacuerdos amistosos; un sombrero eclesiástico y un traje marrón cogieron cada uno cinco volúmenes de una colección de diez muy bien encuadernada de la obra de un metafísico escocés, pero ninguno de los dos entendía por qué no debía el otro ceder su parte. Los rabinos, encajonados en un rincón en el que había poco más que libros sobre el Nuevo Testamento, forcejeaban débilmente por llegar a su particular tierra prometida sin saber exactamente hacia dónde dirigirse. El sacerdote joven encontró la enciclopedia, pero eran demasiados tomos para llevárselos de una vez y sabía que sería un grave error dejar allí una parte con la esperanza de volver a entrar. Un anciano presbiteriano se desmayó y el joven señor Maybee tuvo que pedir ayuda a gritos para sacarlo al aire libre por una ventana; Valentine aprovechó la ocasión y se escabulló al exterior detrás del inválido.

—¿Qué hacemos? —preguntó al subastador, que era un joven agradable y presuntamente acostumbrado a dominar multitudes.

—Dios sabrá —dijo el señor Maybee—. Nunca había visto nada semejante.

—Tiene que hacer algo —dijo Valentine con firmeza.

El señor Maybee volvió a entrar por la ventana.

—Caballeros —dijo en voz alta—, por favor, los que hayan elegido ya sus libros, que salgan de la biblioteca cuanto antes y dejen sitio a los que están esperando. No hay necesidad de apurarse, la biblioteca estará abierta todo el día.

La petición no surtió mayor efecto que cuando un conductor de autobús pide a los pasajeros que ocupen el fondo del vehículo. La multitud de la puerta no se movía y los que estaban dentro no se atrevían a salir sin haberse llenado los bolsillos y los brazos hasta lo imposible. Finalmente, el joven señor Maybee saltó una vez más por la ventana y confesó su derrota a Valentine.

Toda mujer se indigna alguna vez por el carácter débil de los hombres. En su momento, Valentine había dirigido escenas multitudinarias de hasta quinientos extras en espectáculos al aire libre. Inmediatamente se subió también al alféizar de la ventana.

—¡Señores, esto no puede ser! —gritó ferozmente, a pleno pulmón—. Sigán ustedes mis instrucciones al pie de la letra; de lo contrario, me veré obligada a llamar

a la policía. O tal vez a los bomberos —añadió, al darse cuenta de que la palabra mágica «policía» había impresionado mucho a los ministros de la paz—. Los que se encuentren en el vestíbulo que salgan al césped inmediatamente. —Con algunos murmullos de protesta, la congregación obedeció—. Ahora, ustedes —gritó a los de la biblioteca—: Salgan por la puerta de atrás con los libros que hayan elegido.

Desalojaron la biblioteca en tres minutos.

A las once y media habían pasado por allí doscientos treinta y seis clérigos, algunos hasta tres y cuatro veces, y las baldas estaban limpias. Hubo quien interpretó con cierta liberalidad el legado del doctor Savage, pues también desaparecieron un tintero, un plumier lleno de plumas, dos archivos de cartas, dos pisapapeles, un busto pequeño de Homero, un paquete de papel secante y el cojín hinchable de la silla giratoria. La mayor liberalidad interpretativa del contenido del anuncio se había aplicado al alcance de la palabra «biblioteca», pues algunos visitantes la hicieron extensiva a las estancias del piso de arriba y barrieron con las doscientas o trescientas novelas de detectives que se encontraban en la antigua habitación del catedrático. Incluso llegaron al sótano, de donde se llevaron un montón de revistas.

—No creo que quede ni una hoja de papel impreso en la casa —dijo el joven señor Maybee.

Se equivocaba. Aquella noche, después del ensayo, unos cuantos actores se sentaron en el césped con Valentine para que les contase las anécdotas de la mañana. En el periódico habían publicado una foto y una crónica de la distribución de la biblioteca del doctor Savage, pero corrían algunos rumores: que algunos curas se habían liado a mamporros, que un presbiteriano había sufrido una trombosis al bajar de un estante alto *Los evangelistas según Calvino*, que un coadjutor soltero se había guardado bajo las faldas un libro de fotografías titulado *Desnudos de todas las naciones*, aparecido inesperadamente al fondo de un estante de exégesis, que un baptista fundamentalista había cogido los veinticuatro volúmenes en octavo de Voltaire y se los había tirado por una ventana del piso de arriba a su mujer, quien aguardaba en el césped con un saco... Los dimes y diretes no conocían más límite que la imaginación caprichosa de la ciudadanía saltertonense. Valentine los tranquilizó a todos, aunque al mismo tiempo desanimó a unos cuantos anticlericales y antinomistas que la escuchaban.

—En realidad, no pasó nada escandaloso —les dijo—, después de los primeros momentos, todo transcurrió sin incidentes, aunque fue increíblemente rápido y hubo cierto alboroto en algunos momentos.

—Pero ¿se llevaron todos los libros? —preguntó Freddy.

—Ni eso, siquiera. Se llevaron todos los que estaban a la vista, pero cuando el señor Maybee y yo nos pusimos a hacer inventario de la cámara acorazada de mi abuelo, encontramos diez o doce más. Estaban muy bien guardados, apartados en una caja de madera y hasta envueltos en papel de estraza; aunque no sé por qué; me

parecieron pura basura. Novelas victorianas en tres tomos y cosas así.

—¡Qué maravilla! —dijo Griselda—. Me encantan las novelas victorianas.

—No son de las buenas —replicó Valentine—, es decir, de las que cualquiera querría leer. Eché un vistazo a un par de ellas. Las sacaremos a subasta en un solo lote.

Siguieron hablando de otras cosas, pero Hector tomó buena nota. Si a Griselda le gustaban las novelas victorianas, las compraría y se las regalaría. Sería un presente distinguido: no por el precio, sino como muestra de atención. Por otra parte, los libros siempre eran un regalo seguro; en su viaje por la vida, había visto en alguna parte que, para no comprometer gravemente la honra de una mujer, los únicos regalos apropiados eran los libros, los dulces o las flores.

También Freddy sacó sus conclusiones. Si al doctor Savage le parecía que unos libros eran tan valiosos como para guardarlos en la bodega, valía la pena investigar un poco. ¡Y Valentine pensaba sacarlos a subasta sin dudarlo ni un momento! ¡Qué inculta era la gente de teatro! Por la noche, antes de irse a la cama, contó el dinero que tenía. No creía que tuviera que pagar mucho, pero necesitaba saber con cuánto contaba exactamente. Mientras leía uno de sus capítulos predilectos de *La vida a través del cuello de la botella*, antes de quedarse dormida, la invadió una calidez luminosa: el hormigueo del coleccionista de libros que cree haber encontrado la pista de algo bueno. «Libros antiguos, vino añejo... ¡Qué pocos somos —pensó— los que apreciamos esas cosas de verdad!».

El día siguiente, el jueves, víspera de la subasta, fue angustioso y difícil para Hector. A la hora de comer fue presurosamente a casa del doctor Savage con la desagradable sensación de que se le notaban mucho las pecaminosas intenciones, como suele suceder a algunos hombres cuando van a hacer algo relacionado con el amor (les parece a ellos, pero a nadie más). No había mucha gente por allí y enseguida encontró lo que buscaba; era una caja que, en tiempos pasados, hacía mucho, había servido para transportar una máquina de escribir pequeña; llevaba la marca pintada en los laterales. Dentro había unos cuantos libros pulcramente envueltos en papel de embalar. Cogió uno y empezó a desenvolverlo.

—No se *pue* tocar la mercancía —dijo una voz a su espalda.

Era un empleado de Elliot & Maybee, un tipo con mala cara que olía a cerveza.

—Solo quiero saber qué libros son —dijo Hector.

—Bueno. A mí me han dicho que no se *pue* tocar la mercancía.

—Pero ¿cómo quiere que sepa lo que es, si no lo miro?

—No es nada, solo libros.

—Pero ¿qué libros?

—¡Yo qué sé! No se *pue* tocar la mercancía.

—¿Quién está al cargo?

—¿Qué?

—¿Quién está al cargo de esto?

—Yo. Oiga, mire, tío, no me venga con líos. Lárguese de aquí, como si no hubiera venido. No quiero que toque la mercancía.

Hector no tenía mucha experiencia en el trato con los hombres, pero de vez en cuando se inspiraba. Se llevó la mano al bolsillo y sacó un dólar.

—Se lo doy si me deja ver qué libros son.

—Hace, pero no me venga con líos, ¿estamos?

Hector desenvolvió unos cuantos. Eran viejos, sin duda, y olían a humedad. Creía que los libros antiguos de verdad estaban encuadernados en piel, pero estos tenían las tapas de tela, sucias y con el color dorado descolorido. De todos modos, si Griselda los quería, ya procuraría él que los tuviera. Dio el dólar al empleado cervecero, más veinticinco centavos de propina.

—¿Puedo llamar por teléfono? —preguntó.

El hombre le señaló el aparato que, siguiendo la costumbre de la época, el doctor Savage había instalado discretamente disimulado en un armario bajo y oscuro, debajo de las escaleras. Parecía que no hubieran limpiado el micrófono desde el día en que lo instalaron. Tras una larga y complicada conversación con una chica de la oficina de Elliot & Maybee, logró arrancarle la promesa de que pediría al señor Elliot que, en la subasta del día siguiente, no sacara la caja a la venta al menos hasta las cuatro y cuarto. Ella no le aseguraba nada; no podía decirle exactamente a qué hora estaría el señor Elliot en el despacho; el señor Maybee había salido de la ciudad por cuestiones de negocios; el señor podía intentarlo otra vez después de las cuatro, pero no le aseguraba que fuese a encontrar al señor Elliot. Contrariado e irritado, Hector salió del agujero negro de debajo de las escaleras con el tiempo justo para volver rápidamente al instituto para las clases de la tarde. Tenía el estómago revuelto. Todavía debía arreglar el asunto con Pimples Buckle.

En circunstancias normales, Hector no habría ido a ver a un personaje como Pimples Buckle por nada del mundo: era lo más parecido a un gánster que podía encontrarse en Salterton. Sin embargo, ese hombre tenía fama de poder proporcionar lo que más deseaba Hector por encima de todo en esos momentos: una invitación al Baile de Junio.

El Baile de Junio era la celebración social más importante del año. Lo organizaban los cadetes de la gran academia militar, que se encontraba en el lado oriental de la ciudad; hacía muchos años que había sabido rodearse en grado sumo del aura de elegancia y distinción social que con tanta inteligencia imprimen los militares a sus fiestas. En Salterton, recibir esa invitación significaba ser alguien en la sociedad; no recibirla significaba no ser nadie. Enviaban las invitaciones los propios cadetes y, naturalmente, las recibían las señoritas a las que, de un modo u otro, habían

frecuentado a lo largo del año. Algunos de ellos eran tan absolutamente insensibles que invitaban a chicas de otras ciudades, pero la mayoría era debidamente consecuente con la cantidad de metros cúbicos de tarta y litros de té que había consumido los domingos por la tarde, y cumplía con su deber: un deber agradable en extremo en muchos casos. A los demás, personas importantes de fuera de la ciudad, así como a la nobleza y a la burguesía de Salterton, los invitaban el comandante y sus subordinados. Había quienes decían que era fácil conseguir una invitación; en cambio a otros, como a Hector, les parecía lo más difícil del mundo.

Quería ir, desde luego, porque estaría Griselda. ¿No había dicho Roger, la memorable noche en casa de Solly, que la llevaría? Tal como estaban las cosas, el baile había dividido al elenco de *La tempestad* en tirios y troyanos; la mayoría asistiría y El Torso había recibido cinco invitaciones entre las que elegir; también Valentine, como huésped distinguida de la ciudad, había recibido una, aunque, de todos modos, tenía todo el derecho a una invitación por ser nieta del doctor Savage; todas las chicas del reparto acudirían también, incluso la señorita Wildfang, como acompañante de un profesor al que le gustaban las mujeres maduras; y hasta Geordie, gracias a un error de justicia social, pues, con un guiño, anunció que se había colado en cierto ambiente. Los Leakey no recibieron invitación ni la esperaban; y lo que es más, con retorcidos argumentos, la señora Leakey lo convirtió en motivo de orgullo pregonando que ella no era oportunista, por más que lo fueran los demás. Al profesor Vambrace le habían mandado una para su mujer, su hija y él, pero la había rechazado sin consultar con ellas, dando por sentado que no querían ir. Al parecer, había recibido la tarjeta todo el que lo deseaba, incluso varios colegas del instituto de Hector. Y así, se dirigió al señor Adams en primer lugar en busca de consejo.

—Supongamos por un momento —dijo en un falso tono de chanza— que quisiera una oferta para ir al baile; ¿dónde podría encontrarla? —Le pareció que «oferta» estaba muy bien, daba el tono desenfadado justo.

—Pues —dijo el señor Adams, sin dejarse engañar ni por un momento—, tal vez de alguien que la haya recibido y no la quiera. A veces se hace.

—¿Ah, sí? Lo cierto es que se me ha ocurrido ir solo por ver cómo es. ¿Por casualidad no sabrá de nadie que tenga una de sobra?

—Ni idea, no. Naturalmente, hay que tener mucho cuidado con una cosa: si en la puerta descubren que vas con la invitación de otra persona, te echan inmediatamente.

—¡Ah! ¡Qué rigurosos! ¿No?

—Rigurosísimos. Ya sabe cómo las gastan los militares. Fíjese, un día estaba un hombre saludando al comandante y a su mujer y en ese mismo momento le pusieron la mano en el hombro y le dijeron que se marchase. Se puso más rojo que las amapolas y se marchó sin decir ni pío. Algunos se rieron al verlo pasar. Yo me moriría de vergüenza en semejante situación.

—Sí, sí, desde luego —dijo Hector, pensando sombríamente en tamaña desgracia, que era pura invención del señor Adams.

¡Ay, si Griselda tuviera que ver u oír siquiera que había intentado entrar fraudulentamente en el baile! ¡Jamás podría explicárselo!

De todos modos, tenía que haber alguna manera. Y fue a tantear a Geordie.

—Pues claro que mi invitación es estrictamente legal —dijo Geordie.

—Claro, claro —dijo Hector.

—De todas maneras, sé que se hacen las mil y una para colarse en el baile. Algunos entran de contrabando en el asiento trasero de un coche. Conozco a un tipo que un día se presentó con chaquetilla blanca en una furgoneta diciendo que llevaba helado a las cocinas, se fue con la furgoneta a la parte de atrás, se quitó la chaqueta blanca y estuvo bailando como una peonza hasta las tres, se tiró a una chica de Montreal entre los arbustos y apareció en la foto de grupo a las cinco de la madrugada con cara de habérselo pasado bomba. También hay quien se acerca en barca por la bahía; no tienen vigilancia en la orilla, ya se sabe; solo hay que llegar hasta la playa con la barca y entrar.

A Hector no le pareció conveniente pasar esa clase de apuros.

—Bueno, también hay otra forma de hacerlo, si tanto lo desea —dijo Geordie con el tono de rectitud propio de quien tiene una invitación estrictamente legal.

—¿Cómo? —preguntó Hector.

—Es pura cuestión de dinero.

—Sí, me lo imaginaba. ¿Quién tiene invitaciones?

—Bueno, no diga a nadie que se lo he dicho yo, pero Pimples Buckle siempre tiene alguna.

En la primera visita, Hector no pudo ver a Pimples Buckle. En Uneededa Taxi, la parte legal de los negocios de Pimples, habló con un joven moreno y gordo que llevaba grandes patillas y una sudadera sucia. A regañadientes, le reveló lo que quería mientras el joven lo miraba burlescamente masticando una cerilla.

—Ahora no se puede hablar con Pimples —dijo—. Vuelve el día antes de la fiesta.

—¿Le dirá usted lo que quiero?

—Sí.

—¿Llamo por teléfono antes de venir?

—No, a Pimples no le gusta el teléfono. No seas imbécil. Y trae dinero.

—¿Cuánto?

—No sé. Tú trae mucho.

El día antes del baile, a las cuatro y media, Hector se encontraba en el despacho de atrás de Uneededa Taxi, de pie ante Pimples Bucket, quien a su vez estaba sentado, con los pies encima de un escritorio con tapa rodadera.

—Bueno, profe —dijo—, conque quieres una invitación para el gran baile, ¿eh?

—Sí —dijo Hector.

—¿Qué pasa? ¿La tuya se perdió en el correo?

—No tengo invitación, por eso estoy aquí.

—¡Ah, claro! Por eso estás aquí, ¿eh? ¡Qué curioso! No sabía por qué habías venido.

—Suponía que sí. Dejé el recado al hombre de fuera.

—¿A Macarroni? Sí, me dijo que habías venido, pero lo que quiero saber es por qué crees que yo tengo invitaciones, ¿eh?

—Porque me lo han dicho.

—¡La leche! ¡Qué cosas dicen por ahí! Pero, profe, ¿no sabes que me metería en un buen lío si vendiera entradas para el baile? Y tú también, porque serías cómplice del hecho y colaborador en un delito y no sé cuántas cosas más.

—¿Tiene invitaciones?

—No tan deprisa, profe. Te acuerdas de mí, ¿verdad?

—Sí.

—Sí; llegaste al instituto cuando yo estaba en el último curso. Me diste clase de álgebra. ¿Y te acuerdas de lo que nos decías siempre? «Tranquilos, nos decías, no os pongáis nerviosos». Bueno, pues ya sabes, profe, no te pongas nervioso tú ahora. ¿No quieres sentarte?

—Sí, gracias.

—Bueno, pues no puedes, porque no hay más sillas. —Pimples se rio de su gracia —. Bueno, profe, ¿por qué quieres ir a ese baile?

—No es asunto suyo.

—Yo creo que sí. Pero no das el tipo, no sé por qué. ¿Quién es la fulana?

—¿La...?

—La dama. ¿Para qué quiere ir a ese baile un tío como tú, si no es para llevar a una dama? ¿Quieres enamorarla a la luz de las estrellas, profe?

—Si me va a vender una invitación, hágalo ahora.

—¡La leche, qué susceptible! A muchos de tu edad les parecería un halago que pensarán que querían conquistar a una mujer. ¿Te deja sacar tajada?

—¿Cuánto cuesta?

—Por ser para ti, voy a hacerte un precio muy especial, profe. Cincuenta redondos. Siempre trato bien a mis antiguos profesores.

—¡Cincuenta dólares!

—Justo. No es un bailongo de tres al cuarto, ¿sabes?

Tragándose la prudencia y enfermo de humillación, Hector contó cinco billetes de diez dólares. Pimples se sacó un sobre del bolsillo interior, en el que había una tarjeta grabada y con membrete en la parte superior izquierda, que llevaba manuscrito en caligrafía el nombre de Hector Mackilwraith, Esq.

—¡Y que te cundan los cincuenta con la fulana! —dijo guiñando un ojo

alegremente mientras Hector salía de allí a toda prisa.

La subasta congregó a una nutrida multitud, cosa muy gratificante para el joven señor Maybee, porque le había costado mucho convencer al viejo señor Elliot de que era oportuno celebrarla el día del baile. El señor Elliot, hijo de una época más pausada, argumentaba que la misma tarde de la celebración de un baile, las señoras que se podrían molestar en acudir a una subasta de enseres domésticos de un profesor se abstendrían de ir, porque la pasarían descansando a oscuras en una habitación, con compresas de algodón empapadas en agua fría en los párpados. El señor Maybee, por su parte, había respondido que, muy al contrario, todo Salterton estaría predispuesto a la diversión y el entretenimiento y que en una tarde de junio no había nada más divertido que una subasta. Se había salido con la suya y ahí estaba la multitud para confirmarlo. Por la mañana se vendieron la ropa blanca y los útiles de cocina y todo salió a pedir de boca, pues la diferencia entre la recaudación total y lo que había calculado él no llegaba a cincuenta dólares, y se felicitó por sus artes de vendedor y su buen tino con los cálculos. Esperaba que la recaudación de la tarde superase un poco sus previsiones. Como un actor o un concertista, sacó las antenas, sus sensibles sondas de subastador, para captar el ambiente general. Era un buen público, atento, influenciable y, con la perspectiva del baile de la noche, bastante animado a pujar sin restricciones. Respiró hondo unas cuantas veces para aclararse la voz, se subió a la tribuna de subastador y echó un vistazo general al césped, a los licitantes, a los buscadores de curiosidades, a los aficionados a las subastas: unos estaban de pie y otros, apoyados en bastones de paseo con asiento abatible incorporado. Dio unos golpecitos en la mesa con un lapicero y a las dos en punto de la tarde se abrió la subasta.

El señor Maybee reconocía que no se trataba de una gran venta. El viejo doctor Savage no poseía tesoros. Los muebles habían sido muy buenos en su época pero, como suele suceder a las personas longevas, hacía tiempo que el difunto había perdido interés por el mobiliario y los enseres domésticos; por experiencia profesional, dedujo que en aquella casa no se había comprado nada importante desde 1925; la mayor parte del mobiliario era aproximadamente de 1905. Las sillas de cuero estaban rayadas y mugrientas; un sofá tapizado de terciopelo, en el que el doctor había echado la siesta muchos años, tenía en un lado la marca inconfundible de que lo hacía con las botas puestas, y en el otro, de que babeaba cuando dormía. Parecía que los muebles se hubieran marchitado junto con su dueño; algunas sillas, que en la casa no desentonaban, enseñaban sus patas flojas cuando las levantaban para la venta; las acuarelas, inofensivas en las paredes interiores, parecían al sol borrones azules y grises, desvaídos y sin definición, como los ojos de los ancianos. Sin embargo, el señor Maybee no se desanimaba. Sabía que la gente compraría.

Para asombro de todos, salvo del señor Maybee, los muebles grandes se

vendieron baratos, pero las menudencias, caras. Una mesa de comedor de roble, fea y grande, con diez sillas y un aparador horrible se adjudicaron por cuarenta y cinco dólares; una camarera de té, por cuarenta y cinco. Una pareja de lustrosas jarras metalizadas, que Valentine no recordaba haber visto nunca, alcanzó el astronómico precio de treinta y seis dólares por el juego. La cubertería de plata se vendió bien, pues, aunque fea, era de ley. Por un reloj de sobremesa, que la Sociedad Filosófica de Waverley había regalado al doctor hacía treinta años, se ofreció inicialmente la elevada suma de cincuenta dólares y al final se adjudicó por ochenta, a pesar de que nunca había funcionado correctamente. Un reloj de cocina que, según anunció el señor Maybee como un moscardón, se adaptaba a la hora solar y al horario de verano, fue a parar a manos de un indio de una reserva cercana por seis dólares, cuatro más que su valor real. Un hombre sentimental que había aprendido nociones elementales de filosofía con el doctor hacía muchos años se quedó con un juego de bastones de paseo por cinco dólares. Un piano Bechstein que había pertenecido a la abuela de Valentine se vendió con toda facilidad por trescientos dólares tan pronto como el señor Maybee tocó en él una animada polca. Un costurero de teca, la obra maestra de un prisionero de una cárcel cercana, al decir del señor Maybee, solo sacó la mísera cantidad de cuatro dólares que, según los cálculos mentales del subastador, al peso salían a veinte centavos el kilo.

A Freddy le resultó todo muy entretenido. De todos modos, se preguntaba cuánto tardarían en llegar a la caja de madera con los libros, pero el caso es que el señor Elliot había recibido el mensaje de Hector y se lo había pasado al señor Maybee y, por tanto, la caja no salió a subasta hasta las cuatro y media. A esa hora, Hector se encontraba ya entre los asistentes de las últimas filas.

—Una caja de libros, damas y caballeros. No puedo darles descripción más detallada. Como saben, ayer se dispuso de la biblioteca del doctor Savage según sus propios deseos y se donó, por tanto, al clero de Salterton. —Hubo aquí algunas risas que el señor Maybee reprobó con la mirada—. Después de la entrega, descubrimos que en la cámara acorazada del doctor quedaban estos pocos libros. Nada mejor podría adquirir quien desee conservar un recuerdo sentimental del gran erudito y caballero. ¿Cuánto ofrecen?... Anímense, esta caja huele a misterio; no se sabe lo que contiene... ¿Cuánto he oído? ¿Quién ofrece un dólar, para empezar? Un dólar, un dólar, un dólar... ¿he oído un dólar?

—Cincuenta céntimos —dijo Freddy, y se ruborizó mucho cuando la gente se volvió a mirarla.

—Cincuenta céntimos. ¿Quién ha dicho un dólar? ¿Quién ofrece un dólar, para empezar? Un dólar por la caja misteriosa. Anímense, no pierden nada. Aquí hay al menos diez libros, a un dólar cada uno. Un dólar, un dólar, un dólar. ¡Ajá! Ya tenemos un dólar. Gracias, señor.

Freddy se volvió a mirar a la persona que había pujado. ¡Mackilwraith! ¿Para qué quería ese los libros? No parecía que nunca leyese nada, más que los pliegos de

examen. «Y el menú», añadió con rencor. Consiguió que el señor Maybee la mirase e hizo un firme gesto de asentimiento.

—Dos, dos, dos. Dos dólares por la caja misteriosa.

«¡Ay! —pensó Freddy—. Quería decir cincuenta céntimos más».

—Tres, tres, tres. El caballero del fondo ofrece tres.

Freddy asintió de nuevo.

Hector estaba tan rabioso como Freddy. ¿Para qué quería ella esos libros? ¿Debía ir enseguida a decirle que los necesitaba él para regalárselos a su hermana? Pero la puja iba muy deprisa. La caja estaba ya en diez dólares y en poder de Freddy. Hector hizo un gesto al subastador con la cabeza. ¡Once dólares! ¡Era ridículo!

El señor Maybee estaba encantado. Esa clase de competiciones en esos momentos le alegraba la vida; recolectaba cantidades de dinero que no había logrado sacar por comedores pasados de moda y viejos canapés desvencijados. La puja estaba muy animada, sabía que habían mordido el anzuelo dos voluntades obstinadas.

La caja alcanzó los dieciocho dólares. Hector subió a diecinueve y Freddy tomó una gran decisión. Solo tenía veinte dólares, pero no podía dejarse ganar la partida; la caja sería suya en ese momento. Sencillamente, seguiría pujando y ya le explicaría a su padre cómo habían ido las cosas. Seguro que lo entendería. No querría que se dejase derrotar en público sin presentar batalla. De todos modos, aunque no lo entendiese, tendría que pagar, porque no permitiría que la llevasen a la cárcel. La gente diría que no le prestaba la debida atención y que la había convertido en una delincuente.

—Veinte —dijo con osadía.

—Veintiuno —dijo Hector, tan ruborizado que parecía negro.

Y así continuaron hasta que Freddy llegó a los veintiocho dólares. Entonces vaciló. Treinta dólares era un precio exorbitante por una caja... ¿de qué? ¿De himnos religiosos? No tenía la menor idea. Le ardían los ojos y temía echarse a llorar... pero no. Cerró la boca resueltamente y bajó la mirada al césped.

—Veintinueve. ¡Veintinueve dólares! ¡Una competición de proporciones épicas entre dos personas que saben lo que leen! ¿He oído treinta? ¿Nos quedamos en veintinueve? ¡Un dólar más y puede ser suya! ¿Nos quedamos en veintinueve?

Hector sintió un odio mortal por Freddy, el odio que envenena a quien, en veinticuatro horas, ha sido puesto en ridículo: primero por un delincuente de pacotilla y después por una mocosa. No era roñoso por naturaleza, pero las circunstancias lo habían obligado a extremar el cuidado con el dinero, y esa actitud era el nervio de todos los triunfos que había cosechado en la vida. Cincuenta dólares a Pimples Buckle y ahora, ¡veintinueve por esos libros! Por lo visto, hasta los menores de la familia Webster tenían la bolsa bien provista. Pero ¡la había vencido!

—¡Ah, por ahí ofrecen treinta! Gracias, señor. Treinta, treinta, treinta. ¿Ha dicho usted treinta y uno?

Hector lo dijo casi sin pensar, mientras buscaba al nuevo contrincante con la

mirada. Allí estaba. ¡Un judío! En una fracción de segundo se hizo antisemita.

Era evidente que la persona que acababa de entrar en la puja era un judío, un hombre apacible, calvo y con puro, que había pasado inadvertido entre la muchedumbre hasta ese momento.

La puja siguió subiendo de dólar en dólar, los nervios hacían sudar a Hector y perdía fuerzas con cada gota. Tenía los libros el desconocido, por cuarenta dólares. Hector se lanzó en picado y lo acometió un terrible dolor de cabeza. El público estaba encantado. El señor Maybee casi trinaba.

Tenía los libros Hector por cuarenta y nueve dólares. El desconocido hizo un gesto de asentimiento. Hector estaba al límite de su resistencia. Todo se le ponía en contra. En un momento de debilidad, cometió la blasfemia de tirar por la borda la afición de Griselda a las novelas victorianas.

—¡Adjudicada por cincuenta al caballero del puro!

Se oyó una ovación empañada por un murmullo de descontento. La competición por los libros había sido emocionante, pero el público saltertonense no juzgó apropiado que se llevara la palma un forastero y se quedó con la impresión general de que el judío, si bien había pujado con audacia, también había actuado con cierta prepotencia. Una vez vendida la caja de libros, quedaron pocos objetos más y a las cinco en punto se había marchado casi toda la gente.

Cuando el desconocido se acercó al subastador a pagar por su compra y recoger los libros, lo esperaban Hector y Freddy.

—¿Le importaría decirme por qué quería usted esa caja? —preguntó Hector con más rabia de lo prudencial.

—Seguro que lo sabe usted muy bien —respondió fríamente el desconocido.

—No, no lo sé.

—Entonces, ¿por qué pujaba usted también?

—Quería los libros por un motivo especial.

—Igual que yo —dijo el desconocido.

En ese momento llegó Valentine. También quería saber por qué habían pagado tanto por una caja que incluso había olvidado.

—¡Oh, vamos, claro que lo sabe! —dijo el desconocido.

Tardaron unos minutos en convencerlo entre los tres de que no sabían lo que contenía la caja, porque solo le habían echado un vistazo por encima. El hombre entornó los ojos levemente y sonrió.

—Debería usted tener más cuidado —dijo a Valentine—. Permítame enseñarle por qué.

Metió la mano en la caja, sacó un libro envuelto y lo desenvolvió.

—Mire —dijo—, *Under Two Flags*, en tres tomos, publicado por Chapman y Hall en 1867, en muy buen estado. ¿No le dice nada?

—Ni una palabra —respondió Valentine—. El autor es Ouida, ¿verdad?

—Sí. Se trata de un libro bastante valioso. Ahora, mire: *East Lynne*, de la señora

Henry Wood, publicado por Tinsley en 1861. Una joyita.

—¿Es valioso? —preguntó Freddy.

—No tanto como el otro, ni mucho menos, pero, de todos modos, unos ciento cincuenta dólares.

Se hizo un silencio sepulcral. Se había unido al grupo el joven señor Maybee, quien, al oír esa cantidad, abrió sus bonitos ojos azules como platos.

—De verdad, debió tener más cuidado con esto —insistió el desconocido al tiempo que desenvolvía otros tres libros—. Fíjese: *Lady Audley's Secret*; no dice el nombre del autor, pero es M. E. Braddon, publicado por Skeet en 1862. Esto es un auténtico tesoro.

—¿De cuánto? —preguntó entonces Valentine.

—Es difícil precisarlo. Así, por encima, diría que unos dos mil quinientos dólares. Los vi inmediatamente ayer, cuando vine a echar un vistazo. Pura suerte, u olfato, tal vez. He venido a pasar unas breves vacaciones, pero la verdad es que nunca descanso del todo. Lo lamento, pero si hubiera querido usted quedarse con ellos, no debió sacarlos a subasta, ¿no le parece?

Ni Valentine ni el señor Maybee tenían nada que decir. El desconocido metió los libros en un maletín que llevaba y, al sacarlos de la caja, apareció en el fondo un sobre escrito con letra del abuelo Savage dirigido a Valentine, quien leyó inmediatamente la nota que contenía.

Querida mía:

Me temo que no te interesará conservar muchas cosas de las que aquí dejo, pero te regalo estos libros, que tengo desde hace algún tiempo. Será muy fácil llevarlos de nuevo a los Estados Unidos y, si se los ofreces a un buen librero, pero que sea bueno de verdad, te los pagará a un precio que tal vez te asombre. Considéralo un legado especial de tu abuelo, por el que no tendrás que pagar impuestos de herencia.

Con todo mi afecto,

A. S.

—Bien, ahora me despido —dijo el desconocido—. Si por casualidad van alguna vez a Nueva York y les interesan los libros raros, con mucho gusto les enseñaré lo que tengo en mi tienda. Les dejo mi tarjeta.

Solo el señor Maybee tuvo suficiente presencia de ánimo para cogerla. El grupo se disgregó, cada cual por su camino, y cuatro de sus componentes se fueron con un zumbido de pensamientos doloridos y contradictorios en la cabeza.

Mucho antes de que empezase a declinar el sol aquel hermoso día de junio, las señoras de Salterton empezaron a vestirse para las diversas cenas que se celebrarían

antes del baile. En la sección de composición del periódico local comenzaron a distribuirse las largas páginas de galeradas en las que se describían los trajes que llevarían, pues la redactora de Sociedad se había pasado los tres últimos días hablando por teléfono. Había llamado a todas las señoras que acudirían a la gran celebración y les había pedido la descripción de su traje; en algunos casos lo hizo por cortesía, más que por curiosidad, pues era bien sabido que algunos modelos se repetían en las diversas fiestas anuales, principalmente los de las señoras más ancianas, y la editora había podido adelantar mucho trabajo simplemente consultando los archivos. Se trataba de descripciones muy breves que en realidad no decían nada al foráneo sobre las galas que se lucían, pero en cambio daban mucha información a los lectores iniciados. Bastará con el más sucinto extracto:

Señora A. M. Mangin: crespón malva combinado con paño delantero de lamé. Señorita Dymphna M'Dumphy: satén cobre con bufanda escocesa M'Dumphy y juego de cuarzo ahumado Cairngorm. Señora Shakerley Marmion: terciopelo burdeos. Señora M. Medbourne: *shantung* seda crudo con tablas de encaje color natural. Señora E. P. Moubray: terciopelo aguas amatista. Señora James Mylne: crespón plisado castaño rojizo, entredoses de muaré Paddy verde... etcétera.

El lector constante y deseoso de saber algo sobre las señoras relacionadas con la próxima presentación del Teatro Joven podría haber redactado su propio párrafo como sigue:

Señora de Roscoe Forrester: encaje champán. Señorita Valentine Rich: tafetán fuego. Señorita Bonnie-Susan Tompkins: satén melocotón sin tirantes, falda con abertura. Señorita Pearl Vambrace: organdí rosa con mangas de farol. Señorita Griselda Webster: tejido de punto blanco de seda con pliegues griegos.

El periódico no decía una palabra sobre el atavío de los acompañantes de las señoras; huelga decir que vestirían traje de etiqueta de todos los estilos habidos en los últimos cincuenta años, y que los militares irían de uniforme, si bien se vería alguno de épocas en que sus portadores estaban más delgados y habían debido ensanchar los pantalones con escudetes por la costura de atrás, aunque no siempre de la misma tela exactamente.

Pearl Vambrace se encerró en su dormitorio a las cinco y media de la tarde. A las tres se había dado un baño largo y laborioso, durante el cual perpetró un violento asalto a

sus axilas con la cuchilla de afeitar de su padre. Después se dispuso a dormir la siesta, porque había leído en una revista que, para estar radiante por la noche, era preciso descansar por la tarde; esos descansos retrasaban la aparición de las patas de gallo, decía el artículo, y Pearl, de diecinueve años, no quería por nada del mundo que le salieran esas cosas cuando llegase al baile acompañada por Solly.

Tumbada en la cama, mientras procuraba relajarse totalmente, pensaba en lo inesperada que había sido la invitación de Solly. En cuanto a Roger, ni en sueños se le había ocurrido pensar que pudiera pedírselo a ella. En los ensayos, la tomaba entre los brazos y la besaba como se lo había marcado Valentine y, aunque esos momentos la aterrorizaban y la arrobaban a un tiempo, Roger seguía siendo un completo desconocido. Seguro que a las doncellas de la Antigüedad les pasaba lo mismo cuando Júpiter descendía y, distraído, las hacía suyas. Ni siquiera en casa, en los dos ensayos privados que el profesor había logrado imponer al remiso Roger, le había hecho el menor caso. No, era absolutamente impensable que la fuese a invitar a ir al baile con él y, cuando se enteró de que iría con Griselda, se entristeció tanto que ni siquiera tuvo celos. Y entonces, para su inmenso asombro, se lo pidió Solly; poco después, la madre de este le mandaba una nota para que fuese a cenar a su casa antes del baile.

Relajarse del todo era difícilísimo. Por más que intentara sentir mucho peso y se imaginase que se hundía en el colchón, tal como explicaba la revista, ella seguía moviéndose y sobresaltándose sin darse cuenta. Estaría horrible en el baile, seguro, no tendría más que arrugas, ojeras y sombras horripilantes. ¡Ay, el aliento! Por muchas gárgaras que hiciese antes de ir a casa de Bridgetower, ¿cómo sabría que después no...? —¿cómo decía el anuncio?—, ¿que su aliento se liberaría de los malos olores? ¿Podría llevarse en el bolso el cepillo de dientes y el dentífrico? ¡Tenía que dormir! Le esperaba una velada larga y, sin duda, divertida, en compañía de un joven al que apenas conocía. ¡Incluso cenarían juntos antes del baile! Nunca había ido a cenar con nadie y, por lo que sabía, la señora Bridgetower era muy exigente con los modales de sus invitados. ¡Tenía que relajarse! ¡Era imprescindible! Por relajarse mejor, se hizo un ovillo y cerró los ojos con tanta fuerza que lo veía todo rojo, con formas rojas que se retorcían y se agrandaban.

Más azogada habría estado si hubiera sabido lo que había sucedido la semana anterior en casa de los Bridgetower. Solly no tenía un gran deseo de asistir al baile, pero su madre había aceptado la invitación conjunta no solo por sí misma, sino también por él. Y él pensaba que si Griselda iba con Roger, ¿por qué no iba a ir él para vigilarla un poco? Pero ¿con quién? Necesitaba una pareja. En un inusitado ataque de perversidad, su madre había dicho que de ninguna manera podía ir solo con ella. Que invitase a una señorita adecuada y ella los acompañaría a título de noble viuda y carabina. ¿Qué chica podría ser? Cora Fielding estaba prometida. La madre rechazó,

por un motivo u otro, a todas las chicas que fue nombrando él. Por último, en un acto de rebeldía, se lo pidió a Pearl, aunque apenas la conocía, y esta, cuando hubo recuperado el habla, le dijo con muy buenos modales que sería un placer.

¡El mal ya estaba hecho! Cuando anunció quién iba a ser su pareja, las sátiras de la madre alcanzaron cotas desconocidas y, para ella, vigorizantes. A continuación dijo que, por comprometidas que fuesen las situaciones sociales a las que su hijo la sometiera, ella no perdería la dignidad ni se saltaría las reglas de etiqueta por las que se conducía. Que no se le ocurriera ni pensar en ir a cenar a casa de los Vambrace antes del baile: por lo tanto, sería ella quien organizase la cena de ese día e invitaría a Pearl. Serían solo unos pocos, su salud no le permitiría recibir a demasiada gente. Los convidados serían el joven teniente Swackhammer, oficial de la Real Marina de Canadá e hijo de un primo de su marido, y quienquiera que fuese su pareja. Más tarde supo que la pareja del joven familiar era una tal señorita Tompkins, a quien mandó una invitación.

Se había hablado cruelmente de Pearl Vambrace. Según la señora Bridgetower, tenía las piernas feas, aunque en realidad eran bastante bonitas. Griselda había dicho a su padre que Pearl tenía bigote, lo cual no era cierto, aunque se adivinaba una levísima sombra sobre el labio superior que tal vez, al cabo de cuarenta años o más, pudiera dar lugar a un escueto y femenino bigote. La señora Forrester opinaba que tenía el pelo graso, aunque en realidad no lo tenía más graso de lo normal. Había algo en ella que suscitaba malignidad en muchas mujeres; solo Valentine Rich había sabido apreciar que, bien aconsejada, poseía algo cercano a la belleza. Pearl, por su parte, ignoraba todas esas cosas; la noche anterior se había lavado su culpable pelo y se lo había aclarado con agua mezclada con tal cantidad de zumo de limón que se le había quedado rígido e indomable. Había gastado casi todos sus escasos ahorros, trabajosamente arañados de las cantidades que alguna vez le daban sus padres, en unos pocos cosméticos, los primeros que adquiriría en la vida. Y, tras un tira y afloja humillante y agotador, había comprado un vestido que le parecía adecuado para la ocasión.

Sus padres no le prestaron atención cuando les dijo que Solly la había invitado al baile. A pesar del empeño que había puesto el profesor Vambrace en enseñar a su hija a ser buena conversadora, en esa ocasión no hizo gala de su talento. De todos modos, el hombre reaccionó cuando la muchacha dijo que no tenía nada que ponerse para el baile. Desde los quince años, su traje de los domingos consistía en una prenda oscura de pana y una falda corta, pero no tenía traje de noche. El profesor anunció que se ocuparía del asunto personalmente y a la señora Vambrace le pareció muy bien. Y, así, el profesor desfiló con su hija hasta una tienda y dijo firmemente a la empleada que quería un vestido adecuado para el baile, que debía ser recatado y de color rosa y que no podía costar más de treinta y cinco dólares. Solo había un modelo en la tienda

que cumpliera todos los requisitos. Pearl se lo probó y su padre la miró atentamente un buen rato.

—Se te ven los tirantes de la combinación —le dijo.

—Debe ponérselo con un sujetador sin tirantes —dijo la dependienta.

—¿Un qué? —preguntó el profesor.

—Ahora le traigo uno —dijo la chica.

—No se moleste —dijo el profesor—; puede taparse los tirantes de la prenda interior con unos lazos y quedará bien. Te parecerá mejor cuando te pongas calzado apropiado —dijo.

—Estos zapatos son los más nuevos que tengo, padre —dijo Pearl, completamente abatida.

Aunque no tenía práctica en el vestir, sabía lo suficiente para ver que el color del vestido era de un tono rosa muy desagradable que recordaba al sarampión y daba un reflejo amarillento a su tez oscura.

—¿Es que nunca vas a cerrar el grifo? —preguntó el profesor retóricamente—. ¿Tiene zapatillas de satén rosa?

—Hace veinte años que no se llevan —dijo la chica, que lo sentía por Pearl.

Sin embargo, ella tuvo la impresión de que el mundo de la moda al completo había sopesado a la familia Vambrace y la había encontrado deficiente.

Finalmente aparecieron unas sandalias que al profesor Vambrace le parecieron bien, pero, como dejaban los dedos al descubierto, hubo de comprar un par de medias. Volvieron a casa a toda velocidad, el profesor iba renovando furiosamente el oxígeno de la sangre. Tenía bastante dinero, principalmente porque nunca gastaba nada en su mujer ni en su hija, pero el traje y los complementos de Pearl habían costado casi cincuenta dólares y tenía la sensación de estar al borde de la ruina. Esa noche, mientras cenaban una pésima ensalada de patata y unas guindas en conserva, no dejó de protestar como un Savonarola por las vanidades del atavío femenino. Pearl quería a su padre y tenía la sensación de haberlo arruinado, de haberse comportado egoísta e indignamente y de ser motivo de desdicha para sus progenitores. Tardó dos días en poder sentir alguna alegría porque iba a asistir al baile.

Empezó a vestirse a las cinco y media. Por lo general, vestirse para cualquier ocasión no le llevaba ni cinco minutos, pero creía que arreglarse para su primer baile debía ser una ceremonia y estaba decidida a que así fuera. La siesta había sido un fracaso, ni siquiera había dormido de verdad, pero había estado tumbada, como en una ensoñación compuesta por todos los contratiempos y desgracias que podrían sucederle durante la velada que se aproximaba. Se alegró de que ya fuera hora de vestirse.

Todo debía estar limpio y, por tanto, se mudó de ropa interior, aunque las prendas no le parecieron muy inspiradoras. Después se puso las medias nuevas y le quedaban tan bien que hasta a la señora Bridgetower le habría costado sacarles algún defecto; era una lástima tener que sujetarse esa maravilla con un liguero tan viejo y relavado

que daba pena. A continuación se puso el vestido rosa de organdí y, con la emoción, le pareció más bonito que en la tienda.

Un detalle que da la medida de la poca experiencia que tenía en esas lides es que se puso el vestido antes de maquillarse e inició la operación sin protegérselo con nada. Colocó lo que había comprado encima de la cómoda, delante del espejo deteriorado. ¿Qué era lo primero? La crema, ¿no? Se frotó la cara con una sustancia medicinal que le había costado poco dinero y que, al parecer, mejoraba el cutis, repelía a los mosquitos y aliviaba el escozor de después del afeitado. Bien: le brillaba la cara, pero eso se remediaba con el maquillaje. Se espolvoreó una gran cantidad encima de la crema grasienta; había elegido un color claro, para suavizar su tez oscura, y la transformación le pareció notable. Y ahora, ¿qué? Colorete, seguramente. Había comprado uno seco y se pintó firmemente un redondel en cada uno de los prominentes pómulos. Eso hizo un efecto asombroso en los ojos, pues parecían muy brillantes, casi de loca, la verdad. Ahora, los ojos. La chica de la tienda le había recomendado una sombra clara, pero Pearl prefirió una de intenso color verde con puntitos dorados; se la aplicó generosamente en los párpados, hasta las cejas, y también por debajo del ojo. Había leído en alguna parte que el maquillaje, para que resultase bien, debía aplicarse con audacia y sutileza al mismo tiempo: de lo contrario, no serviría de nada; lo cierto es que la sombra resultaba impactante, pero sin duda quedaría muy bien con luz artificial. A continuación, las cejas: el lápiz de cejas era nuevo y tardó un rato en afilarlo, porque la punta se rompía constantemente; las tenía anchas, pero no espesas, y nunca se las había depilado. Las repasó con unas rayas para darles cuerpo. Después, el carmín de labios y ya estaría todo. Había comprado una barra de color purpúreo, pensando que contrastaría bien con el rosa tiza del colorete. Había visto pintarse los labios a algunas chicas; se los untaban bien con la barra y después se los mordían. Así lo hizo y al momento se le puso la boca como una herida fea. Se limpió con un pañuelo sucio y volvió a intentarlo. La suavísima sombra del labio superior, a la que tan cruelmente había llamado Griselda «bigote», se impregnó de barra de labios y Pearl se vio ridícula. Probó cinco bocas distintas, hasta que encontró una que le pareció que podía pasar.

Ahora, el pelo. No podía peinárselo bien, el lavado le había quitado toda la grasa, pero se le ocurrió una solución. Tenía una cinta casi del mismo color que el vestido, se la puso alrededor de la cabeza con el pelo recogido hacia atrás y la ató con un lazo a un lado. Así se le veían las orejas, que estaban bien.

Ahora entendía por qué tardaban tanto en vestirse las mujeres más modernas. Eran casi las siete, la hora en que Solly había prometido ir a buscarla. Ah, ya había llegado, estaba abajo hablando con su padre. Cogió el abrigo —el único que tenía, una prenda muy gastada de color marrón claro y remotamente deportiva— y se lo echó por los hombros con la esperanza de parecer la típica chica desenvuelta que siempre se pone abrigos deportivos con traje de noche. Cogió el bolso —un saco demasiado grande, de un sucio terciopelo rojo y con una borla colgando por debajo,

que había sido de su madre— y bajó las escaleras rápidamente. Solly pareció sobresaltarse al verla; en cambio, el profesor y la señora Vambrace reaccionaron con toda normalidad: él se preparó para hacer el papel de padre cariñoso y ella nunca prestaba mucha atención al aspecto exterior.

—Cuídela, Bridgetower; cuide bien a nuestra pequeña —dijo el profesor casi lloroso entre bromas y veras—. El primer baile de una hija parte el corazón del padre.

Pensaba que era una idea digna de Barrie y se enorgulleció. Besó a Pearl con los ojos cerrados (total, lo mismo daba) y poco después, la joven se encontraba en el coche de su madre con Solly, que estaba muy callado e incluso un poco aprensivo, parecía, aunque ella también, de modo que concluyó que en ambos casos sería por la velada que estaba a punto de comenzar.

—Buenas noches, querida. Estás encantadora —dijo la señora Bridgetower al recibir a Pearl en el vestíbulo.

La muchacha, en cambio, se quedó prácticamente sin habla al verse por el rabillo del ojo en un espejo de cuerpo entero. Parecía enferma y un poco ida, con un lazo rosa a un lado de la cabeza y la mirada feroz. Tenía en las mejillas el arrebol de la tuberculosis, y la boca, como si hubiera comido a puñados la raíz insana que la razón apresa^[18].

¡Y el traje! Parecía un disfraz de papel crepé de los que se ponen los niños en Halloween. ¿Qué podía hacer? ¿Qué podía hacer, por Dios?

—¡Hola, Pearl! ¡No te privas de nada por reírte un rato! ¿Eh? ¡Así se hace!

Quien así habló era Bonnie-Susan Tompkins, la pareja del teniente Swackhammer, que había salido al recibidor detrás de la señora Bridgetower.

Pearl se acongojó. Cuando la anfitriona le indicó que podía dejar el abrigo en el piso de arriba, subió volando, huyendo, mejor dicho, sin dar tiempo a Ada, la anciana doncella, a que le enseñase el camino.

El Torso era una chica tonta y brutota que reclamaba indecorosamente las atenciones de los hombres. Sin embargo, como muchas chicas tontas, poco femeninas y locas por el sexo opuesto, era tremendamente caritativa. Un admirador suyo le había dicho que tenía «un corazón más grande que un toro», una hipérbole que, en caso de referirse a cierta dulzura y generosidad espontáneas, podría pasar por requiebro. Subió inmediatamente detrás de Pearl. Lo que hizo no se puede contar aquí, pero en diez minutos estaban las dos en el salón tomando jerez y Pearl, más guapa que nunca en su vida; si llevaba algo de maquillaje en la cara, se lo había aplicado sabiamente El Torso. De la mano de esa gran purga, a través del conocimiento de sí misma y del terror, llegó la relajación que no había conseguido antes, durante la siesta, a pesar de todos los esfuerzos.

La cena de la señora Bridgetower fue un éxito imprevisto. Ella no esperaba nada bueno, porque no miraba a Pearl Vambrace con buenos ojos, aunque hacía tres años que no la veía, y en cuanto a la pareja del teniente Swackhammer, no la conocía y se temía lo peor. Cuando el teniente entró en el salón con El Torso, la anfitriona tuvo la sensación de que todo sería mucho peor de lo que su generoso pesimismo había previsto. Bonnie-Susan llevaba un vestido de satén de color melocotón que dejaba al desnudo sus bellos hombros de una forma despampanante; seguramente el modelo se mantenía en su sitio mediante alguna armadura oculta, porque no tenía tirantes y, aunque era imposible ver nada por el escote, daba la impresión de lo contrario. Por si fuera poco, la falda tenía una raja hasta la rodilla que solo permitía ver un poco de pierna de vez en cuando, aunque insinuaba la promesa de infinitos recovecos al alcance de la mano. El traje era una preciosidad y su padre había pagado mucho dinero por él, pero no era apropiado para lograr la aprobación de la inquieta madre de un hijo impresionable. Lo primero que dijo a El Torso fue que se acercara al fuego para no enfriarse.

Sin embargo, El Torso tenía grandes recursos. Sabía que, en general, a las madres de los jóvenes no les caía bien a primera vista, aunque no entendía por qué, y había aprendido a comportarse de una manera que las desarmaba, y las más de las veces terminaba conquistando a sus enemigas naturales. Era tan sincera, tan agradable que casi todas las madres acababan por pensar que la habían juzgado mal; las impresionaba con su sentido común, pues les daba la razón en todo; las encantaba poniéndose de su parte y en contra de sus hijos en la cuestión del uso de chanclos y bufandas de abrigo. Les reía las bromas y «les daba una alegría», como decía ella. Y dio tantas y tan oportunas a la señora Bridgetower que, al cabo de media hora, la buena señora empezó a pensar que tal vez hubiera alguna esperanza para la generación joven.

El teniente Swackhammer también triunfó. Tenía buenas reservas de charla intrascendente y, aunque había vivido tierra adentro los dieciocho primeros años de su vida, había adquirido posteriormente un estilo directo y cordial de lobo marino que complementaba a la perfección su extrema deferencia para con los mayores y las canas. Se reía mucho por nada en particular y dominaba magistralmente cuanto fuera obvio e indiscutible.

Con tales invitados, la señora Bridgetower alcanzó la plenitud. El Torso le reía todas las ironías y, cuando se reía ella, también lo hacía el teniente Swackhammer. A Pearl Vambrace le pareció conveniente guardar silencio, mostrar respeto y comportarse con educación; las pocas veces que habló lo hizo con sensatez, en frases completas y bien construidas que su anfitriona aprobó. El ambiente de éxito animó a Solly, que se dedicó a servir vino con una generosidad nacida del alivio.

La cena fue larga y copiosa y terminó con una copa especial de helado en el que

se había inyectado, cual veneno, una cucharada de crema de menta, acompañado por unos bombones de chocolate a la menta; Pearl, que no estaba acostumbrada a comer tanto, se encontraba un poco empachada y amodorrada. En ese momento, Ada anunció que el señor Solly tenía una llamada telefónica.

—El teléfono es la maldición de esta época —dijo la señora Bridgetower—. Ya no se respeta ni el café de después de la cena.

—¡Cuánta razón tiene! —dijo Bonnie-Susan—. ¿Sabe una cosa, señora Bridgetower?, muchas veces me parece que todo era mucho mejor cuando usted era niña. No había teléfono ni los chicos se pasaban el día llamando, y todo eran caballos y coches preciosos y todo eso.

—Completamente de acuerdo —dijo el teniente al tiempo que mordisqueaba el tercer bombón de chocolate a la menta.

—A decir verdad, en mi época ya había teléfono —dijo la señora Bridgetower—, pero se empleaba con mucha más discreción que en la actualidad.

Entre tanto, Solly escuchaba a Humphrey Cobbler con el teléfono pegado a la oreja.

—¿Qué hay, Bridgetower? Oiga, ¿por qué no viene a verme esta noche?

—No puedo, voy al baile, ya sabe.

—¿Qué baile? ¡Ah, la historia esa! Pero no pensaré ir, ¿no?

—Desde luego que sí.

—Me asombra. Bueno, supongo que lo hace por proteger sus intereses, ¿eh?

—No lo entiendo.

—Seguro que sí. Ella va con Tasset, ¿verdad?

—Eso tengo entendido.

—Y, si me permite la pregunta, ¿con quién va usted a ese latazo?

—Con la señorita Vambrace.

—¿Quién es?

—La que hace de Miranda en la obra.

—¡Ah, esa! No sé, no la conozco. No canta, ¿verdad?

—No sé.

—Pues, averígüelo antes de hacer cualquier tontería. No olvide mi consejo: elija siempre a una *mezzo* poderosa. Oiga, ¿y si lo acompaño?

—No.

—Tengo traje de etiqueta.

—Pero no invitación.

—Pura formalidad. Los artistas siempre tenemos las puertas abiertas.

—No, no vale.

—Podría ir con una funda de violín y hacerme pasar por uno de la orquesta.

—No.

—¿No le parece que se pasa un pelín de esnob y clasista?

—No.

—Muy bien, de acuerdo. Pase en su carruaje majestuosamente ante los pobres y humildes. Habrá un día en que... ¿No quiere pensarlo otra vez?

—No.

—¿No sabe decir nada más que «no»?

—No.

—Muy bien. Adelante, tírese la gran juerga y no quiera Dios que en lo mejor de la velada se acuerde usted de mí, encogido ante la chimenea apagada de mi sórdido hogar, tomando ginebra en un vaso agrietado, y se le agüe la fiesta.

—Dios no lo quiera, desde luego.

—Pobre, hambriento y sucio.

—Lo que usted diga.

—Bueno... adiós.

—Adiós.

En las invitaciones se indicaba que el baile empezaría a las nueve. Para Hector, que desconocía la elegancia del retraso, era muy importante llegar con exactitud al toque de las nueve, y a las ocho y media ya se había puesto el traje de etiqueta alquilado. No estaba satisfecho con él, pero no por el corte ni porque no le sentara bien, porque no era exigente con esos detalles, sino por la tela, que no era de su gusto: un paño no solo gastado por el uso, sino además resbaladizo. Le parecía que no estaba bien la forma en que se separaban las puntas de los faldones ni lo cortos que eran, pero dio por sentado que habría muchos estilos de chaquetas de frac. El anciano que le había alquilado el traje le había asegurado que era excelente y que parecía un príncipe. No tenía chaleco blanco a juego y Hector tuvo que comprarse uno, además de un cuello, una camisa de pechera dura y una pajarita ya hecha, por suerte, que se sujetaba atrás con un ganchito invisible. Esperaba que la flamante camisa de estreno llamase la atención más que los curiosos brillos del traje.

A las nueve menos cuarto bajó al vestíbulo del YMCA a esperar al taxi que había pedido. El taxi se presentó con absoluta puntualidad y a las nueve menos cinco exactamente llegó Hector al salón de baile.

No había nadie por allí para recibirlo, nadie le pidió la invitación. En un estrado, al fondo de la sala, conversaban los músicos de la orquesta; una pareja de celadores colocaba sillas en la tribuna. No había nadie más. Huyendo de la silenciosa y esplendorosa sala, buscó una puerta en la que dijera «Caballeros» y la encontró; dentro, todo estaba a oscuras, silencioso y acogedor, y allí se sentó a esperar.

No fue buena idea esconderse en ese sitio, pues, aunque su presencia allí resultara completamente natural y sería difícil que alguien con autoridad fuera a buscarlo y le pidiese la invitación, el escondrijo le trajo recuerdos humillantes. ¿No se había

ocultado hacía muchos años tras una puerta como esa, con un letrero semejante, en la fiesta de la Escuela Normal?

No pudo evitar que volviera el recuerdo en medio de la oscuridad. El tiempo lo había suavizado un poco y, además, Hector había adquirido la costumbre de quitárselo de la cabeza cada vez que lo asaltaba, pero esa noche se encontraba indefenso. Un poco sudoroso, reconoció que había hecho el ridículo en aquella ocasión y que hoy podía volver a pasarle lo mismo y por motivos similares.

Hector se había destacado en el año de la Escuela Normal. Cuando llegó el momento de la fiesta *At Home*, era el cabecilla de los jóvenes de su clase. ¿Acaso no lo habían nombrado por votación popular «Estudiante con más posibilidades de llegar a viceministro de educación»? Como tal, era el más indicado para invitar a Millicent Maude McGuckin a asistir a la fiesta en pareja. En el ambiente de la Escuela Normal era costumbre que los dos estudiantes más destacados de cada sexo concurrieran juntos a la celebración; como suele suceder en materia de matrimonio a los personajes coronados, los designados no podían elegir a la pareja de su gusto, pues la categoría académica determinaba la relación que debía establecerse entre ellos y, si por casualidad alguno tenía preferencias morganáticas por otro compañero menos destacado, la noche de la fiesta debía prescindir de ellas.

De las chicas de la generación de Hector que la casta diosa de la Educación Primaria había acogido en su santuario, la más bella y orgullosa era Millicent Maude McGuckin. Si bien es cierto que llevaba gafas, tenía los ojos castaños como las aguas de un río de las Tierras Altas. Tal vez sus dientes de arriba fueran más prominentes que los de las insípidas estrellas de Hollywood, pero conferían un orgullo carnosos al labio superior que imprimía a su boca un gesto anhelante de merecidos besos. Tenía el pelo rizado y castaño y la tez oscura y ligeramente arbolada en los pómulos. En aquella época, los senos femeninos empezaban a recuperarse de la parvedad a la que los había condenado la década de los años veinte, y los de Millicent Maude McGuckin arrancaban abrasadoras lágrimas de éxtasis cuando, estimulados por una buena nota en un examen de Organización de la Clase, se hinchaban suavemente o se alzaban con orgullo en un debate sobre «Argumentar: Desventajas culturales de los niños de zonas rurales frente a los niños de zonas urbanas». Los senos habían ganado terreno, pero la importancia de las piernas femeninas, tan característica de los años veinte, no había decaído y en ese aspecto de la belleza femenina, Millicent Maude McGuckin también estaba muy bien dotada.

*Is she that way,
Lovable... and sweet?*^[19]

decía una canción popular de aquella época. En su caso, la respuesta unánime de todos sus compañeros de promoción era una afirmación pasmada.

Nadie ponía en duda que Hector sería su pareja en la fiesta. Debería ir a buscarla

a su internado, acompañarla a la Normal, bailar con ella el primer baile y el último, ser su pareja en la cena y recibir a los invitados junto con el director y su equipo. Hector alardeó de que haría mucho más. Es preciso recordar que nunca se había relacionado con normalidad con chicos y chicas de su edad hasta la Escuela Normal y que el éxito meteórico allí obtenido se le había subido un poco a la cabeza. Presumió ante un grupo de compañeros de que besaría a Millicent Maude McGuckin en el vals *Moonlight*. Ellos respondieron con vehemencia que no se atrevería y él se reafirmó en sus intenciones, incluso apostó por ello, cosa que no había hecho en su vida, pero, tratándose de sí mismo, la ganancia era segura.

Llegó la noche de la fiesta. A Hector le flaqueó el valor cuando fue a buscar a la señorita McGuckin, pues apenas la conocía y, cuando la vio descender las escaleras del internado bajo la luz de la lámpara rubí que las iluminaba, con un traje azul, más deslumbrante de lo que habría podido imaginarse, se preguntó si no habría cometido una osadía. No se podía ser un fresco con una chica así, pensó. En esos momentos era una joven adorable y resultaba impensable creer que pudiera transformarse en otra cosa que no fuera esposa y madre. Lo acobardó la idea de corromperla por un simple beso. Para él, un beso no era una trivialidad. Nunca había besado a nadie, a excepción de su madre, y tenía la vaga (pero insistente) idea de que, entre gente decorosa, un beso era tan comprometedor como una propuesta de matrimonio. Y todavía no había sitio para el matrimonio en sus esquemas de planificación y sentido común. Sin embargo, se moría por besarla. Deseaba hacerlo sin estar preparado para casarse con ella. Sentir tanta voluptuosidad lo abrumaba y lo enorgullecía al mismo tiempo.

El comportamiento de Millicent Maude McGuckin no alivió sus temores ni un poco. Era enérgica, con tendencia al debate, y acariciaba la idea de hacer carrera parlamentaria y de defender el derecho de la mujer a hacerse con todo, en sentido amplio y general. Por lo tanto, su actitud con Hector era de burla activa. Cuando fue a ayudarla a ponerse el abrigo, le dijo: «Gracias, todavía sé ponerme el abrigo yo sola» y, cuando la tomó del brazo para ayudarla a bajar los resbaladizos peldaños del internado, le dijo: «¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de caerte?». Los desplantes le hicieron callar y Millicent Maude volvió al ataque: «No estás muy hablador esta noche, ¿verdad?». Hector intentó decir algo atropelladamente, pero ella lo cortó: «Ah, no es necesario que digas nada, si tanto te cuesta; estoy segura de que te gustaría que otra persona ocupase mi lugar». Cuando llegaron a la Escuela Normal, los modales guasones de la señorita McGuckin lo habían acobardado por completo.

Recibir a los invitados no fue una tortura. A medida que iban llegando las parejas, Hector se las presentaba al director, quien no las había visto al menos desde las cuatro de la tarde. Después, el director se las presentaba a su mujer y esta, a su vez, al anciano doctor Moss, principal emérito de la institución. La señorita McGuckin se encontraba al otro lado del venerable pedagogo, de manera que Hector se libró durante media hora de los enloquecedores encantos y el ingenio mordaz de la joven. A continuación, Hector tuvo que acompañarla de nuevo en el gran desfile que

inauguraba la fiesta, un rito derivado probablemente de una gran polonesa o alguna otra ceremonia europea de la corte, pues no hay nada semejante entre las costumbres de los pueblos británicos con lo que pueda relacionarse: los invitados de más edad se distribuían en grupos por los anchos pasillos de la Escuela Normal, mientras que los estudiantes formaban por parejas en el vestíbulo y, al compás de una briosa marcha que tocaba la orquesta en el tercer piso, donde se encontraba la sala de baile, las jóvenes parejas, tomadas del brazo, desfilaban por toda la escuela y subían las escaleras saludando con la cabeza a sus invitados al pasar y recibiendo saludos a su vez. Era una costumbre bonita y bastante agradable que no disgustaba a los estudiantes, pero para Hector fue una humillación. La señorita McGuckin no dejaba de susurrarle: «Izquierda, izquierda... ¿es que no sabes dónde tienes la izquierda? Haz una inclinación de cabeza, no te limites a torcerla... No me agarres el brazo con tanta fuerza». Y, cuanto más lo acosaba, más la adoraba él y mayor era su deseo de conquistarla, de domeñarla, de oírla decir: «¡Ay, Hector!», mientras él besaba sus carnosos labios.

Nadie podía decir de él que no fuera persistente. Bailó con Millicent Maude McGuckin, como requería la costumbre, sin responder más que con una tímida sonrisa a todas las críticas que le hizo. Lo soportó cuando se lo llevó al pasillo para enseñarle un paso de baile. Obedeciendo sus órdenes, abrió y cerró ventanas, fue a buscar sillas y acosó al director de la orquesta para que tocase las canciones que más le gustaban a ella. Aunque los comentarios de la señorita McGuckin, recogidos aquí a la buena de Dios, podrían tildarse de hipercríticos, conviene no olvidar que solo tenía dieciocho años y que el encanto de la juventud ocultaba los rasgos esenciales de su carácter. A Hector, las otras muchachas —jóvenes encantadoras cuyo destino era convertirse en maestras capacitadas y mujeres agradables— le parecían insípidas, en comparación. Como devoto que era de la planificación y el sentido común, adoraba esas características de la señorita McGuckin y jamás pensó que una mujer pudiera poseer atributos más deseables. Sin embargo, lo azoraba y, cuando se azoraba, se le «sublevaba el estómago», como decía él.

Esa dificultad no se dejó notar en exceso hasta el momento de la cena. Se le movían los intestinos en secreto, pero no tenía tiempo para pensar en ellos. Sin embargo, después de ocho sándwiches, dos porciones de tarta, seis galletas y un plato de helado regado con dos cafés, su estómago encontró materia con la que trabajar.

Cenó con la señorita McGuckin, naturalmente, y también con el anciano doctor Moss y la señorita Ternan, profesora de dibujo. El doctor Moss habló de su viaje a Tierra Santa con todo lujo de detalles, mientras los demás escuchaban. El anciano caballero llevaba en el bolsillo un ejemplar del Nuevo Testamento encuadernado en madera del Monte de los Olivos; lo sacó y lo sometió a la admiración de sus compañeros de mesa. Millicent McGuckin tenía una curiosidad encantadora y preguntó por lo que se comía en Tierra Santa; quería saber en particular si Nuestro Señor se alimentaba principalmente de dátiles, granadas e higos; a ella le parecía muy

probable que Jesús hubiera sido vegetariano. Hector no tuvo necesidad de decir nada, de manera que comió imperturbablemente y mezcló café caliente y frío helado con la despreocupación de la juventud. Y entonces, de repente, el estómago se quejó.

El borborismo o rugido de tripas no ha recibido ni de la ciencia ni del arte la atención que merece. Es una característica tan personal como el tono de voz. Puede ser vehemente, quejumbroso, expelente, charlatán, humorístico... posee una variedad ilimitada. Sin embargo, son pocos los que lo toleran con comprensión; a menudo lo despreciamos por vergüenza o hacemos chistes malos a su costa. Cuando a Hector se le rebeló el estómago, fue como si alguien se hubiese puesto a hinchar una gaita y lo hubiese dejado de pronto. Las personas que estaban cerca de él hicieron como si no hubieran oído nada.

Los ruidos del estómago pueden desoírse una vez, pero si insisten, hacen temblar el aplomo más perfecto. Los de Hector insistieron y Millicent McGuckin empezó a levantar las cejas y hablar con inusitada claridad, como para hacerse oír al pasar un tren. La señorita Ternan se sonrojó un poco. El anciano doctor Moss se desenganchó el receptor del audífono de la pechera del chaleco y lo sacudió y lo sopló con recelo, como temiendo que se le hubiera colado en él una miga de galleta. El estómago de Hector lanzó un rugido largo y fuerte y después descendió en la escala cromática hasta convertirse en un ronroneo grave y cavernoso. Parecía que se estuviera produciendo en las cercanías una avalancha de piedras desde la montaña hasta el valle por un torrente primaveral encabritado y espumeante. Después, inexplicablemente y desafiando las leyes naturales, las piedras ascendieron de nuevo montaña arriba, donde las recibieron atónitos montañeros con gritos y música de gaitas.

Los ruidos duraron una eternidad, hasta que Hector se levantó.

—Voy a ver si han dado de cenar a la orquesta —dijo, y salió del comedor totalmente ruborizado, casi negro.

En el lavabo de caballeros se leyó la cartilla. ¡Valiente tipo estaba hecho, ser la pareja de Millicent Maude McGuckin y comportarse de semejante modo! Y ahora, ¿qué? ¿Qué iba a hacer con el vals y con la baladronada del beso? La explicación teológica le dio unos golpecitos de llamada de atención: ¿no sería su merecido por el pecado de alardear de que se aprovecharía de una chica dulce e inocente delante de todo el mundo, ante el director y su mujer, ante el doctor Moss, que llevaba un Testamento encuadernado en madera del Monte de los Olivos? Como la mayoría de los jóvenes, Hector estaba convencido de que sus mayores eran enemigos implacables de Eros.

¡No! ¡Tenía que llevarlo a cabo! ¡Había apostado dos dólares con cincuenta a que lo haría! Pero los enemigos del estómago se burlaron de su determinación con risas sarcásticas, como un coro desde fuera del escenario. ¿Y si le rugían mucho mientras bailaba el vals? ¿Y si —¡horror de los horrores!— no pudiera contener las ventosidades mientras bailaba? Por nada del mundo —ni por dinero, ni por orgullo ni

por amor a Millicent McGuckin— se arriesgaría a pasar semejante vergüenza.

Y, así, se quedó donde estaba. Oyó débilmente los primeros compases del vals. Para ese último baile, se apagaban todas las luces, salvo unas pocas que se amortiguaban con gelatina azul, con intención de convertir la canción final en el paradigma del romanticismo lánguido y en el momento de gloria de la fiesta. Pensando en ese baile tan especial, la madre de Millicent McGuckin le había hecho un vestido nuevo de satén azul eléctrico, recogido maravillosamente para que brillase y se arrugase de modo que, como comentó con admiración el profesor de ciencias naturales, pareciese una anguila eléctrica. Hector no llegó a saber si la joven había bailado el vals con otra persona o si se había quedado sentada. Al día siguiente, los estudiantes lo miraban con curiosidad y los que habían participado en la apuesta no se atrevieron a pedirle lo pactado. Se sabía que Mackilwraith había sufrido una crisis o algo así durante el baile, pero nadie sabía si había sido por la bebida o, como dijo un compañero suyo, si es que había recibido la llamada de la delegación en plena fiesta, pero el caso es que nadie se atrevió a preguntar. En cuanto a Millicent Maude McGuckin, no volvió a dirigirle la palabra nunca más.

Nadie sospechaba que Hector se había pasado el último vals sentado en un cubículo del lavabo de caballeros llorando amargamente.

Griselda no estaba de buen humor cuando llegó al baile. Roger había ido a buscarla sin coche y, con toda su sangre fría, le había dicho que suponía que irían en el de ella. Se ofreció a conducir él, pero ella dijo que prefería llevarlo personalmente e insinuó que Roger había bebido ya más de la cuenta. Él no respondió a la insinuación, pero, cuando Griselda hizo mil maniobras para aparcar en un sitio difícil, no dejó de mirarla con sarcasmo. Para castigarlo, lo obligó a esperarla veinticinco minutos, mientras dejaba el abrigo en el guardarropa y se retocaba la cara. Saludaron a quienes recibían a los invitados y entraron en la sala de baile de mal humor. La primera pareja que pasó bailando delante de ellos estaba formada por Solly y Pearl.

—¡Dios mío! Creía que Solly venía con su madre —dijo Griselda.

—¿Quién es la chica que está con él? —preguntó Roger.

—Deberías saberlo. La has besado en todos los ensayos de la última semana. Es Pearl Vambrace.

—¿De verdad? No tenía la menor idea de que estuviera tan bien.

—A mí me parece que está como siempre —dijo Griselda, aunque sabía que Pearl estaba más guapa que de costumbre.

Roger se acercó a Solly bailando y le tocó el hombro.

—¿Puedo? —dijo; se alejó bailando con Pearl y dejó a la enfadada Griselda con Solly.

—La orquesta es estupenda —dijo él.

—No seas majadero.

—La orquesta es horrible.

—No te hagas el listo.

—Estás muy guapa.

—Gracias. Parece que Pearl también.

—Sí, ha mejorado mucho, ¿verdad?

—Dicen que la admiración es lo que mejor sienta; debería halagarte que haya cambiado tanto por ti.

—Gracias; se agradece el reconocimiento.

—¡Ah! Entonces, le gustas, ¿eh?

—Pecaría de inmodestia si respondiera a esa pregunta. Pregúntaselo a ella.

—¿Qué tal se lleva con tu madre?

—Como uña y carne. Prácticamente son almas gemelas.

—Parece cosa del destino, Solly, querido.

—Sí, ¿verdad?

Entre tanto, Pearl saboreaba el primer éxito de su vida social. No sabía bailar, pero se dejaba llevar bien por Roger y escuchaba trémulamente su cháchara trivial. La halagó diestramente de diez formas distintas; le dijo que, entre el trabajo y los ensayos, no había podido tratarla más a fondo y que era una lástima, pero que lo remediarían en el futuro; puso de nuevo en práctica su truco predilecto: insinuar que ellos dos estaban ligeramente por encima de todos los demás asistentes e invitarla a burlarse con él de las parejas que bailaban alrededor. Pearl respondía a los comentarios con sensatez y sin alterarse, pero tantos halagos empezaban a embriagarla. ¿Qué importaba ya haberse manchado el vestido de maquillaje la primera vez que intentó pintarse? El Torso le había arreglado la cara y había solucionado el enojoso asunto de los tirantes de la ropa interior cortándolos con las tijeras de uñas de la señora Bridgetower y poniéndole cuidadosamente unos imperdibles. La admiraban. Estaba bailando. Había llamado la atención del divino Roger. Cuando pasaron bailando al lado de Griselda y Solly, Pearl, henchida de caridad por todos los seres de la creación, dedicó una sonrisa radiante a Griselda, aunque a esta le pareció de triunfo, de alegría maligna, y rechinó sus preciosos dientes con tanta fuerza que hasta Solly lo comentó.

Todos los bailes se parecen. Son maravillosos, son aburridos. Alimentan grandes esperanzas, dejan pesares amargos. Los jóvenes desean que nunca terminen, los mayores esperan intranquilos a que llegue el momento de poder irse a casa a dormir con dignidad. Siempre son un gran éxito, para algunos invitados siempre son un fracaso. Lo que los invitados encuentran al llegar al baile es prácticamente lo mismo con lo que acudieron.

Hector acudió con sus aprensiones, su sensación de derrota, sus temores por Griselda, su desconfianza respecto a Roger y toda la carga de una vida que no había

conocido el espíritu de la diversión. Cuando salió por la puerta del letrero de «Caballeros» llevaba consigo el fracaso de la fiesta de la Escuela Normal, tan fresco y doloroso como el primer día, hacía veinte años. Se mezcló entre la concurrencia sin saber adónde ir ni lo que tendría que hacer cuando llegase.

Casi inmediatamente le dirigieron la palabra. Consternado, vio que se trataba de un miembro de la Junta Administrativa Escolar, órgano que le inspiraba desprecio y temor, como a todos los maestros; le ofendía que, siendo como eran legos en la materia, interfiriesen en el poderoso misterio de la educación, y por eso se burlaba, pero al mismo tiempo los temía, porque tenían autoridad para despedirlo. Podría decirse que las juntas administrativas escolares sufren una contradicción pareja respecto a los maestros; los desprecian porque han elegido una vida de reclusión (es la defensa que esgrimen en su relación diaria con el barullo y las exigencias de los jóvenes bárbaros) y, sin embargo, los respetan porque son propiedades valiosas y difíciles de reemplazar, en caso de muerte o renuncia. Por todo ello, las relaciones entre junta y maestro suelen ser tirantes.

A pesar de todo, ese miembro en concreto se deshizo en afabilidad.

—¡Hay que ver —exclamó, enganchando a Hector— la sagacidad que ha demostrado usted esta tarde!

—¿A qué se refiere? —dijo Hector.

—A los libros. Me han dicho que se les escaparon por muy poco. ¡Qué ojo!

—¡Ah... ah, sí! —dijo Hector, pasmado.

—Venga, quiero que conozca al coronel Pascoe. Coronel, le presento al señor Mackilwraith, nuestro mago matemático del instituto. ¿Sabía usted que esta tarde estuvo en la subasta del doctor Savage y descubrió el único objeto de valor que había? Unos libros. Pujó hasta dos mil cuatrocientos dólares por ellos y no los consiguió por los pelos. Según dicen, están valorados en nada menos que quince mil, en Nueva York.

—¡No me diga! —dijo el coronel Pascoe—. Bien, bien, brindemos por eso.

En el comedor, Hector se convirtió rápidamente en un héroe. El miembro de la junta lo exhibía como si el mérito fuera suyo; afirmaba que no había hecho muchos estudios, que él se había licenciado en la universidad de la vida, pero que respetaba la educación, sobre todo si podía transformarse en dinero contante y sonante. A Hector lo asombró que le adjudicasen tanto mérito por haber estado a punto de comprar los libros. Con la nueva personalidad de bibliófilo astuto le presentaron también al obispo y este lo invitó a pasar algún día por el palacio a echar un vistazo a un libro de oraciones antiguo; tenía más de cien años y seguro que era muy valioso, pero al obispo le gustaría conocer la opinión experta de Hector. Cuando salió de allí, había tomado tres copas y estaba un poco más animado.

Parecía que, fuera donde fuese, le precedía la fama de avezado coleccionista de libros raros. El monto de lo que había llegado a pujar variaba entre los miles y las decenas de mil: siempre cantidades impresionantes. Ahora encarnaba al canadiense

bien informado y resuelto a proteger los tesoros literarios del país de un artero tratante de los Estados Unidos. Decían que quería adquirir los libros para donarlos a la biblioteca de Waverley. Se llegó a hablar de que la universidad le concediera un título honorífico a modo de recompensa por su patriotismo y su conocimiento bibliográfico. Hector guardaba un prudente silencio y sonreía: que pensarán lo que quisieran. Cruzó la sala de juegos de mesa y pasó por la tribuna de la sala de baile, ocupada por las madres de los jóvenes que bailaban, entre la agitación que suelen despertar a su paso las personas distinguidas y se comentó que su curioso traje de etiqueta era una expresión de excentricidad típica de sabios. No obstante, a pesar del efecto balsámico de la inesperada notoriedad, Hector no perdió de vista el motivo por el que asistía al baile.

Roger pensó que estaba haciendo una tontería. De acuerdo, se había vengado de los desaires de Griselda a su dignidad masculina y, al bailar con Pearl Vambrace, se había dado cuenta de que incluso a un experto como él podía pasarle inadvertida una joyita aun después de haberla tenido varias semanas delante de las narices; pero esos placeres eran pura autocomplacencia. Griselda, con su caro modelo de inspiración griega, le otorgaba una categoría muy superior, al contrario que Pearl con su traje rosa de organdí; Griselda era una Webster, una rica heredera; Pearl era una chica del montón, había muchas como ella. Por lo tanto, Roger aprovechó la primera ocasión para volver con Griselda y la encontró arrepentida. Pensó que eso estaba muy bien, ya le sacaría el debido rendimiento después. Tras insinuar vagamente a Pearl que volverían a bailar juntos más tarde, la dejó, pero, salvo el baile de rigor que dedicó a Nellie Forrester y a Valentine respectivamente, no volvió a separarse de Griselda en toda la velada.

A Pearl la afligió lo que interpretó como súbita frialdad de Roger. ¿Qué había hecho de malo? ¿Era por el aliento, cosa que podía arreglarse recurriendo al cepillo de dientes en el lavabo de señoras? ¿O es que era tan insípida y tan poco atractiva que no había nada en el mundo capaz de remediarlo? Estaba tan abatida que Solly no pudo aguantarlo más y le preguntó si le pasaba algo. Entonces, la pobre niña, tan desgraciada que no supo sino decir la verdad, le confió que le parecía que a Roger no le gustaba nada, pero que deseaba gustarle más que nada en el mundo.

Esa clase de confianza resulta elogiosa para un hombre de más edad, pero para uno de la misma es un mazazo desalentador. Solly la consoló lo mejor que supo, que fue lamentablemente mal, y, después de dejarla con su madre, se fue al comedor y pidió *whisky* con soda. Mientras lo tomaba echó de menos a Cobbler más de lo que esperaba; él sabría lo que había que hacer con una chica que había empezado la época de muda en plena fiesta. Y si Pearl necesitaba una medicina contra las puñaladas del amor no correspondido, él también, de manera que se aplicó generosamente la única que tenía a mano.

La señora Bridgetower no era la compañía ideal para una chica como Pearl en esos momentos. Hizo todo lo posible por distraerla, le contó los bailes a los que había

asistido en su juventud y lamentó que hubiera ya tan pocos hombres que usaran guantes blancos. Los bailes modernos no le parecían bien; en cuanto a la música que los acompañaba, no se fiaba de su criterio para juzgarla. Alabó a la madre de Pearl por tener una hija tan encantadora, porque, en su opinión, actualmente las niñas dejaban de ser encantadoras antes incluso de empezar a pensar en bailes. Le parecía muy bien la disposición de Pearl para salir un rato del baile y sentarse con una vieja aburrida como ella. No, no, Pearl no debía negarlo; sabía muy bien lo poco interesante que le resultaría hablar con un vejestorio a una jovencita como ella.

Responder adecuadamente en una conversación de esas características requiere la mayor inventiva, incluso de una persona entrenada por el profesor Vambrace. Pearl se alegró de que El Torso y el teniente Swackhammer se acercaran y la invitaran a ir con ellos.

—Cariño, pareces un cachorrito envenenado —dijo Bonnie-Susan con toda franqueza, cuando la señora Bridgetower no podía oírla—. Anda, ven conmigo a los retretes y te sueltas la melena.

En un rincón tranquilo de los lavabos de señoras, Pearl confió sus cuitas a la comprensiva El Torso y recibió el sabio consejo de la experta joven.

—Mira, Pearl, pierdes el tiempo. Roger no tiene nada que a ti te interese. Yo me muevo por ahí y sé lo que digo. Es un sinvergüenza guapo y simpático, pero un sinvergüenza, al fin.

—Pero me dio la impresión de que le gustaba un poco...

—Sí, pero él va por interés y tú no tienes nada que ofrecerle. En cambio, Griselda, sí.

—Ya sé que es más guapa que yo.

—Y más rica y con más clase.

—Entonces, ¿por qué no le dices lo que piensas de él?

—Porque no lo necesita, pero tú, sí. Ella sabe cuidarse sola... me parece. Y si no, su padre pagará a los mejores abogados del país para que la cuiden.

—¡Ay, Bonnie-Susan! ¿Es que te parece que el amor no cuenta nada?

—Por supuesto que sí, cielo, pero, en el caso de Roger... ¡Ese solo se ama a sí mismo!

Después del intervalo de la cena, Roger salió con Griselda, cruzaron el patio de los barracones y se dirigieron al lago. Había en la orilla una vieja fortificación de piedra que se había construido para defender Canadá de los ataques estadounidenses y allí, junto a la muralla, colocó la casaca en el suelo y se sentaron los dos.

—Siento haberte disgustado esta noche, al principio —dijo él.

—No ha sido nada —dijo ella—. Además, estaba de mal humor.

—¿Por qué? Si no es indiscreción.

—Es que, mientras me vestía, Freddy no ha parado de darme la lata con unos

libros viejos que habían vendido por la tarde.

—¡Ah, sí! La adquisición del gran Mackilwraith.

—No, no los compró él.

—¿Y te enfadaste por eso? ¿Por qué?

—No, sé, la verdad, pero el caso es que me puse furiosa. Me dio mucha rabia no haber ido a la subasta y no saber muchísimo sobre libros antiguos... ni sobre nada, en realidad. Insatisfacción general, supongo.

—Aburrimiento, probablemente.

—Probablemente.

—Necesitas un poco de animación.

—Sí, y sé que tú crees saber cómo animarme.

—¿Cómo?

—Teniendo un lío contigo. Ya lo has dicho alguna vez.

—Bueno... ¿y no es verdad?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Una no se enamora así, por decreto.

—No lo decía en ese sentido.

—Creo que lo mejor sería ponerme a trabajar.

—¿Por qué?

—¿Por qué no?

—El trabajo es para quien lo necesita y a ti no te hace ninguna falta. Quitarías el puesto a quien lo necesitara de verdad.

—Entonces, tal vez un viaje largo.

—No podrías hacerlo sola, pero podrías dar la vuelta al mundo si te fueras de luna de miel.

—Para eso tendría que casarme con un hombre muy rico, ¿no te parece?

—Lo que me parece es que esa respuesta no me gusta.

—¿Por qué?

—¿Insinúas que lo que me interesa de ti es tu dinero?

—Me han inculcado esa idea desde que tengo uso de razón, pero no en casa, sino la gente. Algunas personas me miran con el símbolo del dólar reflejado en los ojos. Las chicas de familia acomodada somos muy susceptibles con esas cosas.

—Nunca te he hablado de eso.

—No, pero cada vez que te refieres a la posibilidad de un futuro juntos, lo supeditas todo al dinero, pero solo cuentas con tu paga del ejército. ¿Te sorprendería saber que sé cuánto cobras porque lo he consultado?

—Has heredado el instinto comercial de tu padre, ¿verdad?

—Quizá.

—No creía que fueses tan calculadora.

—¡Qué curioso, viniendo de ti!

—¡Qué insultante eres, maldita sea!

—Hace unas semanas, me aconsejabas que viera a la gente sin trampas, tal como

es. ¿De qué te quejas?

—No sé si darte un beso o un bofetón.

—Siempre he preferido la comodidad. Tal vez sea mejor que me des un beso.

Roger la besó; con el beso apostaba por la posibilidad de llegar a ser marido de una mujer rica. Fue un prodigio de su técnica. La forma de tomarla entre los brazos y de besarla tiernamente en los labios; el modo en que, enseguida, como estremecido por el fuego de la pasión, la estrechó aún más, apretó la boca contra la de ella hasta el dolor y después, conteniendo el aliento, le puso la mano en el pecho y le cubrió de besos la garganta, las orejas, el pelo y, por último, los labios; la manera en que buscó la lengua con la suya y se la acarició en la boca... no podía haber hecho todas esas cosas mejor ni más oportunamente. Sería inútil fingir que Griselda no se conmovió; semejante demostración del arte amatoria habría revolucionado hasta a una anacoreta. Sin embargo, cuando por fin la soltó, ella se separó, se puso la chaqueta sobre los hombros y se quedó en silencio un rato, mirando al lago.

—¿Y bien? —dijo Roger finalmente.

—¿Y bien, qué?

—¿Eso es todo? ¿Y si lo repetimos?

—¿Y si no? —dijo Griselda separándose un poco más.

—¿Te ha desagradado?

—No, en absoluto.

—Entonces... ¿por qué no?

—Porque me parece que no, simplemente.

—No irás a darme un sermón sobre la castidad, ¿verdad?

—Bueno, Roger, pues, ahora que lo dices, a lo mejor sí. ¿Sabes lo que es la castidad? La negación de la pasión no, eso seguro. Dijo un sabio, no me acuerdo del nombre, que la castidad era confiar el cuerpo al cuidado del espíritu.

Roger se quedó un rato pensándolo.

—Entiendo —dijo por fin—. No soy suficiente para tu espíritu, ¿es eso?

—Sé que no puede sonar más gazmoño y repugnante, pero así es.

—¡Vaya! ¡Maldita sea! Me han dado calabazas por motivos muy curiosos, pero esto lo supera todo.

—Lo sé. ¿Quieres que te lleve a casa?

—¿Llevarme...?

—Hemos venido en mi coche, recuerda.

—Pues ya puedes llevarte tú solita. Yo me voy andando.

Hecho una furia, Roger se levantó de un salto y se marchó al comedor, donde dio que hablar al pedir un vaso largo de *whisky* y tomárselo a palo seco.

Ni Griselda ni Roger advirtieron la presencia de una silueta corpulenta que los siguió hasta la fortificación. Era Hector. Por debajo del terraplén, a modo de pasillo de

comunicación entre el foso que rodeaba la torre y la playa, discurría un pasadizo húmedo, frío e inhóspito de paredes de piedra. Allí se apostó, porque veía a la pareja sin arriesgarse a ser visto a su vez. No oyó la conversación en voz baja, pero vio el beso, un beso como jamás podría haber imaginado. Se le clavó en los intestinos como una lanza y, a partir de ese momento, comenzó un desasosiego histórico. El estómago soltó un gruñido de aviso y, a continuación, el rugido de la avalancha. Tenía la impresión de que la pareja debía oírlo desde la orilla, aunque estaban a más de cinco metros de distancia. Con lágrimas en los ojos, el corazón encogido de angustia y horror y cincuenta gatos salvajes en las entrañas aullando a pleno pulmón, dio medio vuelta y echó a correr hacia la academia militar.

No volvió al baile, pero tampoco tuvo fuerza de voluntad para marcharse a casa y se quedó hasta el amanecer paseando por una larga avenida de árboles, flanqueada por el agua y por los jardines de la academia. Le estallaba la cabeza. Estaba seguro de haber presenciado el primer paso de la seducción de su amada, ¿y qué había hecho? Huir. ¿Lo había hecho así porque también él, hacía mucho tiempo, en otro baile mucho más humilde, había alardeado de que deshonraría a una chica? Era un tormento incoherente y encarnizado. Sin embargo, cuando el sol ya estaba alto, comprendió que debía ir a buscar el abrigo y marcharse a casa, de modo que volvió al patio central de la academia.

Todavía quedaba mucha gente allí y, cuando apareció, lo saludaron a gritos. Era el ejército invicto de los juguistas que habían resistido hasta el último momento, mientras que los menos corajudos se habían ido a casa en coche por la misma avenida en la que él había pasado una noche agotadora. No se conformarían hasta que el famoso héroe del mayor éxito casi logrado en la historia de la adquisición de libros de Canadá posara con ellos para hacerse una fotografía de grupo. Y así fue como en el periódico de ese día, en el centro de la alegre muchedumbre, se encontraba Hector, entre dos chicas colgadas por el brazo de su cuello y otra más, pícaramente sentada en su rodilla. Se le reconocía espléndidamente y el prestigio que ganó entre sus alumnos a raíz de esa publicidad no se vio mermado porque en la lista de nombres de la instantánea le hubieran adjudicado el de «profesor MacElroy».

SIETE

Concluido el ensayo general con vestuario, la directora arengó a los actores por última vez. Estos, con los trajes puestos, la escuchaban sentados a su alrededor, unos en el césped y otros en objetos diversos del equipo del grupo. Los iluminaba Larry Pye con un cañón grande, mientras la orgullosa luna ascendía por el alto cielo.

—Creo que eso es todo —dijo Valentine—. ¡Ah, no! Tengo algunos comentarios personales aquí anotados. Señor Leakey, no puede usted salir al escenario con el anillo de masón. Señor Shortreed, sé que se quitó usted el reloj de pulsera antes de la segunda entrada, pero tenga mucho cuidado con eso, haga el favor. Recuérdenselo el uno al otro mañana por la noche, cinco minutos antes de que se abra el telón, ¿de acuerdo? Profesor Vambrace...

—*Mea culpa, mea culpa!* —exclamó el profesor con sonsonete literario, escondiendo la cara entre las manos.

—Sí; las gafas en la escena de la visión. Es fácil olvidarlo. ¿Puede encargarse a alguien que le avise en el momento debido?

—¡Yo, yo! —saltó la señorita Wildfang—. Le aviso yo con mucho gusto.

—Antes de irnos a casa, quisiera hablar un momento en privado con dos personas. Señor... Hum, no; solo con la señorita Vambrace, me parece. ¡Ah, sí! He anotado algo aquí que había pasado por alto: he visto una cosa muy rara en el maquillaje, sobre todo en el de las chicas de la danza de las ninfas y los segadores. ¿Qué se han hecho, señoritas?

Hubo un silencio tenso.

—¿Quién las maquilló?

—Tíita Puss —dijo una ninfa con un hilo de voz.

—¿Quién?

Valentine se dio cuenta de que alguien le tironeaba de la falda desde atrás. Era la señora Forrester.

—¡Cállate, Val! —le susurró.

—Bien, ya lo hablaremos después —dijo Valentine—. Ahora quiero que estén todos satisfechos y seguros. El ensayo ha sido muy bueno. No hay fallos graves; los desajustes que he visto se pueden corregir antes de mañana por la noche. No crean esa tontería de que un buen ensayo general es una mala noche de estreno. Procuren descansar mañana si tienen la oportunidad y, por favor, estén aquí puntualmente a las siete; recuerden que, si alguien se retrasa, quien sufre es el regidor y eso es imperdonable. Muchas gracias a todos. Ahora, su presidente quiere decirles unas palabras.

Nellie se puso en pie con su mejor cara de preocupación gratuita.

—Bien —dijo—, sin duda estamos todos de acuerdo en que la señorita Rich ha hecho maravillas, sencillamente maravillas, con el material del que disponía. En toda la historia de este club, que se remonta tantos años en el tiempo que no los quiero contar, nunca los había visto tan bien a todos ustedes. Espero sinceramente que sea verdad lo de que un buen ensayo general no traiga una mala noche de estreno.

Algunos nos acordamos de las veces que hemos visto cumplirse el viejo dicho. ¡Hay tanto de verdad en los refranes antiguos! Pero, esperemos que mañana sea la excepción. Es lamentable que hayan quedado fuera del programa tres nombres y que las iniciales del señor Smith estén mal escritas; tenemos dos mil programas, aunque se podrían corregir a mano para mañana si hubiera voluntarios suficientes. ¿Alguien se ofrece? Lo haría yo misma, pero mañana no tendré un minuto libre.

No hubo más voluntarios que el señor Smith, un ayudante de Larry Pye que no estaba dispuesto a aparecer ante el mundo con el nombre de A. K. Smith, como figuraba erróneamente en el programa, sino con el de J. K. Smith, que era el suyo. Nellie siguió hablando.

—Como saben, es la primera vez que nos atrevemos con una obra pastoril. Es un experimento, vamos a abrir nuevos horizontes y no sabemos la aceptación que tendrá entre el público. En cuanto a las críticas, lo único que podemos hacer es esperar hasta verlas en la prensa; pero, pase lo que pase, siempre podremos decir que hemos sido los pioneros de las obras pastoriles en Salterton y, con las novedades, hay que saber aceptar lo bueno y lo malo. Y, ahora, tengo una sorpresa para todos; nuestro buen amigo el señor Webster, a quien tanto debemos por habernos prestado sus hermosos jardines, nos invita hoy a cenar antes de irnos a casa.

El discurso arrancó una gran ovación, pues no hay nada que seduzca tanto a los actores aficionados como una valoración muy decepcionante de su trabajo seguida de una promesa de comida. Mientras se deshacía la asamblea a la luz del cañón, corrió el rumor de que la señorita Rich dominaba muy bien su trabajo, aunque pecaba de optimista; porque, a fin de cuentas, ellos entendían de teatro lo justo para estar muy seguros de una cosa: que Nunca Se Sabía. Hasta el profesor Vambrace, racionalista a ultranza en otros aspectos de la vida, creía en la superstición de que un buen ensayo general significaba un mal estreno; todo el mundo se aferra a alguna creencia de esa clase y, para el profesor, el escenario era un oasis en el seco escepticismo que deslustraba todas sus otras actividades. Se fueron a quitar los trajes un poco decepcionados, porque Valentine no los hubiera acribillado, no les hubiera dicho que eran los peores actores del mundo y que se arrepentía de haber aceptado la dirección de la obra. En cuanto al discurso de Nellie, aunque no había estado mal, tampoco había pintado las cosas tan negras como para aliviar su sed de masoquismo.

Se quedaron unos pocos en la parcela de césped destinada a escenario, esperando a que Valentine los viera, pero Nellie estaba regañándola.

—Val, tienes que tener muchísimo cuidado con lo que dices sobre el maquillaje. Nuestra querida tía Puss se muere por hacerlo y, si la criticas, la hundes, pobrecita.

En ese momento se les unió la artista en cuestión. La señorita Puss Pottinger era muy menuda y muy mayor, pero ágil, a pesar de la forma en que temblaba; cuando se movía, se meneaba toda ella como un juguete mecánico. Vestía con elegancia, para ser una anciana de ochenta y muchos años.

—Creo que tiene usted algo que decir del maquillaje de las chicas, señorita Rich

—dijo con una voz tan briosa y trémula como su andar, una voz que parecía salir de un gramófono al que arrastrasen por un terreno accidentado—. Si me dice cuál es el problema, lo corregiré con muchísimo gusto.

—Me pareció un poco exagerado, señorita Pottinger —dijo Valentine.

—¡Ajá! En efecto, pero creo que no ha pensado usted en los focos, querida. Verá, la iluminación del escenario es mucho más fuerte que la normal. Intento contrarrestar ese efecto al máximo y, claro, visto de cerca, parece muy exagerado.

—Lo comprendo, señorita Pottinger, pero he visto a las chicas desde una buena distancia y, aun así, me pareció muy raro.

—¡Ajá! En efecto, pero es que les puse maquillaje de *ballet*, como lo llamo yo. No se preocupe, cuando se enciendan todos los focos entenderá lo que quiero decir.

—Pero, mi querida señorita Pottinger, esta noche hemos ensayado con todos los focos que vamos a usar mañana.

—¡Ajá! En efecto, pero Shakespeare necesita una exageración a la que probablemente no esté usted acostumbrada. Sepa que hace muchos años que hago de maquilladora, aficionada, eso sí. Imagínese, en los tiempos del conde de Minto, siempre que había programación de teatro de aficionados en el Rideau Hall, era yo la maquilladora. Un día, su excelencia tuvo la amabilidad de decirme que era una auténtica artista de mi trabajo y, como sabrá, él pintaba porcelana con un gusto exquisito. ¿Debo pensar que duda usted de mis habilidades?

—¡Oh, no, querida tía Puss! ¡Por supuesto que no! —dijo Nellie, agachándose y hablando con dulzura directamente al enfurecido rostro de la anciana—. Sabe muy bien que no nos las arreglaríamos sin usted. La tía Puss siempre ha maquillado a alguien en todas las obras que hemos hecho —dijo a Valentine, dando a entender que lo primero, por encima de toda consideración, era el respeto a los ancianos—. Nos moriríamos sin ella.

—No puedo ocuparme de toda la *troupe*, como hacía siempre —dijo la tía Puss un tanto aplacada—. Y, desde luego, no veo tan bien como antes. —Tiró de una cinta negra de seda que llevaba colgada al cuello y enseñó una lupa grande y potente que colgaba de ella—. Para la vida normal no necesito nada, pero para leer y maquillar, resulta que ahora tengo que usar esto.

Con la sensación de haber ganado la partida aparentemente, la tía Puss se alejó con su andar ágil y tembloroso y tropezó con una raíz en cuanto salió de la zona iluminada.

—¡Qué gallardía! —suspiró Nellie sin perderla de vista.

—Lo único que importa ahora es que maquilla fatal —empezó a decir Valentine, pero el profesor Vambrace se acercó desde el grupo que merodeaba en las cercanías y la asaltó.

—No deseo aumentar sus preocupaciones —dijo en el tono exacto de quien se dispone a hacerlo—, pero ¿no podría la regiduría proporcionarme un racimo con siete uvas exactamente, es decir, esconderlo en la cesta de la mesa del banquete, para

tenerlo a mano antes de mi gran parlamento? Es decir: «Las torres con sus nubes, los regios palacios...», naturalmente. Entonces, me comería siete uvas mientras digo esos versos y, al final: «Somos de la misma sustancia / que los sueños, y nuestra breve vida / culmina en un dormir»^[20]. Y entonces, tiro el rabillo. ¿Me entiende? No está mal, ¿verdad?

—Me temo que no acabo de entender, profesor —dijo Valentine.

—¡Oh, vamos, señorita Rich! ¿Está segura? Siete uvas: ¿a qué le recuerda? A las siete edades del hombre, ¿verdad? De *Como gustéis*. Está clarísimo que el melancólico Jacques es un primer estudio del personaje de Próspero. Pues bien, aquí tenemos la oportunidad de hacer la síntesis, de unirlos a los dos en un simbólico racimo de siete uvas. Por eso salí a escena con las gafas puestas, porque estaba hojeando *Como gustéis*. Lo cierto es que llevaba todo el día con una gran inquietud interior, pero hasta las nueve y media no he sabido lo que era. ¿Se lo dice usted al regidor o se lo digo yo?

—No me parece conveniente introducir novedades a estas alturas —dijo Valentine.

El profesor se quedó atónito pero, como parecía que el asunto estaba zanjado, se marchó y dejó sitio a Geordie Shortreed, que era el siguiente de la cola. Geordie habló en voz baja, como si le diera miedo o vergüenza que lo oyeran.

—Señorita Rich —dijo—, ¿le parecería bien que me pusiera una botella de agua caliente debajo del traje en la escena que me paso tumbado en el suelo tanto rato? Tengo los riñones delicados y, si se me enfrían, me darán un disgusto. Me han concedido una pensión del sesenta por ciento por discapacidad.

—De acuerdo, pero solo si me promete solemnemente que durante la función no hará ninguna jugada rara —dijo Valentine con severidad.

Alguien le había chivado que, el día anterior, Geordie había ido a la tienda de artículos de broma a comprar un disparador de agua grande y unos metros de tubo de goma.

—Se lo juro por estas, así me muera —respondió Geordie, y se fue con una sonrisa.

La última en acercarse fue Pearl Vambrace.

—Ponte relleno, amiga mía —dijo Valentine.

—No la entiendo, señorita Rich.

—En el pecho, querida. Habla con Bonnie-Susan, seguro que puede prestarte algo, aunque —reflexionó— no sé para qué lo iba a necesitar ella.

—¡Ay! ¿No pareceré demasiado grandota? Porque Miranda no tiene que ser así, ¿verdad?

—Todavía te falta mucho para serlo, pero debes tener en cuenta que, con los focos, la iluminación del escenario es mucho más fuerte que la normal —dijo Valentine, tomando prestada una página del libro de la tía Puss.

El refrigerio que ofreció el servicio doméstico de St. Agnes consistió principalmente en una gran cantidad de *chow mein* de pollo. En Salterton, las noches de junio pueden ser tan frescas como para que unos cansados pioneros de obras pastoriles agradezcan un plato caliente. Se reunieron en la hierba por grupitos y comieron y se preocuparon por la obra con fruición.

—¡Si al menos dispusiera de suficientes focos para matar todas esas sombras! —dijo Larry Pye—. Pero, por más que lo intente, dondequiera que vaya un actor, proyecta sombra.

—¿Y qué tiene de malo? —dijo Solly—. Es lo más natural. Aquí estamos ahora a la brillante luz de la luna y cada cual tiene su sombra. Larry quiere convertirnos en Peter Schlemihl, el que vendió su sombra al diablo. Todavía no he conocido a ningún regidor que no creyera que los actores proyectan sombra.

—No me quejo de una sombra —dijo Larry—, sino de cuatro o cinco en la cara de otro actor.

—No se preocupe, Larry —dijo Valentine—, su iluminación es encantadora. Lo que le agradecería mucho es que bajase el volumen del sistema de comunicación interna; cada vez que habla con el cobertizo desde bastidores se oye un rugido detrás del público. Eso despista y muchas veces resulta catastrófico.

—Tiene que estar alto —dijo Larry—, imagínese que hay que llamar a alguien con urgencia.

—Haga lo que pueda —dijo Valentine.

—¡Ay, señorita Rich! —suspiró la señorita Wildfang, que era la apuntadora—. ¡Tiene usted más paciencia que una santa! Incluso demasiada, si cabe. Esta noche nos merecíamos una crítica muy severa, de verdad; la esperábamos y hasta diría que la queríamos. No podemos mejorar si no nos dicen lo que hacemos mal.

—Se lo he dicho todo —replicó Valentine—, bueno, todo lo que tiene remedio, claro está. En realidad, no creo que la gente necesite mano dura para mejorar. Tengo mucha experiencia y siempre he comprobado que con buenos modales se puede sacar lo mejor de cada uno.

—¡Ah, sí! Los profesionales... —terció el profesor Vambrace—. Pero nosotros somos espíritus de otra clase, si se me permite citar otra obra del inmortal. La mayoría somos profesionales o universitarios. Sabemos aceptar críticas que para otros más... cómo decirlo... bueno, que la inteligencia más elemental de los actores profesionales no podría soportar.

Valentine se irritó un poco.

—Sir Henry Irving dijo que, en el arte, el mejor aficionado era un niño; a los niños hay que enseñarles con cariño y no se les debe exigir lo mismo que a los mayores. También dijo que lo más difícil para un actor aficionado era superar la costumbre de enfatizar los pronombres personales. Me niego a ceder al deseo perverso del aficionado de ser insultado en público.

Fue un golpe duro, pues ya se había hablado de la cuestión de los pronombres personales, y precisamente con el profesor. Este se volvió a otra parte y se le oyó decir a la señorita Wildfang que, a la luz de su experiencia reciente, entendía mejor las limitaciones del teatro profesional. Se le había negado un detalle tan nimio como el de las siete uvas que, sin embargo, podía recoger el eco de *Como gustéis*. De imponerse semejante falta de perspicacia, ¿era posible la evocación en el teatro, en realidad? Sí, estaba de acuerdo con la señorita Wildfang en la conveniencia de fundar un grupo de teatro universitario cuanto antes. Entonces, a fuerza de ensayos y erudición (no solo del departamento de literatura inglesa, por descontado), saldría por fin a la luz la unidad esencial, la grandiosa unidad total de las obras de Shakespeare.

Por mucho que desearan que Valentine los maltratase en un ensayo general, lo que más claramente preocupaba a los actores era que los criticasen en la prensa escrita.

—Digan los críticos lo que digan —alegaba Nellie—, siempre creeré que hemos hecho lo que teníamos que hacer. En cuanto a los demás, no puedo responder por ellos. La mala prensa puede hacerles mucho daño.

—¿Qué clase de prensa vendrá? —preguntó Valentine.

—El periódico de la ciudad, por supuesto, y tal vez salga algo en el próximo número del *Waverley Review*, en septiembre —dijo Solly.

—¿Nadie de fuera de la ciudad?

—Uno o dos, tal vez, atraídos por tu nombre.

—Entonces, ¿de qué te preocupas?

—De los que vengan de fuera; puede que incluso se presenten un par de críticos de la radio, de esos que tratan a uno con superioridad hasta cuando hablan bien de él. Y si algún otro grupo de teatro se entera de que nos dejan por los suelos, se alegrará mucho.

—Me parece que te preocupas tanto porque te crees en la obligación de hacerlo, Nell —dijo Valentine—. Las críticas ya no pueden hacer ningún daño a la función; por la cantidad de entradas que has vendido, el éxito está asegurado. Deja de darle vueltas.

—Así hablan los profesionales —dijo Cobbler, que se había unido al grupo—. Yo no hago ni caso a los críticos. Traten de lo que traten, la mayoría son unos farsantes y, para rematar, solterones o solteronas. Opinan de las creaciones del prójimo según su ciclo sexual. Dígame un crítico soltero que arda de deseo como un horno y le diré quién pondrá la función por las nubes o la hundirá en la miseria, según lo atractiva que le parezca la primera actriz. Veintiocho días después, cuando termine el ciclo, ese mismo crítico la alabará un poco. Todos los críticos tienen un reloj de veintiocho días en las mollejas y lo que digan de uno depende de si ese reloj va a dar las doce o la una. Salvo las honrosas excepciones de quienes de verdad aman las artes y que ejercerían de críticos aunque no se lo pagaran, los demás son un hatajo de mamarrachos necesitados, el hazmerreír de los verdaderos artistas.

—¿Qué debe hacer una directora solterona al respecto? —dijo Valentine.

—Si se refiere a sí misma —dijo Cobbler—, me veo en la obligación de confesar que me resulta inconcebible considerar solterona, salvo en el sentido más técnico de la palabra, a una dama tan encantadora como usted. Y lo que es más, es usted una artista auténtica... una creadora. Las personas como usted no se rigen por relojes de veintiocho días, son torres cuyo carillón repica según los caprichos del todopoderoso aliento de Dios.

—Gracias —dijo Valentine, que poseía la más escasa de las virtudes femeninas: la de saber recibir un halago. Se ruborizó de una forma deliciosa.

—No me lo agradezca a mí, sino a Dios —dijo Humphrey—. He dicho que ha hablado usted como una profesional. En esta función solo hay tres profesionales, usted, yo y otro más. Debemos mantenernos unidos.

—¿Quién es el tercero? —preguntó Larry Pye con esperanzas de recibir un halago.

—Ese jardinero —dijo Humphrey—. Creo que nadie se ha dado cuenta del trabajo tan maravilloso que ha hecho al transformar este jardín en una isla encantada para nosotros.

—¡Ah, sí! Gawky —dijo Larry—. Eso me recuerda que quiero decirle un par de cosas. ¡Eh, Gawky! —llamó a Tom, que estaba dando una vuelta por el césped con un chuzo y una bolsa, recogiendo trozos de papel.

—No, Gawky, no. Ese señor se llama Golky —dijo el profesor Vambrace.

El profesor estaba por allí cerca comiendo el tercer plato de *chow mein* en actitud abstraída. Despreciaba la comida, pero, en ocasiones como esa, cuando la había buena y en abundancia, siempre devoraba cuanto podía.

De todos modos, Tom siempre estaba dispuesto a responder a cualquier tergiversación de su apellido sajón y se acercó.

—El césped del escenario se ha estropeado un poco ya —dijo Larry—. ¿Se puede hacer algo?

—Mañana, hacia las siete, pasaré la segadora por el césped de abajo, señor —dijo Tom—, echaré los recortes por encima y lo regaré un poco. Lo hago todas las tardes para que se mantenga fresco.

—Es usted muy amable, señor Gwalchima —dijo Valentine.

—No es eso, señorita. En cierto modo, también estoy en la función y los recortes no hacen ningún daño. Creo que siempre hay que devolver a la naturaleza lo que es de la naturaleza. Sin embargo —dijo, furioso, al tiempo que pinchaba con el chuzo el papel de celofán de un paquete de tabaco que Larry acababa de tirar al suelo—, ¡nadie me convencerá jamás de que esta clase de celofán es de la naturaleza y a la naturaleza volverá! Por eso, señor, le agradecería que no lo tirase en mi césped, si no quiere que su isla encantada parezca un vertedero de basura. —Y se marchó.

—Ahora mismo te traigo otro plato lleno —dijo Solly a Valentine.

—Voy contigo —dijo ella, y se alejaron del grupo.

—¡Qué ganas tenía de salir de ahí! —dijo ella—. Todo el mundo me agobia con tonterías. Mañana lo harán bien. ¿Qué es lo que les preocupa?

—Ofrecen un sacrificio al Dios de los canadienses —dijo Solly—. Creemos que si sufrimos y nos maltratamos lo suficiente, la Providencia se apiadará y nos favorecerá en todo lo que queramos hacer. Estar alegre o creer que se ha hecho bien da mala suerte. Has estado mucho tiempo fuera de tu tierra. Se te han olvidado nuestras costumbres. Fíjate en ese grupo de ahí; están escrutando el cielo y deseando en voz alta que mañana no llueva. Lo hacen para aplacar al hombre malo del cielo y convencerlo de que nos trate bien. Los canadienses adoramos al diablo y estamos medio enamorados del eterno descanso. Para purificar el espíritu nos flagelamos a todas horas. Bueno, ¿un poco más de *chow mein*?

Se llenaron el plato de nuevo y se retiraron a un rincón tranquilo, protegidos de los demás por unos arbustos.

—Tengo que hablar con un actor antes de mañana —dijo Valentine—. Se trata de Mackilwraith. No quise avergonzarlo delante de todos, pero ha estado penoso. No es que lo haya hecho muy bien otras veces, pero esta última semana ha estado imposible. Se queda tan atrás que prácticamente desaparece y solo deja un hueco en el lugar de Gonzalo; nunca había visto un actor así. Lo que dice no tiene ningún sentido; si no me lo supiera de memoria, no entendería absolutamente nada.

—Es apabullante —dijo Solly dándole la razón—. No sabía cómo lo remediarías.

—Lo mejor será que lo solvente cuanto antes. ¿Vas a buscarlo y le dices que quiero hablar con él aquí, por favor? Es un sitio bastante discreto; prefiero que no nos vean los demás.

Saciado el apetito, nadie daba señales de irse a casa. Cobbler, su mujer e hijos estaban sentados en la hierba, cantando ante un nutrido grupo de gente. Las tiples y un solo bajo cantaban dulcemente a la luz de la luna.

*Come again,
Sweet love doth now invite*^[21]

Y, en tanto cantaban, callaban otras voces para oírlos.

Pero no todas. El señor Webster, que paseaba con cierta timidez entre sus invitados, totales desconocidos en su mayoría, se dio cuenta de que lo seguía un hombre que parecía un mono y que todavía llevaba en la cara restos del complicado maquillaje de Calibán. «¿Qué demonios querrá? —pensaba—. A lo mejor me adora porque se cree que soy rico; siempre hay gente así. O a lo mejor me odia por la misma razón, que es mucho más probable. Si al menos no corriera de esa forma de árbol en árbol...». De pronto se encontró cara a cara con él... ¡y algo había que decir!

—Supongo que habrá comido un poco.

—Sí, desde luego, señor Webster, la verdad es que sí.

—¿Ha sido suficiente?

—¡Sí, sí! Sin duda. Más que suficiente, como decía aquel. ¡Ja, ja!

—¿Quién es aquel?

—¿Cómo? Ah, pues, alguno de una novela o de una película.

—Ya. A mí me gusta mucho la historia. Me gusta averiguar quién dijo cada cosa, si es posible.

—¡Ja, ja! Sí, no está mal, digo yo.

—¿Café?

—Ah... no, no; ya he tomado mucho, se lo agradezco.

—¿Un cigarrillo?

—Ah, sí, muchas gracias. Pero tome uno, fumemos de los míos.

—No, gracias. Solo fumo puros.

—Bien hecho. Según dicen, es un humo mucho más sano.

—Nunca se lo he oído decir a nadie.

—Sí, sí. Es cosa conocida. A menos que te den uno explosivo. ¡Ja, ja!

—¿Por qué habrían de darme un puro explosivo?

—Por gastar una broma, nada más.

—Creo que no he visto ninguno en mi vida.

—¡Ah! ¿No? Pues yo tengo uno en el bolsillo, aquí.

—Es que no quiero un puro explosivo.

—¡Ah, no! Para usted, no. Regáleselo a alguien, gástele una broma.

—No, no. Quédeselo usted.

—De acuerdo. No se me ocurriría ofrecérselo a usted, se lo aseguro, señor Webster, menos aún después de lo que ha pasado entre nosotros, quiero decir.

—¿A qué se refiere? ¿Qué ha pasado entre nosotros?

—Pues lo del caballo.

—¿Qué caballo?

—Bueno, claro, para un hombre de su posición un caballo no será gran cosa, pero para mí podría ser un asunto muy serio. Porque, claro, cobro una pensión del sesenta por ciento, por los riñones, ¿sabe? Francamente, señor Webster, quería decírselo personalmente; ha estado usted impecable con lo del caballo.

—¿De qué demonios habla? Yo no tengo ningún caballo.

—Lo sé y toda la culpa es mía. Se ha portado como un príncipe con el asunto. Espero que mi carta lo aclarase todo.

—¡Ah! Usted es el que mató a Old Bill.

—Sí, y le digo francamente que me quedé más preocupado que el día de la batalla de las Ardenas.

—¿Es usted quien escribió esa carta tan extraordinaria?

—La pluma y el papel no son mi fuerte, pero en esa carta lo di todo.

—Ah. Bien... ¿no le apetece otro café?

—No, señor. Permítame que le estreche la mano.

—Oh... ah.

—Es usted impecable, G. A.

—Hum.

—A lo mejor un día puedo hacer lo mismo por usted.

—¡Ah!

—Como en la fábula del león y el ratón, ya sabe.

—Hum.

Liberado del cargo de conciencia, Geordie se marchó en dirección al grupo que escuchaba las canciones, mientras que el anfitrión se escabullía en dirección al refugio de su biblioteca. Para asegurarse de que nadie más lo encontrase y le dijese que era impecable, cerró la puerta con pestillo.

—¿Y bien? ¿Lo has convertido en un hombre nuevo?

Solly había observado desde lejos y cuando Hector salió de detrás de los setos, fue a hablar con Valentine.

—Lo dudo mucho —dijo ella—. Se ha disculpado y todo, pero en realidad me pareció que no me prestaba atención. Dijo no sé qué de problemas personales y de que tenía un peso en la cabeza, pero a todos los actores les pasa lo mismo, cuando llevan unos días haciéndolo fatal.

—Lo honras en exceso llamándolo actor.

—No, pobrecito, con lo tierno que es, no llegaría a serlo ni en mil vidas que tuviera. He hecho por él todo lo que he podido, pero para ser actor necesitaría un corazón y un espíritu distintos.

—Podríamos añadir un cuerpo distinto a la lista de necesidades. ¿Te has fijado en las piernas?

—Lo sé. Es regordete hasta los talones. Quería que los de vestuario le dieran un traje largo, pero insistieron en ponerle calzas. Mi larga experiencia me ha enseñado a calibrar con bastante exactitud lo que esconden los hombres debajo de los pantalones.

—Tiemblo... pero sé lo que quieres decir. Los hombres no suelen tener las piernas bonitas.

—Cierto, y no sé por qué.

—Es muy sencillo: un ejemplo más de la evolución, de la selección natural o algo así. En los periodos en que las mujeres llevaban falda larga, tenían las piernas horribles; solo hace falta fijarse en los desnudos de los cuadros de la época correspondiente. En cambio, cuando debían enseñarlas, las tuvieron bonitas a fuerza de desearlo. Cuando los hombres llevaban calzas, también las tenían bonitas, porque las necesitaban. Sin embargo, el hombre moderno las oculta, ¿y en qué se han convertido? En tuberías.

—O en palillos, como en tu caso.

—Me cohíben esos rayos equis que tienes en los ojos. Y, ahora que lo dices, mis piernas son lo que yo llamo universitarias o intelectuales. Quien las tiene como

palillos es Vambrace, por cierto. Acabo de asomarme al vestuario de los hombres, cuando buscaba a Mackilwraith, y me he encontrado a Vambrace cambiándose. ¿Sabes que lleva unos calzoncillos largos de color hueso, con el calor que hace? Fue una visión impactante. Me acordé de los hijos de Noé, cuando encontraron desnudo a su padre.

—¡Qué equivocación, ver vestirse a la gente! Solo hay dos formas decorosas de que nos vean: o vestidos o desnudos. Todo lo demás es vergonzoso y decepcionante.

—Por pura curiosidad, ¿por qué has dicho hace un momento que Mackilwraith era tierno?

—Lo es, ¿no te parece? Tan serio, tan sincero y bueno en el fondo...

—Sus alumnos no opinan lo mismo. En clase, es un tirano.

—Sí, es muy posible.

—Entonces, ¿por qué tierno?

—Bueno, es la impresión que me da. No quería hablarle con severidad delante de todo el mundo. ¿Qué te importa a ti que sea tierno o no?

—Celos, nada más. Seguro que no opinas lo mismo de mí. Aunque, bien pensado, tampoco me importa que me consideren tierno o no.

—¡Vamos, Solly! Tú eres demasiado inteligente para esas cosas, pero, de todos modos, eres un cielo y te agradezco de verdad lo mucho que me has ayudado en esta obra.

—Val, te amo.

—¿Qué?

—¡Ah, no te alarmes! No quiero casarme contigo, ni acosarte ni monopolizarte, pero te amo. Eres una persona maravillosa y absolutamente femenina. Parece una tontería, desde luego, pero ya me entiendes. ¡Hay tantas mujeres, incluso jóvenes y bonitas, que de mujeres no tienen nada! Les falta esa cualidad maravillosa y mágica que poseen las mujeres auténticas... como tú. Eres la justificación de cuanto dicen los mejores poetas. Eres la primera mujer que conozco que tenga esa virtud, y te amo y seguiré amándote. Pero no tienes de qué preocuparte... es una cosa para mi propio deleite. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí, Solly, querido. Y te lo agradezco muchísimo. Porque, verás, a mi edad, es muy halagador oír esas cosas de un joven como tú. Pero no te obsesiones conmigo, busca a una persona menor que tú.

—Claro, pero procuraré que se parezca a ti lo máximo posible, y va a ser difícil. ¿Vamos con los demás?

—Sí. Y no creas que se me va a olvidar lo que has dicho.

Solly abrazó a Valentine y la besó. Después, se fueron con los compañeros que estaban en la hierba.

Griselda estaba inquieta desde que se había separado de Roger en el baile. Solo

pretendía deshacerse de él, de eso estaba completamente segura, pero no darle lecciones de moralidad. No tenía intención de soltarle ningún discursito piadoso sobre el cuerpo y el espíritu. Desde luego, eso era lo que quería decir, pero le habría gustado expresarlo de otra manera. De todos modos, de no haberlo hecho así, ¿qué habría pasado? Roger le había dejado bien claro que quería convertirla en su amante. ¡Qué estupidez! Ella no quería ser amante de nadie, y menos de alguien como él. Aludía demasiado a menudo a su éxito con las mujeres. ¿Cómo lo había dicho? Que el cuerpo de la mujer era como un instrumento musical, había que tocarlo para hacerlo cantar. Eso lo había sacado de Balzac. Ella había leído lo que decía Balzac al respecto y le había parecido una tontería. Si alguien iba a hacerla cantar como un instrumento musical, primero tendría que hacerla feliz como ser humano, y eso no lo había conseguido Roger ni una vez. Sabía halagar y era divertido, pero no se hacía querer, no sabía por qué.

A pesar de todo, se arrepentía de haberle dicho aquellas cosas. Pensaría que era una sosa. Aunque no le importaba nada la opinión de los demás. Su padre siempre decía que no se podía ser feliz mientras te importase la opinión de los demás, pero, claro, su padre no era una chica y, por otra parte, él siempre se preocupaba por lo que pensarían de él unos u otros, conque eso no contaba.

Con un poco de vergüenza, llegó a la conclusión de que era mucho más sencilla de lo que pensaba. Era como las heroínas de Trollope; quería amar y ser amada y cuando se cumplieran esas dos condiciones, haría lo que fuese. Pero no quería tontear con Roger, por muy divertido que fuera mientras durase. Al final de la deprimente sesión consigo misma, pensó que tenía tendencia a la pureza, aunque quería dejar muy claro que era pura sin ser sosa.

¡Y decirle que había averiguado lo que cobraba! Lo había hecho, sí. Hablaba tanto de dinero que quería saber cuánto tenía en realidad. Las chicas nunca deberían reconocer que hacen esas cosas. Sin embargo, él habló de matrimonio, ¿y quién quiere casarse con una chica de dieciocho años, si no es por el dinero? En materia de dinero, Griselda era tan susceptible como su padre.

Se alegraba de haber dejado a Roger, pero lamentaba haberlo tratado mal. Bien, en tal caso, encontraría el momento de demostrarle que estaba dispuesta a seguir siendo amiga suya, hasta cierto punto. Desde luego, amante, ni hablar. Todo lo contrario: una Trollope. Vaya, no estaba mal el chiste. Se lo contaría a Freddy, si esa niña no fuera tan idiota y no se dedicara a airear todo lo que sabía por pura irresponsabilidad infantil.

La oportunidad se presentó durante la velada de después del ensayo general con vestuario. Griselda se encontraba al lado de la mesa de la comida, en el césped, con un plato de *chow mein*, un poco alejada de los demás compañeros y oyendo cantar a la familia Cobbler. Roger se acercó.

—Hola, Roger —le dijo—. Come un poco, está rico.

—Gracias, ya he comido —dijo él, en un tono que le pareció educado y distante, pero que en realidad resultó un tanto hosco—. Vengo a por café para El Torso. Veo que te estás poniendo las botas.

—Todavía no, pero empiezo; he tenido que hacer de anfitriona. Roger.

—¿Qué?

—No te enfades conmigo por lo del baile. No quería portarme tan mal.

—No te entiendo.

—Sí, sí que me entiendes. Me porté como una cerda. Lo siento.

—¿Quieres decir que has cambiado de opinión?

—No, eso no, pero me porté como una cerda mojigata. ¿Puedo explicártelo?

—Desde luego.

—Vamos a dar un paseo.

—De acuerdo.

—¿Y el café de El Torso?

—¡Ah! Seguro que ya se le ha olvidado. De todos modos, tanto café no le sienta bien. Me lo tomaré yo.

Se fueron en dirección a la parcela de abajo. Hector estaba mirándolos desde lejos y los vio entrar en la sombra, salir de nuevo a la luz de la luna y llegar a otra sombra. ¿Cómo iba a saber él que Griselda no paraba de comer *chow mein* al tiempo que daba explicaciones un poco incoherentes a Roger? Lo único que vio fue que Roger le pasaba el brazo por los hombros y desaparecían los dos en la sombra otra vez. Descorazonado, dio media vuelta y volvió a los setos. Fue allí donde estuvo a punto de toparse con Solly y Valentine, que en ese momento se daban un abrazo. Fue una mala noche para Hector.

Una mala noche y la última de muchas igual de malas. Desde el baile, no podía pensar en nada más que en Griselda y en lo que consideraba su intriga amorosa con Roger. No podía dormir. Durante el día, se suponía que debía vigilar a los alumnos que hacían los exámenes de verano, pero no cumplía el deber que tanto le gustaba antes. Otros años, se paseaba sin cesar por el aula de examen. Andando sin hacer ruido, recorría lentamente los pasillos de entre los pupitres, atento a los habladores, a los copiones, a los tramposos. En cambio, este año se sentó en la mesa del profesor con la mirada perdida y, cuando los examinandos necesitaban papel o tinta, a veces tenían que chasquear los dedos hasta tres veces para que se lo llevara.

Perdió el apetito. Iba regularmente al Snak Shak por pura costumbre; pedía comida pero no la terminaba. La piel empezaba a hacerle bolsas y le daba la impresión de que le estaban saliendo canas. En honor a la verdad, hacía cinco años que se le habían empezado a platear las sienes, pero no se había dado cuenta o no le había dado importancia hasta entonces. En cambio, en esos días turbulentos, le

parecían símbolos de su conflicto sentimental.

Amaba a Griselda y creía que en ese amor no había sitio para pensar en sí mismo. Lo único que anhelaba su cuerpo era a ella. Sin embargo, estaba seguro de que ella era el capricho del vil Tasset; con sus malas artes, la había convencido de que le entregase su cuerpo. Griselda se había perdido. Un espíritu tan delicado como el suyo quedaría irremediabilmente destrozado al ponerse en contacto con el pecado.

Por la noche yacía rígido en la cama, con la tensión de los amargos pensamientos que no podía quitarse de la cabeza. Griselda era una ramera. ¡No, no! Una ramera, no; esa niña adorable, tan nueva en el mundo, que acababa de dejar atrás la adolescencia... Todavía podría rescatarla, y ¡oh, cuán agradecida estaría a quien la sacase del abismo de la deshonra y la cubriese con el manto de la comprensión, del amor que desafía al mundo! Después de someterse a esta clase de tormentos, lloraba, y la cama del YMCA crujía con las convulsiones de sus gemidos. Los intentos de purga que su madre le había administrado de niño le habían hecho aborrecer las medicinas, pero, en el estado en que se encontraba, empezó a tomar aspirinas, incluso de dos en dos algunas veces, sin la menor consideración, y le ayudaban a dormir un poco.

Es curioso que, durante esa horrible semana, cuando tan verdadero y profundo era su sufrimiento, hallara tiempo para lamentarse de no haber recibido una educación más literaria. Las pasiones que lo vapuleaban eran demasiado grandes para su vocabulario y no podía expresarlas con palabras, ni siquiera para sí mismo. En cuanto a la planificación y el sentido común, los vio como los criados extremadamente limitados que eran, de tal modo que toda su idea de la vida se conmovió hasta los cimientos.

Era consciente de que el papel de Gonzalo lo hacía lastimosamente mal. Aceptó la suave regañina de Valentine sin rencor, casi sin oírla. La pena lo embotaba y lo único que podía hacer era procurar que se le viera lo menos posible... y mirar a Griselda. Verla lo aliviaba un poco, pero, cuando se fue a la parcela de abajo con Roger, él volvió a los arbustos como un animal herido, para estar solo. Fue amargo ver a Solly y a Valentine, pero solo como pueda doler un golpe en la espalda cuando se tiene un puñal clavado en el corazón. Pensó en el *chow mein*, en una taza de café, pero de pronto todo se le hacía repugnante. Encontró un banco escondido entre los fragantes arbustos florecidos y allí se sentó. Se oía la canción de la familia Cobbler, ligera y libre como el aire de verano.

*Gentle love,
Draw forth thy wounding dart;
Thou canst not pierce her heart;
For I, that do approve,
By sighs and tears
More hot than are thy shafts,
Did tempt, while she*

For triumph laughs^[22].

Lo cubrió un sudor frío y una náusea horrenda lo convulsionó. No lejos de allí, Griselda estaba con Roger. ¿Qué hacían? Se agarró al respaldo del banco, cerró los ojos y lo acometieron unas arcadas de espanto.

Esa noche Hector no durmió nada. Por lo general, cuando se dice eso, significa que se ha dormido cinco horas, en vez de las ocho de costumbre, pero Hector se fue a la cama a la una y allí estuvo, tumbado y despierto, hasta las siete, hora en la que se levantó e intentó espabilarse con una ducha. El golpeteo del agua fría en las cansadas carnes le refrescó un poco el cuerpo, pero no la cabeza. En la habitación, quiso pasar el tiempo con un montón de exámenes. Detectó los errores mecánicamente y escribió EFTS cuando las respuestas lo justificaban, pero parecía un enfermo terminal y ninguna distracción lo ayudaba a olvidar a Griselda. Por fin se levantó y fue al Snak Shak; no pudo tomar nada más que un zumo de naranja, un vaso pequeño, no el especial supergrande.

No tenía trabajo escolar esa mañana, pues prácticamente se habían terminado los exámenes y había pensado pasar la mayor parte del día corrigiendo ejercicios en la sala de profesores. Por lo tanto, pudo ir a la floristería y comprar un gran ramo de flores.

—¿A qué dirección las enviamos? —preguntó el dependiente.

No podía pronunciar el nombre. Se ruborizó y empezó a dolerle la cabeza.

—Escribiré la dirección yo mismo —dijo.

—En el mostrador encontrará una selección de postales bonitas.

Una selección de postales bonitas. La primera decía «Mi más sentido pésame»; en la siguiente, «Por un feliz acontecimiento»; en la tercera, adornada con un dibujo que parecía un mandril, pero tal vez estuviera dedicado a un irlandés, decía: «Que la suerte te acompañe y la desgracia te olvide». Eligió un sencillo tarjetón blanco y pasó un buen rato pensando en lo que pondría. ¿Se atrevería a declararle su amor de esa forma? No, no; tal vez lo leyeran los empleados de la floristería y se enterasen de lo que era solo para los ojos de Griselda. ¿No sabría decir algo que a primera vista pareciese insignificante, pero que a ella le transmitiese el mensaje? Escribió:

No importa lo que haya sido usted, cuente conmigo para cualquier cosa, incluso la muerte.

HECTOR MACKILWRAITH

Lo leyó varias veces. No acababa de saber qué era lo que no le convencía, pero no podía mandarle esas letras. Intentó comprimir en palabras la inmensidad de sus

emociones, pero no dio con un sentido claro. Por último, escribió:

Puede usted contar conmigo para cualquier cosa.

HECTOR MACKILWRAITH

Puso la dirección en el sobre y salió rápidamente de la tienda, antes de que el florista descubriese su secreto.

—Media hora. Queda media hora. Recibirán otro aviso cuando falte un cuarto de hora y otro más cinco minutos antes de que se abra el telón. En ese momento, que los primeros se reúnan en bastidores.

La voz de Larry Pye, muy amplificadas, llegó hasta el último rincón del cobertizo. Fue un anuncio solemne, como corresponde a un hombre que habla por un sistema de comunicación interna de su propia invención, y pronunciado con rigurosa meticulosidad.

Roger Tasset saltó de la silla en la que lo estaban maquillando y agarró un micrófono pequeño, que colgaba del altavoz.

—¿Regiduría? ¿Regiduría? Mensaje recibido. Procedo.

Se oyó de nuevo la voz de Larry, emocionado y en tono bastante normal.

—¿Cómo va todo, Rodge?

—Bien, Larry; mejor, imposible.

Satisfecho, Roger se sometió de nuevo a las manos de la maquilladora.

«¡Qué infantiles son los hombres! —pensó Valentine—. Tanto lío para unos mensajes que con toda facilidad podría traer y llevar un recadero».

Había mucha gente en el cobertizo. Tom lo había despejado para que lo ocupase el Teatro Joven y se habían llevado allí mesas y sillas para maquillar. Bajo la atenta mirada de Valentine, varias manos expertas trabajaban en la cara de los actores y, en un rincón, la tía Puss se afanaba con Hector Mackilwraith. Le trataba la cara como si fuera una pizarra escolar; si no le gustaba un efecto, lo borraba resueltamente con una toalla y probaba otro. Muy concentrada, lo examinaba con la lupa y seguía trabajando sin ella.

—Un poco de blanco en las sienes, creo yo —dijo la anciana—. Lo que se llama un gris distinguido. Muy adecuado.

—Señorita Pottinger, ¿por qué pinta el pelo de amarillo al señor Mackilwraith? —preguntó Valentine.

—¡Ay, ay! Seguro que me he equivocado de pintura, pero, bueno, eso se arregla con unos pocos polvos; es un amarillo muy neutro.

—A lo mejor puede terminar otra maquilladora con la barba del señor Mackilwraith, señorita Pottinger. No debe usted agotarse.

—Por favor, no se preocupe por mí, señorita Rich. ¡No hay barba que se me

resista!

—De eso estoy segura, pero no quiero abusar de su buena disposición.

—Señorita Rich, el conde de Minto me dijo en una ocasión que me consideraba una auténtica artista en esto. Y, como sabrá, él pintaba porcelana con un gusto exquisito. Deme tiempo, que terminaré con el señor Mackilwraith y daré un toque a todos los demás.

«No, si puedo impedirlo», pensó Valentine. Se las había arreglado para que las chicas pudieran maquillarse en otra parte, en una habitación de la casa que les había ofrecido Griselda, y tenía la sensación de que podría proteger a los hombres de la tía Puss. ¡Dios del Cielo! ¡Había que verla! Armada de lápiz de delinear, estaba dibujando algo parecido a unas cómicas gafas alrededor de los ojos de Mackilwraith. «Bueno, no importa, el pobre lo hace tan mal que lo mismo da la pinta que tenga. No queda más remedio que darlo por perdido; siempre tiene que haber al menos un caso así en todo espectáculo de aficionados que se precie».

Se abrió la puerta y entró Freddy vestida de diosa Ceres.

—Señorita Rich —dijo—, el señor Cobbler pregunta si hay que tocar *God Save the King* al principio de la función o al final.

—Al principio —dijo Valentine—, lo decidimos hace un par de días.

—Dice que usted sí, pero que la señora Forrester ha dicho que lo toque al final.

—Voy a hablar con ellos —dijo Valentine, y salió a toda prisa.

—Estás muy mona, así pintada —dijo Roger a Freddy.

—No me gusta nada que me digan que estoy mona —replicó ella—. Si he de ser guapa por voluntad de Dios, lo seré; si he de ser fea, lo seré sin lamentarlo, pero pase lo que pase, jamás seré vulgar. Solo la gente vulgar está «mona».

—Vas a ser guapa, como tu hermana —dijo Geordie Shortreed, que estaba feísimo, maquillado de Calibán.

—Griselda es muy guapa —dijo Freddy—. Es una lástima que tenga la cabeza hueca. Si alguna vez vuelven a ponerse de moda las chicas con dos dedos de frente, ella no tendrá nada que hacer. El Torso está un poco achispada. No soporto a la gente que no sabe beber.

—¿El Torso, achispada? —dijo Roger—. ¿Por qué?

—Dice que no tomó más que un sorbito para enfrentarse a la representación, pero se le subió a la cabeza y tomó otro para arreglarlo; entonces, se le bajaron los dos a las piernas.

—¿Y quién no se le bajaría a las piernas? —dijo Geordie, y el profesor Vambrace, que llevaba una barba de medio metro, lo aplastó con una mirada severa.

—Desde entonces no ha parado de tomar traguitos —prosiguió Freddy—. Tiene una petaca en el vestuario de las chicas. A lo mejor hay que frenarla con mano dura.

Llegó Solly.

—¿Estás hablando de El Torso? —dijo—. Lo cierto es que Juno ha empujado el codo. La última vez que la vi, Griselda le sujetaba una bolsa de hielo en la cabeza y

Cora Fielding le estaba poniendo botellas de agua caliente en los pies. Es una chica alegre, encantadora y nada de fiar.

Se abrió la puerta y entró un señor mayor que tenía dos dientes y llevaba una funda de violín; lo seguían una mujer pálida y delgada y un hombre moreno y gordito que llevaba un acordeón colgado del cuello con una correa de cuero.

—¿Es aquí donde teníamos que venir? —preguntó. Entonces vio a Solly—. ¡Ah, hola! ¿Qué hay? —dijo—. Me alegro de verlo, señor Bridgetower. ¿Podemos repasar la obra un momento, antes de empezar? Usted dígame dónde tiene que ir la música y ya nos encargamos nosotros de encajarla.

Solly se quedó blanco.

—Buenas noches, señor Snairey —dijo, y huyó por la puerta.

—No, a mí no me cuenten nada de ese asunto —dijo Humphrey Cobbler unos minutos después, cuando Valentine, la señora Forrester, Solly, el trío Snairey y él se reunieron en el césped, fuera del cobertizo—. Soy músico y por eso he venido aquí a poner música a esta obra. He dedicado al menos veinte horas de ensayo, he reunido un coro de diez personas y una orquesta de ocho y en estos momentos están todos preparados. Hemos hecho seis ensayos con toda la compañía. Bien, si quieren que me marche, así lo haré. Si quieren que me quede, me quedaré con mucho gusto, pero lo que no haré bajo ningún concepto es discutir con el señor Snairey.

—Solly, te dije que comunicases el cambio de planes al señor Snairey —dijo Nellie, al borde de las lágrimas.

—Me dijiste que trajese al señor Cobbler y así lo hice —dijo Solly— y dijiste explícitamente que irías tú a hablar con el señor Snairey.

—Usted es quien vino a verme la primera vez —dijo el señor Snairey—. Soy razonable, pero vivo de esto, como cualquier otro. Joe, aquí presente, tenía otros dos trabajos esta noche, pero ha venido por no dejarme plantado. O tocamos o nos quedamos sentados, pero cobramos igual. Creo que a usted no lo conozco de nada, joven —dijo, dirigiéndose a Cobbler con una mirada que probablemente quería ser amenazadora.

—No, supongo que no —dijo Humphrey—, solo llevo cinco años en Salterton.

—¡Ay! ¿Y ahora qué hacemos? —gimió Nellie—. Val, haz algo.

—No sé por qué, la verdad —dijo Valentine—. Esta situación es obra de Solly y tuya. Supongo que debéis pagar al señor Snairey; me imagino que no tendrá una tarifa muy elevada.

—La que marca el sindicato —dijo Joe el acordeonista—. Esto es un gran espectáculo. Los musicales se cobran caros.

—Es una cuestión de amor propio, más que de dinero —dijo el señor Snairey—. Ya soy mayor y no me gusta que jueguen conmigo como si fuera un pelagatos de veinte años. Hemos venido a tocar y más vale que lo hagamos.

Se oyó la voz tonante de Larry en el altavoz del cobertizo, que anunciaba los cinco últimos minutos antes de que se abriera el telón.

—¡Ay! ¿Qué hacemos? —exclamó Nellie llorando sin recato—. Tengo que ir a avisar a Larry. No podemos empezar de ninguna manera hasta que toda la gente se haya sentado. A lo mejor le da por empezar antes de que lleguen ciertas personas importantes. ¡Ay! ¡Cuánto me arrepiento de haber elegido esta obra maldita!

—¿Qué te pasa, cari? —preguntó una voz afablemente desde fuera del grupo.

Era Roscoe Forrester. Nellie se lo explicó en dos palabras, ayudada por Valentine y Solly.

—Me ocupo yo —dijo Roscoe—. Los demás, idos a vuestras obligaciones. Veamos, Snairey, présteme atención.

¡Ah, qué bendición! ¡Qué milagro les quitó el peso de encima! ¡Cuántas gracias dieron a Dios por haberles mandado a Roscoe, el hombre de negocios acostumbrado a resolver situaciones difíciles! Valentine sabía apaciguar a un grupo de actores hostiles o dominar a un público reacio, pero los Snairey de este mundo, los incompetentes que pretendían imponerse, la acobardaban. Solly y Nellie desaparecieron enseguida y cada uno se convenció de que la culpa era del otro. En tres minutos, Roscoe consiguió que el trío Snairey volviera a su Ford y saliera poco a poco por el sendero de entrada de St. Agnes, avanzando en contra de la densa fila de coches que llevaba al público al teatro.

Nellie se acercó afanosamente a Larry por detrás del escenario.

—Adelante —dijo—. Podemos empezar inmediatamente. Ya han llegado todos. Acaba de sentarse la señora de Caesar Augustus.

Larry apretó un botón. Entre los arbustos, donde se encontraba Humphrey Cobbler, una luz roja parpadeó en su mesa de músico; a continuación, una verde. Sonaron los primeros acordes del himno nacional, aunque un poco empañados por el ruido de ochocientas personas poniéndose de pie al mismo tiempo. Empezó *La tempestad*.

Mandar flores a Griselda en junio era como llevar hielo al Polo. Los jardines de St. Agnes rebosaban de flores y las dos docenas de rosas de Hector se perdieron entre los espléndidos jarrones que el ama de llaves del señor Webster había colocado en todos los lugares vistosos de la casa. Además, la tarjeta la inquietó. Conque podía contar con él para cualquier cosa, ¿eh? Pues, no quería contar con él. Era un plomo y tenía la fea costumbre de quedarse mirándola. Sabía que era digna de ser admirada, pero no soportaba que alguien le clavara los ojos siniestramente y no se los quitase de encima dondequiera que fuese. Tras un breve momento de rabia por la tarjeta, decidió llevar las rosas al vestuario de las chicas; en caso de necesidad, diría que eran un homenaje del señor Mackilwraith a las damas del reparto.

Se asomó a la ventana de esa habitación y desde allí vio el tropel de actores que,

nada más oír el aviso de Larry, salió del cobertizo y se dirigió hacia la parte de atrás del escenario por un sendero del jardín. Roger miró a la ventana desde abajo y la vio.

—Date prisa —le dijo—, porque si no, vas a hacer sudar la gota gorda a Larry. — La miró con más fijeza y le mandó un beso—. Pareces la santísima doncella asomada a la cancela dorada del Cielo —le dijo.

«¡Qué guapo está de Fernando! —pensó ella—, y parece que ya no está enfadado conmigo. Supongo que anoche aclaré las cosas. No me considera una sosa». El jarrón con las flores de Mackilwraith estaba en el tocador que tenía al lado; sacó una rosa, la besó y se la tiró a Roger, quien la cazó diestramente al vuelo, se la prendió en el jubón y se marchó presuroso hacia el escenario.

—¿A quién se la has tirado? —preguntó El Torso, que estaba destrozada en un silla, con la cabeza casi entre las rodillas. Pearl Vambrace iba poniéndole compresas frías en el cuello.

—A Roger —dijo Griselda.

—Pearl, cielo —dijo Bonnie-Susan controlando la voz—, no dejes que se me escurra el agua fría por la espalda.

—Lo siento, Bonnie-Susan —dijo Pearl—, es que me ha saltado la mano sin querer.

—No me extraña —dijo El Torso—. Déjame sola, por favor, baja y conquista a las multitudes, déjalos a todos boquiabiertos. Con ese maquillaje y mi relleno, seguro que te salen un par de pretendientes. Es que se ponen turulatos con nosotras, las chicas pintadas del teatro.

Agotada tras el alarde de ironía, volvió a esconder la cabeza entre las rodillas y gimió suavemente. Parecía que los gemidos le aliviaban un poco el dolor.

Hector vio volar la rosa por la ventana; las había por todas partes, pero estaba seguro de que había sido una de las suyas. Sin embargo, no tuvo tiempo de darle más vueltas, pues lo necesitaban para la primera escena. Larry Pye había ideado un ingenioso artilugio para simular el oleaje del mar embravecido, sobre el que aparecieron, semiocultos entre unos arbustos, los actores, que maniobraban y se balanceaban de un lado a otro empujados por la tormenta, cuyo rugido imitaban entre la orquesta de Cobbler y diversas máquinas de viento y láminas de truenos situadas detrás del escenario. Era una escena que requería gran esfuerzo físico y Hector, que nunca había sabido hacer dos cosas a la vez, hubo de poner los cinco sentidos en mantener el equilibrio y reconocer a tiempo el pie de sus frases. Concluida la tortura y mientras el público aplaudía enfervorizado (como siempre, cuando ve a los actores sometidos a grandes e indignas incomodidades), Hector logró llegar a un banco y, mareado y con el estómago revuelto, cerró los ojos para calmar las náuseas. Prácticamente no había comido nada desde hacía cuarenta y ocho horas y el mundo no paraba de dar vueltas, mientras llegaba desde el escenario la poderosa voz del

profesor Vambrace, que iba desgranando las interminables desgracias de Próspero.

Faltaba mucho para el segundo acto, cuando tenía que aparecer otra vez, y se quedó sentado a solas en el banco, en medio del ajetreo circundante. En determinado momento, parecía que Griselda, que estaba adorable con el traje de Ariel, iba a acercarse, y Hector levantó un poco la cabeza para mirarla, pero entonces ella frunció el ceño y dio media vuelta. Dondequiera que estuviere la joven, él era consciente de su presencia. No apreciaba nada la música, pero cuando ella cantó «Llegad a estas arenas» y «A cinco brazas»^[23], se embelesó hasta el alma, porque era Griselda. Cuando Ariel se levantó, preparada para correr por el escenario con su traje de ninfa del agua, que la señora Crundale había creado con el mínimo jirón de gasa verde mar, se le encogieron las entrañas de anhelo ante su belleza y le dolió el corazón, porque la exhibía en gran medida y podría verla cualquier espectador que hubiera pagado un dólar por una localidad. Sin embargo, lo que más le pesaba era la rosa de su propio ramo que había lanzado a Roger, porque era la prueba definitiva de su liviandad, de que no era mejor que las muchachas de alquiler sorprendidas en pecado, a las que el reverendo John Mackilwraith tenía obligación de regañar y exhortar, así como de rogar por ellas, en el recibidor de la casa del párroco, cuando él era niño.

Al principio del segundo acto, Gonzalo debe resultar un caballero anciano, ingenioso y jovial. Hector no había logrado dar el personaje del todo en esa escena, aunque nunca lo llegó a hacer tan concienzuda y desangeladamente mal como la noche del estreno. Sin embargo, sucedió una cosa que dejó perplejos a los espectadores más atentos: cuando Ariel se agachó sobre el dormido Gonzalo y le cantó al oído:

Mientras yaces aquí roncando,
la conjura, que ha velado,
su momento espera.
Si en algo estimas tu vida,
sacude el sueño, espabila.
¡Despierta, despierta!^[24]

se vio a Gonzalo agitarse en sueños como si lo torturasen, y una lágrima solitaria e inconfundible le rodó por la mejilla derecha. Por fortuna, intervenía muy poco en el tercer acto, pues no se oyeron sus palabras y, cada vez que se movía, parecía tropezar más a menudo de lo que podía justificar el papel de anciano.

Ella lo había visto, naturalmente. Tirar la rosa a Roger fue un acto calculado fríamente, una forma de decirle que había recibido su mensaje, que lo había entendido y que lo despreciaba. Bien, que así fuera. No había comido nada sólido ese

día, la cabeza le dolía y le zumbaba; se mareaba con frecuencia, por eso tropezaba tanto. Pero pronto terminaría todo.

Después del único intermedio decretado por Valentine, iba a empezar el cuarto acto. No hacía falta Gonzalo en ese acto. Al parecer, no hacía falta en ninguna parte. Muy bien, cuando uno no hace falta, solo puede hacer una cosa: desaparecer.

Hector apretó el paso y, con sigilo, se dirigió al cobertizo. No había nadie: bien. No necesitaba mucho tiempo. No hacía falta escribir los pros y los contras en la libreta negra. Sabía exactamente lo que quería hacer y no le llevaría mucho tiempo.

¿Lo lamentaría ella? ¿Llegaría a saberlo algún día? Él ya había dicho bastante con las rosas y el mensaje. Tal vez se arrepintiera de no haber aceptado la ayuda que le ofrecía. ¿Llegaría a saber alguna vez que, tras esa oferta de ayuda había un amor enorme, todo lo que podía ofrecer un hombre de cuarenta años que se había abierto camino en la vida por sus propios medios y había ascendido en una profesión difícil? Y, cuando lo comprendiera, ¿no renegaría del aborrecible Roger, no lo rechazaría y llevaría una vida recta, una vida hermosa y triste, para siempre jamás? ¿O no podría ser que, con el transcurso del tiempo, conociera a un hombre bueno y comprensivo, se casara y formase una familia que honrase el nombre de Hector Mackilwraith? Así sería, sin duda. Ciertamente, en esa hora aciaga le había sido concedido el don de la profecía; eso era lo que sucedería. Sin embargo, puesto que todas las cosas buenas deben nacer del sacrificio y la expiación, ahora no podía vacilar.

Había mucha cuerda allí, buena, gruesa, cordón de calidad superior. Desató uno de los muchos cabos con que se manipulaban los cristales del tejado y se puso a hacer un nudo corredizo, pero eso no se puede hacer bien sin un poco de práctica y experiencia previa y, al cabo de diez minutos, lo único que había logrado era un lazo mal anudado. Tenía entendido que el nudo que serviría a sus propósitos debía ser de trece vueltas, pero se conformaría con lo que le había salido. Estaba preparado. Tras unos cuantos intentos infructuosos, consiguió pasar el lazo por un soporte de hierro del techo y lo dejó colgando sobre unas cajas escondidas detrás de un biombo. Bien. Calculó que la caída era de unos dos metros y medio; sabía que al menos en eso no se equivocaba.

Antes de subirse a las cajas se miró en un espejo de las mesas de maquillaje. La tía Puss lo había dejado horrible y tenía el pelo pintado de amarillo. Se arrancó la barba de pega y se limpió la cara con una toalla. Ahora estaba tranquilo, aunque se encontraba enfermo de muerte.

Con ayuda de una silla, se subió a las cajas y se pasó la cuerda anudada por la cabeza.

Bueno, se acabó. Pero, antes de dejar el mundo para siempre, ¿no debía despedirse de alguna manera? Hacía muchos años que no rezaba, aunque siempre se había considerado religioso y creía firmemente en Dios. ¿Entendería Él el abandono repentino de una vida decretada por Su voluntad? Sí, sin duda, el Dios de Hector lo entendería; no figuraría ningún EFTS en su expediente definitivo. Dios sabía que eso

era una expiación, que se sacrificaba por los pecados de otro, que incluso era la única forma de salvar el alma de Griselda Webster. Dios entendería por qué lo había hecho.

Aun así, parecía que faltaba algo. Rebuscó en la memoria pero no encontró ninguna oración. Entonces le vino a la mente una frase que solía usar el reverendo John cuando, falto de materia, imploraba de improviso: «Oh, Señor, toma una brasa viva de Tu altar y tócame los labios». Sí. ¿Y qué más? Hector lloraba con desesperación y lo único que se le ocurría era: «¡Oh, Dios, allá voy!». No eran palabras dignas de un momento así, pero no supo hacerlo mejor.

Gimiendo y sin darse cuenta apenas saltó de la plataforma a lo desconocido: un tirón, un estrépito, un repiqueteo de fuego de artillería y el olvido.

OCHO

Un espantoso ojo azul entró flotando en la conciencia de Hector, un iris azul que se movía inquieto sobre algo que parecía un túmulo de crema sanguinolenta. A veces se veía horriblemente definido, a veces se reducía a una repugnante mancha informe. Un ojo acusador gigantesco, incrustado, sin duda, en la cabeza del Ser Supremo. Parecía derretirse y agrandarse a un tiempo; de pronto lo vio de nuevo con claridad y oyó una voz a lo lejos.

—¿Por qué ha hecho una cosa tan fea?

Al oírlo, tuvo la sensación de caer rápidamente al vacío, como pasa a menudo en los primeros minutos del sueño, y percibió otras muchas cosas: estaba mojado, hecho una piltrafa, le dolía muchísimo la cabeza, también el cuello, y tenía frío. Y a su lado, arrodillada en el suelo del cobertizo, la tía Puss lo miraba fijamente con la lupa.

—¡Ay de ti, desgraciado pecador! —dijo—. ¿Se encuentra bien?

—Me duele la cabeza —dijo—. Me duele la garganta —añadió inmediatamente.

—Considérese afortunado, porque todavía tiene la cabeza sobre los hombros —dijo la tía Puss—. ¿Puede levantarse?

Lo intentó, pero, mareado, volvió a dejarse caer en el charco de no sabía qué en el que yacía.

—¿Es sangre? —preguntó con los ojos cerrados.

—No; supongo que será lo que estaba usted bebiendo cuando intentó hacer esa tontería. Por lo que veo, había tomado usted mucho.

Hector se movió un poco al oír la injusta acusación y el líquido espumeó y siseó a su alrededor.

—Voy a buscar ayuda —dijo la tía Puss—. No se mueva de donde está —añadió innecesariamente.

Salió, cerró la puerta del cobertizo con la llave y se la guardó en el bolsillo. Encontró a Valentine entre bastidores, le tironeó de la manga y le habló al oído.

—Venga conmigo inmediatamente, es muy importante.

Valentine estaba de un humor de perros. Haciendo caso omiso de su opinión, el profesor Vambrace había dejado subrepticamente en el escenario un racimo con siete uvas y había intentado comérselas durante el famoso parlamento. No es fácil comer siete uvas al tiempo que se dicen trece versos. Las tres primeras le sentaron fatal, a la quinta, parecía que hablase debajo del agua; se las tragó desesperadamente todas a la vez y se metió las dos últimas en la boca, pero la experiencia lo desconcertó por completo y, al arrojar el rabillo pelado (el punto culminante de su ingenioso guiño literario), salió de las profundidades de sus barbas un eructo largo y fuerte. Hubo risas y algún que otro aplauso irónico. Valentine estaba esperando a que bajase del escenario. Tenía una cosa que decirle.

La tía Puss le tironeó insistentemente de la manga y la obligó a agacharse para poder hablarle al oído. Un momento después, se dirigían las dos presurosamente hacia el cobertizo.

Como había dicho Cobbler, Valentine era una profesional de la cabeza a los pies y las primeras palabras que dijo a Hector lo corroboraron.

—¿Qué demonios pretende intentando quitarse la vida en plena función? Antes, quizá; después, posiblemente; pero, en el nombre del sentido común, ¿cómo se le ha podido ocurrir cuando todavía tiene que salir a escena otra vez? ¿No se da cuenta de que va a estropear la diversión a ochocientas treinta y dos personas, setecientas noventa y nueve de las cuales han pagado entrada? ¿No se da cuenta de que ha estado a punto de cargarse todo el trabajo de siete semanas de ensayos? ¡Levántese inmediatamente y pórtese como es debido!

Hector se quedó atónito ante semejante despliegue de dureza y mal genio e intentó obedecer. Pero solo consiguió ponerse de rodillas y volver a caerse. Valentine se arrepintió al instante.

—Lo siento, señor Mackilwraith, pero es que estoy muy furiosa con el necio del profesor Vambrace y me he desquitado con usted. ¿Qué le ocurre? ¿Tan mal se encuentra? ¿Puedo traerle algo?

Hector no pudo soportar tanta ternura y se echó a llorar.

—¿Por qué lo ha hecho? ¿No puede contármelo? Le ayudaré, si puedo.

Hector intentó hablar, pero la única palabra que pudo pronunciar fue «Griselda» y rompió a llorar de nuevo tapándose la cara con el brazo.

Sin embargo, Valentine no necesitó saber más. De manera que ese pobre tonto se había enamorado de Griselda Webster... ¡y había terminado así!, en el suelo, en medio de un líquido claro y espumoso que, por un horrible instante, creyó que podía ser un fluido vital que se le hubiera escapado. Sin embargo, vio que procedía de una caja de botellas rotas que había cerca de él. Estaba empapado, tenía la cara llena de churretones de maquillaje y el pelo pintado de amarillo. Totalmente conmovida, lo arrastró a terreno seco, se sentó en el suelo y le puso la cabeza en su regazo. Le limpió la cara con un pañuelo.

—¡Pobre Hector! —le dijo—. ¿Tan mal lo ha pasado?

Él asintió y la directora vio que se relajaba un poco. El consuelo le devolvió el control de sí mismo, el consuelo sin palabras apenas —una comprensión femenina, cálida, protectora e incondicional que solo había conocido en la infancia... y aun entonces, muy parcamente— que le daba Valentine y que logró rescatarlo suavemente de la muerte y del anhelo de muerte. Y así estuvieron unos diez minutos; ella habló poco y él, nada, pero su cara, horrenda y deformada por el dolor, empezó a cobrar una expresión más humana. El alma había regresado.

La voz de Larry Pye tronó por el altavoz.

—Todos preparados para el quinto acto, por favor. Tres minutos para el quinto acto. ¿Alguien ha visto a Gonzalo? Quinto acto.

Valentine perdió al instante toda la benéfica calma.

—¡Ay, Dios! —exclamó—. ¿Qué hago yo ahora?

Pero, casi al tiempo que hablaba, se puso de pie. Encima de la mesa estaba la

barba de Hector; se untó un poco de adhesivo en la cara y se la pegó. Antes de subirse a las cajas, Hector se había quitado la capa y el sombrero. Valentine se los echó por encima.

—Si Sybil Thorndike hizo de Rey Lear, yo también puedo hacer de Gonzalo —dijo a Hector, y, con la voz, la actriz suplantó al tierno ser divino que parecía haber rescatado a Hector del reino de los muertos—. Quédese aquí. Volveré lo antes posible.

Salió por la puerta a toda prisa, transformada en un extraño caballero anciano. Lealmente, la tía Puss montaba guardia fuera.

—¿Está mejor ese hombre?

—Se pondrá bien, señorita Pottinger. No deje entrar a nadie.

—Confíe en mí.

—Con los ojos cerrados.

—¿Le ha dicho por qué ha intentado hacer eso?

—Sí. A usted también, ¿no?

—Estaba inconsciente, pero repetía un nombre.

—Es mejor que no se lo digamos a nadie, ¿no le parece?

—Señorita Rich, no lo divulgaré por nada del mundo.

Para mantener su palabra, la tía Puss hubo de hacer acopio de toda la fuerza de voluntad que le habían inculcado desde pequeña. En cuanto apareció la directora en escena, disfrazada de Gonzalo, fue como si, por arte de magia, todo el elenco se hubiera enterado de que Mackilwraith estaba enfermo, que se trataba de una enfermedad misteriosa y que la única que conocía la clave del misterio era la tía Puss. El público no se dio cuenta de nada, porque apenas se había fijado en él hasta ese momento, aunque advirtió vagamente que en el último acto parecía cobrar vida, si bien estuvo casi todo el tiempo de espaldas al patio de butacas. Lo que sí supo el público fue que Roscoe Forrester hacía señas al doctor Bliss para que se levantara de su sitio y que este salía de la fila de puntillas, disimulando como suelen hacerlo los médicos, aunque en realidad llaman la atención más que si lo hicieran con naturalidad. Cayó el telón y los actores tuvieron que salir a saludar seis veces, pero Valentine no se quedó con ellos. Echó a correr inmediatamente hacia el cobertizo y allí se encerró con Hector y con el médico, mientras la tía Puss montaba guardia en la puerta y se negaba a decir una palabra a nadie.

Según la opinión general, Hector había sufrido un ataque. Unos decían que de apoplejía, otros, que de corazón. Por algún motivo desconocido, Geordie Shortreed pensaba que se trataba de algo escandaloso; alegaba con regodeo que la gente más callada era la peor y que tal vez tuviese algo que ver con un niño. Los actores no fueron a cambiarse a los camerinos, se quedaron detrás del escenario comentando, cotilleando y conjeturando, pendientes del misterio del cobertizo. Sin embargo,

algunos tenían otras preocupaciones. Nellie Forrester, al borde de las lágrimas, corrió junto al profesor Vambrace.

—¡Ay, Walter! Ha sido horrible, ¿verdad?

—Angustioso, sin duda, pero mañana por la noche saldrá bien.

—¿Cómo?

—Mañana me pasaré el día ensayándolo.

—¿A qué se refiere?

—A lo de las siete uvas. Yo no diría «horrible». Estoy seguro de que el público ni se enteró. Solo tengo que perfeccionarlo un poco.

—No sé a qué se refiere.

—¿De verdad? Supongo que está usted pensando en esa tontería de Mackilwraith.

—No sé nada de él, pero ¿no la ha visto marcharse?

—¿A quién?

—A la señora de Caesar Augustus Conquergood. Se fue antes de que empezara el quinto acto. Ha sido muy humillante.

—Es posible que encontrase un poco frío el aire nocturno, pero no se disguste; todavía quedan cuatro funciones. Mañana compraré media libra de uvas y trabajaré toda la tarde con Pearl.

—A mí no me parece que hiciera nada de frío. Se marchó porque se aburría, estoy convencida. ¿Le parece que tendríamos que haber puesto su nombre en letras más grandes, en el programa? Se veía tanto como el de Val y más que el de Shakespeare. Ha sido un gran error hacer esta obra al aire libre. No volveré a proponer una pastoril en mi vida.

Era imposible mantener a todo el mundo en la inopia. Cuando el doctor Bliss se hubo asegurado de que Hector no tenía nada grave, solo un susto, hambre y una mojadura, prescribió que lo llevaran a descansar a un sitio tranquilo y no hubo más remedio que desvelar el misterio al señor Webster. Las dos habitaciones de huéspedes de St. Agnes estaban ocupadas, una por las ninfas y otra por las chicas que tenían frases en la obra, pues en el último momento a Griselda le había parecido descortés que las chicas tuvieran que conformarse con un camerino improvisado. El señor Webster era humanitario pero, en el fondo, se resistió a la idea de acoger en su cama a un suicida frustrado; por lo tanto, condujo a la comitiva hasta el bonito dormitorio de su hija Griselda y, entre Roscoe y el doctor Bliss, quitaron a Hector la ropa empapada, le pusieron un pijama del señor Webster y lo metieron en la cama. Al pasar por el camerino de las ninfas, se abrió una rendija en la puerta y un ojo brillante se asomó unos segundos. Al cabo de unos minutos, las ninfas, las chicas del otro camerino y todas sus amigas sabían que Hector Mackilwraith había intentado ahogarse y que lo habían llevado empapado al piso de arriba de St. Agnes.

Por suerte, el cobertizo no se había usado de camerino para los hombres de la

obra, solo de sala de maquillaje y espera. A pesar de eso, había allí unos cuantos objetos personales que sería necesario devolver a sus dueños, porque Valentine no quería que todo el mundo metiera las narices allí y se pusiera a hacer conjeturas sobre lo sucedido. Así, pues, reclutó a Solly y a Cobbler, les dijo que quería cerrar el cobertizo y que llevaran todos los objetos de los actores al camerino de hombres, que se encontraba en el sótano de la casa. Se dirigieron los dos hacia allí y se encontraron con la tía Puss a la puerta. No los dejó pasar.

—De momento, no puede entrar nadie —les dijo.

—Pero, señorita Pottinger, son órdenes explícitas de la señorita Rich.

—En ese caso, tal vez la señorita Rich tenga la bondad de venir a comunicármelo.

—Mi querida señora —dijo Cobbler—, no es necesario que disimule con nosotros, conocemos el oscuro secreto del cobertizo. Vamos a limpiar la sangre.

—No sé a qué se refiere —dijo la tía Puss—, pero en todo caso, no tiene usted derecho a hablar en ese tono tan irrespetuoso.

—¿Y por qué, si puede saberse? —dijo Cobbler, con ganas de discutir—. ¿A qué viene tanta solemnidad, solo porque el intento de suicidio de Mackilwraith haya acabado mal?

—¡Silencio! —dijo la tía Puss con ferocidad—. ¡No se atreva a pronunciar esa palabra!

—Es lo que es, ¿no?

—Si corre la noticia, habrá un gran escándalo. ¿Quiere destrozarle la vida para siempre?

—Acaba de intentarlo él mismo con todas sus fuerzas.

—Eso no tiene nada que ver. Se ha salvado y seguro que es por algún motivo que nosotros no podemos comprender. Señor Cobbler, si se atreve a insinuarlo siquiera otra vez, hablaré de usted con el deán y tendrá que buscarse otro trabajo.

—¡Chantaje! —dijo Cobbler.

—Llámelo como quiera —dijo la tía Puss—. Ese hombre merece una oportunidad y haré todo lo posible por que la tenga. No me gusta nada la costumbre moderna de ir por ahí pregonando secretos vergonzosos a los cuatro vientos. No conozco mucho al señor Mackilwraith y lo que no sé de él tampoco me importa, pero no tengo intención de contribuir a su desgracia. ¿Me ha entendido, señor Cobbler?

—La oigo, señorita Pottinger, pero jamás entenderé lo que dice. Hay mucha gente en el mundo que ha intentado quitarse la vida o lo ha pensado, al menos. Es tan natural como enamorarse o que le partan a uno el corazón. No veo por qué ha de ser tan vergonzoso. Es la primera cosa interesante que hace Mackilwraith, que yo sepa.

Apareció la directora por la esquina de la casa.

—Muchas gracias, señorita Pottinger —dijo—. ¿Me devuelve la llave, por favor? El señor Webster ha preparado un refrigerio en la biblioteca. Vaya a tomar algo caliente. Ha hecho usted una gran labor montando guardia aquí tanto rato.

—Me alegro de hacer cuanto esté al alcance de mis posibilidades —dijo la tía

Puss, que tiritaba un poco por el aire de la noche—. Y le recuerdo, señor Cobbler, que puedo hacer más todavía. —Se fue directa a la casa con la cabeza bien alta.

—Mackilwraith nunca me ha inspirado mucho respeto, pero ahora, menos —dijo Solly al entrar en el cobertizo—. ¿A quién se le ocurre ahorcarse con una cuerda podrida como esta? Imagínate, ¡seguro que tiene más de cincuenta años! ¡Qué manera de meter la pata!

—Supongo que no lo pensó bien —dijo Valentine.

—Sí que lo pensó, sí —dijo Cobbler—. Seguro que se imaginaba que lo cegaba la pena, pero siempre percibimos más de lo que creemos. Superficialmente, el amante desesperado pensó que la cuerda serviría, pero en el fondo, el verdadero Mackilwraith sabía que no. No pasa uno cuarenta años jugando sobre seguro y, luego, de pronto, corta por lo sano. Lo que buscaba nuestro Hector era compasión, no la muerte.

—¿Por qué dice que es el amante desesperado? —preguntó Valentine, pues creía que eso era un secreto entre la tía Puss y ella.

—Porque es evidente que lo hizo por eso. Lleva semanas suspirando por Griselda, la Impaciente. ¿No se ha dado cuenta? Bueno, al menos eso fue lo que me dijo o, para el caso, como si me lo hubiera dicho, el día de la bronca en su casa, Bridgetower. Me daba en la nariz que iba a hacer una tontería, aunque no me la imaginaba tan grande.

—Bien, pues no diga nada, por favor, Humphrey —dijo Valentine—. No hay que complicarle las cosas... bueno, más de lo que se las ha complicado él, quiero decir.

—No sé por qué todo el mundo piensa que voy a ir por toda la ciudad hablando más de la cuenta. Ese loro que estaba vigilando la puerta me ha dicho exactamente lo mismo, aunque con mucha menos gracia. ¡De mi boca no saldrá una palabra, por el honor de un socio del Real Colegio de Organistas! Pero eso no obsta para que pueda discutirlo con ustedes dos, puesto que, de todos modos, ya saben todo lo que hay que saber.

—Sería un gran inconveniente para Griselda. La gente podría echarle las culpas a ella.

—Solo aumentaría la fama de conquistadora que se ha ganado, pero, en realidad, estoy seguro de que no tiene nada que ver con eso.

—Entonces, ¿por qué? —preguntó Solly.

—Ella no ha sido más que el gancho del que ha colgado él su crisis de los cuarenta. ¿Saben cuál es su mal, en mi opinión? La menopausia masculina. Es el último intento de vivir un gran amor antes de despedirse para siempre de sus funciones masculinas.

—No creo que tenga mucho más de cuarenta años.

—Espiritualmente, si es que se puede aplicar esa palabra a Hector, hace años que tiene setenta. No; es el climaterio masculino, las últimas gotas de cera de la vela, el gorgoteo de las últimas burbujas que se traga el desagüe.

—No estoy de acuerdo —dijo Solly—. A mí me parece el resultado lógico de su

educación y de la vida que ha llevado. Es vulgar. No me refiero solo a los trajes tan horribles que usa y a la comida repugnante que debe de comer, me refiero al espíritu tan insensible que tiene. Cree que, con el estómago lleno y el trabajo seguro, tiene el mundo firmemente agarrado. Jamás ha descubierto nada de sí mismo, ¿cómo va a saber algo de los demás? Ser vulgar consiste en no saber que lo bueno y lo malo que le pase a uno tiene que ver con su personalidad; él cree que todo es cosa del destino, sobre todo los reveses de la vida. Las únicas personas un poco lúcidas de este mundo son las que saben que todo lo que les sucede tiene su origen en lo que ellas mismas son.

—Creo que lo juzgas muy severamente —dijo Valentine—. Cuando lo encontré, me conmovió, de verdad. Te has pasado de la raya, Solly, y Cobbler también.

—Querida Val —dijo Solly—, si me encontrase en una situación como la suya, suplicaría que me rescatara una persona como tú, una persona que se compadece, en vez de parlotear y teorizar.

—A mí me gusta teorizar —dijo Cobbler—, los sentimientos los reservo para fines musicales.

—Voy a ver si convengo a Griselda de que hable un momento con él.

—Magnífico —dijo Solly—, a lo mejor se recupera, el pobre.

—Una idea estupenda, pero ¿le parece que deben estar juntos a solas? —dijo Cobbler—. Es decir, creo que debería haber alguien presente, aunque solo sea por evitar que se ponga sensiblero y cohíba a la chica. No me importaría hacerlo yo, si no hay quien se preste.

—Se muere usted de curiosidad —dijo Valentine.

—No lo dude. La curiosidad es el principal resorte de mi vida. Si no fuera curioso, seguro que sería un alma de cántaro egocéntrico como Mackilwraith.

Se abrió la puerta del cobertizo y entró Freddy, en pantalones sueltos y camisa, seguida de Tom.

—Hemos venido a limpiar —dijo Freddy—. Supongo que mañana por la noche hará falta utilizar este espacio.

—Mañana a primera hora de la tarde —dijo Valentine—. ¿No te has enterado de que hacemos una matinal para los niños de la escuela?

—Un público zafio y a mitad de precio, pero los artistas debemos soportarlo en aras de la educación —terció Cobbler.

—No, no tenía ni idea —dijo Freddy.

—¡Dios! Creía que se lo había dicho a todo el mundo. Fue una decisión de última hora que tomó Nellie; por lo visto, todavía hay unos centenares de niños castigados en la escuela y podrán arrastrarlos hasta aquí a cincuenta céntimos por cabeza. Tengo que ir inmediatamente a comunicárselo a todos —dijo Valentine, y salió disparada del cobertizo.

—Os ayudamos a limpiar —dijo Solly.

—¡Ah, no te preocupes! Mi padre ha ofrecido bebida en la biblioteca a unos

cuantos enchufados. Estoy segura de que podéis sumaros vosotros también, si vais hasta allí.

—Iremos después de ayudaros —dijo Cobbler—. Me intriga eso que tiró Mackilwraith al suelo, quiero saber lo que es. Huele como a vino. Según Roscoe, cuando lo subían por las escaleras, apestaba como un tonel de conservas.

—Es mi sidra achampanada —dijo Freddy con tristeza—. Tom la había guardado con mucho cuidado. Cualquiera diría que ese viejo loco se las arregló para romper hasta la última botella, pero ni así consiguió lo que quería.

—Hasta la última botella, no —dijo Cobbler—. Aquí, debajo de la mesa, hay dos con el corcho puesto. ¿Lo probamos?

—Sí, por favor —dijo Freddy—. No tiene sentido quedarme solo con dos, pero habrá que beberlo a morro, por turnos.

Dos corchos saltaron alegremente por el aire y se sentaron todos a catar la añada de Freddy.

—No está mal —dijo Tom.

—Gracias, Tom. Siempre me das ánimos —dijo Freddy—. ¿Sabes una cosa? Creo que sé por qué Mackilwraith ha intentado suicidarse.

—¿Cómo sabes que lo ha intentado?

—Ah, lo sabe todo el mundo, menos Nellie, Walter Vambrace y algunos de los más tontos.

—Bien, ¿por qué lo ha hecho? —dijo Cobbler.

—Porque se toma la religión superficialmente —dijo Freddy.

—Verá, señor, nosotros lo vemos así —dijo Tom, después de tomar el segundo trago largo de sidra achampanada—. En la actualidad, mucha gente no tiene fe, pero le falta la fortaleza suficiente para dejar de creer. No se deshacen de la religión ni buscan una que tenga sentido para ellos. Lo único que hacen es marranear con la religión. Bien, si ese señor Mackilwraith hubiera sido un gran creyente, y no me importa reconocer que pienso en la Iglesia Anglicana, sabría que el suicidio es un pecado y la fe le habría ayudado a superarlo. Y si hubiera sido un gran descreído, le habrían sobrado agallas para hacerlo o habría tenido las suficientes para hacerlo bien, ¿comprende?

—Si hubiera sido un gran creyente o un gran descreído no habría descarrilado de esa manera solo por no poder acercarse siquiera a Gristle —dijo Freddy—. ¿Sabes una cosa, Tom? La verdad es que no está nada mal; en cuanto empiecen las manzanas, voy a trabajar de lo lindo para hacer una remesa mayor y mejor.

—No está mal —dijo Cobbler—, pero no es champán, solo sidra, aunque aspire a ser mucho más.

—Ya lo sé —dijo Freddy con cierta tristeza—, pero no se puede hacer una cosa maravillosa si no se tienen desde el principio los ingredientes necesarios.

—Como convertir a Hector Mackilwraith en un enamorado romántico —dijo Solly.

Agarrado a la segunda botella, Cobbler soltó un discurso sobre religión, puesto que servía a la santa Iglesia desde los nueve años.

Hector no estaba dormido del todo. Descansaba satisfecho en la cama, la más blanda que había probado en su vida, con una botella de agua caliente en los pies y una taza de caldo de carne y *brandy* en el estómago que estaba obrando maravillas. No pensaba en nada más que en ese momento y sentía un agradecimiento general por no estar muerto.

Parecía que había alguien fuera, a la puerta, moviéndose con sigilo, como si estuviera sobre un pie solo y luego sobre el otro. En la habitación reinaba una calma maravillosa a la luz de una sola lámpara y ni siquiera le interesó saber quién podría estar ahí fuera. Sin embargo, la puerta terminó por abrirse y entró Griselda, en bata.

—¿Duerme usted?

—No.

—Valentine me ha dicho que debía venir a darle las buenas noches.

Se quedó a los pies de la cama sin decir nada más, tan hermosa como nunca la había visto. Ahora, misteriosamente, ya no le inspiraba miedo.

—Me alegro de verla aquí.

—Gracias. Siento que se encuentre tan mal.

—Estoy mejor.

—El médico dice que, por supuesto, hoy no puede irse a su casa.

—Espero no haber quitado la cama a nadie.

—Ah, no pasa nada; puedo irme a dormir a otra habitación.

—¿Estoy en la suya?

Hector se ruborizó. ¡Se encontraba en la cama de Griselda! Pero estaba tan agotado y descansando tan a gusto que no tuvo fuerzas para avergonzarse demasiado. Parecía que Griselda quería decirle algo; estaba sonrojada y hurgaba en la alfombra con el pie. Por primera vez se dio cuenta de que era poco más que una niña. Finalmente, Griselda habló.

—No tenía que haber hecho eso, lo sabe.

—Es verdad, eso no se hace.

—Prométame que no lo volverá a intentar.

—No, nunca más.

Otra pausa; Griselda se puso muy colorada. De pronto se sentó en la cama y le tomó la mano.

—No lo podría soportar, ¿comprende?, sabiendo que era por mí.

Conque lo sabía. Bueno, estaba tan contento que no le importó.

—¿Por qué pensó que así lo solucionaría?

—La verdad es que ya no me acuerdo.

Griselda no dijo nada más. Hector creyó que le tocaba hablar a él.

—Griselda.

—¿Qué?

—Eres demasiado buena para Tasset. No dejes que te eche a perder.

—Tasset no me importa nada. ¿Creía usted que sí?

—Sí.

—¿Y por eso lo hizo?

—Sí.

—No tenía ni idea de que le importase tanto.

—Me importabas mucho.

—¿Y ya no?

—No de la misma manera, ahora que sé que estás a salvo.

—¿Qué piensa hacer?

—Me marcho de Salterton. Me han ofrecido un puesto en la delegación, un buen puesto en realidad, todo un ascenso.

—¡Cuánto me alegro!

Otra pausa, hasta que habló Griselda.

—Bueno, me voy ya, pero quiero que sepa que comprendo lo mal que lo ha pasado por mí.

—No ha sido nada.

—Pero es que no lo sabía, claro.

—Claro, ¿cómo ibas a saberlo?

—Y además, no habría funcionado, ¿verdad que no?

—No, ahora lo entiendo. No habría salido bien.

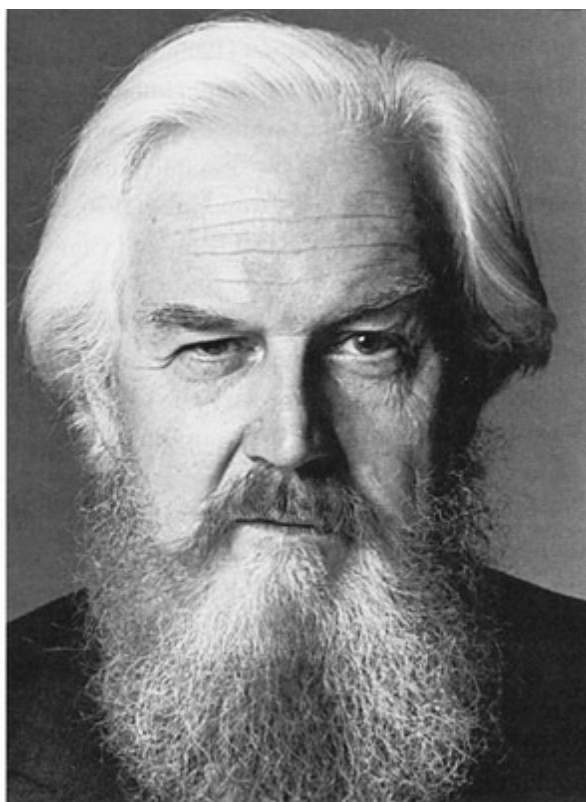
—De acuerdo, buenas noches, señor Mackilwraith.

Hector miró fijamente la seria cara de Griselda y, por primera vez en muchas semanas, se rio. Tras un momento de confusión, ella sonrió.

—Buenas noches, Hector.

Se inclinó sobre él, como la primera vez que la había visto en sueños, y le dio un beso. Después apagó la luz y cerró la puerta al salir.

Hector se durmió.



ROBERTSON DAVIES (1913-1995) murió siendo un escritor mundialmente famoso y uno de los autores canadienses más importantes. Nacido en la región de Ontario, se educó en distintas instituciones de su país y Europa. Tras licenciarse en Literatura en Oxford, trabajó como actor en la Old Vic Repertory Company, donde conoció a la que más tarde sería su esposa. En 1940 regresa a Canadá para dedicarse con éxito al periodismo y a escribir comedias; su columna humorística, firmada con el seudónimo de Samuel Marchbanks, tuvo un éxito inmediato y algunas de sus obras de teatro que él mismo produjo fueron muy aclamadas. A comienzos de los años cincuenta publica la primera de sus once novelas, organizadas en trilogías, que lo harían mundialmente famoso: la *Trilogía Salterton*: *A merced de la tempestad* (1951), *Levadura de malicia* (1954) y *Una mezcla de flaquezas* (1958); la *Trilogía Deptford*: *El quinto en discordia* (1970), *Mantícora* (1972) y *El mundo de los prodigios* (1975); la *Trilogía de Cornish*: *Ángeles rebeldes* (1981), *Lo que arraiga en el hueso* (1985) y *La lira de Orfeo* (1988); y la inacabada *Trilogía de Toronto*. En los años sesenta abandonará progresivamente el periodismo y comenzará a enseñar literatura en la Universidad de Toronto, actividad que compaginará con la escritura hasta su jubilación.

Además de novelas, Davies es autor de una treintena de libros entre cuentos, obras de teatro, crítica literaria y recopilaciones de artículos.

NOTAS

[1] Seco lo voy a dejar: / A dormir no alcanzará / ni de noche ni de día; / maldita será su vida. / Nueve veces nueve siete noches / sin reposo han de rendirlo: / y aunque se salve el navío / a merced quedará de la tempestad. <<

[2] «A Pard-like spirit and swift»: Shelley, *Adonais*, estrofa 32. (Todas las notas de este libro son de la traductora). <<

[3] «He only does it to annoy, because he knows it teases»: Lewis Carroll, la Duquesa, *Alicia en el País de las Maravillas* <<

[4] Personaje femenino joven de *Barnaby Rudge*, de Charles Dickens. <<

[5] Rideau Hall: residencia oficial del Gobierno General de Canadá desde 1867. <<

[6] «My heart is like a singing bird / Whose nest is in a water'd shoot»: Chistina Georgina, «A Birthday». <<

[7] Próspero, IV, 1, en traducción de Ángel-Luis Pujante, Austral, nueva edición revisada, 2007. (Todas las citas tomadas de este traductor corresponden a esta misma edición). <<

[8] «Hasta el menor movimiento / tiene sentido propio»: popular canción de Karl Hoschna y Otto Harbach, 1910. <<

[9] Miranda, V, 1, en traducción de Ángel-Luis Pujante. <<

[10] «Alzaos, alzaos, vientos subterráneos»: aria de *The Tempest*, de Purcell. <<

[11] III, 3. <<

[12] Próspero, V, 1. <<

[13] Calibán, III, 2. <<

[14] Calibán, I, 2. <<

[15] Esteban, II, 2, en la traducción de Ángel-Luis Pujante. <<

[16] *Ibid.* <<

[17] «Una chica bonita es como una melodía»: tema de Irving Berlin, de la película *El gran Ziegfeld* (1936). <<

[18] Banquo, *Macbeth*, I, 3, en traducción de José Méndez Herrera, Aguilar, Crisol, n.º 61, 7.ª ed. <<

[19] «¿Es ella,/ adorable... y dulce?». <<

[20] Próspero, IV, 1, en traducción de Ángel-Luis Pujante. <<

[21] «Torna a mí,/ el dulce amor invita»: John Dowland, madrigal, 1597. <<

[22] «Tierno amor, / dispara el dardo hiriente, / no puedes tocar su corazón, / pues yo, que quiero, / con suspiros y lágrimas / más ardientes que tus flechas, / lo intenté, mas ella / ríe triunfadora»: *Ibid.* <<

[23] I, 2. <<

[24] II, 1, en traducción de Ángel-Luis Pujante. <<